

CÁMARA

VIDA Y ESCRITOS



DEL BEATO

ALONSO DE OROZCO







VITA E SCRITTE

GIULIO MONSIEUR DI GROSSE

VIDA Y ESCRITOS

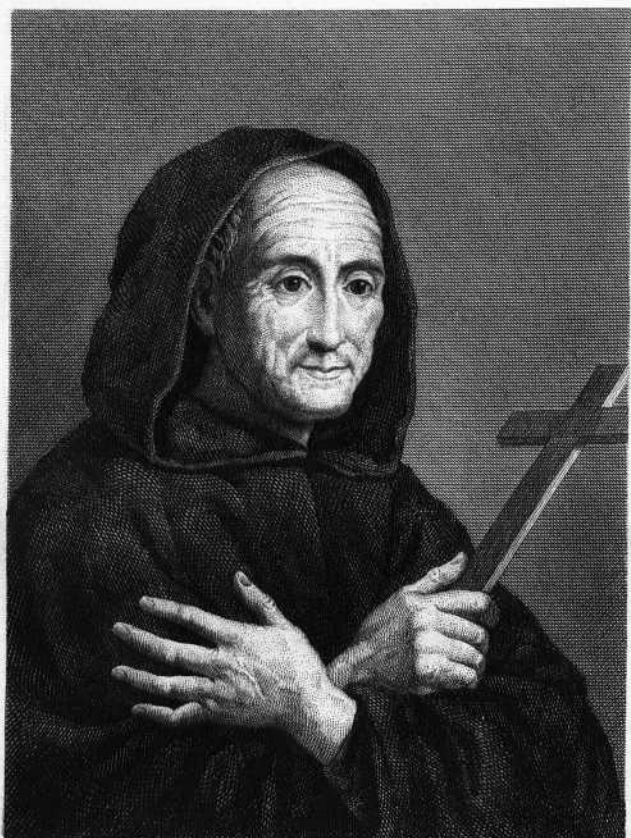
BTO. ALONSO DE OROZCO

VIDA Y ESCRITOS

DEL

BTO. ALONSO DE OROZCO





B. MAURA, D.^{no} Y C.^{to}

MADRID, 1861.

frayaliso
deorozo

VIDA Y ESCRITOS

DEL

BENITO ALONSO DE CRUZZO

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

PREDICADOR DE FELIPE II

POR EL

D. Fr. Tomás Cámara

DE LA MISMA ORDEN



VALLADOLID

EN LA ESTAMP. DE LA V. DE CUESTA É HIJOS
Imprenta del Real Colegio de PP. Agustinos Filipinos
Calle de Cantarranas, núm. 40

1882
1882

VIVA Y RESCRIPTOS

BEATO ALONSO DE OROSCO



San Alonso de Orocoso

VALLADOLID

Impreso en la imprenta de D. Juan de los Rios
Calle de San Francisco, 10

1883

VIDA Y ESCRITOS

DEL

BEATO ALONSO DE OROZCO

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

PREDICADOR DE FELIPE II

POR EL

D. Fr. Tomás Cámara

DE LA MISMA ORDEN



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE LA V. DE CUESTA É HIJOS
Impresores del Real Colegio de PP. Agustinos Filipinos
Calle de Cantarranas, núm. 40

1882

LICENCIAS.



COMISARÍA

DE

AGUSTINOS CALZADOS.



MISIONES DE FILIPINAS.



Fr. Manuel Diez González, Vicario Provincial en España de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, del Orden de los Ermitaños de N. P. S. Agustín, Procurador y Comisario General de sus Misiones, etc.

Por las presentes, y por lo que á Nos corresponde, concedemos licencia al R. P. Fray Tomás Cámara, Religioso de Nuestro Colegio Seminario de Valladolid y Profesor en el mismo, para que pueda imprimir y publicar el Manuscrito titulado «Vida y Escritos del Bto. Alonso de Orozco» en atención á habernos manifestado los RR. PP. Lector Jubilado Fr. Tirso López y Lector Fr. Bonifacio Moral, á quienes comisionamos para su examen y censura, que no se contiene en ella cosa alguna contraria á la fe y sana Moral, pudiendo su lectura ser de mucha utilidad y provecho para los fieles.

Dadas en nuestra Comisaría de Madrid á 26 de Marzo de 1882.

FR. MANUEL DIEZ GONZÁLEZ.

Por mandado de N. R. P. Vic. Provl,

FR. CONRADO MUIÑOS SÁENZ,
PRO-SECRETARIO.

Valladolid 5 de Diciembre de 1881.

En atención á lo expuesto, venimos en nombrar y nombramos Censor Eclesiástico de la obra de que se hace mérito en la instancia al Pbro. Dr. D. Santiago Cerón, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, y una vez examinada, pondrá á continuación la censura que le merezca.

Lo acordó y firma S. S.^a el Sr. Gobernador Eclesiástico del Arzobispado, S. V. de que certifico.

L. SAN ROMAN.

Por mandado de S. S.^a

LIC. HIGINIO BAUSELA,

CANÓNICO SECRETARIO.

Censura: Cumpliendo el honroso cargo que me encomendara V. S. de Censor Eclesiástico de la *Vida y escritos del Bto. Alonso de Orozco*, compuesta y ordenada por el R. P. Fr. Tomás Cámara, Religioso del Colegio de Agustinos de esta Ciudad, no sólo he hallado todo su contenido conforme á la doctrina católica, sino que me complazco en tributar un merecido elogio á su erudito Autor, porque guiado por un excelente criterio, ha sabido dar á conocer al Bto. Orozco, como modelo acabado de santa mortificación, cuyo símbolo fué la Cruz, y como á uno de los mejores teólogos ascéticos, por desgracia poco conocidos. Las citas de sus escritos hechas con oportunidad por el expresado Autor, despiertan en el que las lee un piadoso deseo de conocer al Beato Escritor, que recibiera de la misma Reina de los Cielos la misión de escribir, diciéndole en una de las apariciones: *Escribe*. Al leer la narración de los hechos de tan milagrosa vida puede decirse que el lector se traslada á aquel siglo de oro en que tanta gloria alcanzó España, y que oye á más de trescientos testigos oculares y contemporáneos, de todas las clases de la sociedad, y muy especialmente de lo más escogido de aquella Corte de sabios y de Santos, todos los cuales deponen de la verdad de tales prodigios.

Toda persona sensata se convence al ver al Beato Orozco Consejero de Felipe II, de que los Santos son los mejores directores del corazón humano y de las sociedades, confirmando esta elección hecha por tan prudente Rey el dicho de un sabio moderno: *Para consejeros los teólogos y entre los teólogos los místicos.*

Valladolid 30 de Marzo de 1882.—Santiago Cerón. Sr. Vicario Capitular y Gobernador Eclesiástico S. V. de Valladolid.

Valladolid 31 de Marzo de 1882.

Visto el informe del Censor Eclesiástico de la «Vida y Escritos del Bto. Alonso de Orozco», compuesta por el R. P. Fr. Tomás Cámara, del Orden de S. Agustín y Profesor del Colegio de Filipinos de esta Ciudad, hemos tenido á bien autorizar, y por el presente autorizamos, la publicación é impresión de dicha obra.

Lo acordó y firma el Sr. Gobernador Eclesiástico accidental S. V. de que certifico.

LIC. HIGINIO BAUSELA.

Por mandado de S. S.^a
ILDEFONSO POBLACIÓN,
Vice-Secretario.

PROTESTA DEL AUTOR.

Como quiera que, aunque incidentalmente, se habla en este libro de personas muertas en olor de santidad, dándoles diversos títulos de veneración, no estando todavía beatificadas ni canonizadas por la Santa Sede, declaro, para más conformidad con los decretos de Urbano VIII, que dichos epítetos y narración de obras prodigiosas á ellas atribuidas no tienen otro valor que el puramente histórico; sujetándome gustoso así en esto como en todo á las declaraciones de Nuestra Santa Madre la Iglesia, en cuyo seno quiero vivir y morir.



PROTESTA DEL AUTOR

AL QUE LEYERE.



CUANDO, en 1875, decretaba su Santidad Pío IX que podía concederse el honor de los altares al Ven. Alonso de Orozco, la circunstancia especial de poseer este Colegio el inapreciable tesoro de sus venerandas cenizas púsome la pluma en la mano para describir, en uno ó dos artículos no más, al santo personaje á quien el Pontífice sumo colmaba de estupendos elogios. Muy joven entonces, sin más hábitos ni buenas prendas para escribir que el arrojo, y acaso algún cariño á mi héroe, fui emborronando cuartillas sin acertar á encerrar la grandeza del Venerable en el pequeño cuadro que me había propuesto. No sé si el calor del entusiasmo, ó mi poco claro y comprensivo entendimiento, me hacía alargar cada vez más, hasta llegar á ocurrirme el pensamiento de trazar su biografía acabada y completa. No faltó quien aplaudiera la idea; y yo, que no necesitaba de espuelas, me dí á revolver crónicas y aun á desempolvar legajos de archivos. El horror que sentía antes á los M.SS. indescifrables, y

:

mayormente á los indigestos procesos, desapareció bien pronto con los saltos de gozo que daba al tener la fortuna de encontrarme con riquísimas informaciones originales sobre la vida del siervo de Dios, curiosas é interesantes por las declaraciones que contienen, inestimables por las firmas de distinguidos testigos que las esmaltan.

Crecía en mí el ardor y la devoción hacia el Santo; y en 1876 emprendí la carrera de los viajes exploradores, deteniéndome en considerar la casa de Oropesa donde nació, los lugares de Talavera, Toledo y Salamanca que recorrió en su infancia y adolescencia; llamé á las puertas de los Monasterios que le veneran como á su santo Padre y Fundador, y consulté en unos y otros puntos archivos y bibliotecas que me pudieran abrir nuevos caminos ó esclarecer los ya descubiertos. Muchos papeles importantes me salieron al encuentro sin trabajo mío apenas. Y rico y contento con abundante caudal de materiales, aunque nunca hartó y satisfecho, iba terminando mi bosquejo á mediados de 1877. Las bravatas entonces de un guapetón, enemigo del nombre de Cristo, me obligaron á dejar los documentos de mi amado Venerable, para salir en defensa de la verdadera ciencia, y entretenerme en un libro que el público ha recibido con inmerecido favor.

No perdió nada la Vida del Bienaventurado Padre por no salir en aquella manera en que la había dejado: mientras tanto y todo el tiempo restante he tenido ocasión de leer sus obras, que son muchas, consultar otras bibliotecas y á personas entendidas, y adquirir nuevos conocimientos, especies y datos peregrinos. Anunciándose, por fin, en los meses pasados la proximidad de la beatificación del venerable religioso, me he dado prisa por retocar, mejor dicho, por rehacer y terminar el bosquejo ha tiempo suspendido.

Todavía, sin embargo, no me atrevo á presentarle al público sin suplicarle sea indulgente para conmigo:

no lo hubiera estampado sin gran remordimiento y pesar, á no ser por la esperanza que abrigo de sacar á luz algún día, muy pronto acaso, las Actas mismas é Informaciones para la Canonización del Venerable, monumento el más rico y soberbio á su memoria. Ellas patentizarán y ensalzarán cuanto yo olvido y aminoro. Porque sería harta lástima que el público, por culpa mía ó cualquier motivo, no llegase á conocer la excelencia y superiores prendas de varón tan insigne, su influencia é importancia en la historia, y el altísimo honor que de su santidad y letras proviene á España.

Oriundo de una tribu patriarcal, mecido en noble cuna, florón de la Universidad Salmanticense, Religioso y Sacerdote condecorado, consejero perpetuo y amigo íntimo de Felipe II, oráculo y remedio universal de la córte, escritor clásico, hombre de Dios y Santo privilegiadísimo, feliz nacido que abarcó la edad de oro española en 91 años de merecimientos inenarrables; ¿quién sin temor osaría trazar su figura veneranda?

Dadas estaban las primeras pinceladas por la mano maestra y primorosa del río de la elocuencia, el Padre Márquez; mas no acabado el cuadro. Con el encogimiento, pues, y recelo que el lector sensato puede imaginar le ofrezco ahora, sino una obra completa, un estudio concienzudo, á lo menos, de la vida y escritos del varón de un siglo, y siglo como el décimo sexto de España.

La presente algarabía doctrinal, que nos atolondra, y la superficialidad vanidosa de los sabios á la moderna usanza, nos han casi relegado al olvido, como tantas otras genuinas glorias de la patria, el preclaro nombre del Ven. Alonso de Orozco, tan celebrado en sus días y posteriores edades. Los hechos solos depurados en la más sana crítica, expuestos sin ingenioso artificio (como por fuerza había de narrarlos yo), espero demostrarán al lector la importancia suma de los destinos del Predicador de Felipe el Prudente, en aquella córte de

ambos mundos. Aquella córte, dique al frenesí de la orgía septentrional, barrera y martillo para la soberbia musulmana, ayuda y amparo de los Santos, asilo y santuario de los ricos manuscritos y las ciencias todas, estímulo y corona de las letras, máquina y resorte por donde el orbe se movía, se impulsaba y encaminaba la humanidad hacia el bien de las naciones.

Complacióse el cielo en enriquecer de mercedes sobrenaturales á su siervo el Ven. Orozco, espléndido fué en comunicarle dones y naturales luces, largos años de vida y experiencia: nosotros nos persuadimos que todo se enderezaba al título y oficio, que el Venerable desempeñó, de Predicador de Felipe II.

Y el lector lo podrá ver asimismo en virtud de los datos que presentaré á su vista. Haré hablar á los mismos testigos que conocieron y trataron al celebrado Padre, sin que por ello convierta la historia en un proceso jurídico; antes pienso que dichos testimonios prestarán á la narración, desde luego más autoridad y firmeza, y demás de ello, novedad, interés y atractivo. Tan lejos me hallo de bosquejar esta biografía entre las oscuras sombras de las dudas y las contiendas, que, como ningún personaje ni período histórico deje de dar pábulo á las disputas y vacilaciones, toda esa parte dudosa y menos dilucidada ha parecido exponerla en punto aparte y lugar de los documentos justificativos. Así la historia seguirá su curso apacible, como las aguas de un manso río se deslizan sosegadas por su abierto y llano cauce.

La vida de un santo no ha de servir solamente para distraer y deleitar al literato y al crítico, ó enseñar al filósofo; es menester que sirva también, como es nuestro propósito, de edificación y ejemplo al cristiano aun medianamente docto. Y ante todo, es evidente que mi obligación es describir al Venerable con todo el esplendor y la aureola de la santidad, su verdadero é importante lustre, su honor y su gloria. Por cierta peste y contagio de

horrible materialismo, acaece que los hombres se avergüenzan de hablar y escribir de la vida sobrenatural; espántanse al oír la palabra *milagro* ó *revelación*, y estiman honrar mejor á sus héroes considerándolos como escritores de más ó menos talla, talentos de alcance pasmoso, todo menos de amigos del Señor y amadores de las cosas celestiales. No parece sino que el sacrosanto y augusto nombre de Dios mancha y desluce las páginas de la sabiduría, y cual si la fe convirtiera las inteligencias en puros embelecos. No: por respeto á locos trastornadores de la ciencia, no hemos de profanar la memoria de nuestro amado Venerable, las gracias santas de nuestro adorable y amantísimo Criador. Seremos críticos, pero no escépticos; racionales y estudiosos, pero no ateos, desconocidos é ingratos á Dios. También las vidas edificantes de los santos influyen en el ánimo de filósofos y doctos, como Simpliciano y Agustín; caballeros y militares como Ignacio de Loyola; y este provecho es más atendible que los aplausos de los idólatras de la materia.

En verdad que la vida del bienaventurado Alonso aparecerá más filosófica y *trascendental*, cuanto más santa; porque elevada y santa había de ser su influencia en la córte de Madrid y en el ánimo del gran Monarca; y elevado y santo era el destino de España en el siglo xvi, en las altas y sacratísimas trazas de la Providencia Divina, mano reguladora de hombres y naciones.

Dr. Tomás Cámara.

Colegio de Agustinos de Valladolid.





INTRODUCCIÓN.



EA el lector de una ojeada el plan de nuestra historia, y las fuentes principales de donde la hemos tomado.

Va dividida en tres libros: el primero de los cuales abraza, desde el nacimiento del Bienaventurado Alonso de Orozco, toda su vida que podemos llamar de retiro ó privada, empleada en los estudios de sus primeros años y oficios de la Religión; durante el cual tiempo no se descubren abiertamente los fines á que la Providencia dirigia las pruebas á que expuso el corazón de su siervo, ni los extraordinarios favores que le comunicó; donde no parece claro si el Señor deparaba á las religiones un modelo de prelados, á las Indias un apóstol, ó á las letras y la piedad un maestro y escritor fecundísimo.

Es de advertir que acerca de los padres, patria, educación, santidad, letras y renombre del Ven. Alonso se hicieron, veinte y ocho años después de su muerte,

copiosísimas informaciones jurídicas en Madrid, Valladolid, Salamanca, Granada, Toledo, Oropesa y Talavera; donde testigos de todas condiciones declaran cuanto oyeron y supieron de dichos puntos. Estas Actas no hay para que notar que son la fuente más limpia y abundante para la veracidad de las menudencias de su preciosa biografía. Actas cuales por ventura no haya recogido santo alguno de la cristiandad, por lo extraordinario de las circunstancias de haber vivido el Venerable muy largos años en las dos córtes de Valladolid y Madrid, conocido de los Reyes y Príncipes, de toda la Nobleza, Obispos y Prelados, y córtes tan grandiosas como de la Monarquía española en aquel período de grandeza; tanto que solamente en la sumaria de Madrid deponen y firman 333 testigos de lo más excelente, flor y nata de España en títulos, religión y letras.

Para este primer libro de que hablamos, el cual llega solamente hasta el quincuagésimo cuarto año de la vida del venerable agustino, no es tanto lo que nos valen los procesos; por cuanto no creo posible hubiera testigos de vista en 1620 que le hubiesen conocido y tratado antes de 1554; mas sirvennos para que éstos nos comuniquen lo que oyeron del religioso á quien tanto admiraban las gentes. En cambio, también hay que decir que el Bto. Alonso es cronista de sus hechos; pues, á imitación del gran Patriarca, escribió *Sus Confesiones*, donde manifiesta raros detalles de su vida. Con ellas, *el Tratado*, que podemos llamar, *de las virtudes del Bendito Padre* mejor que *Vida*, compuesta por el ilustre escritor contemporáneo P. Márquez, alguna otra memoria y las historias de nuestra Orden, que citaremos, hemos ilustrado la primera parte en la manera que adelante se verá.

El *segundo libro* comprende los restantes años del Venerable desde los 54 hasta 91 que alcanzó, gastados todos en el ejercicio de su ministerio público de Predicador de Felipe II en la córte; donde se patentiza su final destino en la tierra y el arte maravilloso de reali-

zarlo. Para esta sección, la más notable y sorprendente, aprovechamos de modo especial los luminosos testimonios de las Informaciones auténticas y originales.

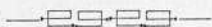
Y trata el *libro tercero* de la bendecida é inmortal memoria que en pos de sí dejó el observante Padre, sobre todo, de los dos imperecederos recuerdos que nos legó, sus valiosos escritos é inestimables despojos; dando ocasión lo primero para desenvolver la bibliografía y juicio crítico de sus obras, y lo segundo para tratar de los prodigios que Dios ha obrado por intercesión de su siervo, los cuales unidos á heroicas virtudes le han elevado al honor de los altares.

Los puntos de más amplia erudición, los controvertibles y documentos comprobantes del texto, los hemos dejado para apéndices á los capítulos de unos y otros libros.





LIBRO PRIMERO.



CAPÍTULO I.

El valle y casa de Orozco. Nobilísima ascendencia del Bienaventurado Alonso de Orozco.

A principios del siglo xi, en lo más florido de sus años moría D. Sancho López, IV Señor de Vizcaya, dejando de muy tierna edad á sus dos hijos D. Íñigo López y D. García Sánchez.

Con acierto por todo extremo equitativo é ingenioso trató entonces el pueblo vizcaíno de darle sucesor. En continua lucha había tres siglos con los enemigos de nuestra fe, y alguna vez no muy en armonía con los reyes cristianos, parecióles poco conveniente declarar Señores á los que necesitaban ayos, y ni les agradó tampoco nombrar Regente; el cual pudiera descuidar el espinoso empleo por no mirarle como cosa propia, ó aficionándose á él con demasía, no llevar á bien transmitir á su tiempo un honor ambicionado. Los Padres del pueblo eligieron por Señor á un hermano del malogrado Don Sancho, llamado Íñigo Ezquerro López; y por respeto á

la desgracia de los inocentes y nobilísimos huérfanos, separaron para dominio de ellos dos valles enclavados en el Señorío, el de Llodio y el de Orozco. Cúmpleme decir alguna cosa del último.

Fórmale corto término de 20 kilómetros de largo y 11 de ancho, rodeado de altos montes de piedra poblados de hayas, encinas, alisos y robles. De las escarpadas cumbres Altube y la peña de Gorbea, que son las que le cierran, precipítanse al fondo del valle dos raudales, origen de los torrentes Altube y Arnauri; los cuales, aunque nada caudalosos de por sí, unidos en medio de la cuenca y favorecidos con el caudal de varios arroyos, forman el río Orozco, perdido en las aguas del Nervión, apenas sale de la hondonada de su nombre. Los industriosos moradores del valle, eternos domadores del hierro, no dejan pasar ociosos á estos manantiales: á maravilla les han hecho servir para sus ferrerías en que siempre han sobresalido hasta hace pocos años. Y con el constante ejercicio del arte, la rica pesca y los frutos que el resquebrajado terreno á duras penas les ofrece, han hallado su alimento, como se ve, recogido por el trabajo y el ingenio más que por espontánea generosidad de la naturaleza.

No se borrará de nuestra memoria la viva y agradable impresión que nos causó aquel valle pintoresco, que serpentea de Sur á Norte por casi toda la Provincia. Era á mediados de Setiembre cuando le admiramos: por donde quiera que derramáramos la vista, tropezaba al instante con declives de montañas, verdes todas, y cubiertas de frondosos árboles: de trecho en trecho, hasta en la cima de los montes, blanqueaban solitarios caseríos, unidos con las nubes por una ondulante columna de humo, cercados de sotos donde pastaba la vaca de leche y su ternero, principal riqueza y sustento del país. Parecíanos que la naturaleza se nos mostraba como inmenso libro abierto, blandamente reclinado en las faldas de Altube: apenas se oía una voz, nada de ruido;

y si cantaban algunas aves ó los gallos de las casas, esto mismo convidaba á contemplar de nuevo aquel cuadro tan sorprendente á un hijo de las llanuras de Castilla, acostumbrado á no encontrar límites ni embarazos en el horizonte. El sol semejaba más hermoso, grande y refulgente; porque allí no se le ve tocar en la tierra al nacer; sino siempre se muestra en lo alto de las sierras y como en trono más encumbrado; demás de que osténtase al brillar como héroe victorioso que ha disipado la eterna neblina, extendida á manera de ligero velo sobre las lozanas cordilleras. Y difundiendo luego su vivo resplandor por los arbustos y enramadas del valle, presenta éste un cuadro mágico de brillante luz y oscuras tintas, más apacible y deleitable que la blancura deslumbradora de las escuetas márgenes del Duero y del Pisuerga. Bello y encantador era en el otoño aquel paisaje.

Comarca tan celebrada é histórica y siempre ardiente defensora de su suelo, parece hallarse en la primavera de la vida: apenas se encuentran indicios de haber estado notablemente poblada en lo antiguo; antes parece que siempre han sido escasas sus aldeas, desparramadas como ahora las viviendas, aunque agrupadas algo más al rededor de la plaza de la feligresía. En vano buscará el viajero en todo el país vasco las vicisitudes é historia del arte esculpidas en mármoles, ni las tradiciones populares en códigos y archivos conservadas. Lo sorprendente y raro, el arte y toda su historia se hallan sólo en el pueblo viviente, en su lengua, sus cántigas y costumbres patriarcales. Y cuenta que son tenidos fundadamente por aborígenes iberos, que jamás han perdido la pureza de la sangre, el habla y carácter primitivos. Admírese, pues, ese pueblo singular, el suelo alfombrado que huellan, las regaladas auras que respiran y el cielo melancólico que los alumbra. A falta de ruinas, se podrá visitar en la elevada peña de Gorbea la gruta de Sopelegor: estupenda y caprichosa se ostenta en ella la naturaleza.

Este es el patrimonio que los vizcaínos reservaron para D. Íñigo López, segundo hijo del, como hemos dicho, IV Señor de Vizcaya. Gobernóle con entera independencia, al decir de varios autores, dando su nombre principio á nueva serie de Señores de Orozco. No es del caso referir minuciosamente la genealogía de los Señores que tuvo, y menos todavía ocuparnos en su buen ó mal gobierno, esclarecidos hechos y vicisitudes de este pueblo reducido; pero importábanos mucho repetir lo que fundados autores, de común acuerdo, atestiguan acerca de la procedencia de esta noble casa. Por sucesión regular vino á recaer su gobierno en D. Íñigo López de Orozco, sexto en la serie de los Señores, Ayo del infante D. Fernando hijo del Santo Rey. Murió sin descendencia y, como sucedía en casos análogos por el derecho entonces vigente, el Señorío de Orozco se refundió en el total de Vizcaya, su origen y principio. Permanció, eso sí, subsistente la línea de D. Íñigo en su hermano Ruy López, Señor de Hita, (que duró hasta su hijo D. Fernando Ruíz de Orozco) además de las líneas de D.^a Mencia López y la de Blasco Ortiz de Orozco y otros.

A mediados del siglo xiv enalteció más su nombre, con los heroicos servicios prestados al Rey D. Alonso XI en el sitio y rendición de Algeciras, D. Íñigo López de Orozco, Caballero de la Banda con el título de Primer Señor de Escanilla y Cogolludo.

Encontrando luego D. Pedro el Cruel resistencia formidable en los castillos y palacio de Orozco, cuando perseguía á su hermano D. Tello refugiado en Vizcaya, entró en el Señorío por las Encartaciones; y apoderado del valle de Orozco, se cree destruyó el palacio y las fortalezas. Subsistió después, sin embargo, la familia y casa de Orozco como de las más nobles é infanzonadas de Vizcaya.

Bien celebrados son en nuestras crónicas los favores que de D. Juan I y el Rey Católico merecieron los caballeros de Santiago D. Pedro Íñiguez y D. Juan Pérez de

Orozco, lozanos vástagos de dicha cepa. Y en el siglo xvi y xvii había conocimiento, y muy individuado, de dicha casa y familia: tenemos de ello testigos de mayor excepción. La primera de las preguntas en orden á la santa vida del Ven. P. Orozco, para el proceso de su beatificación, versaba cabalmente acerca de la nobleza que, como cosa notoria, se publicaba de su linaje. Muchos testigos contestaron que efectivamente les era conocida; mas de todos ellos pláceme aducir á la letra el dicho jurado del Caballero de Santiago, famoso D. Francisco de Quevedo y Villegas. Dice así: «Este testigo no conoció á los padres del bendito P. Orozco, sólo le conocí desde mi niñez hasta que murió, por haber sido dicho bendito P. Orozco muy familiar de mis padres; y también por haberle comunicado mucho; porque, siendo este testigo niño, le enviaban sus padres á que le viese la celda, pareciéndoles que con eso se enderezaría en la virtud; y aunque este testigo no conoció á los padres del dicho bendito P. Orozco, tiene particular noticia de que la casa de Orozco, que está sita en Vizcaya, de donde descenden los padres del dicho bendito Orozco, es casa solariega é infanzonada, donde ha habido muy señalados é ilustres caballeros, como se lee en la crónica del Rey D. Alonso el Onceno y del Rey D. Pedro el Cruel su hijo, especialmente el esforzado caballero Íñigo López de Orozco y su hermano; el cual dicho Íñigo López de Orozco fué caballero de la banda que en aquel tiempo se tenía por la primera prerogativa de nobleza en Castilla; y esto responde» etc. (1)

El mismo Venerable, preguntado, confesó muchas veces que era oriundo de Vizcaya; y como la casa prin-

(1) *Información sumaria de Madrid.*—M. S. fol. 463. Publicamos estos testimonios con ortografía moderna, salvo rara vez que exija otra cosa alguna circunstancia especial. Y aun en ocasiones las palabras *este testigo* etc... las sustituimos por los pronombres personales respectivos ó bien las callamos, por no molestar al lector con la repetición de vocablos innecesarios.

cial se hallaba en el Valle de Orozco, á él y sus hermanos, aunque nacidos en distinto punto, no les llamaban con el nombre de otra patria, que el de su apellido. Á tal punto era así, que algún autor le ha creído nacido en Orozco; y si otros le llaman oriundo de Cantabria ó cántabro á secas, atribúyase á la oscuridad que en la historia ha reinado acerca de la situación precisa de aquella región tan controvertida. Según el respetable D. Aureliano Fernández Guerra, parece claro que los cántabros, raza céltica, no llegaban en su parte más oriental sino hasta Castrourdiales, Cadagua y Cigüenza del Páramo: quedaban, pues, aún muy á la derecha los apacibles *várdulos* del valle de Orozco, llamados en la edad media *vizcatnos* como los demás de su linaje; los cuales, no de los celtas, nómadas y salteadores, sino del sencillo ibero, pastoril y agrícola, traen su origen. Habido esto en cuenta, podrán conciliarse las variantes que tocante, ya al lugar del nacimiento, ya á la estirpe del Bto. Alonso, traen los historiadores en biografías y diccionarios.

Por este motivo ha parecido oportuno tratar este punto en el primer capítulo, aunque tenemos muy presente lo censurable que es explicar las cosas desde muy atrás; y al fin y al cabo nuestros esfuerzos se dirigían á llevar prestados resplandores de gloria al que los despidió vivísimos y propios ennobleciendo él más su prosapia. Quien brilla glorioso en la historia de las letras, y sobre todo, ha merecido ser declarado por el Vicario de Jesucristo héroe en las virtudes y en los milagros insigne, presentándose así á los ojos de los fieles con aureola celestial, está muy lejos, seguramente, de necesitar recomendaciones de alta alcurnia, testimonio á las veces de virtud ajena, de ordinario ocasión de insensato orgullo. Empero la Iglesia, al celebrar las fiestas de sus Santos, suele con las virtudes notar la ilustre cuna que por fortuna tuvieren, y no de otra suerte cumpliríamos nosotros con el deber impuesto de dilucidar la vida del por todos conceptos varón esclarecido.



CAPÍTULO II.

*Nacimiento del Venerable. Maravillas que le acompañan,
prenuncio de sus altos destinos.*

1500.

En las guerras de nuestros Reyes contra los mahometanos de Andalucía, especialmente para la conquista del reino de Granada, salieron muchos caballeros de la ilustre familia de Orozco y Olarte; permaneciendo luego unos con el apellido de Orozco, y otros de Olarte, en distintas partes de España. Hernando de Orozco, oriundo de la noble casa y pueblo que acabamos de describir, residía en Oropesa de Gobernador del Castillo y Alcaide de Torico, cual lo había sido su padre. Con tal motivo tuvo conocimiento de las raras prendas de la hidalga doncella de aquella villa, virtuosísima María de Mena: Dios unió sus nobles corazones y colmó de beneficios á tan afortunado matrimonio.

Cierto día, entre complacida y pesarosa, paraba la consideración María de Mena en el fruto de su fecundi

dad, aún no nacido. Era que tras la dicha de dar á luz felizmente á otros hijos, había tenido el sentimiento de verlos acabar en sus brazos, sin lograr apenas el gozo de contemplar sus primeras sonrisas; así que la embargaba indefinible presentimiento, mezclado de satisfacción y pena.

Excelente idea sugirióle entonces su corazón piadoso. Gozábase antes de perpetuar en su descendencia los ilustres nombres de sus mayores, y atribuyendo juiciosamente al deseo vanidoso la razón de su desgracia, resolvió honrar la memoria de los héroes del cielo, mejor que los de la tierra, poniendo nombre de los santos al vástago que sentía brotar de su vientre. Siempre solía ofrecer sus hijos á la Virgen; pero ahora elevaba sus anhelos á la Madre admirable con intención más pura, pidiéndole que admitiese benigna la nueva ofrenda. Y revolviendo en su mente, cuál nombre le pondría, oyó una voz escondida, suave y delicada como de virgen, que le dijo: *¿Cómo le has de llamar, sino Alonso?* La sorpresa y júbilo que esta voz le causó, no son para dichos. Entendió por ello la venturosa madre que era varón lo que encerraba en sus entrañas, y que nada menos que la Virgen Santísima se le admitía para su perpetuo servicio. Y desde aquel momento, le consagró generosa á la Reina del cielo; para que á imitación del Santo Ildefonso, fuera su hijo distinguido capellán de María, celoso de la honra y prerogativas de la Virgen Madre.

Pero lo más extraño todavía fué que, al sonido de la voz dulcísima, saltó el niño en el vientre materno. No parecía sino que, conociendo por el nombre de *Alonso* su futuro destino, aceptábale gustosísimo dando saltos de placer. Merced tan extraordinaria me obliga á hacerla constar antes de pasar adelante. Existe en el proceso de beatificación una hoja, de letra del confesor del Ven. Orozco, escrupulosa y jurídicamente reconocida por auténtica, que así comienza: «Mercedes y favores

que Nuestro Señor hizo al P. Fray Alonso de Orozco de la Orden de Nuestro Padre San Agustín, que él mismo las escribió y me las dijo como á confesor suyo:

Que antes que naciese, estando su madre preñada, la cual era muy deuota de nra. S.^{ra}, tenia costumbre de ofrecerle todos sus hijos; auéndole ofrecido el que entonces tenia en el vientre, estaua con cuydado que nombre le pondria, y apareciole la madre de Dios y dixole que le pusiesse Alonso, porque hauia de ser su capellan, y á este punto sintio que la criatura que tenia en el vientre se rebullia mucho, que como se regocijaba, y contándome esto el bienaventurado padre, dixo que aludia esta mrd. á la que se hizo al Bap.^{ta} en el vientre de su madre Elisabet» (1).

Después de esto, no son tanto de extrañar las demás circunstancias que acompañaron á su nacimiento. Dos testigos deponen en dicha información haber oído que, por aviso de un pobre, dióle á luz su madre en el establo; para que desde la cuna siguiera las huellas del pobrísimo divino infante. Era jueves, diez y siete de Octubre del año de jubileo mil y quinientos, puesto el sol y entre dos luces; al sonar la campana, invitando á los fieles á saludar á la Virgen, sintióse María de Mena con dolores de parto; y acabado el melancólico tañido de las Ave-marias, el niño era nacido. En tal momento, con no poco pasmo de las comadres, clavó su mirada, alegre y viva, en el brillar de una candela.

La felicísima madre no quiso ya que, al llevarle á bautizar, adornasen al recién nacido con vestiduras de rico brocado y variados colores; sino que, como á ofrenda dedicada á la Purísima Virgen, le vistiesen enteramente de blanco. É hizose así, verificándose su bautizo en la parroquia de la Asunción de Oropesa. Pertenece esta villa, patria dichosa del Venerable, al reino de Toledo y Obispado de Ávila; la cual, estimándose muy fa-

(1) *Información sumaria de Madrid*, fol. 49.

vorecida de Dios por el nacimiento de tan santo patrio, no ha perdido ocasión de manifestarlo con magníficas obras (1).

María, la piadosa madre, testigo de tantas maravillas ocurridas en el natalicio de Alonso, no podía olvidar la larga recompensa de su oportuno y religioso pensamiento de honrar la memoria de los santos en los hijos, escudándolos al propio tiempo con un nombre, siempre temido á las potestades infernales. El recuerdo de tales sucesos debía de ser, á no dudarlo, el panal de miel que endulzaba sus días. ¿Habría cosa alguna más viva en su memoria? Cuidó, como no podía menos, de hacérselo saber á su hijo. Lo que el agraciado sintió en su corazón al oírlo, bien á las claras nos lo dejó escrito en su maravilloso *Libro de las Confesiones*, donde desatando la lengua en hacimiento de gracias á Dios, decía: «Vos, mi Salvador, sabéis bien lo que mi madre, la primera vez que me vió religioso, ha más de cuarenta años, en Talavera me contó, para gloria vuestra y gran gozo mío. Sabed, hijo, me dijo.....» y refiere el santo

(1) Con no poca alegría encontramos en los registros del Ayuntamiento de Oropesa el voto y ofrecimientos hechos por el pueblo para honra de su Santo; las mujeres que se habían incorporado al grupo de varios miembros del Ayuntamiento y otras personas que nos honraron con su compañía, nos enseñaban con vivas muestras de satisfacción la planta baja ó establo, donde es fama que nació el Beato. La casa, en que vió la luz primera, la adquirió la orden Agustiniiana antes de la mitad del siglo pasado, según la escritura pública que obra en el archivo del Colegio donde escribo: todavía sobre la piedra dintel de la puerta se distinguen vestigios de las armas de nuestro instituto allí insculpidas. Ójala que el pueblo y ayuntamiento de Oropesa se mantengan fieles á los propósitos de sus antepasados, y que no desdiciendo en nada de la piedad de sus mayores, levanten los altares ofrecidos y se regocijen en la fiesta de su Santo, imitando sus virtudes. No esperamos otra cosa del pueblo que tanto interés tomara, al hablarle de la gloria de su venerable paisano.

lo que en sustancia acaba de oír el lector. «Esto es lo que dijo María mi madre, y sierva vuestra; y mi padre Hernando se holgó de este voto. ¡Oh soberano Rey, cuánto os debe mi alma loar por estos favores, tan sin merecerlos yo! Doy á vuestra Majestad gracias sin número, que ordenasteis que yo naciese de padres católicos y cristianos; y tales, que antes que naciese, me ofreciesen á vuestro servicio, dejando el siglo y sus pesados tributos. Alábaos también mi alma, por haberos acordado de mi nombre, declarado por boca de vuestra sagrada Madre. ¿Y de dónde merecí yo que la Madre de mi Señor y Redentor viniese á mí? *Prendas son estas, gloria mía y Dios mío, de las grandes misericordias que adelante me habiais de hacer*: por ser vos quien sois, Padre de misericordias, reciba yo tan gran favor que no me olvide en toda la vida de loaros y serviros, y juntamente dar gracias á vuestra piadosa Madre, á quien, pues soy deudor aun antes que nacido, no desmerezcan mis culpas, oh Criador del mundo, que vuestras misericordias crezcan en mí y váyan siempre adelante para gloria vuestra» (1).

Que ni aun después de los ochenta años había olvidado el Venerable merced tan rara, pruébalo abundantemente el haber fundado el convento de Sta. Isabel en esa edad, bajo la advocación de la Visitación de Nuestra Señora, en reconocimiento y memoria perpetua de los cuidados de la Virgen por el bienestar y dicha de sus siervos, tomando como emblema la visita á Santa Isabel; y ya veremos en el resto de esta historia cuán-

(1) Libro I, cap. VI de las *Confesiones*, pág. 71 del Tomo III. Madrid. En la Imprenta del Venerable Siervo de Dios Fray Alonso de Orozco, Año MDCCXXXVI.—Edición de sus obras en siete volúmenes en folio. No especificando otra cosa, en las citas del Bto. Padre nos referimos siempre á esta edición, por estar en ella recogidos los libros sueltos y no ser tan rara como las primeras de sus obras,

to procuró ensalzar el nombre de S. Ildefonso, á quien le dedicaron en el bautismo.

Ahora está embebida nuestra mente en la frase que al autor de las *Confesiones* acabamos de subrayar: *Prendas son estas, gloria mía y Dios mío, de las grandes misericordias que adelante me habíais de hacer.....* Ciertamente, cuando en la natividad del Bautista acontecieron las maravillas que nos trae á la memoria el nacimiento del niño Alonso, exclamaban atónitos los asistentes: *¿Quién pensáis será este niño?* Lo mismo llenos de asombro repetimos nosotros: *¿Quem putas fuer iste erit?...*





CAPÍTULO III.

Descúbrese la nobleza de alma del niño Alonso y su primera educación. Voto que delante del Sacramento hizo á los seis años.

1506—1513.

EN el hundimiento de la torre de la Asunción de Oropesa, se perdieron los libros parroquiales, donde constaba la partida de bautismo de Alonso de Orozco. Alguna diligencia y esfuerzo hizo D.^a María de Aragón, noble devota del Venerable, á fin de hallarla; y acaso por complacerla suplió la pérdida en el mismo libro de *sus Confesiones*, comenzándole con las siguientes líneas. «Mi nacimiento fué en Oropesa, reinando la muy católica Reina Doña Isabel, de gloriosa memoria. Mi padre se llamó Hernando de Orozco, y mi madre María de Mena, los cuales se vinieron á morar á Talavera, cinco leguas de Oropesa. Sería yo entonces de ocho años. Sirviendo en la Iglesia Mayor algunos años en Talavera, me llevaron á la Iglesia Mayor de Toledo, en la cual serví tres años. Saliendo de Toledo, me envió mi padre á estudiar á Salamanca, donde

estaba un hermano mío mayor de edad estudiando, y allí nos hizo el Señor merced del hábito que tomamos juntos en el Monasterio de nuestro P. S. Agustín.»

Fuerza es que cuando el bendito Padre hable de sí, me limite yo á transcribir las interesantes relaciones dictadas por su puro y sencillo corazón. Es la historia verídica narración de los hechos, y habrá llegado al más alto punto de su fin si despierta en nuestra fantasía y como que resucita, pintándolos al vivo, los personajes que en el asunto intervienen; menester será que en alguna manera los veamos y que, hasta trabando razones y pláticas con nosotros, oigamos sus discursos y razonamientos. ¿Con qué anhelo y atención no oiríamos á un anciano venerable, sentado en medio de nosotros, referir con encendidas y candorosas frases raros favores y privilegios del cielo, tiernas escenas de su infancia, deshaciéndose en alabanzas de la mano generosa que en todos los casos y sucesos de su vida le bendijo y amparó? Pues el lector puede recoger de labios del Ven. Padre y saborear en su pecho la historia que nos cuenta acerca de sus primeros años, envueltos ya en las contingencias y riesgos que á cada paso asaltan á la vida del hombre.

«La mano del Señor estaba conmigo y me confortaba (1).—Fatigado y desmayado de la visión de un ángel, Ezequiel dijo estas palabras, alabando al Señor. Dirélas yo, Dios mío, y con gran verdad; porque jamás, aun siendo niño, me desamparó vuestra poderosa mano. Siendo bien pequeño, que aún no usaba de razón, hallé un cuchillo que tenía la punta aguda, y con todas mis fuerzas trabajaba por hincármele por el pecho, teniendo ya pasados algunos dobleces de las mantillas: llegó mi madre, y hallóme el rostro hecho una brasa de la fuerza que ponía sin saber lo que hacía; y ella con gran turbación quitóme el cuchillo. ¿Quién, soberano Señor,

(1) Ezech. III. 14.

me sacó de aquel peligro, sino vuestra poderosa mano, que no consintió que el cuchillo pasase adelante? Adoro vuestra clemencia y millares de veces alabo vuestra potencia, Rey del cielo. Verdad es que me salvara, pues que era inocente, si de la herida muriera; mas vuestro divino consejo lo quiso así ordenar, para obligarme más á servir al que de trance tan peligroso me sacó: grandes son los peligros de los niños por su inocencia y poco saber: unos caen en el fuego, otros en el pozo, y otros con descuido de sus madres ó de sus amas se ahogan en la cama: loada sea vuestra Majestad que de todos me libró. Los males ajenos son beneficios nuestros, y así debo conocer que de aquellos trabajos nadie me pudo librar, sino Vos, que todo lo veis y en todo ponéis mano, como universal Gobernador de todo. Esta vuestra divina mano es la que me regía y acompañaba, cuando siendo yo de seis años cumplidos, nos concertamos yo y otro niño de mi edad ó poco más, para que alzando en la misa el Santísimo Sacramento y estando de rodillas, prometiésemos de seguir el estado eclesiástico, y así lo hicimos. ¡Oh bondad infinita, cuánto os debe mi alma amar por esta inclinación santa y don de vuestra liberal mano! (1) Yo no sé en qué estado murió el otro, pues el voto en tan pequeña edad no era válido; mas como mis padres (Señor, dadles el premio allá en el cielo) determinaron que siguiese la Iglesia, yo obedecí; y desde mis tiernos años me crié en ella, siendo contento de seguir tan santo estado».

«Sirviendo en la Iglesia mayor de Talavera (páreceme que sería de diez años) fuimos al río, y hallé nadando un mancebo; y yo, andando á la orilla del agua vestido, dijome cuando salió del agua: niño, no tengas miedo, entra más adelante, que bien puedes. Yo creíle, y en alargando el paso me hundí, que estaba hondo; y llevábame la corriente de agua más adentro, y con la con-

(1) Núm. X.

goja de sentirme ahogar, dieron gritos unas mujeres que lavaban paños á este mancebo que no tenía más de la capa puesta, que entrase á remediarme; y trabando de las haldas de mi sayo que andaban sobre el agua, me sacó de aquel peligro. Luego en esa hora entró otro mancebo á nadar, y en el mismo lugar se ahogó, avisándole antes de lo que á mí me había acaecido (1). Oh clemencia divina, ¿quién me dió de nuevo la vida sino Vos? Infinitas gracias os doy, que así vuestra bendita mano me libró. Allí gusté algo de lo que se padece en la agonía de la muerte; y en toda mi vida me olvidaré que como no tardase aquel mancebo más de cuanto derribó la capa y arrojóse luego en el agua viniendo para mí, me pareció que había tardado mucho tiempo. ¡Oh Señor, qué sentirá quien todo un día está agonizando! De esta consideración me aprovecharé toda mi vida» (2).

Servicios á la Iglesia, ofrecimientos al cielo, candorosas muestras del afecto de un niño bien criado, son los ecos que de la anterior lectura quedan regalando el oído.

Con la mayor ternura dejó asimismo perpetuado en el *Libro de las Confesiones* el recuerdo de su piísima madre, muy al vivo pintado el celo que en la sierva de Dios ardía por la buena educación de sus hijos. ¡Cuántos santos, y sabios y piadosos escritores, al manifestar sus delicados y buenos sentimientos, los han atribuído con S. Agustín á los avisos maternos que, como semilla depositada en el corazón, brotó más tarde en frutos de buenas obras y heroicas virtudes! Hernando, cabeza de la casa, holgábase mucho de tanta piedad, según dicho del Venerable mismo; y no pocas gracias daba éste al dador de todos los bienes por haber nacido de padres tan cristianos; excusado, pues, será añadir nada en

(1) Por este mismo tiempo, cuando tenía diez años, le libró el Señor de una grave enfermedad, por lo que más abajo le da igualmente infinitas gracias.

(2) *Confes.* lib. II. cap. I. pág. 75.

punto á las enseñanzas recibidas en el seno de tan piadosa familia.

Mas es de notar cuán distintas fueron las inclinaciones de Alonso de las de otros niños: ni la travesura del que á escondidas sale de casa para solazarse largo rato en pasatiempos con sus iguales, ni el descontento por juguetes y fruslerías pedidos y no alcanzados, ni la envidia al hermano mayor quizá más adornado y compuesto, cupieron en el alma del que, modesto y obediente, dócil y noble, manifestaba costumbres y condición de más adelantados años. Esta es la memoria que de su infancia nos han trasmitido personas fidedignas. Y persuade á ello el que, habiéndose propuesto el humilde Padre escribir sus pecados en *Las Confesiones*, al narrar en ellas los sucesos de la niñez, no de otra suerte lo hace que mencionando favores celestiales.

Estando en la villa de Talavera, y por el tiempo en que fué niño de coro de la Iglesia Mayor, aprendió á leer y escribir.

Después fué de seise á la Catedral de Toledo, donde se dedicó con provecho al estudio de la música, en cuyas dulzuras halló todo el tiempo de su vida un desahogo de su encendido y enamorado corazón hacia Dios. Tres años fueron lo que en la Iglesia primada sirvió; á lo que creo, desde los 14 de su edad.

La devoción y ternura con que el angélico niño desempeñaría el ministerio previsto entre ensueños por su madre y vaticinado por la Reina del cielo, cosa es que dejo á la contemplación de mis piadosos lectores.





CAPITULO IV.

Estudios del joven Alonso en Salamanca.

1514—1522.

CON los servicios prestados á la Virgen en la Iglesia de Talavera y la Basilica de Toledo en tan tiernos años, tenía Alonso cumplido en parte el ofrecimiento de su madre y el voto propio; pero restábale aún mucho más hasta ser fiel imitador de San Ildefonso en las alabanzas y glorias de María Santísima. Para ello había menester de una carrera lucida, en conformidad con la nobleza de su linaje y del alto destino á que desde el seno maternal estaba consagrado: era preciso levantar el pensamiento á la consideración de lo porvenir, y abandonando entretenimientos pueriles, tratar de ofrecer ocupación y más serio campo al hombre que despuntaba y se desenvolvía.

Hallábase ya cursando en la Universidad de Salamanca el hermano mayor *Francisco*; y al lado de él determinaron los venturosos padres que diera principio á sus estudios el joven Alonso.

Ningún lugar más á propósito. Salamanca, oh antigua gloria de mi patria!.. Salamanca subía entonces

presurosa, á impulsos de su ingenio y entre las caricias de la fortuna, á la más alta cumbre de la sabiduría. Unos y otros Pontífices, como á hija la más querida y discreta, la habían dotado y enriquecido de pingües rentas y privilegios singulares, llevando su predilección y desvelo hasta ampararla bajo su protección inmediata, otorgándole muy especiales estatutos, por los cuales viviese y se gobernase libre, próspera é independiente. Á porfia igualmente nuestros Soberanos cubríanla con su manto real, y estimándola como el principal ornamento de su reino, ennoblecían á los Maestros con la consideración y ricas dotaciones; exentábanlos, así como á los estudiantes, de comunes gabelas; cuidando especialmente de que en posadas y bastimentos estuviesen todos ellos servidos los primeros.

Y era á la sazón, por fortuna, el tiempo en que se recogía el fruto de la benéfica influencia de aquellos dos soles de España, los amados Reyes Católicos.

Por todas partes ostentaba la celebrada ciudad del Tormes las muestras de su creciente prosperidad: á la vez entonces que el magnífico templo de la nueva Catedral gótica, levantábanse suntuosos colegios, y entre ellos varios de los *Mayores*, (así llamados por su mayor excelencia y alta estima en que eran tenidos), como que allí se educaba la nobleza de Castilla, la flor y nata de la juventud española. Casi todas las órdenes religiosas iban abriendo también casas de estudio en sus conventos de Salamanca; y á ellas acudía lo más florido y selecto, así de encanecidos Maestros, como de jóvenes estudiantes. Y unos y otros colegios incorporados á la Universidad (á cuyas aulas asistían amigablemente unidos) eran el mejor decoro de ella, y como vivo destello de su brillante esplendor.

En aquel reinado feliz, cuando damas y caballeros de extraños países tenían á gala y como gentileza hablar la lengua de Castilla; por cuando el clásico y descontentadizo Erasmo certificaba que los adelantos de los español-

les en los buenos estudios prosperaban de suerte que podían servir de ejemplo á las demás naciones; cuando los Lebrijas labraban sabrosos panales de rica literatura, después de haber viajado como solícitas abejas en busca de las flores de lejanas comarcas; brillaba ya para nuestra patria la aurora de un *siglo de oro* en toda su plenitud, hermosada de todas sus galas y hechizos. ¡Qué ardor y viva comezón sentíase en aquella época por los estudios amenos!

Pedro Mártir de Anglería llegó en cierta ocasión á las Escuelas para dar su primera lección acerca de una de las sátiras de Juvenal; y encontrando el aula y los patios llenos de gente de bote en bote, hubo de subir á la tribuna por sobre los hombros y apiñadas cabezas de los ávidos estudiantes.

Los mismos Príncipes se honraban más con el título de profesores salmantinos que con los timbres de su ilustre cuna: un primo del Rey derramaba á los entusiastas escolares el rico caudal de sus conocimientos; el heredero del Condestable de Castilla explicaba los clásicos Plinio y Ovidio. Entendiendo asimismo el Claustro universitario la honra que se debe á la ciencia, entrelazaba las armas de su ínclito hijo, el pasmoso Tostado, con los blasones de los Reyes, que por muestra de reconocimiento insculpía en las decoraciones de aquellas magníficas Escuelas.

Demás de las repetidas cátedras de Leyes, de Cánones, Teología, Medicina, Astrología, Música, de Hebreo, Caldeo, Árabe, de Retórica y Gramática, creadas muy de antiguo, establecianse otras de peregrinas materias ó de autores esclarecidos. Eran veinticinco las cátedras salariables casi desde los primeros gloriosos días del estudio, é iban creciendo hasta llegar á setenta para cuando escribía su historia Chacón; y demás de esto, «ningun hombre está en la Universidad ó viene de á fuera de quien se puede esperar que hará algun fruto con su doctrina, que no procure entretenerle con muy honestos

partidos» (1). Émula de la gloria de su hermana la famosa Sorbona, y por corresponder al lema de su divisa, envió personas doctas á la capital de Francia en 1508, para que á toda costa trajesen famosos maestros de los Nominales (los cuales llamaban poderosamente la atención del mundo sabio); y al poco tiempo abría nuevas aulas donde se leyese á Gregorio de Arimini, y la opinión contraria de los realistas.

Gallardos jóvenes de Italia, Inglaterra y Francia, los más ricos y generosos de las Indias, Portugueses y Flamencos acudían de tropel á la renombrada Universidad en busca del vellocino de la sabiduría. Ascendía á millares el número de los alumnos: Pedro Chacón, historiador de dicho Estudio, testifica que al escribir él (1569) eran 6000, y que años atrás, siendo más corto el número de Universidades, subió á 14000; Lucio Marineo Sículo asegura que por su época eran 7000; lo propio refiere Pedro Mártir.

Y cuenta que la mayor parte de ellos era de ilustre prosapia, y que canónigos y dignidades y otros altos empleados civiles, enamorados de la ciencia, no se desdeñaban de sentarse en los bancos de los escolares, para oír la copiosa y profunda doctrina de aquellos acreditados profesores.

¡Qué enjambre de nobles y bulliciosos mancebos, qué fragua de generosos pensamientos y de entusiasmo literario!

Serían de ver las contiendas y certámenes escolásticos, que por vía de ejercicio y con el fin de aguijar los entendimientos, se celebraban, según las facultades, cada ocho ó quince días; á los cuales asistían Doctores y Maestros, el Rector y el Maestro Escuela, dándoles por la asistencia, así como á sustentantes y arguyentes, proporcionadas *propinas*.

(1) Pedro Chacón, *Historia de la Universidad de Salamanca* publicada en el *Semanario erudito de Valladares*. Tomo XVIII. p. 34.

Y no es para omitir la mejor prenda que de aquella muchedumbre de estudiantes refiere Chacón: «En todas las cuales cosas (dotaciones, limosnas, etc.), dice, aunque la Universidad de Salamanca se aventaja y excede á todas las de Europa, se aventaja mucho más en la virtud, recogimiento, autoridad y tratamiento de los estudiantes; porque con ser tan mozos, y los más nobles y principales y ricos de las tierras de donde cada uno es natural; con todo eso, se halla en ellos toda la buena conciencia, comedimiento, llaneza y buen trato que se puede desear; tanto que en esto desde muy lejos se conoce al que se ha criado en aqueste Estudio. Acompaña á esto tanta honestidad y tanta cuenta en sus conciencias, cuanta suele hallarse entre los Religiosos; y será prueba de ello que el presente año han entrado muy cerca de seiscientos estudiantes de los principales en las más estrechas órdenes y Religiones, y muchos de ellos en los descalzos; y otros que no han entrado profesan acá en el siglo la virtud y estrechez de vida de los religiosos, y dan á sus vecinos ejemplos de buen vivir. El tratamiento y hábito de los estudiantes no es posible (*decir*), porque los más de ellos son ricos; pero es tan modesto como el de los más reformados clérigos y sacerdotes» (1).

Tal era el estado floreciente en que se hallaba aquel emporio de las ciencias, llamado por Anglería y Maríneo Sículo *la nueva Atenas, la madre de las artes liberales y de todas las virtudes*, cuando el bien nacido Alonso añadió su nombre á las pléyades gloriosas de los allí matriculados. Ocho años, á lo que pienso, debió de frecuentar el Estudio atesorando copiosa doctrina, bajo la tutela de sus padres y hermano mayor.

¿Qué acciones dignas de referirse aquí obró en ese

(1) *Historia citada*, pág. 36. La prueba que da Chacón de la religiosidad de los estudiantes de 1569 conviene asimismo á los numerosos de las primeras décadas de aquel siglo, y mejor dicho, á todas ellas.

tiempo, el más florido de sus años, y que por tanto tendrían para nosotros el atractivo del donaire y gallardía, propios de la juventud? Ya lo dirán los sazonados frutos de la edad madura; la historia sólo nos permite repetir una frase santa que lleva envuelto en compendio misterioso un largo proceso de merecimientos: *Crecía en edad y gracia para con Dios y con los hombres*. Sus biógrafos no refieren otra circunstancia de sus estudios en la Universidad Salmantina, sino que siguió la carrera de *derechos* (1). Es sabido que esta facultad era de las mejor tratadas y explicadas en Salamanca, razón por la cual, al fundar Cisneros el Colegio de Alcalá, no instituyó cátedras de jurisprudencia.

De la bienandanza, pues, y ejemplo de la Universidad, de la excelencia de los Maestros, la índole y ricas prendas del joven estudiante, infiérase el proceder de éste, su provecho y adelantos.

(1) Así parece desprenderse de la *Memoria* del P. Rojas, publicada en la *Revista Agustiniana* vol. I, pág. 87.





CAPÍTULO V.

Vocación al Claustro de ambos hermanos Francisco y Alonso. Juntos toman el hábito en el convento de San Agustín de Salamanca.

1522.

EMBEBIDO en los estudios se hallaba Alonso terminando casi el octavo curso de su carrera literaria. Por entonces un predicador famoso, llamado más tarde el santo limosnero, modelo de Obispos y Prelados, último Santo Padre español, llevaba tras sí lo mismo á discípulos que Maestros y todo el pueblo de Salamanca, cautivando los corazones y arrobándolos en amor de Dios. Pero dejémoslo referir á testigo de mayor excepción, D. Fr. Juan de Muñatones, Obispo de Segorbe, el cual experimentó en sí propio los efectos que producía Sto. Tomás de Villanueva en los oyentes. «No mucho después, dice, cuando tan revuelta estuvo España con las Comunidades de Castilla, á petición y ruego del Cabildo de Salamanca, predicó la Cuaresma en la Iglesia mayor de aquella ciudad. Explicó entonces el muy célebre salmo *In exitu Israel de Ægipto*, y entre los

demás oyentes me hallé yo, que no era fraile todavía, sino joven seglar. Hervían de gente las calles. Concurrían admirados y como atónitos los hombres. Pasmábame percibiendo aquel nuevo modo de predicar, aquel ímpetu de oración con que arrebatava los ánimos, aquellos afectos ardentísimos con que abrasaba las entrañas de sus oyentes. Penetró tan profundamente los corazones de todo el pueblo, que nadie diría entonces que Salamanca era una ciudad compuesta de seglares; sino un Monasterio muy ajustado ó convento de frailes muy religiosos. Hizo particularmente tal impresión en los estudiantes y profesores de aquella gran Universidad, que de muy antiguo florece en Salamanca, que muchísimos de ellos se mudaron enteramente, y trocando sus pensamientos, no sólo abandonaron las delicias y conveniencias; sino que con la mayor ansia trataron de buscar los celestiales bienes y pensar sólo en los eternos. Fué de modo que, llenos de excelentes mozos todos los monasterios de Salamanca y sus contornos, hubieron de acudir los convertidos á otros conventos de España, los cuales apenas bastaron para tanta gente» (1).

Sin duda, entre los que se sintieron tocados en el corazón para abandonar la vanidad del mundo y la holgura del siglo, efecto de predicación tan fervorosa, se contó el mancebo Francisco de Orozco; el cual encubrió por el pronto este santo llamamiento á su menor hermano, temiendo le siguiese por tan buen camino y dejase solos y desconsolados á sus padres; por lo que se acercó con mucho recato al convento de S. Agustín á solicitar de los superiores el hábito religioso. Y sólo obtenida ya la gracia suplicada, fué cuando no pudo sufrir por más tiempo ocultar á su tierno hermano el propósito concebido. Un rayo de luz al entendimiento, una aldabada al corazón fué para Alonso el descubrimiento

(1) Del P. Vidal en sus *Augustinos de Salamanca*. Tom. I, página 132.

del piadoso secreto. Ello es que se conmovió hondamente, sin poder disimular la inclinación que desde aquel punto sentía á seguir los pasos de Francisco; pero determinó resolverlo, no ligera y arrebatadamente, sino con el espacio y consejo propios de más maduros años.

Trató antes de probar sus fuerzas y experimentar anticipadamente la vaga y melancólica sensación que produce la soledad y el apartamiento; sensación apacible y muy dulce para las almas puras y elevadas, pesada é insufrible para las conciencias turbias y llenas de aficiones terrenales. Para ello se apartó á lo más retirado de la casa, y bien cerrados los sentidos al ruido y las turbulencias del mundo, dejó oír en el seno de su alma la voz de Dios, pidiéndole humildemente le mostrase el camino y estado donde mejor pudiera servirle. Habíase dicho en las sagradas Escrituras: *Yo la atraeré y la llevaré á la soledad y la hablaré al corazón* (1). Bien pudo gozarse Alonso de ver cumplida en sí mismo la promesa divina de una manera privilegiada. El paso que el recogido mancebo había de dar, aun solamente considerado en orden á su salvación, era de grande importancia por cierto, mas á la vez era de notable trascendencia para las trazas de Dios. Añadiendo un favor más á las mercedes recibidas en su nacimiento, escuchó entonces de un mensajero de la gloria, su futuro Padre S. Agustín, que el Señor se holgaba mucho de que le sirviera en la práctica de los consejos evangélicos, abrazando la regla é instituto del Santo Obispo de Hipona que le hablaba (2).

Resistíase aún Francisco á que entrase religioso Alonso, en atención á que sus padres no tenían más hijos varones; pero no hubo otro remedio que consentir en ello al oír la respuesta de su hermano: *«salvémonos nosotros,*

(1) *Ego lactabo eam et ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.* - Oseas 11.

(2) Esta merced la trae también el P. Rojas en la *Hoja* citada.

que Dios tendrá cuidado del consuelo de nuestros padres». Por lo cual los dos felices hermanos ingresaron en el convento de S. Agustín con gran contentamiento de la Comunidad. Ninguna memoria ha quedado de la despedida de estos animosos jóvenes á sus queridos padres. Hubieron, sin duda, de participarles el santo propósito; y como entre las dificultades que tuvo que vencer Alonso para el logro de su profesión, nada mencione tocante á la familia; lejos de eso, los antecedentes todos y declaraciones de los testigos la alaban de muy honrada y piadosa, no abrigamos sombra de duda de que los venturosos progenitores ofrecieron resignados y contentos al Señor sus amados hijos; llevando muy en paciencia, y por ventura con alegría el que se ausentasen de la casa paterna (donde hubieran sido la delicia, harto pasajera, de todos sus deudos), á fin de alcanzar delicias de mayor estima en el servicio de Dios.

El 8 de Junio de 1522, víspera del Espíritu Santo, juntos los dos hermanos y postrados á los piés del Padre Prior y ante toda la Comunidad de S. Agustín de Salamanca, pedían la misericordia de Dios y la compañía de aquellos santos religiosos. El Prior, á la sazón Fray Hernando de Toledo, vistióles el santo hábito; un abrazo mútuo de los miembros de la Comunidad y los recién admitidos terminaba, como de costumbre, la tierna y conmovedora ceremonia de la toma de hábito del ya novicio Fr. Alonso de Orozco y su feliz hermano Francisco.





CAPÍTULO VI.

El Convento de Agustinos de Salamanca.



MENCIONAR el Convento de Agustinos de Salamanca, y no dedicarle un recuerdo, sería manifestar incautamente que se ignora el mérito de una perla de la Iglesia española.

Y si el citar el nombre de ese relicario de santidad obligaba ya á consagrarle algunas líneas; el considerar ahora á Alonso encerrado en él, formando allí su corazón como en ajustado molde, me estrecha á describir en capítulo separado la historia y tradiciones de tan famoso convento. Producen honda impresión en el ánimo las primeras enseñanzas y ejemplos, que por lo común suelen ser la pauta de toda la vida; lo cual expresó muy bien Horacio diciendo:

. Nunc adhibe puro
Pectore verba puer; nunc te melioribus offer.
Quo semel est imbuta recens, servabit odorem
Testa diù (1).

(1) Lo que tradujo D. Javier de Burgos de este modo:
Ahora, pues, que eres jóven, en tu alma
Cuida de estampar bien estos preceptos

Por lo que, ¿quién se maravillará haya salido un Santo del lugar donde casi todos sus moradores lo eran? Si esto que insinúa pareciere aventurado al lector, pare la consideración en la historia siguiente.

Escondido entre las nubes de la incertidumbre se halla el origen y nacimiento del convento de S. Pedro de Salamanca (llamábase así también por estar dedicado al Príncipe de los Apóstoles;) mas por los años de 1300 es seguro que era notable su fama por el olor de las virtudes de sus dichosos moradores. El ángel del Apocalipsis, el estupendo S. Vicente Ferrer, recorría las ciudades de Europa en aquellos calamitosos días de relajación de costumbres y del famoso cisma de Occidente, moviendo los espíritus disipados á penitencia y á prepararse para la segunda venida de Jesucristo. Llegado á Salamanca y edificado grandemente del recogimiento y devoción del convento de Agustinos, pronunció la profecía, convertida en dicho popular, de que jamás faltaría algún santo en tan observante convento. No hay para qué decir que los dos célebres cronistas del monasterio, PP. Herrera y Vidal, confirman el vaticinio, por fortuna nuestra mejor todavía con los hechos, que con los testimonios que pudieran aducir en comprobación de haberla así proferido el mensajero celestial. Efectivamente, abrid por donde queráis dichas crónicas *in folio*; y en cada una de sus preciosas páginas, varones eminentes en santidad excitarán siempre vuestro asombro por el heroísmo de la virtud y lo pasmoso de sus prodigios.

Por el dicho de S. Vicente, bien en admiración de la observancia religiosa que halló en los Agustinos, bien pronunciado en tono profético, podráse imagi-

Y de entregarte á buenos directores.

De lo que en él se echó cuando era nuevo,

Largo tiempo el olor conserva el barro.

Ep. á Lolio. Madrid 1823. tom. IV. pág. 41.

nar cuál sería la religión de aquel convento en el siglo XIV.

Y cuál en el décimo quinto no habrá menester ser un lince para adivinarla, cuando el taumaturgo y apostólico S. Juan de Sahagún, ya de edad madura y pensandobien lo que elegía, se retiró al susodicho monasterio; y empapándose en el espíritu de observancia que encontró, vino á ser la lumbreira y patrón de la ciudad. Dióle el hábito y profesión el Ven. Fr. Juan de Salamanca, aquel insigne varón en virtud y letras, al cual el Cardenal Mendoza dió encargo de nombrar y elegir (como así hizo) Rector, colegiales y catedráticos de los más famosos de la Universidad y Colegios, para el recién fundado Colegio mayor de Sta. Cruz de Valladolid. Dos veces fué S. Juan Prior del Convento; y el fervor y devoción que en sus religiosos infundió, no de otra manera podrá ser mejor ponderado, que refiriendo el siguiente rasgo de su biografía.

En cuadernos antiguos, conservados en tiempo del P. Vidal en el archivo del convento, leíase que el bendito P. Hernando de Logroño, muerto en olor de santidad, y que moró setenta años en Salamanca, solía decir admirado del fervor de los religiosos coetáneos del santo Prior: «Sepa, Padre, que eran tan santos los varones que concurrían con Fr. Juan de Sahagún en aquella casa, que cuando él comenzó á hacer los milagros, andábamos los religiosos solícitos para averiguar si eran suyos ó de otros Frailes que estaban sepultados junto á él; porque en la vida parecían tales como él y *aun*»... Y quedábase suspenso en este significativo *aun*... (1)

Pudiera acerca de esto mismo acumular testimonios que por fortuna abundan, y aunque, según el biógrafo

(1) *Augustinos de Salamanca*, lib. 1. cap. XXV. p. 39 del primer tomo.

de S. Juan de Sahagún P. Simón Castelblanco, nada especial se notaba en los individuos y particulares de la Comunidad; pero era cabalmente, *porque la observancia religiosa era muy igual en todos*. «Ó porque aquellos venerables Padres, continúa el P. Vidal, eran todos tan prodigiosos, que caminaban al paso del milagro del Superior. Por esta razón, sin duda, los religiosos que vivían en este convento, nueve ó diez años después de la muerte del Santo, *no paraban mientes, ni hacían caso de las maravillas que Dios obraba por su siervo; antes porque un Padre que se decía Fr. Juan de Alcaraz, que continuó andar con el bendito P. Fr. Juan de Sahagún con mucha devoción que tenía con el P. Fr. Juan de Sahagún hacía caso... le reprendíamos ó reñíamos con él, porque hacía caso de tales cosas; que todas son literales palabras del Santo Fr. Juan de Sevilla, religioso en esta casa por aquellos tiempos en que, según las señas, los milagros eran cosa tan ordinaria en este convento, que en ellos no se paraba mientes*».

«Pero, sobre todo, lo que más comprueba nuestro principal intento es el lance, que tienen registrado nuestros antiguos protocolos y le refieren á la letra la *Historia* del M. Herrera, y todos los autores de la vida de este Santo. Es, pues, el caso, que en el año de mil cuatrocientos ochenta y ocho, el Ven. P. Fr. Juan de Sevilla escondió (por miedo de que le hurtasen) el cuerpo del Santo; y habiéndole descubierto el año de mil quinientos treinta y tres, le volvieron los religiosos á ocultar en una arca basta de piedra, en la que se puso un pergamino con esta inscripción: *Estas son las reliquias del Bienaventurado P. Fr. Juan de Sahagún: y estos huesos, que están al rededor, son de otros Varones Santos, Religiosos de este Convento*. De suerte, que cincuenta y cuatro años después del tránsito de S. Juan de Sahagún, todavía duraba en este convento la creencia de que los Religiosos de aquel tiempo eran tan santos, que aun sus huesos merecían casi igual veneración y custodia que

los del Santo. ¡Alto concepto! Pero sin duda muy merecido». (1)

Lo cual, todo como aquí se indica, se descubrió en 1533 con ocasión de mudar el sepulcro del Santo Fr. Juan de Sahagún; y con el mismo respeto y veneranda memoria colocaron á unos y otros, acaso en el llamado *ángulo de los Santos* de que hablaremos al final de este libro, cuando hayamos concluído de desentrañar el tesoro de santidad y letras de este preciadísimo convento.

Paréceme, lector juicioso, que habrás quedado sorprendido y satisfecho de la edificante vida de aquellos religiosos del siglo XV; y esto expuesto, pasemos al siglo de la grandeza y poderío de España, siglo también de oro para nuestro convento agustiniano.

(1) Lib. I. cap. XXV. pág. 40.





CAPÍTULO VII.

Del Convento de Agustinos Salmanticenses en el siglo décimo sexto.—Superiores y compañeros del novicio Fr. Alonso de Orozco.

1522—1523.

No podremos, á no ser demasiado prolijos, entrar en pormenores acerca de las glorias del famoso convento de S. Pedro de Salamanca, pertenecientes al siglo XVI; por lo que nos vemos obligados á ceñirnos al tiempo en que, recogido Alonso en el noviciado, imploraba las luces del cielo; lo cual atañe con especialidad á la biografía que nos ocupa. Esto, por ahora, y otras noticias que será fuerza estampar más adelante, bastarán para dar idea cabal del ya por tantos títulos célebre monasterio.

Desde Octubre de 1522, y durante un bienio, fué segunda vez Prior de los Agustinos de Salamanca Santo Tomás de Villanueva. Excusado parecerá cuanto se añada en orden á la maravillosa excelencia del Prelado de

la casa: no habrá español ni católico que ignore sus rasgos de misericordia, señaladamente para con los pobres; ni quien sin derramar abundantes lágrimas, haya leído las tiernísimas conciones del ferventísimo predicador, de quien hablamos arriba. Únicamente quisiera llamar la atención sobre que tomó el hábito religioso el Santo, muy entrado en edad y con maduro consejo, después de estudiar las constituciones de la Orden y estar advertido de la observancia del convento de Agustinos, abandonando á este fin su cátedra y los monasterios de Alcalá.

Y llevaba á la sazón seis años de vida santísima en el claustro, pasada como es sabido, en las cátedras, el púlpito y otras prelacías. Este Santo era la cabeza, como quien dice los ojos, los sentidos todos, el espíritu y vida de la venerable comunidad que gobernaba.

Dos años hacía que estaba nombrado Maestro de novicios el bienaventurado Fr. Luis de Montoya, habiendo sido confirmado en el cargo cuando elegido Prior Sto. Tomás. Bien conocidas y estimadas eran antes sus raras prendas en España y Portugal; hoy, mayormente en nuestra patria que tan interesada debiera estar en ello, no es acaso de los varones más celebrados. Nacido en Belmonte, hijo de los nobles y calificados D. Álvaro de León é Inés de Montoya, hallábase estudiando en la universidad de Salamanca, cuando conmovido por los frecuentes y ruidosos milagros de S. Juan de Sahagún, abrazó la religión agustiniana en el convento de dicha ciudad. Creciendo en virtudes, nombráronle de 24 años Maestro de novicios: muchas páginas y muy brillantes pide para ser debidamente referida su solicitud por el aprovechamiento de sus discípulos; pero ellos, mejor que nadie, dirán el espíritu que les comunicó. Deseando el Rey Juan III reformar la Provincia de Agustinos de Portugal, que tanto apreciaba, pidió al General de la Orden religiosos arraigados en la virtud y las ciencias. Para suceder á los primeros que habían muerto en los principios

de tan santa obra, fué designado el P. Montoya, y al poco tiempo elegido Superior de todos ellos. Allí pasó ya los restantes 34 años de su vida edificantísima, fundando el Colegio de Coímbra, defendiendo el primero el dogma de la Inmaculada en aquella universidad, levantando la hermosa iglesia de nuestro convento de Lisboa y promoviendo las misiones de Indias. Rehusó siempre ofertas abundantes de los reyes, gozándose en mantener su convento en austera pobreza; y en el apartamiento y soledad de los campos vecinos enseñaba á sus discípulos á levantar sus pensamientos al cielo. Tanta era su fama de doctrina y santidad, que los PP. Jesuítas, recién llegados entonces á Coímbra, enviaban sus religiosos mozos a nuestro Colegio, para aprender del Santo á orar y desasirse de los afectos terrenos. Carteábase el bendito P. Luis, tratando asuntos de enseñanza espiritual, con el ínclito S. Ignacio, ocupado á la sazón en dar impulso á su incomparable obra de la fundación de la Compañía. Solía decir Fr. Luis de Granada que él escribía lo que era devoción, y que el Santo Montoya lo declaraba.

Nos dejó varios escritos piadosos: *la Vida de Cristo* un *Tratado de las obras del Amor de Dios*, y otro de la *Pasión de Cristo*, que con nombre suyo corre impreso en la Vida de S. Francisco de Borja.

Fué confesor del infortunado Príncipe D. Sebastián, y nombrado para la silla de Viseo, que renunció humildemente. Murió en 1569 en olor de santidad y resplandeciendo en milagros; de todo lo cual se ha hecho información autorizada para los efectos de su beatificación, y hasta alguien escribe que se le ha tributado culto. «Trasladóse su cuerpo á la capilla de Nuestra Señora de Gracia á 9 de Noviembre de 1583 con gran solemnidad, á puertas abiertas y campanas tañidas, y con toda la publicidad y concurso de pueblo que se puede imaginar; siendo el Sr. D. Jorge de Atayde, Obispo de Viseo, el que hacía el oficio. Llevaban los huesos en una fuente

de plata, cubiertos con preciosos velos, dos venerables PP. los más graves de la Provincia; y acabada la procesión fueron colocados por el mismo Señor Obispo en la caja, que estaba aparejada, y ésta en una arca de mármol con guarnición de hermoso género de jaspe, cerca de la capilla de nuestra Señora de Gracia, al lado del Evangelio, con estos versos:

Mole sub hac lapidum Montojam è Bethide tellus
Lusitana tegit, si tamen ulla tegit,
Cujus ab excultu nullis stat decolor annis
Vivida religio. Non jacet ille jacens» (1).

Este bienaventurado Padre era el Maestro de novicios. Siete fueron los que en aquel noviciado educó tan santo maestro: los dos hermanos Orozco, Juan Bautista Moya, Alonso Borja, Cristóbal de S. Martín, Agustín de Coruña y Hernando de Castroverde. Digamos un poco no más de cada cual, empezando por el último.

En el mismo año en que murió, 1555, escribió de él el P. Román en sus *Centurias*: «En estos días fué célebre el nombre del prestantísimo P. Fr. Fernando de Castroverde, Predicador del poderoso Emperador Carlos V, el cual llegó por su predicación á ser conocido por muy preeminente: amólo tanto el Emperador, que jamás quiso quitarlo de cabe sí. Dióle el Obispado de Jaén: empero como en Alemania hubiese gran pestilencia, él fué herido con otros. De este mal lo llevó para sí Dios, no sin gran sentimiento de muchos Grandes de España, los cuales le amaban sobre manera por ser de muy religiosas costumbres y de muy suave conversación» (2). Dícese que al saber la noticia de su muerte Felipe II, dijo: «Ha muerto el Predicador del Rey y el Rey de los

(1) Herrera. *Historia del Convento de S. Agustín de Salamanca*. Cap. LI, p. 342.

(2) 1555. Centuria 12 de la *Chronica de la Orden de los Ermitaños de Sancto Augustin* por el P. Jerónimo Román, fol. 127.

Predicadores». Estupendos son los elogios que le han tributado nuestros cronistas flamencos (1).

Agustín Gormaz ó de la Coruña (tomado el apellido de su pueblo, Coruña del Conde, en la Diócesis de Osma) fué uno de los primeros apóstoles de las Indias: en 1544 pasó a América con la primera misión de Agustinos. Su celo por la conversión de los mejicanos, el ardiente deseo de apacentar sus ovejas lo manifestará un hecho notable de su vida. El día de la Natividad de N. S. Jesucristo, dijo un año la primera misa en Chilapa, la segunda en Atliztaca que dista de Chilapa seis leguas, la tercera en Tlapa que dista de la segunda nueve leguas. En todas tres misas predicó y administró los santos sacramentos; celebró la tercera misa á las doce del día, habiendo caminado quince leguas, y todo á pié, de la más áspera y fragosa tierra que hay en todo el mundo.

Volvió á España á procurar más religiosos para los extensos dominios evangelizados por los Agustinos; mas al llegar á Sevilla le sorprendió grandemente el nombramiento de primer Obispo de Popayán. Sólo á fuerza de ruegos y movido por la obediencia, aconsejado también de su connovicio Alonso de ser la voluntad de Dios, aceptó por fin resignado el año 1562.

«Entero se quedó en el rigor de la regla, y para mejor conseguirlo fundó en Popayán un Convento de su Orden, donde vivía como uno de sus moradores. Comía en Retetorio, levantábase á maitines y cumplía con los mandamientos de la Regla y de la Mitra. En dar limosna y en la predicación era de los más celebrados.

Bautizó á infinitos indios. Demolió gran multitud de adoratorios de Ídolos y mandó con poder absoluto al demonio que saliese de la tierra» (2). Fué constante en

(1) Vid. Corn. Curt. *Virorum illustrium* etc. fol. 203 et Crusen. ann. prædict. *Monach. S. P. Aug.*

(2) Gil Gonzalez Dávila fól. 76 del tomo II del *Teatro Eclesiástico de la primitiva Iglesia de Indias.*

defender la inmunidad de la Iglesia y por ella padeció largos trabajos, pronosticados, según se cree, por el *Bto. Fr. Alonso de Orozco*, en su carta á un Obispo de Indias. Después de la muerte ha obrado (como también antes) muchos milagros, y se ha escrito libro particular de ellos y de su santísima vida. Murió en Timana. Tratando de llevarle años más tarde á la catedral de Popayán, «á los veinte y ocho años de su dichosa muerte fué hallado su cuerpo entero y fresco con color de vivo y mejor, según refieren los que le conocieron; y tenía su hábito negro, y las alpargatas, que trajo más de treinta años, estaban sanas sin corrupción alguna, y todas las vestiduras Pontificales. Trátase de sacar remisoriales para su Beatificación. El Licenciado Pedro Ordóñez en el *Viaje del mundo lib. V. fol. 7*, le llama: *AQUEL GRAN SANTO*» (1).

Con efecto llegó á tratarse en 1618, cuando segunda vez hallaron su cuerpo incorrupto y el rostro hermoso, mas la Provincia de Castilla añade el P. Vidal «hasta el año 1690 estuvo bien ocupada en la canonización de S. Juan de Sahagún, y desde entonces hasta el presente día en la de el Ven. Alonso de Orozco» (2).

Cristóbal de S. Martín. No diremos en su elogio más que fué elegido por Santo Tomás de Villanueva, su Padre de profesión, para la misión que negoció en 1539. Sicardo, hablando de los apóstoles que la componían, los compara en fervor y espíritu á las más brillantes estrellas, por las innumerables almas que, arrancadas de la idolatría, ganaron para el cielo (3).

(1) Herrera.—*Historia etc.* tomado de una apuntación del convento de Salamanca y de los historiadores Grijalba y Calancha y una relación que mandó Diego Rodríguez de Ocampo, secretario del cabildo de Quito.

(2) *Augustinos de Salamanca* lib. III. cap. IX. pág. 354 del tomo I.º

(3) *Cristiandad del Japón* lib. I. cap. II. pág. 9.

Alonso de Borja, nacido en Aranda de Duero, fué uno de los que acompañaron al Ven. Coruña en la primera misión que para América salió, compuesta de religiosos agustinos. En ocho años consumió su vida penitente y desvelada, para hacer de los indios, no ya cristianos, mas religiosos observantes: los pueblos que él administraba parecían en la paz y el amor una antesala del cielo. Sano y bueno, al parecer, pidió los últimos sacramentos; los cuales contra el dictamen de varios, le fueron administrados, apreciando sus ruegos por vaticinio de ángel, que tal era su vivir. Mandó doblar las campanas y rezar un responso, oyó el lúgubre *Requiem æternam* con la misma serenidad con que pidió se cantara; y entre el fúnebre tañido de difuntos y las voces de *Requiescat in pace*, vestido con su hábito pasó al verdadero descanso en 1542. Fué enterrado en Méjico: su memoria ha quedado bendecida por la piedad en la *Historia* del señor Obispo Signino y en las *Centurias* del P. Román, con el glorioso nombre del Bto. Alonso de Borja.

Juan Bautista de Moya, natural de Jaén, llevado también del celo de la conversión de las almas, pasó á las Indias, en la segunda misión de Agustinos. Escribieron su santa vida el Ven. Coruña y el Obispo de Mechoacan D. Juan Medina Rincón, antes Provincial de los Agustinos y que como tal le había conocido y tratado mucho. De este biógrafo dicese en la *Mesa franca* del P. Antonio de S. Román que fué dechado de Obispos, pobre de espíritu, rico de celo de la honra de Dios y de su Iglesia, cuyas virtudes claman ante Dios y el mundo. Dejémosle, pues, hablar:

«Ni aumentarè, ni fingirè; pues fuera de ser gran culpa en semejante materia fingir como poeta ó componer como orador. hay muchos testigos, que pueden ser jueces de esta obra; pues no habiendo aún tres años cumplidos, que llevó Dios á este su siervo para sí, y habiendo esclarecido su fama y costumbres entre todos, hay mucha noticia de èl entre religiosos y seglares, hombres

y mujeres, y no pocos que le conocieron, vieron y trataron..... Al Padre Fr. Juan Bautista, al cual con razón cognominamos el Santo, conocí, ví, hablé y traté y conversé más de veinte y cinco años..... aunque la conexión y liga de todas las virtudes es común á todos los santos; pero comunmente leemos ser muchos de ellos notados de particulares virtudes, no porque carecieron de las otras... sino porque en estas fueron más aventajados y señalados. Mas este varón de Dios fué general y singular en todas ellas. Humildísimo, obedientísimo, de grandísima caridad, paupérrimo, abstinentísimo, penitentísimo, menospreciador de sí mismo, temerosísimo de Dios; la más espejada y limpia conciencia que se puede imaginar, que por ninguna vía sufría ni compadecía átomo de culpa, ni olor de ella.....

Era muy docto, porque cuando tomó el hábito en el monasterio de nuestro P. S. Agustín de Salamanca, era mocito estudiante; y como los Prelados le vieron de tan buenas costumbres é inclinación, según oí contar á algunos contemporáneos suyos, hicieronle proseguir su estudio. Y aunque á todo se dió con cuidado, y en todo lo de su facultad fué general, pero en la Moral y de Escritura hizo más hincapié, y en ello fué más señalado. Y es cosa bien entendida entre los doctos que le trataron y comunicaron y probaron, que apenas había en esta tierra quien en esto le igualase, y ninguno que le pasase; aunque por su humildad se encubría y arrinconaba cuanto podía. Escribió gran número de cartapacios, más para ejercicio de hacer memoria y santa ocupación, que para sacar cosa á luz».

Pasa después de esta introducción á tratar algo más largamente de sus virtudes en particular; y dice que padeció mucho de escrúpulos y refiere casos de su vida milagrosa. Murió en Guayangareo el año 1567. «Era tanta la devoción que todos le tenían, seglares y religiosos, que sus rotos vestidos y pobres alhajas, que á su uso tenía, se dividieron en tantas partes, para que

alcanzase á muchos, que á algunos no les cupo sino un poco de aforro de manto; y las estiman en mucho por la memoria del siervo de Dios; y muchos de los que tienen cosas suyas, dicen las han aplicado á diversas enfermedades y necesidades, y que han sentido miraculoso remedio» (1).

El elocuente Grijalva criado á la sombra de los despojos del Ven. Padre Moya, se halló varias veces presente al acto de abrir su caja y testifica que cinco años después de muerto, descubrieron su cadáver intacto lo propio que el hábito, sin que se descompusiesen con el movimiento imprescindible al trasladarle á otro punto; sino que despidió suavísima fragancia, la cual excitó en los asistentes muy dulces lágrimas de devoción y ternura (2).

También el P. González de la Puente en la *Historia de Mechoacán* que publicó en 1624 dejó escrito que tres religiosos, con pretexto de devoción, abrieron el sepulcro en 1610; y hallaron el cuerpo oloroso é incorrupto y el hábito sin rastro de corrupción. Hase procurado su canonización, y está el cuerpo en la Sacristía del Convento de S. Agustín de Guayangareo en lugar decente, colocado con autoridad del Ordinario (1).

Francisco de Orozco murió en el noviciado: tenemos que hablar de él en los capítulos inmediatos.

(1) Herrera y Vidal en sus *Historias del convento de Salamanca* traen íntegra la vida del B. Juan B. de Moya mandada con una carta por el P. Medina Rincón de Atoepa en 1.º de Noviembre de 1570 al P. Diego de Bertavillo, Prior de los Agustinos en Méjico. Herrera, pág. 335 añade muy curiosas noticias que omitieron los cronistas y biógrafos del bienaventurado Misiónero.

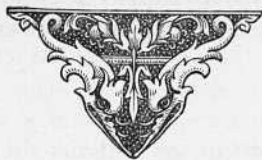
(2) *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la nueva España*.—Edad III, cap. XVII, fól. 133.

(3) Herrera, *ibidem*, pág. 335.

Y del Santo Alonso dirá, aunque nada acertadamente, toda esta historia.

«¡Feliz tiempo, exclama Herrera, en que el Prior, el Maestro y tantos novicios eran santos! Y prosigue Vidal: Pudo añadir que también lo era el Procurador, aquel esforzado caudillo que comandando á las espirituales conquistas del nuevo Orbe, los primeros Religiosos Agustinos, resplandeció como un Sol en ambos hemisferios, el P. Fr. Gerónimo Giménez. Pudo añadir al Sto. Fr. Francisco de la Cruz y á los venerables Fr. Francisco Serrano y Fr. Juan de Valderas, conventuales todos por este tiempo é hijos de esta casa. Y pudo, finalmente, añadir que estos afortunados lances, ya habrá observado el curioso, se leen muchas veces en esta historia». (1). ¡Oh casa solariega de santos, como de antiguo se la llama!

(1) Lib. II. cap. XXII, pág. 135 del tomo I.





CAPÍTULO VIII.

Alonso en el Noviciado. Sus angustias y tentaciones.

1522—1523.



EMPIEZA ya de un modo claro á mostrar el Señor los caminos por donde se holgaba que corriera Alonso.

No deja de ser oportuna la consideración con que el mismo Beato comenta en sus obras el texto de la Escritura que dice: «Hijo, allegándote al servicio de Dios, está en justicia y en temor y aparéjate para la tentación». Escribe, que al contrario del mundo engañoso y del embaucador Satanás, es muy franco Dios para con sus amigos. No han empezado apenas á servirle, cuando ingénuamente les declara los padecimientos que por él habrán de tolerar, y las afrentas que han de sufrir, antes de llegar á la posesión del premio ofrecido. Y vióse esto muy á las claras en la conversión de S. Pablo; pues que todavía no estaba bautizado, y declara ya el Señor que le indicará todo lo que convenia padeciese por su

santo nombre. No así el mundo: el cual con falsos halagos y esperanzas vanas nos entretiene y seduce, ocultándonos el desastroso fin á que nos arrastran pasatiempos tan del momento (1).

De conformidad con esta doctrina descubría ya el Señor sus designios acerca del Ven. Orozco, comenzando á hacerle gustar las amarguras del cáliz que han de beber los amigos del Crucificado. Si pintáramos un cuadro donde en confusión espantosa aparecieran las tempestades que las pasiones levantaban en el angustiado espíritu de Alonso, la horrible sequedad del alma, los agudos dolores de prolongadas enfermedades, el torbellino de escrúpulos que oscurecía su clara mente amenazándole con la desesperación ó la demencia, venido todo esto de la mano del Señor; y añadiendo él por su parte ayunos continuos, cilicios desgarradores, sin hallar otro descanso y alivio que el dormir en cama de sarmientos y por escasas horas... desfallecería nuestro ánimo seguramente, y no saldríamos del espanto y desmayo, á no saber que Dios es el que mortifica y vivifica; y que con su gracia abundante y consuelos inefables, hace que sus hijos recorran más sufridos y con mayor contentamiento la oscura, afrentosa y amarga senda del calvario, que el esplendoroso y deleitable camino del Tabor.

Tenía Dios que templar bien el ánimo de Alonso y disponerle con pruebas y humillaciones á recibir extraordinarias mercedes; y da ahora principio á su obra con un doble noviciado. Envidioso el demonio del bien que ganaba el fervoroso novicio con las lecciones del Santo Montoya y el ejemplo de toda la comunidad, revolvía los medios imaginables para hacerle insufrible aquella austera vida, y empujarle al holgado vivir del siglo. Y era de ver cómo con distintos fines y los mis-

(1) *Suavidad de Dios*, cap. XXV, pág. 526 del Tomo II y en otros lugares.

mos medios á veces, permitiéndolo el Señor y favoreciéndole con su ayuda, y por otra parte el demonio tirándole de la carne con astucia y rabia, de consuno concurrían á probar el angustiado ánimo de Alonso, y limpiarle á maravilla del polvo de las afecciones terrenas.

«¡Oh Señor piadoso y Padre de misericordias, escribe el Bto. en sus *Confesiones*, cuánto os debe mi alma alabar en este particular!»

«Dejado ya el mundo y vestido de este santo hábito, ¿con qué palabras manifestaré los combates y asaltos, que contra mí levantaba aquel envidioso Satanás, enemigo vuestro? Unas veces me representaba la libertad del siglo; otras veces el amor natural de mis padres, y hermanas; otras finalmente la soledad y aspereza de la religión, que había tomado, persuadiéndome que era imposible perseverar en vida tan trabajosa. ¡Oh cuántas veces estuve determinado ya de dejar la vida santa, que había comenzado» (1).

Cierto que nada de blanda y regalada tenía la vida que llevaría en un convento observante, ejercitado en hartas ásperas penitencias. Y para que con la noticia de ellas alabemos al Señor, que tantos prodigios é *imposibles* obra en sus amigos, aun los más débiles; y corriéndonos de vergüenza por nuestra delicadeza y melindre, nos movamos á imitar lo que esté en nuestra mano, trasladaré aquí algo de lo que vió y oyó testigo extraño á la casa. Dice el autor del *Código Complutense*: «En este santísimo convento se ha ido siempre conservando el rigor de la observancia y perfección maravillosa de la religión. Algunos años ha que estuve allí, y ví y conocí Religiosos de gran perfección, de mucha oración mental, que casi toda la noche estaban en el coro en continua contemplación. Su vida era continuas luchas con-

(1) Lib. II, cap. IV. p. 78 del Tomo 3.º

tra el demonio, que á veces los arrastraba, y aun queria ahogar, y con todo perseveraban en su oración.

Algunos religiosos habia que no dormían (y eso poco) sino en una tabla. Traían los más asperos cilicios, como se vió quando se quemó aquel convento el año 1588, víspera de S. Buenaventura; que fué, de suerte, que obligó á sacar el Santísimo Sacramento y el cuerpo del Santo Sahagún. Y fué fama le habían pegado fuego unos extranjeros herejes.

Fué al fuego el Rector D. Sancho de Ávila, que después murió Obispo de Plasencia; y no entró en celda, donde no topase cilicios, rалlos, disciplinas y nuevos instrumentos de penitencia; y predicando otro día dijo que habia sido antes misericordia de Nuestro Dios que castigo suyo; pues habiendo él visitado todas las celdas y de Religiosos bien mozos, habia topado tales instrumentos de virtud; y para que campease y se viese la virtud y santidad de aquel Monasterio lo habia Nuestro Señor permitido.

No habia casi mañana que no fuese necesario ir los Novicios á lavar el coro de regajales de sangre de las rigorosas disciplinas, que á deshora tomaban muchos. Al coro de día iban todos, y á Maitines de media noche, en los dobles principales, hasta los Padres Maestros, Catedráticos y Jubilados, aunque pasasen de setenta años; como el Padre M. Fr. Juan de Guevara, que habia sido también Provincial. Dispensar en la hora de media noche á Maitines, si era una vez en el año, no eran dos. El oficio divino se cantaba con grave pausa y devoción muy grande, y de suerte que el Obispo de la ciudad, (que era D. Gerónimo Manrique, que murió electo de Córdoba) estando yo allí, decía que no habia tal canto de órgano, como la gravedad y pausa del canto llano del coro de S. Agustín. Y así, como tan religioso, iba algunas veces á vísperas, dejando su Iglesia. Y es tan antiguo esto en aquel santo convento, que el chantre de la Iglesia, que fundó la Capilla que se intitula así (Capi-

lla del Chantre) al salir de la Sacristía, dice que funda la Capilla y deja ciertos maravedises de renta al Convento de S. Agustín; porque en ninguno otro de Salamanca se hacen mejor, ni con tanta puntualidad los divinos oficios» (1).

Si vida tan mortificada era la de aquellos Padres en todos tiempos, bien puede sentarse que cuando los Superiores eran tan santos, en nada desdiría del fervor cotidiano; antes se haría más ajustada y ejemplar, de suerte que pudiera servir de modelo para en adelante.

Pues cosa es muy sabida que en el noviciado es donde los fervores son mayores: es aquél fragua de la caridad, escuela de abnegación, aprendizaje del olvido y desprecio de sí propio; y es fuerza se principie y brote con pujanza, echando hondas raíces de humildad y mortificación, para crecer luego en todas las virtudes y no ser derribados á los soplos y fuertes vientos de tentaciones; que nada teme más el labrador que un nacimiento lánguido y encogido de las plantas que cultiva.

Y no digo más: dejo al gusto del lector el ponderar la penitente y escondida vida de un Venerable que sesenta años más tarde, cuando por la gracia de Dios cantaba el triunfo, declaraba tierna é ingenuamente las dificultades, asperezas, turbaciones y angustias que tan amargo le hicieron su santo noviciado.

Sed in his omnibus superamus propter eum qui dilexit nos (2): mas todo lo vencimos por aquél que nos amó: que no deja Dios de regalar al alma acongojada, haciendo que en el fondo de la misma pena halle consuelo y aliento, para padecer con resignación y aun alegría.

«Verdad es, Señor, que en aquel tiempo de mi probación, según he dicho, ordenándolo Vos, fui en gran

(1) Véase á Vidal en sus *Augustinos* etc. Tom. 2. cap. XXIII, pág. 334; donde aduce este testimonio del M. Herrera.

(2) Ad Romanos cap. VIII. ver. 37.

manera combatido de diversas tentaciones: mas juntamente, loado seáis Vos, sentí grandes consuelos y gustos de vuestra suavidad, con los cuales se podian llevar aquellos trabajos, y aun otros mayores, que me enviáredes. No sin causa daba voces el Santo Job y decía: *Esta sea mi consolación, Señor, que no me dejéis de atormentar con dolor*» (1).

(1) Cap. VI del lib. II de *las Confesiones*, pág. 80.





CAPÍTULO IX.

Profesión del Bto. Alonso. Muerte de su buen hermano Francisco.

1523.

MAS con todos estos combates Vos, mi Redentor, no me dejasteis de vuestra mano, y por vuestra gran bondad acabé el tiempo de mi probación: merced singular que dais á los que os invocan con fe y amor» (1).

Cierto, terrible cosa es poner la mano al arado, en expresión del Salvador, y volver la cara atrás; que no han de ser salvos precisamente los que claman: Señor, Señor!; sino los que perseveran hasta el fin en el bien comenzado. Cuando en las terribles angustias de tentaciones y sequedades veíase Alonso á punto casi de *dejar la vida santa*, estas verdades del evangelio, oportunamente venidas á su pensamiento, fueron no pequeña

(1) *Conf.* lib. II, cap. IV, pág. 78.

parte para levantar su decaído ánimo. Pudo además escarmentar en cabeza ajena.

Tres mancebos connovicios suyos cedieron cobardemente á los halagos y sugerencias del enemigo común, dejando el seguro puerto del claustro; y todos tuvieron un fin desgraciado. Sucedióle á uno que á los pocos días de salir al mundo fué muerto á puñaladas. Al segundo, entrando á nadar en el Tormes, sacáronle ahogado. Y el tercero todavía tuvo un castigo más pronto: al abandonar la portería del convento, tropezó en el manto de seglar, y dióse tan recio golpe contra el suelo, que pagó con su vida la veleidad y ligereza de tornar al siglo.

No siempre castiga el Señor los desdenes de sus siervos con desgracias temporales, las cuales muchas veces son avisos de padre amoroso; que al fin y al cabo ser azotado cuando aún nos puede aprovechar el azote, y de ordinario es fácil que así suceda, es mejor que pasar los días en aparente calma, para venir á la postre á caer en desgracias eternas. Mucho provecho debió de sacar el atribulado Alonso, viendo en qué paraba la mentida libertad del siglo; léase al efecto el capítulo V del segundo libro de sus *Confesiones*, acerca del castigo que Dios prepara á los que no perseveran en el bien obrar.

Pero, no vayamos á creer, sin embargo, que el animoso joven se valiese sólo del temor para cantar victoria. *Merced singular que Dios da á los que le invocan con fe y amor*, llamaba Alonso á su perseverancia. Estas palabras escapadas de su boca, dan la medida de su buen comportamiento en el noviciado: invocaba á Dios con fe y amor. Por tanto, ya no será preciso declarar la opinión de observante novicio en que le tenían sus compañeros y superiores. Pudieran ellos decirnos, á lo más, cuál fué su vida exterior; y con efecto, en las alabanzas que le han tributado encarecen mucho su compostura y manifiestan lo exacto que era en las observancias más humildes y desabridas. Así que ningún testimonio nos parece de mayor peso que el suyo, á pesar de que, al

hablar de sí, propenda más fácilmente á retratarnos su flaqueza, que á describir las victorias que con la gracia de Dios obtenía de sus pasiones.

Acercábase el tiempo de la profesión, y los Padres de aquella venerable comunidad recibieron gran placer en admitirle á ella, como premio de la ejemplar conducta que en él había resplandecido.

Esperábalo Alonso para cumplimiento de sus más ardientes deseos de ofrecerse por entero á Dios; mas en medio de esta satisfacción y contento, una espina laceraba su tierno corazón... disponíase á pronunciar los solemnes votos sin que le acompañara su buen hermano. Alegre éste en todas las prácticas religiosas, daba continuas gracias á Dios de haberle llamado al claustro, y no le pedía otra cosa más que coronara la obra de la gracia, permitiéndole profesar á su tiempo. Quiso el Señor, no obstante, probar su paciencia y enriquecerle de grandes méritos con una horrible enfermedad. Cayó en el lecho de una postema en el pié; abrierónsela con lanceta; y después de padecer el tormento del fuego aplicado varias veces á la llaga, veía pasarse los días y los meses sin consuelo, y que uno y otro connovicio, y su hermano también, se aparejaban para profesar. Sintió esto mucho más que la misma enfermedad, dice el Venerable.

Al fin, no llegándose el día de la curación completa y sí el término del noviciado de entrambos, determinaron los PP. que pronunciara sus votos solemnes FR. ALONSO DE OROZCO.

El 9 de Junio de 1523 verificóse la ceremonia en manos de Sto. Tomás de Villanueva, y presentándole á la profesión su Maestro el Bto. Luis de Montoya. ¡Día de regocijo para la religión Agustiniiana! Con el tiempo se trató de conmemorar circunstancia tan notable: «Al salir de la sacristía á la Iglesia de este convento, dice el P. Vidal, hay un grande y bien pintado lienzo de esta profesión, recibíendola Sto. Tomás de Villanueva, y

apadrinándola el Sto. Mtro. Fr. Luis: y desde el novicio hasta estos personados una letra con caracteres de oro que dice: *Aequalis duobus rectis*, como si dijera: *Tan santo el Novicio, como el Prior y el Maestro*. Con la estima merecida conservábase mucho tiempo después en Salamanca el acta de dicha profesión; y en los dolores de cabeza y en los padecimientos de la vista, se la aplicaban los religiosos, confiados en que tal documento de holocausto hecho á Dios, y autorizado con las firmas de tres santos, habíales de ser el mejor remedio para alivio de sus enfermedades.

Compárase la profesión religiosa á un desposorio espiritual: Fr. Francisco de Orozco, si con haber cumplido el año de novicio no pudo unirse á Jesucristo acá abajo por medio de enlace tan estrecho; en el cielo, sin duda, adornado de la vestidura nupcial de la gloria, celebró los inviolables, indisolubles y eternos desposorios del alma. Muchos años habían pasado desde su profesión, cuando el Bto. escribía las *Confesiones*; y aún recordaba con lágrimas de ternura y devoción el sufrimiento y la alegría de su buen hermano, en medio de los penetrantes dolores de la herida y del ineficaz pero horripilante remedio del fuego, empleado varias veces en la dolencia de todo un año. Óiganse sus palabras:

«Aquel mi hermano, juntamente conmigo tomó el hábito; siendo novicio cayó enfermo de una postema de un pié, la cual le abrieron con una lanceta. De aquí sucedió tanto trabajo, que por más de un año padeció tantos dolores. Diéronle muchos cauterios de fuego, y con todos esos martirios no cesaba de alabar á vuestra Majestad. Todos los religiosos daban gracias á Vos, mi Dios, viendo su paciencia y conformidad con vuestra santa voluntad. Sintió mucho, y más que la enfermedad, ver que yo hacía la profesión sin él: y finalmente, siendo novicio, le sacasteis de aquel tormento, llevándole á descansar á vuestro reino celestial. Mucho sentí su muerte; porque no sólo éramos llamados juntos á la

religión; mas aun, porque siendo yo más mozo, parecía-me quedar solo sin él.

»Señor y gloria mía, perdóname la negligencia que en servir á este vuestro siervo tuve en aquella enfermedad tan larga y penosa.

»Llevasteis á descansar aquella bendita alma, y dejasteis acá á este pecador desagradecido. Dísteisle á él aquel purgatorio para que fuese purificado, y como oro acendrado en el fuego de aquella penosa enfermedad. Éraos agradable su alma, y por tanto os disteis prisa á sacarla de esta vida peligrosa» (1).

¿«Cómo el Prior, piadoso y docto, dice el P. Vidal, no le dió la profesión, para consuelo siquiera y alivio de tanto penar? Quería el novicio, no lo negara el convento edificado de su paciencia heróica».....

Dispúsole así Dios, piadosamente creemos, para avallorar sus preciosas virtudes, y labrarle en breve tiempo corona de mayor valía.

(1) *Confesiones*, lib. II, cap. VII, pág. 81.





CAPÍTULO X.

Estudios y ejercicios de piedad del Bto. en el Coristado.

1523.

SALÍA el recién profeso Alonso del noviciado, con tan encendido amor á las cosas eternas y divinas, que le era angustiosa molestia el vivir encadenado y sujeto al uso de las temporales. La vida escondida en Cristo, de que habla San Pablo, era el vivo anhelo de su alma; en ella le parecía que podría respirar y desahogarse como en propio y único elemento. Advertíase en él fuerte inclinación al recogimiento y á la soledad, á la aspereza de vida y abstinencia suma. Este oscuro y severo tinte admirablemente unido á suavísima dulzura de carácter, distinguió ya desde los primeros pasos en la perfección religiosa sus ejercicios de piedad. La condición en que entonces se hallaba de recién profeso, poníale, por otra parte, en las manos los medios de abatir su espíritu; y se daba enteramente á las ocupaciones manuales, servicios y asistencias; limpiando los aposentos, aderezando y componiendo las camas de los enfermos y los ancianos.

Ni se contentaba tampoco con estas ordinarias prácticas, las cuales incumbían por lo regular á los de su clase; aunque algunas como el leer ó servir á la mesa, no raras veces eran desempeñadas por los Padres, aun de aquellos que cubrieron de esplendor y gloria á la Universidad de Salamanca.

Fuera de los ayunos señalados por la Orden á todos los religiosos, aumentaba él otros muchos con que satisfacía su devoción, y las ansias de padecer por su dulce amado Jesucristo. Extraordinaria y milagrosa parecía su abstinencia. En lo más florido de sus días, en edad no llegada al completo desarrollo, cuando la oración y el estudio debían de secar su carne, y el peso de tanto coro cantado le dejara apenas aliento, media libra de pan y un cuarterón de vianda era su alimento cotidiano (1). Y para eso, ¡cuántos gemidos y suspiros no le arrancaba la necesidad de tomarlo! Pues así y todo, enjuto y demacrado, débil y desfallecido, con las pocas fuerzas que le restaban maltrataba con disciplinas y

(1) «En una carta suya, escrita á Doña María de Aragón, que trac el Padre Fray Juan de Castro, en que á cierto propósito, que no se pudo excusar, le dió razón de su vida, dijo que desde que tomó el hábito, pasaba con media libra de pan y un cuarterón de vianda; vestía una túnica de sayal, tenía unas mantas de lo mismo, no comía al día más de una vez, y ésta tan tasadamente; tenía disciplina tres días en la semana, dormía sobre una tabla, y traía cilicio, y le agravaba los viernes. También le oyó decir el Padre Fray Juan de Castro que había cincuenta años que no dormía arriba de tres horas, y que con una sola que durmiese, quedaba con fuerzas bastantes para los ejercicios de el día siguiente; de que se puede inferir la vida que hizo en el noviciado, que fué la misma que continuó hasta la vejez; parca en el sustento, reformada en el vestido, corta en el sueño, y larga en asperezas y rigores». Márquez, cap. II, pág. 5 del Tomo III de la edición de las obras del Beato, que citamos siempre. La *Vida del Ven. Padre*, con que comienza el Tomo III, es la compuesta por el P. Juan Márquez, por más que allí no se publicara el nombre del autor.

cilicios, más bien á los huesos de su cuerpo, que á la seca y nada jugosa carne que los revestia. Y no obstante, Alonso era el primero en los ejercicios trabajosos, sin que se excusara para ningún acto de comunidad pesado, ni en él encontrara la menor displicencia. Si no fuera por la alegría que se dibujaba en su rostro, y que de su bella y dispuesta alma sacaba fuerzas para todo; no podía ser por menos, sino que al verle los superiores y compañeros, le mandaran ir á la mano, y templar los fervores de su encendido corazón.

Ocasión tendremos más adelante, pues toda su vida fué modelo de mortificación y abstinencia, de referir circunstancias y accidentes á competencia maravillosos.

Alternando en tan santas ocupaciones proseguía Alonso su interrumpida carrera.

En el noviciado, es sabido que la mayor parte del tiempo, si no todo, gástase en el estudio de las reglas y prácticas religiosas; en desvanecer las falsas apreciaciones de los bienes caducos, y desvelarse porque nazca en el pecho de los novicios ardiente deseo de alcanzar tesoros que no se roban, riquezas y bienes que siempre duran; dase de mano al estudio de distracción, para entregarse al silencio que recoge el ánimo y á la meditación que embarga los sentidos: así vive el hombre consigo mismo y aprende á obrar atentado y cuerdo, movido de los atinados consejos de la razón y no del desierto costoso de las pasiones.

¿Y cuándo mejor y con más fruto pudo dedicarse al examen de los libros que de recién profeso y colegial? Encárgalo la obediencia, por lo que estudiar entonces es amar á Dios: libre el alma de los torcedores y remordimientos de la culpa, en dulce paz y sin el desasosiego de quehaceres que turben, todo el tiempo es suyo, y para gastado en provecho propio; hállase el estudiante, por otra parte, en la edad más tierna y mejor dispuesta para recibir las altas enseñanzas de aventajados maestros. ¡Envidiable estado, cuando todavía no punzan

las espinas de los empleos; y vívese tranquilo abrazado al libro, animándose en la oración, descansando en dulcísimas recreaciones, sin conocer las amarguras y desvelos causados por ajenos extravíos!

Que el joven Alonso se aprovechó bien del tiempo, antes de ordenarse, para completar su carrera, no es menester decirlo: los buenos religiosos, como observó Mabillón en sus deleitosos *Estudios Monásticos*, de no ser cortos de ingenio, saldrán por fuerza aventajados en las letras.

Mas ¿en qué linaje de estudios se ocupó y sobresalió, á cuál de ellos mostraba especial afición?

Los registros de matrículas de la citada Universidad, según escribió D. Vicente de la Fuente y por mí mismo he podido cerciorarme, llegan sólo, años atrás, hasta el 1545; por ellas ignoramos las asignaturas que cursó, y aun si anudó sus estudios universitarios. Mas luego de hablar el P. Rojas de la profesión del Venerable, continúa diciendo: « Estudió artes y teología en Salamanca»: de suerte que enlazando estos nobilísimos estudios á los cursos de Derechos, que parece había aprobado antes, dió cima á una carrera literaria brillantísima.

Y respecto de sus aficiones literarias especiales, diremos que sólo por sus escritos lo podemos inferir. Materia es esta que pertenece al juicio crítico de sus escritos, que expondremos más tarde: pero esto no obsta para que anticipemos, ya que la ocasión nos brinda, que á juzgar por sus obras, el libro de su gusto y cariño y que continuamente trae á la mano, es el libro de Dios, *la Sagrada Escritura*. Sus tratados no son otra cosa que una continuada exposición ó aplicación de las páginas santas, según el asunto lo requiere. Y está esto muy de conformidad con las tradiciones del convento donde residía; pues es sabida la parte principal que como es-
criturarios llevaban los Agustinos en la Universidad de Salamanca.



CAPÍTULO XI.

La Ordenación de Sacerdote. Modo de cumplir el Bto. Alonso los altos deberes que esta impone.

EL dulce ensueño de una piadosa madre va á realizarse; al vaticinio de la Reina de los ángeles llega su cumplimiento.

Si tan adelantado en los estudios eclesiásticos iba el Bto. Alonso á los pocos años de su profesión, en la carrera de las virtudes avanzaba muy más aprovechado: así batía las dos hermosas alas del saber y la virtud, con que han de elevarse las almas puras, que aspiren al alto grado del Sacerdocio. «Admirábanse mucho los que le trataban, de verle tan absorto en Dios y tan olvidado de todo deleite ó entretenimiento corporal: liga, por nuestra flaqueza, demasiado pegajosa, y de que tan mal se puede desasir quien vive en carne. Y como se criaba para capellán de la Reina de los ángeles, habiendo comenzado sus estudios, y servido algunos años en los ministerios en que se suelen ocupar los nuevos profesos, parecióle á la religión promoverle á la dignidad del Sacerdocio» (1).

(1) *Vida del Ven. Padre* por el P. Fr. Juan Márquez: cap. IV, pág. 7 del tomo III.

¿Debemos encarecer la excelencia de la dignidad sacerdotal? Quizá en estos días de ignorancia y olvido de las cosas divinas, y de poca estima de sus ministros, no fuera ocioso hablar sobre este punto.

Cristiano lector, en cuya mente brillan los resplandores de la fe: Dios es la cosa más excelente y admirable que se puede pensar é imaginar: los sacerdotes por consagración de lo alto son vicegerentes suyos en la tierra. «Ángel del Señor de los ejércitos es el sacerdote y altísimo es su oficio, y su dignidad excede á la de los querubines y ángeles,» escribe este docto y Ven. Padre Orozco (1).

Sobrecogíanse los Santos y temblaban siempre al ser investidos de ministerio tan sublime: sobremanera honrados se estimaban, y más que si lo fueran de reyes, al ungirse de Presbíteros. No sé porque respetos, los nobles y acaudalados, hablando en general, aprecian ya en poco la ultrajada carrera del Sacerdocio, tanto más brillante y heroica cuanto más perseguida. ¿Para cuándo reservamos los católicos el brío y la generosidad de nuestra fe? Dejemos á los secuaces del positivismo materialista gozar, siquiera sea con perpetuos sobresaltos y contados días, del polvo de la tierra. Bah! arañad, hijos del siglo, las entrañas del globo en busca de codiciados metales; mimad al gusano que os viste de rica seda: nosotros, con tal de vivir animados con la viva esperanza de poseer en breve riquísima é imperecedera corona, nos vamos en compañía de los pobres de bienes temporales, pero ricos y nobilísimos por los méritos y limpieza del alma.

Ricos, calificados y nobles eran los padres de Alonso y le ofrecieron á la Virgen para capellán suyo: la Reina de los cielos se dignó aceptar la ofrenda cordial: ¿cabiales dicha más grande?

Sabiamente tiene dispuesto la Iglesia que por varios

(1) *Epistol. Cristiano.* Ep. á un Sacerdote, tom. I. p. 76.

grados y en distintos tiempos vayan los candidatos ascendiendo al elevado ministerio. Y por esos escalones iba subiendo el Ven. creciendo en el afecto, á medida que se acercaba más al Sacramento del amor. Llegó al de Presbítero; y con la devoción y regalo de su alma, que acaso podrá conjeturarse, mas no explicar, celebró su primera misa.

«Ordenándolo vos por mis Prelados, subí al estado tan alto del sacerdocio, del que se admiran los espíritus celestiales, viendo que unos hombres mortales tengan tan admirable poder de consagrar vuestro Santísimo Cuerpo y Sangre, y que encierren en su pecho al que no cabe en el mundo. ¡Oh Señor, qué corazón hay alumbrado de fe, que viendo en sus manos á su Criador y Redentor, no quede suspenso, y con tales brasas de amor no se inflame, amando á tan liberal Señor! *Oh maná que tiene todos los gustos de todos los manjares!* Más suave que la miel y panal dulce, de quien dijo la esposa: comí mi panal con mi miel. Hago perpetuas gracias por tan gran dignidad á vuestra misericordia» (1).

Y cómo había de darlas, preguntaba para sí: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo:* todos los días tomaré el cáliz de mi salvación é invocaré el nombre de Dios. Apenas despertaba en las madrugadas, el fuego interior le hacía saltar del pobrísimo y mortificante lecho, y con sola una idea en la mente, la de su amado, y con solo un afecto en el corazón, el de su amor, eran sus pensamientos la preparación posible para recibir dignamente al Cordero divino. Acercábase á la sacristía rezando los salmos penitenciales; y encareciendo sus livianas imperfecciones, y con lágrimas de compunción acostumbraba purificarse todos los días en el Sacramento de la Penitencia. En el sacrificio de la misa gas-

(1) *Confes.* Lib. III, c. V. pág. 92.

taba una hora de ordinario (1); á veces quedaba extático en la contemplación del inefable sacramento; otras era menester que el ayudante le tirara de la casulla, para que prosiguiese el tremendo misterio; alguna ni aun eso bastaba; y prorumpiendo entonces los circunstancias en lágrimas de ternura y devoción, viendo á un santo todo absorto en amor celestial, dejábanle gozar á su holgura de la presencia y regalos de Dios.

Cuando ya regalaba su pecho el maná apetecido, suplicaba al Señor no le privara al día siguiente, si había de vivir, de las dulzuras del Sacramento; y pedíasele con estas palabras: *Quede, Señor, desde hoy aceptado el convite para el santo altar*. Un sí dulcísimo é inefable que se dejaba oír en el fondo de su alma le embriagaba de consuelo, y con esta esperanza se retiraba de las gradas del altar y su prolijo hacimiento de gracias.

«Los sacerdotes después de haber dicho misa, escribieron él, se retraen á contemplar en su pecho y paraíso á su Redentor, y á pedirle mercedes, pidiéndole entonces que si la vida fuere tan larga que llegara á otro día, quede aceptado el convite para el santo altar. Y confiados en un sí que el alma oye en espíritu, quedan muy consolados, y guardan su boca de palabras ociosas, y oran y leen como quien espera con hambre, lavadas las manos, para sentarse á tal mesa» (2).

La memoria del beneficio de la mañana, y la promesa para el día siguiente no se apartaba de su pensamiento. Ni aun enfermo, ni con calentura, dejaba de decir misa: preciosísimas son las contestaciones que daba á los médicos cuando estos trataban de impedirselo; citábanle á Galeno y otros maestros de medicina, en comprobación de que le perjudicaría levantarse á celebrar el santo sa-

(1) Refieren sus biógrafos esta circunstancia de cuando ya el Beato era anciano, atribuyéndola, no á torpeza de la edad, sino á su viva devoción.

(2) *Regla de Vida Cristiana*. Doc. V, pág. 392 del tom. II.

crificio. Gentil testigo, reponía el Beato; de haber gustado ellos los bienes del Sacramento, no lo hubieran prohibido. Dios no hace daño á nadie.

Guardábase de palabras ociosas, como él mismo lo insinúa claramente, y de cuanto le pudiera distraer; como quien quería conservar el retrete de su corazón para solo su amado. Muchas veces en el día y en la noche comulgaba espiritualmente.

Dos razones solían moverle para cumplir con el rezo divino en la iglesia y en el coro con la comunidad, á pesar de hallarse exento por los cargos que diremos más tarde: era una el orar delante del Sacramento, dirigiéndole, sin duda, las inspiradas palabras del oficio; fuera de que, y este era el otro motivo, es mucho más provechosa la oración hecha en común. En los dilatados ratos en que derramaba su pecho visitando al Señor sacramentado, sentía mucho contento viendo que otros le adoraban también, y hasta les daba gracias por ir á visitar al Sacramento; así como se dolía en gran manera de las irreverencias, al pasar inconsideradamente por delante del Señor sin doblarle las rodillas, y exclamaba: «*Quien se descuida en honrarle, ¿con qué cara rezará el verso—Así, Señor, nos visita como te honramos?—Sic nos tu visita sicut te colimus?*»

Sabido es que los maestros de espíritu han andado vacilantes acerca del bien, que en las almas puede resultar con la mucha frecuencia de este sacramento; que no era menos fervoroso, ni en menos deseos de recibirle ardía un S. Buenaventura, el cual respetuoso se retiraba alguna vez; que Sta. Catalina de Sena comulgando todos los días contra el viento y marea de los murmuradores. Últimamente, y conforme á la doctrina de los PP., S. Francisco de Sales y S. Alfonso de Ligorio tienden á ponderar la conveniencia de su frecuente uso, regulado siempre por el director. Lo mismo había escrito muy antes el Venerable: «No es de menor estima el alma que el cuerpo, sino antes de muy mayor; pues si al cuerpo tantas

veces se pone mesa, ¿qué razón sufre que al alma se le quite su manjar á lo menos una vez al día, porque de hambre no muera por flaqueza, cayendo en algún pecado?» (1).

Y ya que hemos citado este parrafito de su *Memorial de Amor Santo*, diremos que en sus libros es donde hay que buscar las centellas de amor, que despedía este serafín enamorado.

Ponía especial esmero en venerar las fiestas y los jueves, por haberse instituido en ese día tan admirable misterio. Innumerables eran los favores que recibía de continuo en la misa: cuando alguno le encomendaba algún asunto de monta, acudía á la oración y por último al santo sacrificio: oíanle entonces después de la consagración grandes suspiros y gemidos, señal de la instancia que á Dios hacia, á fin de alcanzar lo que suplicaba. De este modo resucitó algún muerto, vió subir á los cielos á una sobrina difunta, alivió á muchos enfermos entre ellos á varias personas reales; é hizo varios otros milagros, de los cuales, así como de otras muestras de su afecto al Sacramento, hablaremos en lugar oportuno; que siendo la misa su ordinario refugio, enlázanse con su devoción á ella todos los hechos de su vida.

Y sobre todos estos favores, merece especialísima mención el descanso y consuelo, que hallaba en el altar, de una larguísima y aflictiva tribulación, en la que el Señor quiso aquilatar sus virtudes. Pero tratémoslo ya en capítulo separado.

(1) Part. II. cap. XX, pág. 285 del Tom. II.





CAPÍTULO XII.

Tentaciones y escrúpulos por que pasó el Bto. Alonso.

1522.—1551.

MISERICORDIA y poder de Dios! que de los abatimientos y humillaciones de nuestra alma saca lo más valioso y heróico de la virtud. Ley es y muy adorable misterio en las mercedes del Señor, que ninguno se glorie sino en él: por esta razón, cuanto grandioso y sublime admiramos en sus criaturas, hizo-lo brotar del abismo de la nada. El más firme de los alcázares se ha asentado sobre el un día atolondrado y débil Pedro; el Apóstol por antonomasia apellidase Saulo, y Agustín el Doctor más eximio de la Iglesia.

¿Quién no se enternece oyendo á Santa Teresa referir la sequedad de su alma sensibilísima, cuando guardaba las paredes del oratorio como seco centinela, ya que no le viene un pensamiento devoto, ó no rompe en afectos en la oración? ¡*Oh noche oscura*, la de S. Juan de la Cruz, por la que han de pasar los finos amigos de

Dios! Ved consumido á S. Francisco de Sales y hecho un cadáver, porque el demonio le ha sugerido que sin remedio ha de condenarse... El impávido capitán Ignacio de Loyola, vuelto á vida mejor, hace preguntas tan sencillas, que escasamente ocurrieran á un niño. ¿Y S. Alfonso María de Ligorio? El infatigable misionero, que trabajó por mil sacerdotes, prudentísimo fundador de los Redentoristas, Doctor en derecho á los 17 años, oráculo de su tiempo, dechado de Prelados y Obispos, escritor de cien tratados espirituales, llamado por Dios para guía seguro en las sinuosidades de la Teología Moral, al fin de su carrera mortal y cargado de merecimientos, pruébale aún el Señor con dos años continuos de escrúpulos y ansiedades. Miradle encorvado por los años, con cuánta fatiga y turbación se acerca á comulgar, pectoral y estola al cuello; y que á medio camino retrocede llorando, *porque está en pecado mortal...* mientras que el Sacerdote animándole, con la hostia consagrada en la mano le dice: *Monseñor, no hagáis pasar antesalas á Jesucristo.*

Dígasenos ahora si la historia cuenta maestros de espíritu más insignes que los santos acabados de mencionar.

Complácese Dios en que toquemos sensiblemente nuestra nada, y al persuadirnos de ello, entonces del caos hace brillar la luz. A este fin, nada más á propósito que los escrúpulos: bien así como el pájaro en un hilo, enrédase el entendimiento en una idea atormentadora, y al esforzarse en desasirse de ella, aprieta más el lazo opresor; y aquella lumbre y despejo natural en las ciencias quizá brillante; para el gobierno de otros, acaso prudentísima; eclipsase para el infeliz que la posee, y después de cansar su espíritu inutilmente, da en la ridiculez, ó lo que es más acertado, consulta no sin gran vergüenza sus ocurrencias con otro; porque ¡oh burla de nuestra altivez! la luz que se oscurece, mas no está apagada, secretamente le dice que pregunta cosas, en

las cuales se paran sólo los simples y mentecatos. Mas ¿qué diremos si á los escrúpulos se unen horribles tentaciones contra la fe, y que blasfemias asquerosas, nefandas imprecaciones zumban en los oídos de una alma atribulada, inocente y candorosa? ¡Oh cómo martirizan la imaginación de un corazón limpio los monstruosos y sucios fantasmas!

De tres causas, dicen los Doctores, vienen los escrúpulos: ó de carácter indeciso y tembloroso, ó de agitacion del demonio, ó bien de la mano del Señor que los permite para altos fines.

En todos los tres casos, si el padecimiento es prolongado y no viene auxilio de lo alto que lo remedie, y muy especial arreciando la tempestad, quien haya experimentado algo en sí ó en otros, y sepa cuánto se carga la cabeza, angústíase el espíritu y oprime el corazón, deberá concluir que sola la demencia ó una muerte pronta pondrá término á tanto penar. Recia cosa es para los amantes de Dios creerse condenados á no verle.

Explícate el Ven. acerca de esto de la siguiente manera:

«Esta es una vida que nadie la puede declarar por palabras, y es un tormento que no deja reposar, un gusano que parece que lastima las entrañas; no deja comer, ni dormir ni orar con reposo; de manera que como el alegría de la conciencia reposada sale al rostro, así la aflicción y continua guerra de los escrúpulos enflaquece y consume la vida» (1).

«Cuanto va de la nobleza del alma, criada á vuestra imagen y semejanza, á la grosería y tosquedad del terrón de tierra que es el cuerpo; tanto más las tentaciones espirituales son más peligrosas y más tiernamente se sienten. Los trabajos en el cuerpo, son como golpes en la muralla de la ciudad, que dan como de fuera; mas

(1) Epístola á una persona afligida de escrúpulos.—*Epistolario cristiano*. Tom. II, pág. 188.

las tentaciones del espíritu hieren y lastiman en lo interior de dentro; y éstas son las que nos hallan de dentro, y nos turban en gran manera. Oh Salvador del mundo, ¿cómo podré yo manifestar la guerra tan trabada que mi alma padeció casi treinta años? ¡Oh qué blasfemias decía aquel padre de mentiras Satanás, ahullando á mis oídos! San Pedro dice que *«este león anda cercando las almas y bramando por hallar alguna que trague»* y la ponga en su estómago, que es el infierno. Anda á la redonda, porque jamás siguió camino recto, ni tampoco los malos que le siguen. Brama y no muerde, como perro encadenado, al cual vos, mi Redemptor, vencisteis y cautivasteis muriendo en la cruz por nuestra redención; preso está y nada puede sino bramar; salvo si el mísero pecador se llega á él consintiéndole. ¿Qué eran sino bramidos de este león rabioso cada tentación de la santa fe, con que molestaba mi alma sin cesar de noche y de día? No me dejaba comer bocado sin escrúpulo, ni beber un poco de agua, teniendo sed. ¡Oh cuántas veces entrando en la celda volví la cabeza, pareciéndome que le oía hablar, mas no podía ver cosa alguna!» (1).

El P. Márquez fundadamente opina que el Venerable habla de sí propio cuando dice: «Yo vi una persona temerosa de Dios, cuya vida fué casi un martirio por término de veinte años; á quien muchas veces los temores y escrúpulos hacían caer en tierra casi sin sentido; mas por la bondad de nuestro Dios, aprovechándole la guerra pasada, vino á tan gran paz y reposo, que ya cantaba con David, haciendo gracias al Señor, y decía: «—Quebrantaste, mi Dios, mis cadenas y prisiones: á tí ofreceré sacrificio de alabanzas—».

¿Qué hemos de añadir ya de parte nuestra? Diremos en caso con el mismo martizado Padre: «Bendito seáis Vos, que así me pasasteis por fuego tan penoso, para

(1) *Confesiones*, lib. II, cap. XII, pág. 85.

que pudiese consolar y avisar á las almas cristianas, que Vos por divino juicio afligís con escrúpulos. *No supiera yo hablar ni escribir los remedios para los atribulados, como yo lo fui, si no experimentara lo que senti*» (1).

Dios era, sin duda, quien le enviaba tan angustiada tribulación; por eso la moderaba é interrumpía dándole descanso y aliento para más padecer, en los preciosos momentos en que se confesaba y ofrecía la sangre de Jesucristo por los pecados del mundo; cabalmente, en las ocasiones en que padecen más los escrupulosos ordinarios.

«En dos tiempos callaba este perro importuno, mandándosele Vos, Señor; y era cuando me confesaba para celebrar, y en el santo altar, diciendo misa. Bendita sea vuestra misericordia, que entonces había reposo y se hacían como treguas; por lo cual no poco se gozaba mi alma, dando gracias á vuestra Majestad, que en tiempos tan santos no dabais lugar que ladrara aquel perro infernal. Mas después de haber dado gracias por aquel admirable tesoro, que yo había encerrado en mi pecho, vuestro santísimo cuerpo y sangre; luego era conmigo, y con la braveza que antes me perseguía y atormentaba» (2).

Levantósele esta recia tempestad de escrúpulos y tentaciones, á lo que más fundadamente creemos, en el año del noviciado, hacia los 22 de su edad: ahora, cuándo se calmó, dando lugar al reposo y dulce paz del alma, y el modo milagroso de desaparecer, lo diremos más adelante. Mientras tanto no olvidemos que sobre los trabajos que hemos de relatar en este período, la turbación de los escrúpulos no le dejó sosiego en los treinta años que el Venerable refiere. Esta historia dirá también cuán tierno y amoroso corazón purificaba Dios en el crisol de tan angustiada prueba.

(1) *Confes.* lib. II. cap. XII, pág. 86.

(2) *Lib. II de las Confesiones*, cap. XII, pág. 86.



CAPÍTULO XIII.

Es nombrado Predicador de la Orden.



La carrera brillante y el grado de sacerdocio del joven P. Orozco, de que hemos hablado, era menester resplandecieran en el ejercicio de las tareas apostólicas.

La bondad de su carácter hermosamente realzada por la pureza de costumbres, bien en unión con la ciencia recientemente adquirida, le llamaba mejor al púlpito que á una cátedra. El Beato hubiera desempeñado el profesorado á maravilla; pero por lo común suelen los santos preferir las enseñanzas del Evangelio á la del Maestro de las sentencias: las llamas de caridad que les abrasan tienden á envolver también en el mismo fuego las almas de sus hermanos.

Por lo que los superiores, en esta parte, hicieron una elección acertadísima, dándole el título de Predicador.

Es la obediencia para los buenos religiosos voz del cielo: así que el P. Orozco aceptó el oficio con más seguridad y contento en virtud del mando del superior, que de la

revelación que tuvo descubriéndole sus destinos en la tierra.

Contémpenle ahora nuestros lectores, embebido todo en el pensamiento de cumplir exactamente el primer cargo sacerdotal, que la obediencia le confiaba. Vendrían á su memoria las fervorosas predicaciones del ángel de la paz, S. Juan de Sahagún; de hallarse todavía en Salamanca, iría á su sepulcro á pedirle espíritu, como otro Eliseo á Elías; aún resonarían en sus oídos las pláticas de Santo Tomás de Villanueva, exponiendo el Salmo *In exitu Israel de Aegipto* que habían ocasionado la vocación de que se gozaba; y suplicaría á Dios gracias para no deslucir la gloriosa historia de los predicadores admirables que le precedieron en su convento; por lo que llevado el devoto pueblo salmantino del buen olor de las virtudes de los religiosos, majestuosas funciones de iglesia y celestiales predicaciones, acudía allí más que á ningún otro templo.

Bien sabía el avisado predicador á qué fuente acudir en busca de elocuencia y unción. Como prueba de ello, nos asegura en sus obras que salía mejor dispuesto de la oración fervorosamente derramada al pié de la cruz, que del registro y la rebusca de muchos libros. Esta lección y ejemplo, confirmados con la práctica de todos los santos, verdaderos predicadores del Evangelio, puede aprovechar mucho á los oradores sagrados.

No querría empedrar esta historia de llamadas y citas; mas no puedo continuar ni acierto, cuando el Venerable habla, á insertar otra cosa que sus mismas frases; él es el mejor testigo y quien mejor lo declara; y no dejan sus palabras de ser piedras preciosas, por más que lleven el vil engaste de mi tosco razonar.

«Nuestro Redentor da documento á los predicadores que su doctrina sea tan santa y tan clara, que los pequeñitos la puedan gustar y dar testimonio de ella; lo cual fácilmente harían, si diesen doblado tiempo á la oración y contemplación, más que al estudio y lección; porque

ésta, según dice nuestro Padre S. Agustín, es la llave que abre y manifiesta lo que en la lección el Espíritu Santo quiso decir. No querría enseñar al menor de los cuales no merezco yo tener por maestro; mas si pobre consejo los tales quisiesen oír, deberían imitar al gran predicador y vaso de elección San Pablo; el cual traía siempre por tema en sus sermones, y decía: *Prediquemos á Jesucristo crucificado en la Cruz*» (1). De la oración, pues, sacaba el lenguaje de la verdad claro y elocuente, vivo y apasionado; haciéndose entender de los más llanos y sencillos, como quien desmenuzaba el sabroso manjar de la palabra de Dios, adaptándola á la capacidad y gusto de todos sus oyentes.

En aquel siglo de oro, en que mejor se habló nuestra lengua; y la grandeza de España no era fingida sino sobresaliente y alta, en todo se hablaba con sinceridad y apropiadamente: no habían venido á corromper la oratoria sagrada las jergas é inchazones de los siguientes siglos; de las que, en mi humilde sentir, no estamos muy curados en los presentes tiempos.

Como veremos en el discurso de este libro, la predicación fué el objeto principal á que Dios le destinó: el mismo Padre lo declara en las *Confesiones*, diciendo como otro S. Pablo, *que le había el Señor confiado el evangelio, para que lo declarase á los fieles* (1). Así que los abundosos frutos de su predicación, especialmente en la corte de España, nos han de dar materia para hablar algo más que en el presente capítulo. Sus ensayos en Salamanca dirémos, ahora, que eran el principio digno de una gloriosa carrera. Léanse los cuatro tomos en folio de sermones que nos dejó en latín y algunos en castellano; y ellos manifestarán mejor que ninguna otra cosa, si el Señor le comunicó excelentes dotes para la oratoria. Cierto que falta el alma de la expresión, la unción afec-

(1) *Memorial de Amor Santo* cap. XIV, pág. 234 del Tom. II.

(2) Cap. IX del Lib. III, p. 96 del Tom. III.

tuosa y viva con que los pronunciaba; que muchas, sino todas las veces, es lo esencial en la peroración, sobre todo cristiana. ¿Qué es la exclamación: *Almas, qué hacéis?* y puesta en los labios de aquel santo, después de ponderar la insensatez del hombre, que trueca la hermosura de Dios por el lodo de la tierra, hacía estremecer al auditorio y llorar á lágrima viva. Pero es de notar que se quedaba extático el orador, y sus ojos parecían dos fuentes de lágrimas.

Eran sus sermones, por lo común, panales de dulzura, de suavidad y amor. Decía que al hombre, libre como es, había de traérsele á mandamiento, con el afecto y persuasión de la palabra: y á este fin elegía las materias que podían interesar y cautivar más los corazones de sus oyentes. Recordaba que de esta manera S. Agustín había reducido dos pueblos muy discordes.

Inspira el Señor á algunos, como lo vemos en los profetas, anuncien las amenazas de su ira á su pueblo fiel; envía á otros como mensajeros de paz y precursores del reinado de la gracia; el venerable agustino se complacía en patentizar al mundo el amor de un Dios encarnado y muerto por los hombres. Los que le escucharon declaran que había de ser muy rebelde quien, oyéndole con atención, no se le diese á partido; porque enlazaba las almas, con la suavidad del razonar como con prisiones de oro (1). Con tal fuerza en las exclamaciones y viveza de afectos, hizo maravillosas mudanzas de vida; bien que trabajaba infatigable con tal de que, aunque no fuera más, volviera al redil del pastor divino una sola oveja descarriada. «¡Oh! *plegue á Jesucristo que en todos los años que predicáremos, presentemos siquiera una alma ante los ojos de Dios, adquirida con nuestros trabajos*» (2). Pero si las señas no engañan y los testigos no se equivo-

(1) Márquez. Pág. 11.

(2) *Epist. Crist.* Epístola X á un Predicador, pág. 177 del Tom. I.

can, tengo para mí que no una, sino muchas, eran las almas por él cada año convertidas.

Lo selecto y numeroso del auditorio no era lo que más importaba á este humilde orador: antes, y en esto hallaba su mayor placer, se detenía en predicar á muy pocas personas por plebeyas que fuesen; como quien sabía mediante los recursos ingeniosos de su caridad, trocar las sencillas conversaciones en sabrosas y animadas pláticas espirituales.

En los consejos que en su *Epistolario* ha dejado á los predicadores, les recuerda que los Apóstoles predicaban á una y dos personas, lo propio que S. Juan Bautista en la ribera del Jordán; y N. S. Jesucristo pronunció el famoso Sermón de las bienaventuranzas sólo á doce personas; y lo que más es, «se detuvo sediento sobre el brocal del pozo, para predicar á la Samaritana, no princesa ni Señora, sino moza de cántaro».





CAPITULO XIV.

*Es trasladado el Bto. Orozco de conventual á Medina.
Redúcele una enfermedad á las puertas de la muerte.*

1530—1537.



QUEL relicario de santidad, aquellos muros benditos, que besaban respetuosas las gentes, del convento de Salamanca, su cuna religiosa muy amada, deja ahora el bienaventurado P. Alonso para no volver más á ella de asiento.

Tiernísimo es el cariño que los religiosos cobran á la celda, regada con las primeras lágrimas de verdadera devoción; allí desde donde contemplaron al mundo, llenos de asombro y espanto, en el panorama de la realidad; donde los cielos se les abrieron, y oyeron bien clara la voz de los mandamientos del Señor. En poesías dulcísimas hase ponderado el afecto que se toma al lugar, donde abrimos los ojos á esta luz corpórea: ¿qué deberá cantarse de la morada donde se abren maravillosamente los ojos del espíritu, y el hombre se transforma en ángel?

En ella vivía gozoso su corazón; mas como los Apóstoles abandonaron el amado cenáculo, lugar de tantos prodigios, para encender á los hombres en el fuego en que ellos ardían; así es fuerza que los religiosos difundan por otras partes, el fervor atesorado en el recogimiento y soledad de la casa-noviciado.

Al componer el P. Herrera la *Historia de S. Agustín de Salamanca*, en 1648, reclamaban como una gloria del convento de Medina del Campo de Nuestra Señora de Gracia sus moradores agustinos, el que el Ven. Alonso le hubiera honrado como uno de sus primeros conventuales. La fundación de dicho convento, según las centurias de la Provincia empezó en 1525 (1); y pocos años más tarde figura como el primer Prior, al sentir de algunos, y como el segundo á lo más en el de todos nuestros historiadores, el Maestro de novicios de nuestro Beato, Padre Luis de Montoya. Hallábanse entónces los reyes en la villa de Medina. Sobre la distancia á que había de establecerse nuestra fundación movieron pleito los Dominicos; por todo lo cual los Superiores señalaron individuos de su confianza, para formar la flamante comunidad, tales, que en las circunstancias referidas se gobernarán con el tiento y madurez convenientes. La pendencia se zanjó amigablemente por medio de árbitros, y nuestros religiosos se granjearon la voluntad de los príncipes (2).

Sirva de dato también que en las *Confesiones* escribe el bendito Padre que bien de treinta años padeció en Medina una enfermedad gravísima. No cabe duda, pues,

(1) Escribiólas el P. Jerónimo Román como ya hemos visto.

(2) Diré por lo que va!ga que estando enfermo Don Felipe, su amante y apasionada esposa D.^a Juana pidió al P. Montoya que le diese el panecillo bendito llamado de S. Nicolás; con lo que fué servido el Señor de volver la salud al Rey: atribuyén este beneficio de Dios los biógrafos del P. Montoya ya á S. Nicolás, ya también á la santidad de este observantísimo Padre.

de que por el tiempo señalado debajo del epígrafe del capítulo, hubo de hallarse de conventual en Medina del Campo.

Quedan aún en esta población ruinas, que conservan la triste memoria de su pasada grandeza, aun cuando tantos libros estampados en la incendiada y decaída villa no lo publicaran muy alto. En aquellos venturosos días de fe y piedad del pueblo español, cuando los príncipes, grandes é hijosdalgo tenían á honra y gala colocar sus blasones sobre la puerta de los conventos, lo propio que en los artesonados de sus palacios; se extendían las órdenes religiosas prodigiosamente por ciudades y aldeas. ¿Quién podrá reducir á número las fundaciones de distintos institutos llevadas á cabo en España en el siglo décimo sexto?

Morando, pues, el bendito P. Orozco en Ntra. Sra. de Gracia de Medina, quiso nuestro buen Dios avalorar su paciencia, tocándole de nuevo en el cuerpo con recias enfermedades; ya que tanto le acongojaba directamente el alma con la tribulación de las tentaciones y escrúpulos. La naturalidad y sencillez con que lo refiere son por demás embelesadoras, y las causas y razones á que lo atribuye patentizan la generosidad y alto grado de su virtud. Véalo por sí propio el lector:

«Aquí, Rey poderoso, tengo yo que daros muchas gracias, que me pasasteis por agua y fuego; dándome todas estas maneras de trabajos en el cuerpo y en el alma. No sólo me librasteis de aquel peligro, cuando me ahogaba en el río de Talavera, y me disteis salud en la enfermedad grave, cuando era de diez años; mas aun ya siendo religioso, y bien de treinta años en nuestro Monasterio de Medina del Campo, estuve desahuciado de los médicos, y tan flaco que solamente podía menear un poco la cabeza. Confieso, Señor mío, que casi no sintiera la muerte, por estar tan debilitado que aun los brazos no podía alzar. Allí me acordé de la razón tan viva, que trae un filósofo para probar la inmortalidad del alma;

porque es cierto, que *cuanto más mi cuerpo estaba debilitado, más claro y vivo tenía mi entendimiento*: y entonces entendí algunos pasos de la Divina Escritura que antes no había entendido: ordenó vuestra sabiduría de darme salud, y llegando la víspera de vuestro gran Santo Agustino, sentí notable mejoría y fui convaleciendo» (1).

¿Cabe mayor paciencia, mayor conformidad y alegría en los trabajos?

(1) *Confesiones* Lib. II, Cap. 11, pág. 85.





CAPÍTULO XV.

*El Beato Alonso sucesivamente Prior de los
Conventos de Soria y de Medina del Campo. Manera
de su gobierno.*

1538—1541.

ACABABA de fundarse un convento de Agustinos en la ciudad de Soria. Ateniéndonos á las relaciones enviadas á Loperráez, para su *Descripción Histórica del Obispado de Osma*; desde el 1522 venían trabajando con permiso de D. Alonso de Enriquez Obispo de Osma, el comendador D. Diego de Torres del hábito de Santiago, y su hermana D.^a Aldara, naturales de Soria, en la reparación de la Iglesia abandonada por los Mercenarios, con el objeto de establecer una comunidad de N. P. S. Agustín (1). En 1537 hubieron de instalarse ya allí nuestros Padres, al decir del P. Román en sus *Centurias*, copiado por Herrera (2). Márquez,

(1) Loperráez. Tomo II, Madrid 1788, pág. 135.

(2) *Historia del convento de S. Agustín*.—Cap. 41, pág. 283.

Rojas y demás biógrafos, tratando de los oficios y prelacías del Venerable, hablan primero de la de Soria; por lo que en los años indicados en el epígrafe, ó acaso antes, hubo de ser Prior de tal convento, como se confirmará aún por lo que iremos declarando.

Algo más averiguada es la fecha del Priorato de Medina. Desde 24 de Abril de 1540 en que celebró Capítulo la Provincia de Castilla en Dueñas, hasta el 1541 en que de nuevo se reunió, por lo que especificaremos en el inmediato capítulo; ejerció esta Prelacia en Nuestra Señora de Gracia el P. Orozco. Como Prior de Medina aparece firmando el Capítulo Provincial en 12 de Noviembre de 1541, que se conserva en nuestro archivo generalicio de Roma.

Estos fueron los primeros cargos de Superior que hubo de aceptar por obediencia. La agudeza de su entendimiento no dejaba de alcanzar que lo mismo puede regalarse el amor propio con la obtención de altos puestos, que con el soberbio é hipócrita desdén de los mismos. En este sentido expuso la *Regla de nuestro Patriarca*: «Tres cosas hacen á los siervos de Dios encargarse de las Prelacias. La primera es cuando entienden que Dios los llama para aquel oficio; y sin ellos entender en ello, ni aun quererlo, son elegidos para tales oficios: como N. Padre y San Ambrosio, y todos los Santos lo fueron. Así dijo S. Pablo:—*Nadie se tome por su mano la honra del Sacerdocio ó Prelacia, sino el que es llamado de Dios, como lo fué Aarón.*—(1) Lo segundo, por un gran celo de caridad, cuando hay necesidad. Por esto dice N. Padre:—*La quietud santa de la oración, y contemplación busca la caridad: y la ocupación justa recibe la necesidad, á la cual obliga esa misma caridad*»—(2). Y esto es más perfecto que lo primero. Lo último porque los varones de Dios reciben las Prelacias, es por la obediencia

(1) *Hebr.* V, 4.

(2) *Lib. XIX de Civ. Dei*, cap. 19.

que se lo manda: y este es más alto motivo que todos. De aquí vemos que muchos que resistieron los cargos, al fin por la obediencia se sujetaron á lo que no quisieran; y claro está que la perfección nuestra no está en ser súbditos ni ejercitarnos en oficios bajos; solamente consiste en una mortificación de nuestra voluntad y en una negación del todo hecha por Dios; que como á un muerto que no resiste si le ponen en el suelo, ó si le asientan en un trono de Rey, la obediencia haga lo que quisiere de cada religioso» (1).

Y ahora véase, según propio testimonio, cómo cumplió estos avisos: «Muchas gracias os doy, Señor, que con esta santa obediencia me he gobernado; y si algunas veces, ordenándolo vuestros Ministros, sentí pesadumbre en aceptar cargos, y en mudanza de largos caminos; al fin, peleando con mi voluntad, me sujetaba al yugo de la obediencia en la cual, Vos, bondad infinita, siempre me fuisteis favorable; de suerte que hallaba nuevas fuerzas adonde yo no pensaba» (2).

Al comentar el Venerable las suavísimas y sabias amonestaciones de N. P. S. Agustín á los Prelados, dice Márquez que no tenía otra cosa que hacer más que copiar cuanto él practicaba. Léase la Exposición prudentísima de aquel pasaje:—«No se juzgue feliz el Prelado porque manda, sino por servir por caridad... para con todos muéstrese como dechado de buenas obras... anhele más ser amado de sus súbditos que temido»—(3). ¡Con qué razones tan llenas de afectos, con qué testimonios oportunitísimos, sacados de los libros sagrados, no explica la suave fortaleza y dulce al par que imperioso modo de mandar, contenido en las máximas del gran

(1) *Regla de N. P. S. Agustín y su Exposición en castellano* por el V. P. siervo de Dios Fr. Alonso de Orozco, cap. VII.—Madrid 1781, p. 81.

(2) *Confesiones*. II, cap. X, pág. 84 del Tom. III.

(3) *Regla de Nuestro Padre*. Cap. XI.

Obispo de Hipona! Él se retrata á sí mismo tratando de los deberes del Superior.

«Esta es, pues, la bienaventuranza del Prelado, servir á sus súbditos por caridad y amor de Dios. Nuestro Salvador dijo: *Yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve*: para que el Prelado sepa que es siervo de los siervos de Dios. Y cuando les lavó los piés, les encomendó que unos á otros se sirviesen, y aun en servicio de cosas bajas.

«El Prelado ha de servir á los súbditos, proveyéndoles de lo temporal y hálos de servir curándoles en sus enfermedades: hálos de sustentar en sus brazos, como la madre lleva al niño pequeño, sufriendo su flaqueza; y aun hálos de velar, como los que guardan de noche algún alcázar ó ciudad. Finalmente, hálos de guiar como Moysen encaminaba sus ovejas a lo interior del desierto, provocándoles á cosas espirituales y á seguir camino de perfección. Y como los sesenta fuertes que guardaban la cama de Salomón, siempre han los Prelados de tener la espada en la mano; amonestando con palabras de la Sagrada Escritura á sus súbditos, y no dejar las armas de la oración, levantadas las manos de buena vida y obras á Dios; para que los súbditos ganen victoria contra Amalec el demonio, y él no gane vencimiento de ellos.

«Al revés de esto hacen los Prelados que se descuidan; y habiendo de servir como Cristo manda en el Evangelio y aquí en su Regla N. Padre dice, quieren ser servidos de los religiosos fuera de necesidad de enfermedad; aunque no haya cosa en que más los súbditos pongan los ojos, que en el tratamiento que el Prelado hace á sí mismo. En él quieren ver la pobreza que la Regla manda; en él buscan la humildad y obediencia; y finalmente en él como en dechado quieren hallar todas las virtudes y perfección de la Religión. Esto lleva camino y razón muy grande, porque el agua clara á la fuente se ha de ir á coger, y los defectos del rostro en el espejo se han de considerar y enmendar. Mas si, permitiéndolo Dios, la

fuente está turbia y el espejo cubierto de polvo, quiero decir: si el Prelado, en quien se ha de mirar el súbdito es imperfecto, ¿á quién mirará el súbdito para enmendar sus faltas?» (1)...

«Grande es la fuerza de las amonestaciones por doctrina y palabras, mas muy mayor es la de vida y obras. Mucho hace el hablar amonestando y avisando á los súbditos, mas muy mayor eficacia tiene el obrar. *Si no me creéis*, decía el Señor á los Fariseos, *á lo menos creed á mis obras* (Joan X.) La vida es testigo sin tacha en el Prelado; es la hacha que va delante, para no caer en el camino los que son regidos; y finalmente, es el norte por donde se gobiernan los que están en el monasterio. Sean sus obras muy consideradas, sus palabras muy pensadas, y en todo sea muy avisado; pues él es el miradero adonde todos ponen los ojos, y el retrato de virtudes de donde todos han de sacar y á quien han de imitar. Ha de castigar á los mal sosegados para que se reposen y quieten, é irles á la mano porque no alboroten á los otros. Ha de animar y consolar á los flacos que padecen tentaciones y aflicciones espirituales. También ha de recibir de voluntad los enfermos y flacos; y finalmente, ha de ser paciente á todos.

«¡Oh yunque de todas partes golpeado el corazón del Prelado! pues ha de tener sufrimiento con el perezoso y negligente; ha de tolerar al demasiado agudo y sobresalido; al airado apaciguarle, al descontento y triste alegrarle. Finalmente, ha de decir con S. Pablo: *A todos soy hecho todas las cosas*» 1.^a ad Corinth. (2).

«Avisar aquí este Santo Doctor que con autoridad imponga á los súbditos la disciplina, no es decir que sea riguroso, pesado y á todos importuno; sino que tengan entendido de él, que si menester fuere, que sabrá y osará castigar al que no hiciere lo que debe. Por tanto, se

(1) *Explicación etc.* pág. 83.

(2) *Id.* pág. 90.

sigue luego: *Aunque todo es necesario, más desee el Prelado ser amado que temido, siempre pensando que ha de dar á Dios cuenta de los otros.* Gran aviso da aquí para saber regir, y es que de necesidad el buen Prelado ha de ser temido y amado: temido de los malos y amado de los buenos. Aquel maná daba gusto suave á los buenos en el desierto, y causaba gran sinsabor, y revolvía el estómago á los malos, ingratos de tan gran beneficio. Bien así el Prelado bueno, por fuerza ha de ser agradable á los siervos de Dios y aborrecible á los imperfectos y descuidados. Así lo fué N. Padre en el tiempo que gobernó, San Gregorio y S. Gerónimo y todos los buenos Prelados; y así lo han de ser los que en nuestros tiempos gobernaren como deben. Y en este caso, más vale un bueno y más crédito da al Prelado, siendo de él amado, que muchos flacos é imperfectos que le aborrezcan. Lo que ha de querer y desear el Prelado es ser más amado que temido. Ya cesó la ley de temor y vino la ley de amor; por misericordia sustenta Dios al mundo y le rige, no por rigor. Desea ser amado, porque el amor todo lo puede, y todo lo hace suave. *El amor todo lo sufre*, como dice S. Pablo, 1. Cor. XIII. Todo es menester; mas eche mayor cantidad de aceite que de vino en las llagas de los descuidados que corrige (Luc. X. 34). Será amado más que temido, si fuere humilde de corazón; si honrare á sus súbditos, si sufriere enmendando con paciencia, según lo aconseja S. Pablo (1. Thesal. V. 14); finalmente, si fuere muy temeroso de Dios y en todo muy disciplinado, providente y sabio. Y porque vale más dar cuenta de misericordia que no de exceso de justicia al buen Pastor Jesucristo, concluye diciendo:—*Considere siempre que ha de dar razón y cuenta á Dios de vuestras almas, redimidas por su sangre y muerte preciosa—*» (1).

No extrañamos que se conservara memoria de el especial gobierno del P. Orozco, y que leamos haber

(1) *Ibidem* pág. 94.

mantenido en todo su punto la observancia de los conventos, sin la triste necesidad de apelar á medios aflictivos con los tibios y perezosos, que siempre y en todas partes ha de haber.

«Cuán gran martirio sea para los Prelados este negocio del castigar, no hay quien lo pueda significar por palabras» dejó escrito este benignísimo Padre (1).

Consta que nada más que ver y admirar al Santo Prior, como le llamaban, todos se componían, y se dejaban llevar en pos de él de la avasalladora influencia que el ejemplo alcanza.

A los pocos días de entrar en el monasterio se echaba de ver el fruto de su gobierno. Nacía esta mágica influencia de que les ganaba los corazones con las suaves cadenas de la caridad; poniendo muy exquisito cuidado en servir con sus manos á los enfermos, y cumplir á la letra lo que él aconseja á los Prelados de imitar á Jesucristo, el cual de sí dice que bajó del cielo, no para tener servidores, sino para servir á los demás. Por lo que viéndole humilde, afable y misericordiosísimo; y que lejos de procurar los servicios de los súbditos era más bien el servidor de todos; que lejos de tener zelos por el honor que se diera á algún inferior, él mismo los honraba y distinguía, (enalteciendo así su autoridad y no rebajándola como estiman los vanidosos); tenía á sus gobernados sujetos con la mayor prisión, como es la honra, el favor y la caridad, para corazones generosos. Sólo el desagrado que pudiera sufrir con la inobservancia, bastaba á contener á los desenvueltos.

Se acordará, por ventura, el lector de haber visto arriba que el Santo padecía horriblemente de escrúpulos y tentaciones, y conforme á la cuenta, duraba la tempestad aun por este tiempo de sus prelacías; y podrá ocurrirle: ¿cómo se compadece esta cordura y prudencia en el gobernar con la oscuridad y turbación que expe-

(1) *Epist. para Obispo*. Pág. 35, tom. I, «*Epist. Crist.*».

rimenta la inteligencia del escrupuloso? Ciertamente que los que semejantes ansiedades padecen, son incapaces de gobernar á nadie. Mas el P. Alonso no fué jamás escrupuloso ordinario; vese á las claras que su angustia venía de una mano providencial y reguladora; la cual, si en ciertos momentos le apretaba y acongojaba reciamente, no le privaba, sin embargo, del claro discernimiento para el consejo y dirección de sus prójimos. Lejos de eso, veremos inmediatamente, que satisfecha la Orden de su prudente gobierno, le empleaba en más altos cargos; y el cielo, sin serenar del todo su alma, le mandaba iluminar con las luces de su doctrina en copiosos libros á los fieles de la Iglesia santa.

Y esta fué doblada desgracia y motivo de mayor angustia: servir de antorcha para otros, quedándose él sumergido á veces en espantosas tinieblas. ¡Sabio y poderoso es el Señor para labrar á maravilla las almas de sus predilectos, como profundo en los secretos juicios de su Providencia!





CAPÍTULO XVI.

Celébrase Capítulo Provincial en Dueñas con asistencia del Rmo. P. General Serifando.—Su importancia.

—El Bto. Orozco sale elegido Definidor.

1541.



LA piedad de los príncipes y los grandes de España por una parte, la devoción del pueblo español y la observancia de la Provincia de Castilla gobernada por Santos por otra, contribuyeron prodigiosamente para extender la fecunda descendencia de los hijos de S. Agustín en aquel siglo venturoso. Había tal número de conventos, que sin género alguno de duda, de sola la dicha Provincia pudieran formarse otras dos, y dar todavía bastante trabajo á los celosos Provinciales. Así que, maduramente consultado, se había dividido en dos Provincias, de Andalucía y Castilla, por los años de 1527. Tocáronse ciertos inconvenientes, como no podía menos de suceder en cosa nueva; y á pesar de haberse llevado los andaluces por primer Provincial á Santo Tomás de Villanueva,

al cabo de algunos años suspiraban de nuevo por la unión en sola la provincia primitiva, con la denominación de *Provincia de España*.

Abrumador tenía que ser el peso del Provincialato. Demás de los conventos de España, fundábanse otros en las apartadas regiones de las Indias, en relación y correspondencia con la Madre de todos; pues en bastante tiempo no se desmembraron radicalmente del tronco primitivo de Castilla.

En esto iba á recibir la Provincia de España la visita de uno de los Generales de más largos años en la dignidad, más celosos y más afamados en todo el mundo: el Rmo. P. Gerónimo Seripando.

Ninguna persona medianamente versada en la historia desconocerá el celo, cordura y vasta ciencia de este distinguido Prelado. Dió á conocer tan relevantes prendas en los 18 años de su generalato, en el retiro en que se encerró después de echar de sus hombros el peso del oficio, y en la delicada legación acerca de Carlos V en Alemania con que le honraron los Napolitanos. El Emperador, reconociendo entonces al antiguo P. General, le designó con tal instancia para Arzobispo de Salerno, que hubo de aceptar, aunque no sin grande resistencia. Más tarde, creado cardenal, fué nombrado Legado á *látère*, y presidió el Concilio Tridentino, contribuyendo no poco con su ingenio y erudición á dar cima á la grande empresa.

Llegado á España este famoso General Agustiniano, luego que se enteró de los deseos de los andaluces, consultó acerca de la conveniencia de complacerlos (en Junta previa celebrada en Toledo á 30 de Setiembre de 1541) con el Provincial, Priors de las casas más insignes y personas señaladas de la Provincia, entre otras con el Ven. Orozco, Prior de Medina. Oído su dictamen favorable á la unión, convocó ambas Provincias á Capítulo provincial que había de celebrarse en Dueñas, el 11 de Noviembre del mismo año. Tuvo que ser la asamblea

numerosa y floridísima. El Ven. Orozco, como Prior de Medina, consta que asistió á ella (1).

Y diremos por todo elogio suyo que de entre tantos varones beneméritos, encanecidos en los altares, el púlpito y las cátedras, salió elegido Definidor; cuando aun apenas habia sido Prior y no contaba largos años ni de religión ni de edad.

Muy confuso se hallaría con la dignidad inmediata al Provincial, como que habia de formar parte de su consejo en todo el trienio, y establecer desde luego las disposiciones convenientes al buen régimen de la Provincia en las actas capitulares; pero ya sabemos que la obediencia era su norte, y mientras en ella clavara la vista, no sentiría las oscilaciones del orgullo.

Muchas é importantes determinaciones se tomaron en este Capítulo que los cronistas han llamado el más autorizado de la congregación; y fué la primera la unión de las dos Provincias, quedando una sola con la denominación de *España*, según antiguamente habia sido conocida. Merced á esta unión veremos luego al Venerable Padre dirigir los conventos principales de Andalucía.

Mas por la mucha extensión de la Provincia convino el Definitorio con el Rmo. General en que se dividiese

(1) En este capítulo fué cuando, temiendo muy fundadamente Santo Tomás de Villanueva saliera elegido Provincial, tardó en llegar hasta el momento en que, conforme á nuestras leyes, debía estar consumada la elección. Repren-diéndole el General con ternura, díjole entonces: *Fili, quid fecisti nobis sic?* ¡Designios de Dios! De esta suerte quien huía del Provincialato, nombrado no más que Prior de Valladolid, se vió en la amarga precisión de aceptar el Arzobispado de Valencia en virtud de santa obediencia y so pena de excomunióon con que se lo ordenó su hijo de hábito y á la sazón Provincial Fr. Francisco Nieva; que cuando fué propuesto para el de Granada, como era él Superior de toda la Provincia, no tenía en España quien le ordenase aceptar.

en tres visitas sujetas inmediatamente al Provincial (1). ¿Qué honra principal pudo haber al Ven. en asuntos de tanta monta? Como individuo del Definitorio, conocida es la que le tocaba; como única y especial honra suya, no puedo contestar á la pregunta. Conténtese el lector con lo poco que en esta materia quiso dejarnos escrito el biógrafo contemporáneo: «En las leyes que se hicieron en estos capítulos, se echó bien de ver haber sido Definidor el bendito Padre: tanto encaminaban á la gloria de nuestro Señor y reformación de la Provincia» (2).

Es también de los Padres la gloria de los hijos; que si honran á toda la familia, fuerza es resulten más honrados los progenitores que los educan: por eso, como gozo y corona de los desvelos de los superiores, en expresión de S. Pablo, han contado los historiadores las glorias de los hijos ó discípulos del héroe cuya vida narraban. Y nada más justo: por una triste experiencia sabemos los males sin cuento que envía Dios á una sociedad, cuya cabeza le es infiel; pues los dones y bendiciones que derrama sobre los miembros de aquella, siendo el Director justo y virtuoso, bien podrán atribuirse á su rectitud, buen gobierno y altos merecimientos.

Muchos y de gran valer fueron los hijos que educó la Provincia de España en el trienio del Definitorio del Venerable. Sólo de la casa de Salamanca, salieron el incomparable Fr. Luis de León, Gabriel Pinelo, Cristóbal Fromesta, Gaspar Malo, Pedro Uceda, teólogos eminentes y eruditísimos escriturarios como de la escuela Agustiniiana. Gabriel Pinelo, único al que no pode-

(1) Para dar una idea de la entonces religiosa España, hoy que acaso ni aun ruinas conservamos de algunos conventos, he de transcribir la lista de los conventos que formaban dichas visitas: tengámoslos siquiera en la memoria, donde no los podrá destruir la malévola piqueta. Véanse las notas finales.

(2) Márquez, *Vida etc.* Cap. VII, pág. 14.

mos juzgar por sus escritos, baste para indicar quién era, el saber que D. Felipe II le nombró individuo de la junta para gravísimos negocios, formada en 1581. Eran 13 los sujetos que la componían: de ellos 11 Ministros de los Reales consejos; los otros dos, teólogos, fueron el P. Pinelo y el P. Lorenzo Villavicencio, también de la misma orden y provincia. Unamos á dichos nombres esclarecidos el lustre, en la Religión menos apreciado, de los nombres Luis de Toledo, Luis Henríquez, Alonso Enríquez, Gerónimo Sotomayor, Tristán Cebrena, Antonio Anaya y Antonio de Tapia, vástagos ilustres de las casas del Duque de Alba, el Almirante de Castilla y otras cuyos apellidos lo declaran.—*Multiplicasti gentem et magnificasti lætitiám!*





CAPÍTULO XVII.

Los Prioratos de Sevilla y Granada, desempeñados por el P. Alonso de Orozco.—Su desdén para con la monja embustera de Córdoba.—Eficacia de su palabra.—Nuevas enfermedades ponen de manifiesto su virtud sólida.

1542—1546.

DESDE que apenas cumplió el bendito P. Orozco treinta años, hasta que con el nombramiento de Predicador del Rey se aprovechó, no más que para humillarse, de las exenciones de este título, siempre estuvo ocupado por la Religión en Prelacias. Además de las arriba citadas, desempeñó, sin dejar de ser Definidor el Priorato del Convento mayor de Sevilla desde 1542 hasta Noviembre de 1544. En este último año en que pasó con igual cargo á Granada, siendo luego confirmado en este puesto por el capítulo de Arenas de 1545 (1).

(1) Nuestras Santas Constituciones, impresas en 1551, no traen aún la prohibición de que los Definidores sean á la vez Priors; de este decreto se habla por primera vez en la edición de 1586.

En 1546 aparece en las Crónicas y libros de Profesiones con el título de Prior de Granada y Visitador de Andalucía; cuando por segunda vez debió de pasar á Canarias con el objeto de visitar el Convento que la Orden tenía en Tenerife.

La primera vez que atravesó el golfo de Canarias, en calidad de Visitador, conjeturamos que fué apenas terminado el Capítulo de Dueñas de Noviembre de 1541. En el viaje y á su paso por Córdoba, ocurrió un lance que demostraba cuánto enriquecía de dones altísimos su entendimiento el mismo Señor, que con otra mano le probaba y purificaba á su beneplácito con angustiosas congojas espirituales. Magdalena de la Cruz, monja de Córdoba, atraía hacia sí espantados y rendidos los ánimos de los fieles y de muchísimas personas de estudio y experiencia, por el ruido de las revelaciones que era fama tenía y los prodigios que obraba. Visitábanla y la consultaban letrados y sacerdotes: para cualquiera persona de viso y distinción que llegaba á Córdoba, había de ser la primera diligencia visitar á la monja. Sólo el humanísimo y obsequioso P. Alonso, así como otro Ignacio de Loyola, no hizo caso ni el menor aprecio de Sor Magdalena, no obstante los avisos é importunaciones de sus hermanos de hábito que tanto la ensalzaban. La admiración que este desdén del P. Orozco causó en el convento casi rayaba en escándalo de alguno menos avisado. Pero, ¡cuánto alabarían su previsión y cordura, al descubrirse poco después las ilusiones y embelecocos de la hipócrita Magdalena! Antes que el tribunal competente castigara la superchería de esta mujer, las tenían entendidas los verdaderos Santos. No será, la única vez en que el inspirado P. Alonso descubre los enredos de Satanás.

Toca también referir en este lugar la conversión maravillosa que alcanzó el ferviente religioso de una mahometana de Sevilla. Debemos la revelación de esta mudanza al mismo Ven. Padre; la cual he de transcribir con

tanta mayor complacencia, cuanto que hasta ahora ha permanecido inédita. Por ella se vendrá en conocimiento de su fervorosa palabra, y de la confianza tan grande que tenía en la misericordia divina; puesto que sin ver todavía las muestras decisivas del efecto de la gracia, hablaba y disponía cual si tocara con las manos lo que había de acontecer. La escritura del celoso Prior dice de esta manera:

Historia de la conversión de una mora. «No callaré, oh Señor mío, la grande merced que me hiciste en Sevilla, ordenando que una mora se convirtiese por medio de mis palabras, aunque pecador. El caso es que yo confesaba una señora que se decía Doña María de la Torre, la cual tenía una esclava mora; dándome cuenta de la pena que esta sierva de Dios tenía por no ser cristiana aquella criada, dijela que me la enviase, que la quería hablar; respondiome que muchos religiosos la habían hablado que dejase aquella mala secta y fuese cristiana, y nada aprovechaba. Tenía esta mora confianza que la había de rescatar una su madre que fué juntamente con ella cautiva y se rescató, la cual le dijo: hija, está firme en tu ley, que yo enviaré por tí. Finalmente, venida esta mora á nuestro monasterio con un ama que la trujo, yo salí á una capilla de un Santo Crucifijo antiguo y devoto, en el cual la ciudad tiene gran devoción, delante del cual le signifiqué aquella admirable caridad con que nuestro Salvador Jesucristo nos quiso redimir, y el engaño del infernal Mahoma, que con su desventurada secta lleva tantas almas al infierno. ¡Cosa maravillosa! estándola predicando, ví que se alegraba en oír aquellas palabras. Yo la despedí diciendo: nuestro Dios os alumbre con su gracia, hermana; idos y decid á vuestra Señora que queréis ser cristiana, para que se solemnice el día de vuestro bautismo. No me respondió palabra, sino luego que entró en casa de su señora derribó su manto é hincada de rodillas dijo:—Señora, cristiana quiero ser—palabras que no solamente

alegraron á toda la casa, mas aun á los ángeles del cielo según nuestro Redentor afirmó. Oh clementísimo Señor, ¡cuán de veras recibiste esta ánima, que no como quiera guardaba vuestra santa ley, mas á todos admiraba su devoción, oración y ayunos, llorando los años que estuvo en aquella ley desdichada! Bien sé yo, gloria mía, que sin vos nada podemos, como lo dijisteis á vuestros Apóstoles; aquesta obra maravillosa, vuestra es; mas por haber sido alguna partecita de la conversión de esta ánima os alabo infinitamente y os suplico que á ella deis perseverancia hasta la muerte, que os ame y sirva; y á mí pecador me deis el premio de mi pequeño trabajo en esta vida, dándome aumento de gracia y después la posesión de eterna gloria. Amen».

Hemos dado á admirar en los capítulos anteriores el modo singular que el humildísimo Prelado empleaba para atraerse los ánimos de sus gobernados.

A lo cual ahora no ayudaría poco el verle padecer frecuentemente, con resignación y alegría, penosísimas enfermedades: que la desgracia, sobre todo en el inocente, hace suyas á las almas bien nacidas. Los deseos vivísimos de ser crucificado con Jesucristo, fácil es de creer los ocultara á sus religiosos; por más que, como llamaradas salidas del horno de su pecho, no las podría contener en las fervorosas pláticas, que para encenderlos en el amor de la cruz con frecuencia les dirigía. Pero el rostro sereno y alegre, la blandura de sus quejas, si por ventura las exhalaba, la resignación y acción de gracias con que sobrellevaba los agudísimos dolores, habían de estar patentes á todos; y no podrían menos de conocer que la gracia, superior á todas las flaquezas humanas, prestaba vigor á aquel espíritu animoso, retratado como en un espejo en su faz amable y risueña.

Y adviértase por qué medio labraba el Señor este vaso de perfección, haciéndole por una parte dechado de los súbditos, y disponiéndole á la vez para recibir

mayores mercedes, encaminadas al alto fin para que reservaba á su siervo.

Tres veces había padecido casi las angustias de la muerte; y para colmarle de méritos le redujo Nuestro Señor á la agonía, tanto al hallarse en Sevilla, como posteriormente en Granada. El Santo apenas hace mención de su dolencia de Granada; aunque la llama grande enfermedad, y cuéntala para dar gracias á Dios que le pasó por el agua de tribulación, devolviéndole la salud que no recobraron otros dos religiosos, los cuales padecieron lo mismo en su monasterio. Empero de la padecida en Sevilla escribió largo párrafo, que merece ponderarse:

«Gracias os da mi alma, Señor, que le disteis este santo deseo de sentir algo de lo mucho que Vos padecisteis por nosotros, para que por muchos días os suplicase yo esta merced; y así lo ordenásteis Vos, que aquella enfermedad que me disteis en nuestro monasterio de Sevilla, que dicen gota artética, porque anda por todas las coyunturas aquel humor atormentando al enfermo, de tal manera me afligió, que desde los dedos de los piés hasta los hombros, donde se acabó el humor, no hubo coyuntura que no padeciese gran dolor. ¡Oh Señor, alabado seáis Vos que firmasteis mi petición tantas veces repetida! Cuando yo miro estas manos con que escribo estas *Confesiones*, y las conozco sanas, no puedo sino loaros; pues por más de cuarenta días me ví sin servirme de ellas, dándome á comer con mano ajena. Allí, Rey del cielo, estaba yo crucificado con Vos, enclavados mis piés y manos, no con clavos de hierro, sino con aquel humor atormentador. Y aunque la carne, como flaca (1), que no es de piedra ni de metal, lo sentía; vuestra virtud reforzaba mi espíritu, para no cesar de daros gracias; de manera, que dos veces me habéis dado los piés y las manos: una cuando me los formás-

(1) *Job*. VI. 12.

teis, y otra cuando libre de aquella enfermedad me los volvisteis á dar. *Yo daré la herida, y yo la sanaré* (1), dijisteis Vos, Señor, y así lo obrasteis conmigo» (2).

¡Y tanto que la sanó! Con mano bien delicada, con secreto muy amoroso, conforme veremos en el capítulo siguiente.

(1) Deut. XXXII. 39.

(2) *Confesiones* lib. III, cap. 4. pág. 90.





CAPÍTULO XXVIII.

Morando en Sevilla el Ven. Padre, aparécesele la Reina del cielo y le manda escribir.

1542.

RAZÓN es que con alegría mi alma cante vuestras misericordias sin cesar, pues vos Rey y Salvador mio, jamás cesáis de enriquecerla con vuestra misericordia. El pintor que hizo una imagen muy perfecta, vase á otra tierra, y sin él tiene sér la imagen, y aun si se muere, ella dura muchos años, porque la hizo de algo, y no le dió más de la forma; mas Vos, Señor, dáislo todo; y por esto ninguna criatura puede conservarse, sin que vuestra misericordia, que le dió el sér, se le dé cada momento, conservándola. En Vos, Señor, vivimos y nos movemos y tenemos sér, según dijo un sabio. Grande fué la misericordia que se me hizo en criarme, como antes mi sér fuese nada; y no menor darme un sér tan noble, capaz de vuestra gloria: mas muy mayor en redimirme, Señor de mi alma, tan á costa de vuestra sangre, honra

y vida. Esta fué la gran misericordia que ponía delante el Rey David, cuando dijo: *Habed misericordia, Dios, de mí, según vuestra gran misericordia.* Mar Océano de misericordia fué este beneficio: bendita sea vuestra clemencia y bondad. ¿Qué diré de la piedad con que me perdonaste mis pecados, me llamasteis á la Religión, me hicisteis ministro de vuestro santo altar, me confiasteis vuestro Evangelio para predicar á los fieles, me librateis de tantos peligros en la mar cuando pasé este golfo tan peligroso de aquí á Canaria cuatro veces, para proveer y visitar un monasterio nuestro que está en la isla de Tenerife? Mas sobre todas estas misericordias, oh esperanza mía, no callaré tres que siempre traigo escritas en mi corazón para alabaros: y ténoglas como joyas y rehenes de vuestra mano dadas, para que confie en vuestra bondad que tengo de cantar vuestras misericordias en el cielo perpetuamente».

«La primera es, *que morando yo en nuestro monasterio en Sevilla, y estando durmiendo, vi en sueños á vuestra purísima Madre la cual me dijo una sola palabra, y fué:—ESCRIBE.* Fué tan grande la alegría que sintió mi alma, que no lo podía declarar por palabras. Su rostro era tan humilde y juntamente grave y los ojos bajos, que ahora escribiendo esto parece que la veo: de tal manera se imprimió en mi corazón aquella dichosa vista. Con esta alegría desperté y dije: Oh Reina de los ángeles. suplicoos que si esta visión es verdadera, que me certifiquéis si mandáis que escriba. *Tornando á dormir la misma noche, volví á verla, y díjome:—ESCRIBE.* Alabeos, Salvador mío, vuestra misericordia tan grande, y dí gracias á la Señora del mundo, diciendo con santa Isabel: «*De dónde merecí yo, que la Madre de mi Señor me viniese á visitar, y á consolar?*» Luego puse mano en escribir el libro del *Vergel de oración, y Monte de contemplación:* y tras este otros en romance, que son: *Memorial de amor santo. Regla de vida cristiana: Examen de la conciencia: Exorcitorio espiritual: Soliloquios de vuestra sagrada Pasión.*

Victoria del mundo: Arte de amar á Dios: la Reina de Sabá: el Epistolario cristiano: un Catecismo: las Victorias y martirios de los dos Juanes: Victoria de la muerte: las vidas de los dos santos de nuestra Orden: y las siete palabras, que vuestra bendita Madre habló, declaradas en siete sermones. Finalmente, escribí en latín todas las festividades de esta Señora del mundo, Adviento, y Cuadragesima, con todas las Dominicas del año, y Sanctoral: *Regalis Institutio y sobre los Cánticos de Salomón.* Todo esto escribí por mandato de vuestra santísima Madre, á quien Vos, Señor, siendo de doce años obedecisteis, y los Angeles se tienen por dichosos en obedecerle. Suplico á Vuestra Majestad, que esta doctrina sea á gloria vuestra escrita, y para utilidad de las almas con vuestra preciosa sangre redimidas: y también para honra de vuestra gloriosa Madre, que por vuestra voluntad por dos veces me dijo:—*Escribe*» (1).

Hé aquí en parte descubiertos los designios del Señor acerca de su siervo: hé aquí el blanco adonde se encaminaban las extraordinarias mercedes, la dolorosa prueba de la angustia espiritual y de las enfermedades repetidas y prolongadas; todo se dirigía á labrar con el martillo de la tribulación un varón experimentado y fuerte, un guía seguro en la estrecha senda de la gloria, un escritor celestial.

Escritor por encargo de la dulcísima Virgen! Habrá corrido todo, sin duda, á cuenta de la purísima y generosa Señora. ¡Quién pudiera admirar la mística é invisible pluma que regalaría á su Capellán Alonso, el suave y delicado néctar donde empaparla! Y sobre todo esto, ¡qué dulces é inefables nuevas del cielo no le contaría, qué secretos regalados no le haría manifiestos, cuán sabroso y rico decir, qué encendidos afectos no le inspiraría á fin de llenar cumplidamente el encargo que le confiaba!

(1) *Lib. de las Confesiones* III, cap. IX, pág. 96.

Ya conocemos la escondida fuente, de donde vinieron los frescos y dulcísimos raudales de los libros del privilegiado escritor; ya averiguamos por qué terrenos pasaron aguas tan saludables, veneros de virtudes tan varias como estupendas.

El Ven. Padre, alentado por la poderosa Virgen, puso luego mano en escribir y comenzó por el *Vergel de la oración* y *Monte de Contemplación*, alturas por donde vuela y se recrea la reina de las aves, por donde comenzó el águila del Evangelio, el virgen S. Juan, nombrado en el Calvario custodia y predilecto hijo de la modelo de vírgenes.

Estas primicias de su fecunda pluma las dió á la estampa en Sevilla, cuando todavía era Prior de aquel grandioso convento, en casa de Antón Álvarez, y acabóse de imprimir el libro á XXVIII de Agosto del año de MDXLIV; por lo que, teniendo en cuenta el tiempo invertido en la impresión, examen y redacción del tomo gótico (el cual está en 4.º español ú 8.º marquilla de 134 folios á dos columnas), podremos afirmar que la aparición de la Virgen acaeció el año de 1542, poco después del restablecimiento de la enfermedad de gota mencionada, que el Beato padeció.

Y ya jamás dió descanso á la pluma, mostrando casi todos los años de su larga vida, cual árbol fecundo y lozanísimo, el maduro fruto de su ingenio; y mejor dicho, el celo abrasador de la salvación de las almas, y el amor y la gratitud generosísima de su pecho hacia su bondadosísima Madre, la Virgen María. No le faltarán ocupaciones, además de su oficio primario; veráse siempre rodeado de consultas, de desvalidos y pobres, esclavo y juguete todavía del tormento de los escrúpulos; mas siempre hallará también tiempo, aunque sea robado al sueño y al descanso, para no contravenir á la ley de presentar todos los años á su dueña y Señora el opimo fruto de sus valiosos libros.

El bendito Padre compuso muchos más de los apun-

tados por él arriba en *las Confesiones*, nueve años antes de su tránsito al cielo: de todos ellos hablaremos en el tercer libro, y de algunos en especial allí donde la historia de su vida lo requiere; por lo demás, excúsanos todo encarecimiento de su valer lo que en este capítulo acabamos de referir.





CAPÍTULO XIX.

Con el ansia del martirio sale el bendito P. Alonso de Misionero para Méjico; y de cómo hubo de quedarse en el camino y regresar á la Península.

1548—1549.



EMBEBIDO en el pensamiento de dar contento á la Virgen Santísima, y atareado con sus devotos libros, se le deslizaban ya casi siete años al venerable escritor.

Sabemos que desde el 1544 salió de Sevilla para la risueña Granada, donde la obediencia le tuvo empleado quizá hasta el 1548 con el cargo de Prior y además Visitador de Andalucía.

Por este mismo tiempo llegaban noticias cada vez más consoladoras, acerca de la propagación de la fe católica en las dilatadas regiones de América. Ya en 1533 había conocido el bienaventurado Padre salir de España los ocho primeros apóstoles agustinos, entre los cuales iban la mayor parte de sus connovicios y casi todos los misioneros eran hijos, como él, de la misma

casa de Salamanca (1). Ahora la fama publicaba sus hazañas prodigiosas y la heroica ayuda de los sucesores.

Las escenas de los primeros tiempos del cristianismo repetíanse en el vastísimo teatro del nuevo mundo. Y no bastaban para el celo de los religiosos tan dilatados imperios: el virey de Méjico D. Antonio de Mendoza, estrechado por las órdenes de Carlos V, hubo de preparar una armada para la conquista y conversión de las islas del Poniente; escogiendo entre las Órdenes Religiosas á la Religión Agustiniána para ayudar en la demanda al Almirante Ruy Lope de Villalobos. En 1542 había salido la armada, y todavía en 1548 no llegaba ninguna grata noticia de ella. Sabíase que por fuerza surcaría mares desconocidos, con provisiones sólo para algunos meses; que luchaba á la continúa con enemigos envidiosos, y que, ora flotando en las indómitas olas, ora de arribada en poco hospitalarias playas, ignorábase el momento en que arribaría á tierra donde ondease el pabellón español; ya que todos estaban persuadidos del fracaso del empeño. El heroísmo de estos apóstoles encendía más los ánimos de los fervorosos religiosos, que les envidiaban tanto merecimiento. Y los escasos obreros evangélicos derramados por las inmensas tierras de Méjico, á cada paso pedían más brazos para recoger el copioso fruto de su apostolado. A mayor abundamiento, el Emperador mismo avisó á nuestro Capítulo Provincial de Toledo, celebrado en 1548, hiciera un esfuerzo para mandar más religiosos á las misiones.

Agudas espuelas eran estas para el ánimo siempre dispuesto del Venerable: nunca más oportuna le pa-

(1) El cronista Grijalva testifica que todos los conventuales salmanticenses, al recibir la invitación, se alistaron para las misiones de Méjico; por lo cual creemos que para el año 1532 no se hallaba el Bto. en Salamanca, donde todavía residían sus connovcios; sino que á él, como mayor en edad y en carrera, le destinaron pronto á otros puntos.

recía la ocasión de lograr su vivo anhelo de morir mártir. Al ponerse en la presencia de Dios y pedirle aflicciones que padecer por su amor, avergonzabase de hallarse tan sosegado en su patria, y no volar á los bosques y las abrasadoras llanuras de América; inflamábase en ardientes deseos de anunciar el nombre de Jesús y el de su veneranda Madre á los salvajes; y entre dulces ensueños acariciaba el pensamiento de derramar su sangre portan santos nombres. No le bastaban para las ansias de padecer por Jesucristo las frecuentes y dolorosas enfermedades con que le visitaba su adorable Crucificado; era poco también la prolongada tentación y congoja del espíritu, en que por los escrúpulos se hallaba envuelto; lo ha escrito él: blandura y delicadeza le era cuanto no fuese estar clavado en la cruz.

Por lo cual se ofreció á ir de Misionero á Méjico en la primera barcada, y esta vez aceptaron su ofrecimiento los Superiores (1). Con trasportes de alegría estamos seguros que recibió la obediencia y noticia de hacerse ya á la vela. Sus biógrafos y las *informaciones* hablan con testes de la única provisión que preparó para el largo viaje: una *cruz de palo*. Esta llevaba para consuelo en las privaciones, iris en las tormentas, refugio y amparo en todas las necesidades. ¡Riquísima Cruz! No volverá el Ven. Padre á separarse de sus dulces brazos: divisa y aliento para siempre en las batallas que libraba con el enemigo, espejo de sus obras, amiga fidelísima en el trance de la muerte, morirá abrazado á ella sirviéndole de remo para aportar á las playas eternas de la bienaventuranza, y de emblema y atributo donde se cifren la corona y la gloria de sus heróicas virtudes.

Pondérese el júbilo que sentiría surcando los mares, al impulso de los vientos, en seguimiento á su imagina-

(1) Se nos hace increíble que varias otras veces no se ofreciese antes, ya cuando salieron sus connovicios, ya cuando desde Sevilla despidió él mismo á la tercera barcada.

ción, que iba en carrera más rápida volando en alas de la fe y del amor.

Una borrasca, sobre modo furiosa, hizo zozobrar la nao donde iba, y amenazaba anegarla en las aguas; como peligro que arrostrar, si bien imponente, no es de creer atemorizara mucho al arrojado misionero; era cosa de antemano prevista y para lo que iba apercebido. Diría seguramente: hallaremos en el camino lo que pensábamos recoger en el término del viaje. Pero no, su amada *compañera*, como él llamaba á la cruz adorada, serenó los vientos y calmó la tempestad; haciendo Dios merced de la vida á todos los tripulantes por la oración de su decidido apóstol. Seguía el tiempo bonancible, augurando todo la mayor felicidad: Dios, sin embargo, que reservaba al Venerable para otra misión y martirio, aceptó sólo el sacrificio de sus deseos, y probó al mismo tiempo la fidelidad de su amigo, aguando su alegría, truncándole sus pensamientos, con suscitarle la antigua enfermedad de la gota artética. Desconfiaron los médicos de su vida; por lo que le dejaron en Canarias para curarse, siguiendo el barco su rumbo. Atribuyóse la causa de la dolencia á haber entrado en el agua; así que, aun no muy aliviado, regresó á España con la amargura y dolores de su enfermedad, y el más amargo sentimiento de no alcanzar, *por sus pecados*, la gracia y la honra nunca merecida de padecer martirio por nuestra santa fe.

«Ocho años después (de la enfermedad de Sevilla) deseando yo de pasar á Méjico, para en algo ayudar á los Padres de mi Orden, que allá con tanto fruto predicaban á los Indios vuestra santa ley; deseaba yo, y aun ahora deseo, gozar de tan gran favor, como es morir mártir: privilegio tan alto que no se alcanza sin vuestra gracia. Llegué á las Islas de Canaria, y no mereciendo yo tal empresa, me tornasteis á humillar con la misma enfermedad que ahora dije. ¡Oh secretos vuestros profundos! De tal manera me cortasteis el hilo, que los mé-

dicos, desconfiados de mi vida, dijeron que en ninguna manera deb'a pasar adelante; y que si no entrara en la mar, que no volviera aquella enfermedad la segunda vez; de manera que aun no del todo libre de los dolores, hube de navegar para España. Por todo seáis Vos loado, que ha ya más de treinta años que ningún rastro de aquella enfermedad he sentido. Escrito está, *que no hay riqueza que exceda al valor de la salud* (1); mas yo por mayores bienes tengo, de vuestra bendita mano dados, la experiencia de dolores en esta vida, que Vos dais á quien por vuestro amor los desea sentir. No se sienten vuestras injurias, sino siendo injuriados; ni vuestra pobreza voluntaria, sino siendo pobres; ni tampoco vuestros extraños dolores, sino en las graves enfermedades. Digo que no se sienten; porque muy otra cosa es especulativamente pensar vuestros trabajos, ó por la experiencia pasar otros que les parezcan en alguna manera. Hacedme, Dios mio, este favor, que en tanto que yo viviere pueda decir con verdad: *Crucificado estoy con mi Salvador Jesucristo*. Esta cruz sea mi descanso, mi floresta y regalo, porque desde esa torre fortísima venza al león Satanás, huelle todo lo que es mundo, teniendo debajo de los piés sus honras y vanos favores; y finalmente, crucificado mi hombre viejo heredado de Adán, mi espíritu tenga vida y libertad para amaros con todas mis fuerzas, y para serviros y alabaros con la lengua y con las entrañas» (1).

(1) Eccli. 30, v. 16.

(1) Lib. III, de las Confesiones, cap. IV, pág. 91.





CAPÍTULO XX.

*Milagrosa desaparición de la turbación espiritual
del Beato Orozco. Su vuelta á Castilla y
Priorato en la Córte.*

1549—1554.

YA lo ha visto el lector: indigno de la empresa del apostolado de las Indias y de la palma del martirio se juzgaba el enfermo misionero; regresa á la Península, no sólo con sus alegrías y deseos desvanecidos, sino con dolencias corporales; mas poco le importaban con tal que no le arrancasen de sus brazos la cruz santa, el emblema del amor á Jesucristo. Muy indigno podría él estimarse de convertir infieles; pero los cristianos que en algo apreciaban la virtud no dejaban piedra sin mover, á fin de consolarse con la modesta presencia y edificantísimos coloquios del Beato Orozco. En los registros del General de la Orden se lee que por el año 1549 la Marquesa de Priego solicitó de su autoridad ordenara que, para consuelo y edificación de la suplicante, el bendito P. Alonso resi-

diese en nuestro Convento de Montilla. Y difiriéndose la concesión, vése por último que á instancias del ilustre dominico, hijo del Duque de Alba, Cardenal Arzobispo de Santiago D. Fr. Juan Álvarez de Toledo (que residía en Roma), lo acordó así el P. General á 8 de Octubre de 1550.

Caritativo era el Venerable, y amigo en gran manera de consolar á las almas; mas no podemos decir si serían de su agrado estas súplicas singulares; en todo caso, de haber estado en Montilla, seguramente que no fué por largo tiempo. En el año de 1551 debía de hallarse nuevamente en Sevilla, donde su Madre amadísima, la Reina del Cielo, le iba á regalar con otra señaladísima merced.

Treinta años había que el Beato pasaba sin interrupción ni descanso, sino en el sacrificio de la misa, por el agua y fuego de la tribulación. Repitamos lo que el acrisolado Padre escribió en sus *Confesiones*: «Oh Salvador del mundo, ¿cómo podré yo manifestar la guerra tan trabada que mi alma padeció casi treinta años? ¡Oh qué blasfemias decía aquel padre de mentiras, Satanás, ahullando á mis oídos! San Pedro dice, *que este león anda cercando las almas, y bramando por hallar alguna que trague.....* ¿Qué eran sino bramidos de este león rabioso cada tentación de la santa fe, con que molestaba mi alma sin cesar de noche y de día? No me dejaba comer bocado sin escrúpulo, ni beber un poco de agua, teniendo sed» (1).

Bien tenía aviso el acongojado religioso, de que cuanto más sequedad sintiese, había de ir más adelante en la virtud, con tal de no desmayar en la demanda. «El soldado que al primer encuentro vuelve las espaldas, escribió él, cobarde es, y no merece gozar de la victoria, que al esforzado se le debe. Flaqueza es grande apartarse de estos santos ejercicios, no más de por no sentir la suavidad, que algunos desean. Estos son como los

(1) *Lib. de las Confesiones* II, cap. XII, pág. 86.

niños, que no comen la fruta sino por aquella aguamiel que está encima; y acabado aquel gusto, da con la fruta en la pared. San Pedro dice: *Desead leche como niños recién nacidos*. Y dice bien, que la deseen, mas tengan paciencia, y perseveren en desearla y pedirla. Dime, cristiano, ¿cuántas veces te llamó Dios, y no le respondiste? Cuántas veces pecaste contra él y mereciste el infierno? No puedes decir sino que muchas. Así es, humíllate y no presumas queriendo regalos de hijo, sino reconóctete por siervo sin provecho. Mayormente que con la frialdad y hielos acepa el trigo y echa raíces: así el alma con la sequedad y frialdad se humilla, y gime sus pecados, y está entonces más segura de gloria vana, que con los regalos que desea de devoción» (2).

A fe mía que quien estos consejos dió se hallaba acepado y con hondas raíces en la virtud, al toque de contrarios acrisolada, después de los rigores de treinta años de angustias en el ánimo, dolores y horribles penitencias en el cuerpo!

Rendido un día, tras largos debates con el enemigo, apenas si le quedaban fuerzas y cabeza para continuar luchando:—«¿Dónde estáis, Reina del cielo?» dijo entonces con voz esforzada. Otra voz blanda del cielo le contestó:—«Aquí estoy contigo, Alonso». El dulce sosiego del alma fué la recompensa del alcanzado triunfo.

De esta Señora y Madre de misericordia de la que centenares de veces se publicaba deudor, aún antes de nacido, había de merecer el favor de que desapareciesen la tentación y los escrúpulos que le atormentaban. Con la ayuda de su intercesión salió vencedor en todas las batallas libradas; ahora, á la invocación de su amparo, corrido el enemigo de vergüenza, huirá derrotado é impotente para provocar más luchas. Encomendado tenía el negocio á esta Sacratísima Princesa; «y una noche, viniendo de maitines á la celda, oyó grandes

(2) *Historia de La Reina Sabá*, cap. XXI, pág. 347.

ahullidos de perros y una voz muy blanda, que le dijo: *Alonso, vencidos van:* y desde entonces decía nuestro P. Fr. Alonso de Orozco que vivía como en el cielo con gran quietud y sosiego de conciencia; y decía más, que entonces le apareció Ntra. Señora en figura de una doncella muy hermosa, y que tenía unos ojos lindísimos, y que con ellos le robó el alma; y dijome á mí, contándome este caso, que eran tan lindos los ojos, que nunca los pintores aciertan á pintarlos como ellos eran; que si fuera pintor piensa que acertara á pintarlos como eran. Esta Señora le consoló, y nuestro P. Fr. Alonso de Orozco, agradeciendo esta merced, pidió á la Virgen que le dijese de qué obra ú obras se serviría en agradecimiento de merced tan grande; y respondióle la Soberana Señora que se serviría mucho de que escribiese y predicase». Así el P. Rojas, último confesor del P. Orozco (1): mas digamos también las mismas palabras del Venerable Padre:

«Acuérdome, que algunos días antes de aquesta paz, sentí que se alejaba de mí este león, y oía sus bramidos menos furiosos; mas entonces alegrábase mi alma, sintiendo que iba huyendo como cobarde y vencido. Alabo vuestro santo nombre por los años que fui contristado, y engrandezco vuestra misericordia, que de su mano me sustentó tanto tiempo para no ser vencido. Oh defensor mío, no me dejéis jamás; pues sabéis que nada puedo sin vuestra gracia: la cual no faltándome, con S. Pablo osaré decir: *Todo lo puedo en el Señor, que me da fuerzas* (2). Sea vuestro nombre santificado, que ha ya más de veinte años que aquellos bramidos por vuestra gran misericordia cesaron, sintiendo una serenidad y paz que sola vuestra mano la pudo obrar. Bendito seáis Vos, que así me pasasteis por fuego tan penoso

(1) *Relación de la vida del Ven. Orozco*, publicada en la REVISTA AGUSTINIANA. Vol. I. pág. 88.

(2) Philip. 4, v. 13.

para que pudiese consolar y avisar á las almas cristianas, que Vos, por divino juicio afligís con escrúpulos. No supiera yo hablar ni escribir los remedios para los atribulados, como yo lo fui, si no experimentara lo que senti» (1).

De suerte que el cielo regalaba á España un escritor y predicador, adornado de riquísimas prendas, como dádiva suya; sobre todo con la admirable cualidad de vencedor perpétuo de Satanás en mil lides, hombre experimentado y hecho á las fatigas de la guerra. Además, el espíritu divino da ahora nuevo aliento al corazón del héroe, serena su despejada frente y ofrécele remozado como el águila, para caudillo del pueblo escogido. ¿Qué traza, por fin, concebiría la Providencia acerca de su siervo, instrumento con tanto esmero labrado?

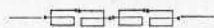
Esperemos algún tiempo, que por estos años de 1551 vuelve el favorecido apóstol á Castilla; y la obediencia le encarga el desempeño de Superior local en la corte de Valladolid. Dejad á la luz, que brille en lugar eminente: tras sus resplandores irán los ojos de todos, y mil bocas dirán sus alabanzas.

(1) *Lib. de las Confesiones*. II, cap. 12, pág. 86.





LIBRO SEGUNDO.



COSA natural y muy justa nos parece hacer punto de reposo, ahora que vamos á entrar en nuevo período de la historia de nuestro Beato. ¡Cuánto hemos andado! exclama el viajero descansando en un ribazo del camino; y volviendo los ojos atrás encarece las vueltas y asperezas que con sostenido aliento ha logrado salvar y vencer.

Yo no sé si habremos llegado á esta altura fatigando el ánimo del lector; pero sea con pesadumbre ó sin ella, son para recordar las especies que han cruzado por nuestra imaginación, especies sueltas, cuyo fin y paradero nos era desconocido. El nacimiento prodigioso, la nobleza del alma, los estudios en la Atenas española del joven Alonso, su maravillosa vocación al claustro y primeros ensayos de predicación, el amable y paternal gobierno de sus súbditos en medio de tantas dolencias, horrible sequedad, angustiosos y prolijos escrúpulos, la aparición con que fué favorecido de la Virgen, su llamamiento al apostolado del púlpito y de la pluma, anhelo por la palma del martirio, y sosiego ahora y dulce paz

del corazón por la voz del cielo: ¿cómo no conservarlos en la memoria y ponderar su atractivo y grandeza?

Pues ahora vamos á descubrir el término á que se encaminan: andábamos vacilantes sin atinar con las sendas de la Providencia respecto de su favorecido Padre Alonso, y llegamos á la cumbre, desde donde todo en general se presenta á la vista.

Acércase el momento de saber con toda claridad y circunstancias el alto destino del Ven. Padre en este valle de peregrinación, y ver cuanto por ello fué enaltecido aun acá abajo. Vamos á conocer su carácter muy más de cerca, y toda su vida íntima y minuciosos detalles de sus diarias ocupaciones, narradas con las mismas palabras de amigos que, ora le sorprendían en el retiro de la celda, ora le acompañaban como confidentes y tiernos compañeros suyos en las salidas del monasterio.

Esta parte, sobre ser la más principal de su biografía, abunda en testimonios lo más fidedignos, cuales son las actas autógrafas de su proceso de beatificación, de que hemos hablado; en manera que toda ha podido sacarse tan llena y original, cual si se compusiera en el momento de su tránsito al cielo, ha ya casi tres siglos. Vea el lector si es para animarse á proseguir la tarea comenzada.





CAPÍTULO I.

El título de Predicador del Rey.—Últimos oficios del Bienaventurado Padre en la Orden.—Su apostolado en la Corte.

1554—1560.

DEJAMOS al amabilísimo Padre Alonso, colocado por la obediencia en el puesto eminente y visible de Prior del convento de S. Agustín de Valladolid. Como es del sol alumbrar, y del fuego ardiente levantar viva llama; así es natural condición del sabio esparcir los rayos de su ciencia, y del virtuoso difundir el suave perfume de la piedad. Tratar al bondadoso Prior y rendirse cautivo á su voluntad debía de ser todo uno: los ojos del pueblo valisoleto habían de ser atraídos por la hermosura del saber y la santidad, que brillaba en el rostro y en la palabra del enviado del cielo.

Llegaba Valladolid por aquellos años á la cumbre de su gloria. Era la Corte, abillantada y enaltecida como siempre de los hombres eminentes en las armas, en la política, en las artes y en las letras. Tanto el Emperador,

como el Príncipe, y los Generales más famosos, hallábanse fuera de España al cuidado de sus dominios en los Países Bajos; mas aquí al lado de la Regenta, la Princesa Doña Juana, quedaban los hombres de Estado y tantos otros que, señalados en la Jurisprudencia, honraban la famosa Chancillería. Floreció á la vez la renombrada Universidad Valisoletana; Berruguete además, Hernández, Jordán y Juní llenaban de maravillas del arte los grandiosos templos y palacios de la villa de Ansúrez.

Este foco del ingenio y de la influencia comprendió luego, y tuvo en gran estima, las prendas del P. Orozco; y ensalzándole á una plebeyos y magnates, llegó la fama á conocimiento del Emperador; quien estimó oportuno honrarle y aprovecharse de sus dotes, nombrándole Predicador Real. Expidióse el albalá de tal título en Bruselas, donde á la sazón moraba Carlos V, y lleva la fecha de 13 de Marzo de 1554: tan acertado nombramiento había de formar época en la historia de los gloriosos hechos del docto y observante agustino.

Humilde y reconocido, recibió esta distinción alzando los ojos al cielo, de donde escuchaba la voluntad divina, al leer las líneas del regio despacho. Sonarían entonces de nuevo en sus oídos las palabras de la Virgen que le decía *predicase y escribiese*. Él mismo, al verse tan honrado con la visita de la divina Señora y libertado de los asaltos y algaradas de Satanás, había ofrecido á tan bondadosa Madre la sangre de sus venas, los latidos todos de su corazón, una vida enteramente consagrada al servicio y alabanza de ella. ¿Y para qué al fin recobraba la salud, después de tantas dolencias; para qué su mente vivía irradiada del esplendor de la verdad, y toda su alma disfrutaba de paz y descanso celestiales? El distinguido Predicador no podía menos de comprender el significado de sucesos y circunstancias tan sorprendentes; y se preparó á recorrer el nuevo campo que se ofrecía á su vista: ¡quién le dijera, no obstante, que le restaban casi cuarenta años de apostolado... cuarenta

años de córte, donde lloraría inconsolable su prolongado destierro!

Por lo pronto, en aquel mismo año de 1554 reconoció la mayor parte de sus libros, limpiándolos de los estragos que en ellos habían cometido los libreros; y en un solo volumen y magnífica edición, con el título de *Recopilación de sus obras*, las presentó nuevamente á los ávidos lectores. Como muestra de su agradecimiento á la magnificencia de la Real familia, que le ensalzó con título que le hacía familiar y servidor suyo, depositó á los piés de la Princesa este rico volumen, precedido de una devota y generosa dedicatoria á esta Señora. Y muy del agrado de la Regenta hubo de ser la ofrenda, cuando advertimos que en la portada del libro campea gallardísimo el escudo de la Real Casa. No satisfecha su gratitud con este presente, por ser cosa antigua y conocida, enderezó á la misma Infanta Gobernadora un libro flamante, y publicado apenas recibió el nombramiento susodicho; en el prólogo del cual le decía: «El año pasado ofrecí de mi pobreza á vuestra Alteza la Recopilación de nuestras seis obras, enmendadas de nuevo, aunque ya antes impresas; en las cuales, sabiendo yo que se emplea algún tiempo, leyendo con gusto, que nuestro Dios suele dar en su divina palabra al alma que la desea y ama; parecióme ofrecer de nuevo esta declaración de las siete palabras de la Reina del Cielo, Madre de Dios; las cuales en este nuestro Monasterio de San Agustín, con el favor del Espíritu Santo, los sábados de la Cuaresma prediqué para honra de la Princesa del mundo, Virgen María. Palabras son, no de cualquiera Profeta, sino de la Madre y Señora de los Profetas: no de algún Angel, sino de la Engendradora del Criador de los Ángeles, cuya lengua fué el más delicado instrumento, que el Espíritu Santo tomó entre todas las puras criaturas, para manifestar grandes secretos al mundo. De aquí es, que el alto Rey del cielo mandase á los Evangelistas que las escribiesen con gran aviso, y las depositasen en el Arca de los tesoros

de Su Majestad, que es el Evangelio; con las cuales, como con joyas muy ricas, y esmeraldas de gran valor, se enriqueciesen nuestras almas cada vez que las leyesen, considerándolas y contemplándolas con gran atención, acatamiento y reverencia» (1).

Y explicando á continuación algún tanto las valiosas y significativas palabras de la Reina del cielo, sacaba unos y otros avisos que con santa franqueza y libertad aconsejaba á la piadosa Regenta tomara para sí, diciéndole varias veces á este tenor: «Oración breve es, de grande espíritu y de gran fruto: vuestra Alteza la use muchas veces, que sentirá su alma gran alegría y regalo: y no hay más que pedir de lo que en ella se pide: cúmplase, Dios mío, vuestra santa voluntad en mi alma, sierva vuestra» (2).

Y para continuar mejor en el desempeño de su oficio, y encargo singularísimo de la Virgen de escribir y predicar; usando en parte de las exenciones que su empleo le concedía, meditaba no aceptar ya Prelacia alguna. En 20 de Abril de 1554 salió electo Definidor por segunda vez, cuando quizá no llegara todavía á sus manos el nombramiento real: por aquel trienio continuó sirviendo á su Orden con el mismo cariño y empeño de toda la vida; despidiéndose por último de tan honoríficas como espinosas ocupaciones con una acción señalada, de las más delicadas é importantes para su congregación. Era primer Definidor del Capítulo de 1554 el Arzobispo electo de Granada y Exprovincial P. Francisco de Nieva: como fuera á gozar del premio de sus esclarecidas virtudes, según fundadamente esperamos, quedaba de Definidor más antiguo el P. Orozco: por lo cual, en nombre del General Patavino, presidió el Capítulo Provincial habido en Dueñas á 15 de Mayo de 1557. Los que saben cuánta es la influencia y atribuciones del

(1) *Siete palabras* etc. Tomo III, pág. 189.

(2) *Siete palabras*. Ibidem.

Presidente de nuestros Capítulos, podrán conjeturar fácilmente el acierto en las actas y elecciones, dispuestas por una asamblea que dirigía tal santo y sabio, de los más celosos y entusiastas por el provecho y adelantos de la Orden. Que si al decir de los cronistas (conforme antes notamos) siempre se advertía su saludable influencia en cuantas congregaciones intervino; ¿qué no se admiraría ahora que tomaba la iniciativa en los decretos, y era el alma, principio y fin en cuanto se ordenaba y disponía? No es dable tampoco pasar en silencio la amargura y honda pena con que hubo de hacer relación en la Junta, de los ilustres PP. que fallecieron en el trienio. Su queridísimo Padre de profesión Sto. Tomás de Villanueva, de quien, rasgado el corazón de dolor y con abundantes lágrimas dijo él la oración fúnebre en las honras celebradas en la Corte, descansó en paz el 7 de Setiembre de 1555: su connovicio Hernando de Castroverde, siguiendo en los viajes por Alemania al Emperador (por no querer éste desasirse de él) había muerto en el mismo año: el mencionado P. Nieva, *Magnus Prælatius et Sanctissimus* (1), (de quien solía decir el Emmo. Tábara que si las religiones perecieran, el M. Nieva las volviera á restaurar) compañero de definitorio que le dejaba el vacío sitial de la Presidencia: los PP. Oseguera y Villafranca, de los primeros célebres misioneros de Indias uno, reformador de Portugal el otro y auxiliar del Bto. Montoya, volaron asimismo á la patria celestial. Expondría sin duda el Padre, como es costumbre, los merecimientos de estos y otros varones tan distinguidos en la Religión, doliéndose amargamente de su pérdida, cuando él seguía aún en este destierro; y tomaría pié de aquí para estimular á sus hermanos á imitar ejemplos tan insignes.

Poco después de terminado el Capítulo, y porque acaso murmuraría algún descontento, escribió una

(1) Elogio escrito en el margen de su profesión.

carta discretísima al Reverendísimo, testificando la mucha paz y concordia que había reinado en la Junta; y le rogaba que, en caso de escuchar alguna queja y pretender reformar determinaciones, no lo hiciese antes de visitar esta Provincia y enterarse bien de los negocios; conforme habían obrado sus antecesores, señaladamente el General Seripando.

Así, con aquella exhortación y recuerdo, con estos avisos á la Cabeza de la Orden, dió el adiós á los Capítulos, consultas y demás cargos de la corporación, procurando dejar á todos en dulce hermandad y plena observancia.

Agradecida la Provincia á tanto desvelo por su mejora, y atendiendo al mérito sobresaliente, propuso al P. General honrase con la investidura del Magisterio al docto y virtuoso P. Orozco. A la cual súplica dió el Rmo. Patavino la siguiente contestación, según se lee en los Registros del archivo generalicio: «1557. Con fecha 6 de Setiembre, á instancia de la Provincia de España, se concedió licencia al R. P. Alonso de Orozco, Predicador del César, para recibir en alguna Universidad la laurea del Magisterio, ya que el General no tiene facultad de crear Maestros en Teología. En el mismo despacho se encomia su virtud y erudición.» La dificultad para doctorarse no estaba seguramente en el Reverendísimo ni en Universidad alguna que le examinase; estaba en su humildad. ¿Cómo movería la mano para ensalzarse con tal honra quien expresamente aconsejaba en sus libros no llamarse Maestros; porque este nombre y honor cumplía sólo á Jesucristo? Así, no leemos que el humilde religioso tuviese el mencionado grado: antes al recién profeso P. Avellaneda que le llamó *Maestro*, le advirtió que no lo era, que era únicamente servidor suyo; pero bástenos para su perpetuo loor que por digno de ello le estimaba la doctísima Provincia de España.

Otro pensamiento y resolución le halagaba algo más,

como indicamos arriba: el de, renunciadas las Prelacias y otros cargos en virtud de su oficio de Predicador Real, vacar enteramente á la vida contemplativa y de María, que él llamaba, y procurar la salvación de sus prójimos; como efectivamente se consagró, al decir de sus biógrafos que repiten las palabras del Venerable Padre.

Pero bien examinada su vida de Predicador del Rey, está muy lejos de ser vida abstraída y de contemplación; á no ser que por esto entendamos no haberse ocupado en asuntos de gobierno, en cuentas y arreglos temporales. Estos años tan bien invertidos no hallo á qué compararlos más que á los del Apóstol cuando decía: *Todo me hecho para todos á fin de ganarlos á todos*; por lo que debe llamarse la vida restante del regio Predicador, no vida exclusiva y particular, sino pública y á todos provechosísima.

Pocas veces, ó acaso ninguna, ejerció su oficio ante la Maj. de Carlos V: el magnánimo Emperador renunció su corona de España en su hijo D. Felipe por Enero de 1556; y en el mismo año á 23 de Octubre llegó á Valladolid, no deteniéndose más de quince días, para retirarse finalmente á la soledad del monasterio de Yuste y prepararse á morir.

En todo este tiempo, el Ven. Padre estuvo á las órdenes de la Princesa Regenta D.^a Juana, y en los archivos nacionales hemos hallado la licencia que S. Alteza le concedía tal cual vez para ausentarse de la Córte.

En ese tiempo, y todo el restante de la vida de tan cristiana Señora, se granjeó el bendito religioso su alto aprecio y confianza. Muchas veces debió de confesarse con él, y frecuentemente le consultaba los secretos de su conciencia; tanto que en alguna portada de sus libros lleva el Ven. Orozco el título de Confesor de la Princesa D.^a Juana. Todas las personas reales estimaban mucho á su Predicador (dice el dominico P. Mendoza), pero singularmente esta Infanta de Castilla. Lo cual mostró bien á las claras señalándole ejecutor de su tes-

tamento, juntamente con el otro P. agustino Juan de Vega y otras personas principales.

Pero con quien singularmente habia de tratar y privar, aun rehusándolo, era con el gran monarca Católico D. Felipe II: al lado del Prudente Rey brillará en adelante esplendoroso, hermozeando el calumniado trono de España; á él ayudará poderosamente con sus avisos y exhortaciones á contrastar el furioso empuje de la protesta, y mantener entero el robusto brazo en defensa de la Cristiandad.





CAPÍTULO II.

*Múdase la Corte á Madrid.—Morada del Venerable Padre
en San Felipe el Real.*

1560.

MUCHO amaba Felipe II á la villa que le vió nacer; y nada escasa prueba de su afecto es el haber reedificado muchos edificios, la mayor parte de los devorados por las llamas en el horroroso incendio que padeció Valladolid en 1561; no menos que el haberla elevado al rango de ciudad y sede episcopal, dotándole de una iglesia, cuyo inmenso trazo da idea de los arranques del temido monarca. Pero bien sabido es que, por punto general, no era pauta de su gobierno la ternura y las inclinaciones del corazón; sobre la delicadeza de sus aficiones mantenía aquella cabeza serena é imperturbable, asiento de altos pensamientos.

Como todo hombre perspicaz y de sostenido carácter, aspiraba á todo coste á conseguir la unidad de fuerzas; por lo que, luego de tomar las riendas del Estado, designó un verdadero centro material á su amadísima monarquía.

Al regreso de los Países Bajos se detuvo en Valladolid pocos meses: más tarde, en 1560, pasó á Guadalajara con motivo de celebrar allí su boda con D.^a Isabel de Valois, hija del Rey de Francia; é inmediatamente fijó su residencia y córte en la villa de Madrid.

Nuestro Venerable Padre se vió obligado por razón de su oficio á seguir la Córte, estableciéndose igualmente en la coronada villa.

El elevado cargo de Predicador del Rey no era sólo título de honra y nombre: por su virtud entraba en el número de los familiares y criados del monarca; tiraba gajes de éste, como solía decirse, ascendiendo su renta á sesenta mil maravedises anuales; y cuando, por motivo de faustos sucesos ó desgracias de familia, daba el Rey libreas ó lutos á sus criados, consta que al venerado P. Alonso ordenaba se le hiciesen hábitos. Así, al decir del P. Sedano (1), sucedió en la muerte del Emperador, en la de D. Sebastián Rey de Portugal, D. Juan de Austria y el Príncipe D. Fernando. De aquí la alta consideración con que eran tratados los sacerdotes de igual empleo, y el porte y autoridad que llevaban (nunca imitado por el Venerable) en respeto á su regio amo. Ligados al Monarca con los vínculos de familiares suyos, no podían ausentarse de la Córte sin su licencia; y ya veremos la amargura que ocasionaba al Santo Predicador esta traba, la cual le estorbaba el retirarse al amparo de la soledad. Más todavía: en las Informaciones se aduce una bula, por la cual los dichos predicadores, si eran regulares, quedaban exentos de la jurisdicción de sus Prelados; no menos, me figuro, que los Señores Obispos que salen de los claustros religiosos.

Encontrábase, pues, el bendito Padre libre de la sujeción monástica, dotado de una para él espléndida renta, halagado con las atenciones de personas ilustres, y en medio de la Córte más brillante y poderosa de la

(1) *Información MS. de Granada*, fol. 15.

cristiandad, con fundadas esperanzas de obtener una dignidad aún más elevada y de más pingüe dotación; es decir: se veía en el tormento mayor para su ánimo dócil y obedientísimo, desasido de las aficiones terrenas, y sin otro anhelo ni otras aspiraciones que huir de tanta vanidad y holgura, para contemplar en lo escondido de la celda á su amado Crucifijo.

La Orden tenía un convento en Madrid, que se llamó más tarde de S. Felipe el Real; allí buscó el rincón más apartado y peor que había, para formar de él la estancia del Predicador famoso de S. M. Católica; rincón que á veces será trasformado en antesala del cielo, cámara decorada con los resplandores de la gloria.

Su primer paso, llegado al modesto convento de San Felipe, fué postrarse á los piés del entonces Prior Fray Alonso de Madrid, y despojarse de todos los privilegios y exenciones que su destino le daba; quedando por su parte en igual condición que el último novicio de la casa. De donde con mucha razón dicen los testigos de sus virtudes que dos veces profesó rendida obediencia á los superiores; no pretendiendo jamás ser otra cosa que un fraile de la Orden de S. Agustín.

Y admírense las trazas de la Providencia. En 1544 Santo Tomás de Villanueva y el P. M. Fr. Bernardino de Flores impetraron de la villa de Madrid concesión para fundar un convento de la Orden; pero la obtuvieron con la expresa condición de que el Sto. P. Tomás habría de ser conventual de él; ó á lo menos predicar las cuaresmas en la villa. El celoso Provincial de Castilla Fr. Alonso de Madrid alcanzó letras de Paulo III para ello. Y ya en 1547 compró cierta heredad en la que sin dilación se levantó una Capilla de madera bien adornada y devota, con su campana y capellán, según escribía el fundador al Rmo. General Seripando. Vencida alguna oposición con el favor obtenido del Príncipe y las Infantas D.^a María y D.^a Juana á instancias de su tía D.^a María de Aragón, monja agustina de Madrigal; se

fué ampliando la fábrica conforme lo permitía la escasez de los pobres fundadores; luego, andando el tiempo según acabamos de decir, apellidábase con el sobrenombre de Real, merced á la generosidad de D. Felipe II y á la inspiración del inmortal Herrera (1).

Podían, pues, estar satisfechos los Madrileños: si Santo Tomás, elevado á la silla arzobispal de Valencia en 1544, y arrebatado ya al cariño de sus ovejas, no podía cumplir el compromiso de la fundación agustiniana en Madrid, predicando las cuaresmas; un hijo suyo, heredero de su espíritu, no sólo durante tan santo tiempo, mas por largos años (colmando en esto Dios sus buenos deseos) había de hacer del púlpito el *Sancta Sanctorum*, desde donde el Señor se comunicaría á su pueblo elegido.

Ahora ya se halla de verdad el bienaventurado Padre en la residencia del Monarca, en el teatro de sus prodigios; mas antes de parecer en la capilla y los salones de Palacio, contemplémosle laborioso, tranquilo y alegre en su vida retirada; allí donde él respira y toma aliento, para anunciar después la voluntad de Dios á los hijos de la Iglesia Santa.

Comenzó Jesús á obrar y á enseñar (2). Veremos que el fiel discípulo del Señor dió antes ejemplo con la obra que con la doctrina; y puesto que S. Gregorio dice que en vano toma el oficio de predicar quien no ama al prójimo, también admiraremos cuan cumplidamente observaba este consejo el Bto. Alonso de Orozco.

(1) Ni el ser bella obra del grande artista, morada además de Flórez, Risco y todos los autores de la *España Sagrada*, de los dulcísimos Delios y Lisenos, del río de oro P. Márquez, le ha valido para ser contada siquiera entre los monumentos históricos de la Villa del Oso y del Madroño. ¡De S. Felipe el Real no queda más que la memoria!..

(2) *Act. I. 1.*





CAPÍTULO III.

La celda del Predicador de Su Maj. Felipe II.—Su vida conventual.

TANTO entre los frailes de San Felipe, como entre muchos seglares de todas categorías, había vivo empeño por entrar en la habitación del P. Orozco, y registrar los objetos que la adornaban. El Santo por su parte contribuía á aumentar esta curiosidad, cuidando de cerrarla siempre y despachando á la puerta, que dejaba entreabierta, á los religiosos que á ella por cualquier motivo se acercaban. Quien lograba burlar un momento la vigilancia del cándido viejo, creía haber conseguido un triunfo; y son de leer las deposiciones de los testigos que alcanzaron tanta dicha; alguno, no sin recuerdos algún tanto dolorosos.

Declara el P. de los Rios: «Sabe este testigo que en los tres años que conoció al Santo Orozco, y acompañó en dos de ellos, fué su vida una continua penitencia sin punto de relajación; antes añadiendo cada día nuevos modos de aspereza y penitencia, contentándose de vivir en tan poquito espacio de celda, que era lo más estrecho y despreciado de la casa; y si veía que en ella se desembarazaba algún

apuesto más ruín que el suyo, no paraba hasta que se metía allí; y este testigo le conoció en una celda en que no había más que una tarima de dos tablas, en que era imposible haber más que una persona de lado; sobre estas dos tablas tenía una gabilla de sarmientos y una gran piedra por cabecera, lo cual todo tenía cubierto con una manta de sayal, de manera que no se veía; y una manta doblada encima con que se debía de cubrir; todo ello se hallaba á un lado de la celda oculto con unas tablas, á manera de alcoba, si bien semejaba más á sepultura que á cama; y esto lo sé porque un día se salió á pasear á la puerta de la celda, mientras el convento estaba fuera en una procesión; y con la gana que yo tenía de ver donde dormía, al tiempo que dió la vuelta (que estaba rezando el oficio de Nuestra Señora, y cantando el himno de los Maitines en voz baja) le hurté el cuerpo y entré en su celda, y ví lo que dicho tengo; y considerando bien la pobreza y estrechez de la celda, el dicho P. Orozco entró también y me halló dentro de ella; y con una boca de risa me dijo: —¿qué buscáis vos aquí?— y no supe responderle más que echarme á sus piés, como era niño, y dijo: —vuestro maestro os dirá lo que debéis hacer—; y me dieron cuatro disciplinas, que no se pudo acabar con el P. Orozco que me perdonara una» (1).

Francisco López Salgado dice que por eso de andar buscando el escondrijo más despreciable, «le conoció en cuatro ó cinco celdas que eran las más pobres y más humildes, que aun los donados apenas querían vivir en ellas; y mandándole un Padre Provincial que se pasase á

(1) P. M. Luis de los Ríos, definidor mayor de la Provincia de Castilla. *Información Sumaria de Madrid*. M.S. fol. 226. Las noticias más preciosas son, sin duda, las otorgadas por los que, jóvenes aún, acompañaban al Beato en sus visitas á Palacio y asistencia á las Iglesias ó bien le servían en lo poquísimo que él les permitía: no será esta la única vez que citemos al P. Ríos y á otros de igual condición.

otra celda mejor, poniéndole obediencia en ello; por cumplir con la obediencia se pasó á la dicha celda, y después de haber estado en ella cosa de quince ó veinte días, pidió que le volviesen á una de las que él había tenido antes, porque no se hallaba en la última» (1). En cierta ocasión, por mandado de los médicos, fué precisado á dejar una habitación por cuyos grietados tabiques pasaba un albañal.

Y debía de padecer horriblemente en aquellos rincones ruines y oscuros; porque el mortificado religioso amaba mucho la luz, y se deleitaba grandemente con ella; teniendo á dicha el agradarle tanto, pues lo estimaba como presentimiento de gozar algún día del esplendor y suavidad de la luz inaccesible de Dios.

Claro está que el penitente agustino necesitaba en su celda algo más que la cama que describe el P. Ríos: oigamos á otro testigo ocular cuanto componía su aderezo: «La cama, dice, no la ví; pues en tres años que acudí á la puerta de su celda, no entré en ella más que dos veces, despachándome al momento el bendito Padre; y no porque no me tuviera buena voluntad...; mas siendo novicio este declarante, y mudándose de celda el dicho P. Orozco, dije al compañero que me ayudaba á trasladarle los muebles: —hermano, ahora veremos la cama del Padre;— y pasamos una silla de costillas de palo, una escoba, un candil, y una docena de libros pequeños y viejos; y dejamos una mesa, porque en la otra celda había otra vieja y basta; y deseosos de llevar la cama, decíamos: —P. Orozco, dénos V. P. la cama;— el cual nos dió al uno la cama de madera que era de cordeles, y al otro unos manojos de sarmientos, diciendo: —llevad esto, hermanos, para que nos calentemos cuando haga frío;— y volviendo por los colchones nos dió una manta bastísima, replicando: —andad con Dios, que no podréis con los colchones y no os metáis en eso;— y vimos

(1) *Inform. Sum.* fol. 105, vuelto.

que nada más quedaba en la celda, sino la mesa dicha y una imagen muy basta de papel pintada de almagre» (1).

Y tocante á su vestido nos pueden informar también sujetos fidedignos, que confirman las relaciones anteriores:

«Yo sé, dice el P. Avellaneda, que su camisa era de anejo grueso; y su vestido de un paño muy ordinario; y el ornato de la celda vió este testigo que no tenía en toda ella sino una silla de costillas, un banquillo y unas imágenes de papel muy ordinarias que valen á cuatro maravedises» (2).

El P. Medina echó de ver igualmente «que su vestido era un sayal blanco muy grueso y tosco, para andar dentro de casa; y el negro dé encima, para salir fuera, era un paño tosco y despreciado; y su celda y el ornato de ella, con ser predicador de la Maj. Católica, era tan pobre y miserable que, sino era unos libritos con que estudiaba, no tenía adorno alguno» (3).

Respecto de la túnica tenemos el testimonio de la que se la arreglaba, monja después de Santo Domingo el Real, la cual asegura que «el Santo Orozco llevaba muchas veces anejo muy grueso y crudo de lo que se hacen jergones, para que le hiciesen camisas; las cuales cosía yo, dice, y echándole los cabezones de holanda, los cortaba el Padre y me traía los orillos de paño blanco para que pusiése por cabezones y así lo hacía; y estas camisas en empezando á blandear, que era lavándolas, las daba él á los pobres, por haber perdido aquella aspereza que tenían cuando nuevas, y hacía otras» (4). Inés

(1) P. Francisco Sedano, compañero del Ven. Padre. *Inform. Sum.* de Granada, fol. 16 vuelto.

(2) P. Sebastián Avellaneda, Predicador conventual de S. Felipe el Real. *Inform. Sum.* fol. 213.

(3) P. Juan de Medina, Prior de la Orden de S. Agustín en varias partes. *Id.* fol. 377.

(4) Sor María de la Columna, *Inform. Sum.* fol. 344.

de Riaño, hermana de la anterior y religiosa igualmente de Santo Domingo, testifica que «los Prelados mandaban al dicho Santo que por su flaqueza no trajese camisas de estameña, y el dicho Santo por obedecer las hacía de anjeo» (1).

Confirmando esto mismo, añade que todas las semanas daba á los pobres su túnica el buen Religioso, poniéndose otra nueva más áspera aún que si fuera de estameña.

Era sumamente limpio y esmerado: en sus hábitos toscos y ordinarios no se encontraba una mancha; y apenas echaba de ver alguna en el vestido de los novicios, les daba jabón para limpiarla, y otras veces se las quitaba con sus propias manos, puesto de rodillas.

Barría él y limpiaba su aposento, sin permitir nunca, ni en la más avanzada edad, que otro le supliera: decía á los fámulos ó servidores que el Prior le mandaba «*que la escoba era una de las armas de los Religiosos*»: por eso sin duda se encontraba entre los indispensables muebles, que trasladó el P. Sedano.

También conservaba algún otro instrumento, con el cual solía en horas intempestivas y muy en silencio salir á limpiar apresurado ciertos lugares excusados: novicio hubo á quien le era imposible desempeñar este humilde servicio; y desde que en cierta ocasión sorprendió ejercitándole al respetable escritor, Ex-definidor, y Predicador tan atendido de S. M., el humildísimo P. Orozco, se le hizo tan fácil y asequible, que no volvió á experimentar la antigua repugnancia.

«Siendo viejo de 66 años, le vi barrer, dice el Padre Sedano, nosólo cuando la Comunidad barría, sino otros muchos días entre semana; y tenía un pedazo de tierra á manera de huerto (contiguo á la celda) y cada día le regaba; y por las mañanas y algunas tardes, estaba en estas yerbas contemplando y dando mil alabanzas á Dios.»

(1) Sor María de la Columna, *Imform. Sum.* fól. 346 vto.

He aquí pues su holgura y único recreo: cultivar un jardín entre cánticos celestiales, y criar flores que destinaba al culto de la Virgen, como adelante veremos.

«Dentro de casa era tan observante, aun en las más menudas ceremonias de la Orden, que los maestros de novicios en los capítulos traían al P. Orozco por ejemplo de su observancia y de las demás virtudes; y fué de manera que él se echaba la ropa siempre á lavar, y en tañendo á darla, iba con mucha humildad por su túnica sin poder acabar con él que se la llevase este testigo, que era el que daba la ropa (1).»

Y no es para omitido «que á todos los Padres antiguos y ancianos, así del convento de S. Felipe de Madrid á donde este testigo tomó el hábito, como á todos los demás que de diferentes partes venían á él, oyó decir que desde que el dicho padre Fr. Alonso de Orozco tomó el hábito, siempre había guardado uniformidad en su vida, sin haber tenido jamás quiebra la modestia, humildad, pobreza y obediencia en que se había criado; y que esta era una de las mayores alabanzas de su vida y aprobación de su santidad» (2).

Veamos ahora en qué se ocupaba de ordinario en su convento de S. Felipe. Tiempo antes que se tocara á maitines á las doce de la noche, y por lo general á otros actos análogos de comunidad, el bendito Padre, sin falta alguna, se hallaba en coro. «Jamás le ví faltar de coro, dice el citado Padre, estando en casa; y era con tan gran puntualidad, que parecía que no salía de él, por hallarle de rodillas todas las veces que los novicios iban al coro» (3). Y el bendito Padre, aun en los días de su vejez, rezaba y cantaba en coro de pié siempre, sin recostarse en ninguna parte.

(1) P. Sedano, *Inform. de Gran.* fól. 18.

(2) Id. Id. fól. 14.

(3) *Inform. de Gran.* fól. 16.

Concluido el oficio, acostumbraba quedarse en oración hasta el toque del alba. Tras larga preparaci6n y después de reconciliarse, celebraba el santo Sacrificio con fervor por días creciente y por lo regular de madrugada. Tardaba bastante en la acci6n de gracias. Cuando impetraba alguna gracia extraordinaria y aun com6n, acudía al altar como ya dijimos, y entonces se detenía largo tiempo en el *Memento* correspondiente á lo que suplicaba, llorando á veces con grandes sollozos que conmovían á los oyentes. Luego que salía de Prima y Misa cantada, visitaba los enfermos del convento, llevándoles bizcochos y otros regalos, en proporci6n al desconsuelo y abatimiento en que los hallaba. Las horas restantes que estaba en casa, no siendo de coro y oraci6n, las ocupaba en la lecci6n espiritual y composici6n de tantos libros como escribi6; siendo maravilloso que hallara tiempo para tantos quehaceres, ya propios, ya encargados por innumerables personas que á él acudían.

Tocante á su abstinencia, dominado Márquez del espanto, no pudo dar principio al capítulo donde trata de ella, sin comenzarle con estas enfáticas palabras: «Lo que me espera en este capítulo es tan admirable, que tengo por necesario prevenirme con unas palabras que el santo Var6n dice en la *Vida de San Nicolás de Tolentino*, abstinentísimo, como dijo Volaterrano, sobre todos los santos de su tiempo. *Escribiré* (dice el bendito Padre) *lo que hallo en su historia: y si pareciere á alguno cosa imposible á las fuerzas humanas la abstinencia que hizo después de tomado el hábito, alabe á Jesucristo, por cuya virtud dice San Pablo, que lo podía todo: y acuérdesse de lo que está escrito en el santo Evangelio, que San Juan Bautista se sustentaba en aquel desierto en que vivió veinte y cinco años, con solas langostas y miel silvestre* (1). Así nosotros: no diremos otra cosa, por estupenda que parezca, la cual no

(1) Márquez, *Vida del Ven.* Tom. III, pág. 32.

hallemos plenamente confirmada: alabanza sea dada al Señor que tanta virtud comunica á sus fieles amigos.

Eran continuos los ayunos del mortificado religioso, por lo menos tres ó cuatro á la semana; y como, aun cuando no ayunaba, apenas comía al mediodía, y luego por la noche pasó sin cenar más de 50 años, no tomando tampoco nada por la mañana, bien podemos asentar que ayunaba todos los días, pero con rigor espantoso. Indudablemente, fué abstinentes hasta el milagro. El descanso de la noche era muy escaso: ya sabemos donde dormía; pues aun sobre los sarmientos, lo más que reposaba serían tres horas, y otras noches menos; porque siempre estaba en coro, y el tiempo que estaba en su celda estaba siempre rezando y leyendo (1).

Las demás mortificaciones que usaba, como cilicios, disciplinas, cadenas de hierro, espinas, siempre ocultas, apenas pueden contarse ni sujetarse á regla. Por lo que el Canciller Claudio de Cos dice que siempre le conoció flaquísimo (2); y el P. Verdugo que se echaba de ver la penitencia en su semblante y en el aspecto del rostro (3).

La oración, el ayuno, las vigiliass y maceraciones, la lección espiritual, escribir libros piadosos, consolar á enfermos y afligidos, responder á las innumerables consultas que le proponían y dar consejos, eran sus ocupaciones ordinarias en aquella cueva estrecha y pobrísima, destartalada y de continuo oscura. Allí se gozaba, debajo de un aspecto descarnado y macilento, aquella alma tan amorosa de Dios, dulce para con sus hermanos, infatigable en el trabajar, sereno y alegre en las contradicciones y padecimientos.

Pone admiración y espanto, seguramente, este linaje

(1) P. Diego Gutiérrez, compañero del venerable Padre, que le conoció y trató catorce años. *Inform. sum.* folio 387. v.

(2) *Inform. cit.* fol. 67. v.

(3) *Ibidem.* fol. 96.

de vida tan austero y opuesto á nuestra flaqueza humana; pero es además para subir la ponderación y crecer el asombro, añadiendo que los fervores y penitencias referidos, no eran solamente el carácter distintivo de un período de su carrera mortal, sino el de toda la vida, sostenido con tesón inimitable y aumentado conforme adelantaba en años. «Siempre, asegura el P. Ríos, he oído alabar y encarecer á los Religiosos y Prelados antiguos de esta provincia que alcanzaron el tiempo de la mocedad del dicho Santo Orozco, la santidad que mostró en el año del noviciado, y la continuación con que fué acrecentando después de profeso en todo estado de su vida; siempre vi encarecer la gran modestia y su humildad de este Ven. Varón; y que cuando era Prior como fué de algunos conventos, era mayor el resplandor de su virtud y mayor la continuación de las asperezas y penitencias, con una continua asistencia á las obligaciones del oficio de Prelado, y un celo encendísimamente de que todos viviesen regular y observantemente; viviendo siempre en vida observante y común, con grandes abstinencias y ayunos para animar á los demás» (1).

Todos estos testigos, que hemos citado, conocieron al venerable Religioso, septuagenario por lo menos, siendo rarísimo el que le viera ó tratara antes; de suerte que cuanto nos declaran de sus asperezas y mortificaciones, todo se refiere al tiempo en que había pasado con creces la edad de sesenta años. Pues bien: escribiendo á D.^a María de Aragón nuestro asombroso P. Orozco, le decía que, puesto que el Señor le concedió buena complexión, había ofrecido su cuerpo en holocausto, según lo enseñaba el Apóstol; mas que posteriormente á los sesenta años no se ejercitaba en las antiguas penitencias, porque la flaqueza de la edad no sufría otra cosa. Atribuyamos

(1) *Inform. sum.* fol. 219.

algo á la humildad en esta confesión; pero ¡cuánto resta todavía para conjeturar y admirar sus anteriores ejercicios de mortificación! ¿Qué asceta del yermo igualó á este servidor del Rey y cortesano aplaudido?

Duro y desabrido podrá haber sido consigo propio; mas veamos cuán apacible, humanitario y obsequioso era para con sus hermanos.





CAPÍTULO IV.

El B. Orozco con los pobres, los enfermos y encarcelados.



É ahí los afortunados respecto de las atenciones y caricias del Venerable, los pobres: á estos era dado ver y curiosear á satisfacción su misteriosa celda. Disfrutaba de una renta, si bien no crecida, y también de permiso para emplearla en obras piadosas; y sobre la renta poseía un corazón aún muy más generoso y grande para remedio de los menesterosos. Era opinión suya, que ponía en práctica, que al pobre ha de dársele tanta limosna cuanta baste á sustentarle en el día; por lo que siempre daba, á lo menos, 10 maravedises, precio entonces del pan y vino necesarios para el diario sustento. Incansable por otra parte en sufrir las molestias de los pordioseros, mejor diré, gozoso en aliviar las necesidades de sus hermanos, podráse adivinar sin dificultad la compañía de que se veía continuamente rodeado. «No se vaciaba su celda de pobres, y llegó á punto que para darles recado tenía la puerta entreabierta, y en sintiendo el golpe en ella, alargaba la

mano, y antes de ver el rostro al pobre le había dado su limosna» (1). Y por si alguna vez no le pedían, él mismo los llamaba, llevaba á su habitación, y después de socorrerlos abundantemente, les instruía con calma y paciencia en los deberes cristianos. Alguna ventaja había de obtener de vivir en aquel ruín y oscuro cuartucho inmediato á la portería, desasosegado y nada silencioso, por entrar y salir por allí cuantos ponían pié en el convento (2); esta ventaja se reducía á estar á mano, para consolar y socorrer á los amigos de Jesucristo.

Siendo ya anciano, no asistía á refectorio, sino que mandaba el Prior á algún recién profesado le sirviese en la celda; y refieren todos contestes seis ú ocho PP., que en sus mocedades lo ejecutaron así, que llegado el servidor á la habitación del Venerable con la comida, éste se la recogía á la puerta y despedía agradecidísimo al sirviente: pasado un momento, salía con la escudilla sin vaciar para repartírsela á los pobres. En ocasiones sustentaba con ella á un estudiante, y por mucho tiempo lo hizo con un mendigo, que por lo conocido de todos suena su nombre en el proceso para la Canonización: llamábase Coloma. A las once de la mañana estaba clavado cerca de la celda del P. Orozco esperando su sustento: Coloma, á fuerza de tratar al Santo, llegó á exigirle un día ¿por qué le daba el pan partido, no acostumbrando antes á hacerlo así? El bendito Religioso, que debía de saber á qué destinaba su *interpelante* el panecillo entero, le contestó con dulzura:—Hermano, comed más y bebed menos.

Pero lo que partía su corazón de lástima era ver á los pobres, mayormente á los niños, medio desnudos, y temblar en el invierno de frío.

«Excelentísima era la caridad y amor que tenía á todos, particularmente con los pobres (hace notar el

(1) Márquez, *Vida del Venerable Padre*, pág. 25.

(2) P. Herrera, Procurador de la causa del Venerable. *In-form. Plenaria, copia MS.* fol. 367.

P. Sedano): le ví llorar muchas mañanas de invierno, viendo por las calles pobres desnudos; y diciéndole muchos que jugaban los vestidos y los zapatos, decía que no era posible; y cuando le hacían evidencia de que los jugaban se compadecía más y decía:—*et carnem tuam ne despexeris*;—y por todos caminos los remediaba, mandándoles fuesen á las once del día al convento, porque á aquella hora venía del Palacio ó de predicar: á los niños pobres que topaba llorando era cosa del cielo ver como los halagaba; y se paraba á saber por qué lloraban, diciendo:—*ángel de Dios, por qué lloras? ¿lloras tú porque me río yo?* y luego los acallaba, si tenían frio; los llevaba de la mano y los entraba en las casas, y decía:—pongan á este ángel al lado del brasero;—si tenían hambre, les hacía dar de almorzar, y de esta manera los remediaba á todos; y como ya le conocían, no le hablaban ni pedían cosa alguna, sino se ponían delante de él, que en viéndolos el bendito Padre, luego les hablaba y miraba la necesidad que tenían y se la remediaba; y un día viendo llorar á un niño que halló solo en la calle Mayor, le asió por la mano y le llevó desde la puerta de Guadalajara hasta la casa del Oidor Fuen-Mayor, que vivía en frente de Sta. Catalina de los Donados, y se le entregó á Doña Brianda Pimentel, mujer del dicho Licenciado Fuen-Mayor; la cual tenía muchos hijos niños y la dijo:—Oh Señora, y qué buen día traigo á v. m., pues viene el niño Jesús helado y temblando de frio, para que le abrigue con lo que sobra á tantos niños como v. m. tiene;—y la señora, que era muy limosnera y caritativa, le recibió con grande alegría, y le vistió y calzó; y luego fué el Padre á Palacio con grande alegría. Tenía tan gran reverencia á los pobres, porque representaban á N. S. Jesucristo, que les quisiera adorar y besar los piés; pero con el afecto lo hacía; á los pobrecitos niños quería mucho, porque no habían pecado, y porque representaban al niño Jesús pobrecito. Las limosnas que daba eran muchas á pobres, á viudas y honradas, á

estudiantes y á presos de la cárcel, á donde iba muchas veces» (1).

En limosnas, dice el P. Medina, gastaba todos los gajes que tiraba de su Majestad; y «sin esto pedía otras muchas á diferentes personas de la Côte, y todas las empleaba con huérfanas y viudas, en vergonzantes y doncellas pobres; y muchas y diversas veces le ví hacer capotillos y gregüescos para los pobres de la portería» (2).

«Era tanta la caridad que tenía con los pobres, que se proveía de carbón en el invierno, y lo encendía cada mañana hacia la portería; y los pobres se estaban aguardando para calentarse» (3).

«Iba un día desde S. Felipe á la puerta de Guadalajara, y junto al portal de los freneros y guarnicioneros encontró con un pobre que estaba enfermo y desnudo por el tiempo más recio del invierno; y como le topó, le asió de la mano, y asido de la mano, volvió con el pobre á S. Felipe por toda la calle Mayor diciendo:—no quiero perder esta coyuntura y no sé si toparé otra vez otra tal ocasión;—y habiéndole llevado á S. Felipe, le vistió en su celda de piés á cabeza de blanco...; y además del vestido que le había dado llevaba el pobre debajo del brazo más ropa, á todo lo cual estuve presente, dice Cristóbal Rodríguez, vecino de Madrid; y todos lo que lo vieron glorificaron á Dios mucho la caridad del Santo Orozco» (4).

«Estando yo de conventual en S. Felipe, depone el P. Alonso Soto, y siendo Prior el P. Gabriel Pinelo, sucedió que no teniendo que dar el Santo Orozco á una pobre, se entró en su celda, se cortó las dos nesgas de los dos lados del hábito blanco y las dió de limosna á dicha pobre; y luego cosió el hábito blanco de donde

(1) P. Sedano *Inf. de Gran.* fol. 18. vto.

(2) *Inform.* citada, fól. 377.

(3) María de la Columna, id. fól. 345.

(4) Fól. 411.

había cortado las dos nesgas, y salió como metido en un costal; lo cual causó á los religiosos del convento admiración y alegría, y algunos le decían que qué costal era aquel donde se había metido; por razón de que sus hábitos tenían siempre poco ruedo...; y sabiéndolo el P. M. Gabriel Pinelo le mandó en obediencia que no hiciese aquello otra vez, mas que cuando no tuviese limosna que dar, acudiese á él, que él se la daría» (1).

Véase hasta donde llegaba la fama de caritativo de que gozaba con harto fundamento el Ven. Padre Orozco, muy antes de su preciosa muerte. Constanza Alonso confiesa por estas palabras que «por tiempo de más de veinte años antes que el Santo muriese, le conoció de vista, trato y comunicación; porque esta testigo se vino de su tierra, que era cerca de la ciudad de Sevilla, muy pobre con tres hijos, y con tanta necesidad, que le era necesario muchas veces no comer porque sus hijos comiesen; y así preguntando en esta villa de Madrid qué personas hacían limosna á los pobres y viudas, le dijeron que en S. Felipe había un Santo, que se llamaba Fr. Alonso de Orozco, el cual socorría á todos los necesitados de esta Côte».

«Y esta testigo se fué al dicho Ven. Padre Fr. Alonso de Orozco y le contó sus necesidades y pobreza; el cual le dijo que él la socorrería cada día de todo lo necesario con una condición, que hiciese lo que él le pidiese; y yo le dije que sí lo haría de buena gana; y entonces el dicho Santo Orozco me dijo que no ofendiese á Dios Nuestro Señor mortalmente, y que cada día fuese á buscarle al Convento de S. Agustín por todo lo que tuviese necesidad; y así acudí al dicho Ven. P. Fr. Alonso de Orozco de allí adelante, y cada día me daba lo que era necesario para mi persona y para mis hijos; y

(1) Fol. 426 vto.

últimamente me dió cien ducados para que me casase» (1).

Con esta fama de limosnero y estos hermosos ejemplos que la corroboraban, imagínense los casos semejantes al de Constanza que se ofrecerían á la caridad del *Santo de S. Felipe*. Imposible nos es referir ni mínima parte de rasgos tan generosos como nos cuentan testigos innumerables; mas basta lo transcrito para dar idea del modo como atendía á los pobres.

Digamos ya de la visita á los enfermos, la cual de ningún modo describiremos mejor que cediendo la palabra á uno de los sucesivos jóvenes, que á ella le acompañaban. Sea el P. Sebastián de Avellaneda, Predicador en S. Felipe el Real: «Le acompañé, dice, muchas veces á los hospitales de esta córte, y en el camino llevando yo una cestilla algo grande, el Santo Orozco compraba bizcochos y pasas y otros regalos para dar á los pobres; y con esto caminaba á un hospital y entraba en la enfermería donde estaban los pobres; y comenzando desde la primera cama, se hincaba de rodillas, y juntas las manos y con los ojos levantados en espíritu, hacía oración; la cual acabada, decía al enfermo los evangelios, y haciendo la señal de la cruz en la parte dolorida, le ponía luego sus manos, le consolaba y animaba en Dios; y luego le repartía de los bizcochos y regalos que llevaba este testigo en la cestilla, y con sus manos se los ponía debajo de la almohada; y más: les daba en dinero limosna envuelta en un papel, para que nadie echase de ver lo que daba. Y esto que tengo dicho que hacía con el primer enfermo, lo hacía con cada uno de ellos sin dejar á ninguno; y á los que no alcanzaban los bizcochos, les daba dinero, y otras veces volviendo este testigo con el dicho Santo Orozco á los hospitales, luego acudían muchos pobres dándole las gracias, que por sus oraciones y evangelios, que les dijo, les había nuestro

(1) *Inf. sum.* fol. 84.

Señor dado salud; y lo que arriba se dice, le sucedía en todos los demás hospitales; porque un día visitaba uno, y otro día á otro sin dejar á ninguno» (1).

Con razón atestigua González de Tejada, familiar del Santo Oficio, que él notó cómo se alegraban los enfermos apenas divisaban al P. Orozco entrar por la puerta de la enfermería (2).

De igual manera que visitaba los enfermos de los hospitales, iba á consolar y libertar á los presos de las cárceles. Y no teniendo muchas veces brazos ni tiempo para satisfacer sus anhelos y de tantos desgraciados como imploraban su compasión, valíase de personas virtuosas, las cuales comunicaban de una á otra parte sus recados. En el tiempo de las informaciones, vivía aún el platero Francisco López Salgado, hombre honrado que le llaman otros testigos; el cual conoció y trató á su amigo el Venerable Padre por espacio de treinta años; y para su dicha era uno de los confidentes por cuyas manos repartía aquél abundantes limosnas. Mucho agrada al Bto. Orozco que publiquemos las buenas obras de su amigo y salga aquí su nombre para bendición de los fieles. Este fidedigno testigo y de mayor excepción, nos retratará el corazón del P. Alonso. «En los treinta años, declara, que conocí al Santo Orozco, ví todas las cosas que contiene la pregunta (acerca de la heroica caridad del Venerable). Porque á este testigo los más días de sábados el dicho Santo Orozco le daba dineros, para que fuese á la cárcel de esta villa, y sacase los presos que estuviesen detenidos por las costas; y asimismo le enviaba á muchas casas principales de esta córte con unos billeticos suyos, por los cuales pedía alguna limosna para hacer bien á pobres; y asimismo me hizo pedir muchos años limosna

(1) *Inform. Sum. de Madrid*. M. S. fól. 214; lo mismo deponen otros compañeros.

(2) *Ibidem*. fól. 363.

en la iglesia de S. Felipe para gente principal pobre y vergonzantes; que acudían siempre á él para ser remediados de ellas; y estas limosnas que se allegaban en la dicha iglesia las daba el dicho santo por mi mano. Entre las cuales sabe este testigo fué una á una señora, mujer que fué de un Oidor de Portugal, viuda, á la cual un cuñado suyo le había tomado unos papeles sobre un pleito á que vino á esta Córte á pleitear; y viéndose la dicha señora perdida, tuvo noticia de la santidad y caridad del dicho Santo Orozco y se fué á encomendar á él; á la cual señora por orden del santo tuve en mi casa ocho ó diez días dándola de comer y cama, y además después, por orden del mismo Santo Orozco la dí de limosna seiscientos reales, con los cuales se volvió á Lisboa. Asimismo un letrado que había sido corregidor en Zamora, viéndose en esta córte muy necesitado acudió al Santo Orozco para que le remediase, el cual le remedió en su necesidad: y un día tuvo el Padre noticia que marido y mujer, y tres ó cuatro criaturas que tenían, estaban, el dicho hombre y su mujer con unas calenturas grandes en la cama con toda la pura necesidad que se podría pensar; porque la cama que tenían era unas solas pajas sin manta ni otro abrigo alguno, y un solo puchero para beber un poco de agua, y la casa en que vivían era en el Barquillo hacia los tejares; sabiendo el Santo Orozco esta grande necesidad y haciéndola encomendar en el púlpito, fué Dios servido se llegasen de limosna ciento y cincuenta reales; lo cual por orden del dicho Santo este testigo repartió en esta manera: que al hombre le metiese en un hospital, y que de la limosna se le comprase un colchón, dos sábanas, frazadas y una gallina y bizcochos, y lo restante que sobrase se lo llevase á su mujer... Y asimismo sabe este testigo como muchas doncellas huérfanas y pobres iban al dicho santo Orozco para que las remediase, y á todas las remediaba consolándolas, dándolas á unas ropa de cama, y á otras mantos, así de su dinero

como de las limosnas que se cogían; y lo mismo hacía á las viudas honradas y pobres que se habían visto en mucho bien y se hallaban con necesidad» (1).

María de S. Miguel era otra de las personas que ayudaban al bendito Religioso en las santas obras de caridad. Y como casos particulares que pasaron por su mano, nos refiere que ella llevaba la limosna, cuando el P. Orozco no podía, á la mujer de un platero muy necesitado que tenía cuatro hijos; y «asimismo sabe como á una doncella de gente principal y pobre, remedió el dicho santo, porque ella le dió cuenta de la necesidad; el cual se fué al Conde de Puñonrostro para lograr el remedio de la huérfana, como efectivamente se alcanzó; y á Inés Martínez, criada de la Marquesa de Espejo, dió el Santo cuatrocientos ducados, los cuales pidió á esta señora» (2).

El P. Ríos nos dirá el caso extraordinario que les ocurrió por el deseo de sacar los presos de las cárceles, que como milagroso reservamos para su lugar conveniente; mientras tanto anticiparemos tomado de su testimonio que era recia cosa para el Venerable Padre verse obligado á pedir á los hombres; pues solía decir, que ninguna otra le era más pesada y enojosa, tanto como dulce y satisfactorio el pedir á Dios, que da á manos llenas, generoso y liberal para con sus criaturas. Y sospecha fundadamente el mencionado P. Ríos que el Beato sólo por vencerse y mortificarse, y más que todo por el amor de sus hermanos, llegaba á las puertas de los ricos y se arrojaba á sus piés pidiéndoles una limosna.

¿Pero habría cosa más dolorosa y sensible para él que contraer deudas? Sin embargo, varias veces por libertar á los presos gastaba la renta de su título antes de cobrarla; y cuando le angustiaba el pecho la consi-

(1) *Inform. citada*, fól. 108. v.

(2) Sor María de S. Miguel, Monja Recoleta de Sta. Isabel. *Inform. Sum.* fól. 152.

deración de ser deudor, extendía unos billetes, los cuales juntos con un memorial elevaba á Felipe II, suplicándole pagase á sus acreedores y le librase de ese modo de una honda pesadumbre.

Mas, al fin, tratándose de servir á sus prójimos, no había molestia intolerable ni repugnancia invencible para aquellas tan compasivas entrañas como de tierna madre.

Sabía bien cuál era la primera de las bienaventuranzas, y sonaría de continuo en sus oídos aquella recomendación que en favor de los pobres se escribió en el Evangelio: *Quandiu uni ex his fratribus meis minimis fecistis, mihi fecistis*: Lo que hicieris por uno de estos pequeñuelos, á mí me lo habéis hecho (1). Este á mí de nuestro dulcísimo Jesús era lo que le embargaba el ánimo y derretía el corazón, para ser con los pobres hermano del alma y madre tiernísima. «*Pedid siempre á los pobres, decía él al P. Ríos, que os encomienden á Dios; pues anda siempre entre ellos quien por su amor se hizo pobre*».

¿A qué corazón, sino á otro como el suyo, podrá apropiarse el dicho del Apóstol: *Quién está enfermo que no me haga enfermar á mí? ¿Quién se escandaliza sin que yo me abraze de rubor?* (2) Escribe el insigne P. Márquez: «El Ilmo. Señor D. Fr. Pedro Manrique, Arzobispo de Zaragoza dijo en el sermón que predicó á su entierro, y es cosa que yo experimenté muchas veces: «Jamás nadie se quejó ni dió suspiro en la Iglesia, estando él en el coro, que no le atravesase el corazón; y con estar tan atento al oficio que ni veía ni oía otras cosas que pudiesen perturbarle, en este solo caso se dejaba vencer del ruido y deseaba acudir con el remedio. Nunca le oyeron hablar en el coro, sino fué con ocasión de querer acudir piadosamente á miserias ajenas, porque en oyendo el gemido decía:—¡Ay pobre de mí! y si es pobre el que

(1) Math. XXV. 40.

(2) 2.^a Ad Corinth. XI. 29.

gime? si es enfermo el que suspira, qué haríamos? cómo le socorreríamos?» (1)

¿Pero á qué recurrir á extraños testimonios, cuando las llamaradas del fuego de caridad, que ardan en su pecho, las vemos bien á las claras en los suspiros y vehementes deseos expresados en sus libros? Quien desee concebir idea del ardor que abrasaba aquellas entrañas, deténgase en la consideración de estos encendidos afectos: «No es pequeña merced de Dios tener el hospital de la puerta á dentro, para ejercitar las obras de misericordia con los enfermos... Grandes favores da Cristo á la casa donde hay enfermos, porque allí se ejercita nuestra paciencia y se aumenta nuestra caridad» (2).

«Oh mi buen Jesús, si pudiese yo poner mesa á todos los pobres por vuestro santísimo amor! Oh Señor, si visitase todos los hospitales, y sirviese á los enfermos, rescatase los cautivos, vistiese los pobres y desnudos, aposentase todos los peregrinos, y diese sepultura á todos los que son difuntos! ¡Cuán dichosa sería mi alma, Señor, si aconsejase y enseñase á todos el camino del cielo, castigase y corrigiese á todos los que os ofenden, consolase á todos los afligidos, perdonase las ofensas que de todos me son hechas, sufriese las molestias de todos, y finalmente orase tan dignamente como oró el glorioso S. Esteban por los enemigos míos y de todos! Esto se me conceda por los méritos de vuestra sagrada pasión, Amen» (3).

(1) *Vida del Venerable Padre*, cap. VIII, pág. 25 del Tom. III.

(2) *Regla de vida cristiana*, pág. 376 del Tom. II.

(3) *Exercitatorio espiritual*, Tom. II, pág. 414.





CAPÍTULO V.

La Predicación.

YA hemos contemplado al bendito P. Orozco dulcemente entretenido en su vida interior; descansando, lejos del ruido y oleaje mundanal, en el puerto de la paz y de la buena conciencia, en el vivir del alma el más sabroso, aquel vivir que admirablemente describió su hermano Fr. Luis (1). Ahora vamos á considerarle en otra ocupación, también ordinaria, como que era su oficio propio, pero más pública y á la faz de las gentes; la cual tiene íntima relación con las de que acabamos de tratar. Bien claro aparece que el Santo, siguiendo las huellas de Jesucristo, moraba primero en la soledad macerando su carne, y levantando con fervientes oraciones sus manos puras á Dios; y hacía luego bien á los hombres, mostrando de esa manera antes por la obra que con la palabra, el estrecho sendero de la virtud.

(1) Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

¡Oh cuán persuadido estaba, y cómo de ello da en sus obras aviso repetido á los Predicadores, que si la lección, al decir de N. P. S. Agustín, propone las dudas, la oración las desata y resuelve! Ya referimos en el capítulo XIII del primer libro la manera como el Venerable, ensayándose en la predicación, se preparaba para subir á la sagrada cátedra; y aun corriéndose la pluma declaramos acaso algo de lo que cumplía mejor escribir en este lugar. Novel entonces, consumado orador á esta sazón, no será difícil valuar sus adelantos en la carrera del púlpito, por los cuales dejaba oír su voz autorizada en la Capilla de los Reyes.

Añadía el ejercicio de la oratoria á la influencia avasalladora de su renombre de santo: ¿tenía más que desplegar los labios aquel dechado y portento de penitencia y caridad? «¡Oh cosa admirable, (repetiremos nosotros las palabras que el mismo Bto. Orozco escribe de S. Juan Bautista) ver al Venerable Religioso subir las gradas de la cátedra santa, vestido de un áspero cilicio de jerga, tostado el rostro de los grandes soles, flaco por causa de la grande abstinencia y ayunos de tantos años! ¿Quién de los que le miraban no quedaba atónito? ¿A quién no confundía un hombre, más ángel por santidad y penitencias que hombre? Sin hablar hablaba, y sin dar voces su vida tan áspera daba gritos que rompían los corazones de los pecadores» (1).

En esta parte, si bien cuanto expongamos se presumirá fácilmente, no es posible pasar en silencio los testimonios que de aquí y allí he recogido de los afortunados cristianos de todas condiciones, que lograron escucharle.

A continuación los transcribo como gritos de aplauso al orador santo:

«Sus sermones eran de mucha eficacia, porque predicaba como varón apostólico, sin artificio y con mucha simplicidad de palabras, con gran fervor y

(1) *Excelencias de S. Juan Bautista*. cap. XII, Tomo III, pág. 22.

afecto de aprovechar las almas; porque á todos era notoria su vida y santidad y gran caridad que tenía con los pobres» (1).

«Le oí predicar en esta villa de Madrid con gran fervor de espíritu y celo de Dios N. S. y bien de la salvación de las almas, en que mostraba bien la grande caridad y letras con que ejercitaba el oficio de Predicador evangélico; y también se podía conocer bien en aquellas ocasiones la grande opinión que los oyentes tenían de sus virtudes, espiritual y santa doctrina, por el aplauso con que le oían, y el concurso de muchedumbre de gente que para oírle se juntaban; y en la que eran alabados sus sermones y la reformation de las costumbres que por ellas obraba Dios N. Señor, con las santas palabras y lugares de la S. Escritura que él predicaba» (2).

«Oí sus sermones, los cuales eran de mucha edificación y doctrina para los oyentes, con los cuales quedaban consoladísimos y edificados» (3).

«Respetado por todas las personas reales, príncipes, prelados y secretarios, por ser como era un varón humilde, virtuoso, de muchas letras y ciencia; y sobre todo le tenían por santo y particularmente le tuvo este testigo por tal, porque un día le oyó un sermón en esta villa de Alcalá en S. Ildefonso el día de los Reyes, no me acuerdo qué año; y por entonces no le conocía yo sino es de fama y oídas; y del dicho sermón salí muy edificado, y de él colegí su mucho espíritu de devoción y santidad y ser gran siervo de Nuestro Señor» (4).

(1) D.^a Beatriz de Freita, guardadama de la Reina. *Inform. sum.* de Madrid, fól. 53.

(2) D. Pedro Portocarrero, Conde de Medellín, Mayordomo de S. M. y Repostero mayor. *Inf. sum.* fól. 523.

(3) Alonso Núñez de Valdivia, del Consejo de S. M., Secretario de las Órdenes militares. *Inf. sum.* fól. 540.

(4) D. Luis Montesinos, Decano de la Universidad de Alcalá, Catedrático de prima de Teología. *Inf. sum.* fól. 637.

«Vi y oí sus grandes sermones en Palacio, de mucha edificación y doctrina, que cuando predicaba parecía Apóstol; y sé el gran respeto y reverencia que su Majestad el Rey Felipe II tuvo de su persona, respetándole como tal varón justo y santo» (1).

D.^a Mariana de Mendoza y Osorio, al fol. 447:

«En todos los sermones edificaba mucho así con sus palabras como por la santidad que mostraba en ellas... todos los que le podían ver ó mirarle lo estimaban como si miraran á S. Agustín ó á S. Francisco».

«Este testigo le oyó muchas veces sermones en la Magdalena, en el hospital de la córte, en las Vallecas y en Pinto y otros conventos; y todos los que oían sus sermones salían edificados de su grande virtud y ejemplo; porque sus palabras no eran de hombre humano, sino de un hombre espiritual y del cielo» (2).

El Dr. Juan de Molina y Obispo de León: «En los sermones que le oí mostraba ser un hombre apostólico, y así le tuve por santo y perfectísimo como todas las personas de la córte» (3).

«Le oí muchos sermones, así de la pasión de N. Señor, como de Ntra. Señora, y de otros santos; los cuales predicaba con grandísima devoción y espíritu y suspensión tan grande, que así á este testigo como al auditorio le parecía que el dicho santo no estaba en el púlpito ni en la Iglesia, sino arrebatado en espíritu» (4).

«Esta testigo le oyó muchos sermones, en los cuales, cuando trataba algunos pasos de la pasión, vió que derramaba copiosísimas lágrimas por el púlpito abajo» (5).

(1) Antonio de Zúñiga, Marqués de Miravel, Mayordomo de Felipe III, *Inf. sum.* fol. 438.

(2) Francisco Moreno, propietario, fol. 203.

(3) Fol. 248.

(4) D.^a Ángela de Tasis, viuda de D. Luis de Guzmán, caballero de la reina, hermano del conde de Villamediana y del Arzobispo de Granada. *Inf. sum.* fól. 174 vto.

(5) Catalina Giménez. *Inf. sum.* fól. 494.

El distinguido dominico P. Mendoza le veneraba por famoso predicador de virtud y letras: Andrés González le vió muchas veces elevado en el púlpito; y por causa de los éxtasis en que el Venerable se arrobaba, le sucedió varias veces no acabar el sermón (1).

El P. Verdugo declara que el P. M. Francisco Castroverde, el Crisóstomo del siglo XVI según algunos autores, rey de predicadores al decir de Felipe II, iba á oírle cuantas veces podía y que salía muy edificado, con grande veneración y enseñado (2). Mas esto lo refiere también el P. Márquez por estas palabras: «Parecían piedras preciosas cuantas palabras se le caían de la boca; y así lo decía el Maestro Fray Francisco de Castroverde, Predicador del Rey Nuestro Señor y el más valiente sujeto en la facultad que conoció España en su tiempo. Procuraba el Ven. Padre con todas sus fuerzas persuadir á sus oyentes al amor y temor de Dios; deleitaba con increíble suavidad en los discursos amorosos y hacía temblar las piedras cuando se empeñaba en los terribles. Vióse innumerables veces estremecer á su tiempo todo el auditorio, diciendo el Santo Varón con un grito muy alto: ¡*Almas, qué hacéis!* y luego derramaba muchas lágrimas. Ardían sus palabras como hachas de fuego» (3).

Y su mérito especial no le hallamos por cierto en los discursos que con tanta frecuencia predicaba en Palacio en presencia del Rey y la grandeza; sino es acaso por la libertad santa, la sencillez evangélica, desnuda de aparato artificioso, con que llenaba su oficio de verdadero Predicador del Monarca. Su Majestad la Emperatriz D.^a María le llamaba muchas veces para consuelo suyo y aprovechamiento espiritual de su alma, y le mandaba sentar en una silla de raso, y que desde allí le predicase: el Venerable lo ejecutaba con la unción acostumbrada;

(1) *Inf. sum.* fol. 413 vto.

(2) *Inf. sum.* fol. 96.

(3) *Vida del Ven. Padre*, cap. V, pág. 9 del Tom. III.

quedando muy edificada y devota la Emperatriz y sus virtuosas damas. Mas tampoco nos arrebató esto la atención tanto como admirar al santo, holgado y complacido en predicar á los pobres.

¡Pauperes evangelizantur! señal del reinado del Mesías! «Desde que le conocí, testifica el P. Ríos, todos los días de fiesta y entre semana, siempre se iba á predicar á los hospitales y conventos pobres; y algunos días de fiesta predicaba antes que volviese á casa tres y cuatro sermones; y cuando en el convento le pedía el Prior predicase alguna vez, después de haber predicado en los hospitales, venía á predicar á casa» (1).

Y el P. Sedano:

«Puedo decir que los dos años que le acompañé, no dejó de predicar domingos y fiestas con un espíritu y fuerza como si fuera de treinta años; y que los más días de estos predicaba tres y cuatro veces en diferentes conventos tan distantes, que otro tuviera por mucho trabajo sólo andarlos; porque iba á la Magdalena, y de allí al convento de Vallecas, y de allí á los Ángeles, y luego á Palacio; y en todas partes predicaba; y cuando este testigo le decía que para qué trabajaba tanto, respondía que más había trabajado Cristo nuestro Señor por la salud de las almas; y cuando después de medio día venía el bendito Padre cansado y en ayunas, le llevaba yo una escudilla de potaje y muchas veces fría, y una tortilla de huevos; y los recibía como si se le dieran de limosna; y en cuaresma los huevos eran pescado, que aun eso no comía; y luego á la tarde predicaba en el convento: y en estos días, como los demás, jamás faltaba á Prima, á Vísperas y Completas; y mientras los hermanos rezaban de nuestra Señora, rezaba él Tercia, Sexta y Nona (cuando no era á la una) en el coro, de

(1) P. Ríos, que le acompañaba á los sermones. *Inf. sum.* fól. 234.

suerte que ni por muchos sermones, ni demasiado trabajo faltaba al coro» (1).

Allí donde jamás se oían otros oradores y menos de su título, era precisamente donde él encontraba sus delicias en explicar el evangelio, y donde se detenía más largamente. Entraba á veces en una iglesia, y con ver aunque fuera á sola una mujer orando, rogábale que le escuchase, predicando sin paño en el púlpito ni anuncio de sermón pero con más contento todavía é igual fervor que en la Capilla Real.

Ni las nieves, ni los soles, ni las distancias, ni la edad de ochenta años, ni las enfermedades eran parte para contener su celo y vivas ansias de convertir extraviados y alentar fervorosamente á los devotos.

(1) *Inform. sum. de Granada*, original, fol. 19.





CAPÍTULO VI.

Donde se amplia y dilucida el mismo argumento.



A predicación: ved ahí, á lo que se me alcanza, el sublime destino en la tierra del Bto. P. Orozco. Lo ha dicho él mismo: Dios le había confiado el evangelio.

¿Para qué encarecer tan alto encargo? Bien haya los hermosos piés que predicán el bien, que anuncian la paz! Instrumentos del Señor en los arcanos de su providencia para el maravilloso logro de la conversión de las almas, embajadores del cielo para establecer pactos de alianza con la tierra, brillan sobre todo oficio encumbrado y dignidad humana; en su diestra ostentan credenciales, por las que revisten la autoridad y persona del mismo Dios.

Escribimos con gran zozobra y desconfianza de nuestras fuerzas; parécenos descubrir las trazas del Señor en tantas mercedes y privilegios con que ensalzó á su siervo, y desmaya el espíritu considerándose inhábil para delinearlas cual su alteza pide.

El nacimiento prodigioso del Venerable, su adolescencia inmaculada, los padecimientos prolongados de

enfermedades de muerte y de apretadas congojas del alma, los favores y apariciones de la Virgen, la vida penitente y angélica de su edad viril y senectud, los prodigios sin cuento, que aun hemos de referir, se enderezan todos al título de Predicador de Felipe II.

Patente está que el portentoso Beato, en su vida milagrosa de 91 años, alcanzó los días más venturosos de la heroica España; pues no ha habido siglo de nuestra historia, ni aun del mundo entero, de glorias tantas, como el afortunado que alborea con el esplendor y gracias de la simpática reina Isabel, y declina en los últimos resplandores del Rey Prudente: todo era grande y eminente entonces, clásico todo.

Extraño es á nuestro propósito historiar las excelencias de nuestro siglo de oro; pero cúmplenos dibujar de dos pinceladas el bello cuadro religioso, que entonces representaba nuestra magnánima patria.

Enarbolado el Guión Arzobispal de Toledo sobre los muros de la Alhambra de Granada, no se alzaban en la nación victoriosa otros altares que los del Dios verdadero; alumbraba los entendimientos una sola y verdadera fe, reinaba en los corazones un solo y legítimo Señor, como una, entera y poderosa era la monarquía católica. El precioso dicho del *labii unius* admirábase cumplido en las creencias de los españoles.

Y con el aliento que presta la victoria, los espíritus y fortaleza que comunica la fe divina, guiados de un ángel invisible, arrojáronse á los peligros de mares no surcados en busca de regiones, donde plantar el estandarte de la cruz y la bandera de la patria; encontrando el espacioso é inmenso territorio de las Américas, país de los encantos, resto del paraíso de la tierra, reservado á España como premio y corona á su nobleza y magnanimidad religiosas.

Como de Judá en otro tiempo, salieron presurosos de estas playas infatigables Apóstoles, que derramados por las dilatadas pampas y los bosques vírgenes del

nuevo mundo, derrocaron los inmundos ídolos de la superstición y la ignorancia; para levantar sobre sus ruinas los templos del Dios santo, el culto inspirado del cielo y corroborado por las luces de la ciencia. Todas las Indias escucharon atónitas la voz de los españoles, y con la rica y majestuosa lengua de Teresa, los Luises y Cervantes aprendieron las enseñanzas de la Religión Católica, las nobles y caballerescas costumbres de nuestros antepasados, la civilización humana en todo su auge y apogeo. La Providencia había elegido á los moradores de este bendito suelo (honrado con las huellas de la Madre-Virgen) para dar cumplimiento á los vaticinios del Real Profeta, cuando anunciaba que la voz de los enviados del Señor sería oída por toda la tierra, y en los confines del mundo sonarían sus palabras. Previó el Señor, como no podía menos, que al grito de rebelión de un miserable apóstata, pueblos enteros le volverían la espalda; y elegía otras regiones más anchurosas para colmarlas de las riquezas de sus misericordias, disponerlas en breve á abrazar las creencias escupidas en Alemania, y erigir altares cubiertos de oro y pedrería á las imágenes de los santos, arrojados en el viejo continente de sus antiguos tronos.

El árbol de la fe, trasplantado á un país virgen, florecía y fructificaba, como cuando recientemente regado por la sangre del Redentor y la de los Mártires; no corría riesgo de desaparecer; pero era preciso conservar los opimos frutos que había producido en Europa, defender su pureza á toda costa contra los formidables ataques de los mentidos reformadores; y el escudo para su defensa confióle también el cielo á la nación española.

Esta patria generosa no podía ofrecer más que las oraciones de sus santos, la ciencia de sus teólogos, los tesoros de su hacienda, y la sangre de sus ciudadanos; y todo lo consagró en holocausto á Dios, por mantener incólumes las tradiciones sagradas de la Iglesia.

¿No os hechiza Santa Teresa de Jesús al alzar sus conventos, diciendo: «un templo más por tantos como destruyen los herejes»? Y su extático compañero S. Juan abrazado á la cruz en la soledad y apartamiento de Duro, ó en la cárcel de Toledo, no os admira y pasma? Pedro de Alcántara, con su cara de raíces de árboles, los piés descalzos y desnuda la cabeza, va á Roma á suplicar licencia para convertir las rocas en monasterios, las cuevas en celdas, donde orar en favor de los alucinados y pervertidos. ¿En qué tiempo ni qué lugar florecieron mayor número de amigos de Dios que penetraran los cielos con sus oraciones? S. Luis Beltrán, Miguel de los Santos, Juan de Dios, Pascual Bailón, Rodríguez Claver, Granada, Obregón, Ruzola, Tomé de Jesús, Luis Montoya, Nicolás Factor, Ana de Jesús, Gaspar Bono; Santos unos, Beatos otros, Venerables los demás y otros y otros; ¿quién sino ellos podría detener el brazo armado de la ira de Dios?

Salamanca, Burgos, Valladolid y últimamente Valencia oyeron el espíritu del Señor hablando por boca de Santo Tomás de Villanueva; abrasado por el celo de la salud de las almas recorría la Andalucía el Venerable Ávila; el Principado de Cataluña Pérez Valdivia; Lanuza el Aragón: apóstoles tan celosos ¿no habían de influir poderosamente en la reformatión de costumbres? Bossuet observa que por estos días sentíase en Europa viva necesidad de reforma, y era como el anhelo y grito de todos los espíritus. Este grito se hizo descompasado é infernal en Alemania: y mientras allí se gritaba á voz en cuello aumentando los desórdenes, en España se planteaba la verdadera reforma en paz y silencio; dando ejemplos de humildad y abnegación como los heróicos de los reformadores del Carmelo, y de otras antiguas instituciones.

¿Cabía exigir más? Pues hé ahí á Ignacio de Loyola en la cueva de Manresa, que sin entender de letras emborriona un libro, el cual ha de dar que pensar á mul-

titud de entendimientos y transformar infinitos corazones.

La ínclita Compañía de Jesús, empresa gigante del Catolicismo, más que esfuerzo del hombre obra sobrenatural, barrera incontrastable á la herejía, bálsamo de la sociedad llagada, lumbre de los espíritus, vigor de pechos generosos, gloria la más pura, la más sublime de mi patria! De su seno brotan los santos y los sabios como las flores en el prado fértil; y para implorar las mercedes celestiales ayudarían eficazmente al Santo Patriarca, S. Francisco de Borja, S. Francisco Javier, Baltasar Álvarez, Alfonso Rodríguez, Luis de la Puente y otros y otros Venerables.

Pléyades igualmente gloriosas de hombres ilustres habremos de formar, si citamos á nuestros teólogos eminentes que resplandecieron ya en el Concilio Tridentino, como Cano, Soto, Lainez, Salmerón, Santotis, Burgos y Torres; ya en la universidad de Oxford como el otro Soto; ó en nuestras más afamadas escuelas de Salamanca y Alcalá, como Fr. Luis de León y su discípulo Suárez, Bãñez y Medina, Pérez Ayala y el talento universal de Pedro Ciruelo; todos los cuales batieron sin tregua al en mal hora suscitado protestantismo. Merced á su celo y diligencia se apagaron las chispas que en Sevilla y Valladolid amenazaban convertirse en llamaradas incalculables.

Nuestro calumniado Rey Felipe II, que resumía el pensamiento de sus vasallos en aquel su célebre y memorable dicho de que *más quería ser despojado de la corona que reinar entre herejes*, mantuvo una guerra tenacísima, en la que se derramó á torrentes el oro y la sangre de los españoles, por conservar sus dominios limpios de la levadura protestante. Si como era su propósito, no pudo desbaratar los ímpetus de la herejía y anonadar sus fuerzas; logró, aunque á tanta costa, que España no llorara la desgracia de romper su envidiada unidad, destrozándose en discordias que hubieran

acarreado mayores males que la guerra encendida en país extraño.

En cambio los triunfos alcanzados en Orán, Túnez y mayormente en Lepanto, sobre nuestros enemigos los hijos de Ismael que amenazaban inundar la Europa y fueron destruídos para siempre, indicaban á las claras que la fortaleza del catolicismo en medio de tantas luchas la había colocado Dios en las montañas guerreras é indomables de la península ibérica. *Fuit homo missus á Deo, cui nomen erat Joannes*, decía de D. Juan de Austria el Pontífice S. Pío V, luego de obtenida la victoria contra la media luna en las aguas de Lepanto.

Este conjunto armonioso y brillante de doctores y héroes, sacerdotes y reyes profundamente religiosos todos, ejercía poderoso ascendiente en la grandeza y el pueblo; el cual por otra parte tenía en sus manos los libros clásicos de mística, que á porfía brotaban de la pluma de tantos santos, despegados del mundo y arrobados en la contemplación de la hermosura de Dios. Nuestros padres del siglo XVI atesoraban viva fe en su pecho; y á vuelta de imperfecciones humanas más escasas que nunca, abundaban en instrucción religiosa; y practicaban virtudes nada comunes, hoy desterradas como sociales, y relegadas al hogar doméstico sino es al secreto de la conciencia individual. Feliz España, ¡y cuánto has decaído de tu piedad y tu grandeza!

—Y al Beato Orozco, esplendente estrella del cielo de España, ¿qué parte tocó en este cuadro grandioso?

—El Ven. Padre Alonso fué encumbrado por Dios á las alturas de la córte, para con sus predicaciones y sus libros y señaladamente con sus ejemplos, alumbrar y fortalecer aquel centro de vida católica, brazo defensor de la cristiandad.

Si representamos las naciones por corpulentos árboles, la córte será siempre el tronco de donde brotan las ramas, y por donde reciben el jugo vivificador. ¡Desgraciada nación cuya córte está corrompida, dichoso

el pueblo cuyo rey y cuyos magnates no brillan tanto por su poderío, como por la limpieza é integridad de sus costumbres! Mantener, pues, pura la savia de ese tronco en los felices días de Felipe II fué el alto destino del Bto. Orozco.

Mientras que Sta. Teresa lograba la santificación de muchas almas escogidas, separándolas del tráfigo del mundo, y en el olvido y la privación de las cosas humanas se elevaba en dulces éxtasis, bajando del monte de la contemplación á hablarnos un lenguaje nunca oído; mientras S. Juan reposaba en el yermo de Duruelo arrobado todo en contemplar los misterios y dulzuras de la cruz, y componía sus liras inimitables y angélicas; mientras Pedro de Alcántara, huyendo del ruido y conversación de los hombres, se internaba en las soledades de los bosques ó moraba en el desabrigo de los páramos; y los atletas de la compañía de Jesús recorrían ciudades y villas derramando la fructífera semilla del evangelio; y todos juntos convidaban á los fieles con tan convincentes enseñanzas á elevar sus pensamientos y deseos á la alta vida que nos espera; el bendito Padre Orozco, con todo el trato y aspecto de los antiguos anacoretas, era uno de tantos servidores de la más espléndida y magnífica de las coronas. Verdadera sal de la tierra, lumbrera que ardía y resplandecía en el Palacio Real, estuvo destinado á conservar limpias las costumbres de los Reyes, los Príncipes y los Grandes, é influir, por consiguiente, en el espíritu cristiano de las leyes; dando vivo ejemplo de como se hermanan las virtudes más austeras con el trato cariñoso y afable servicio de nuestros prójimos; y como el alma enamorada de Dios, á semejanza de la zarza de Moisés, puede verse rodeada de llamas é incentivos, sin abrasarse en livianos deseos; antes bien mantenerse tan pura é inmaculada, como oro salido del crisol.

Sus cuarenta años de córte, colmados de merecimientos en las tareas del Apostolado, llenos de bendiciones

del pueblo católico, enaltecidos con asombrosos prodigios de lo alto, fueron la mejor prenda de las misericordias del cielo sobre la ciudad y residencia del monarca.

Ah! y con qué sobrada razón la mirada penetrante al par que piadosa de Felipe, no permitió al Bto. Orozco despedirse de la corte, *porque no queria se ausentasen de ella los Santos!*

Aquel rostro demacrado, envuelto en grosera jerga, que le hablaba con libertad y franqueza increíbles en punto á las obligaciones de un rey, no espantaba al monarca cristiano á quien ningún poderoso se imponía. En asuntos de familia, como en los negocios árdulos de gobierno deseaba tener éste en el venerable Padre, un consejero fiel y desinteresado, y sobre todo un mediador con el cielo. ¡Cuántas veces la desgracia y la muerte hirieron su corazón en lo más vivo arrebatándole hijos y esposas; cuántos amargos desengaños y esperanzas frustradas en sus planes políticos harían mella en su ánimo, aunque sereno é imperturbable, y sentiría la necesidad de desahogarse en el pecho de algún vasallo fidelísimo!

Capitanes ilustres, diestros secretarios, doctores eminentes, Prelados y Santos, glorias inmortales todas de nuestra patria visitaron su Corte, trataron y conversaron con Felipe II: consta que con ninguno usó las demostraciones de respeto y confianza que con su humilde Predicador, el Bto. Alonso de Orozco. ¿Y las Reinas y Princesas cristianas? ¿y los nobles y grandes de Palacio? Al presente no entra en nuestro propósito explicar estas indicaciones, que el curso de esta historia irá insensiblemente manifestando; por ahora, insinuado ya nuestro parecer acerca de los destinos del Ven. Padre, veamos por puntos como los acontecimientos lo confirman plenamente.





CAPÍTULO VII.

El Libro de la INSTITUCIÓN REAL dedicado á D. Felipe II.

1563—1565.

VIVA y eficaz es la palabra de Dios, la cual á manera de espada de dos filos, al decir de las sagradas letras, ahonda hasta la médula de los huesos. Mas esta sacudida y dulce llaga, que produce en el espíritu la verdad desnuda y penetrante, es menester renovarla de continuo, como la fuente salvadora que abrimos en nuestra carne enferma; para que la memoria de las enseñanzas terribles, no desaparezca entre el desasosiego de tareas abrumadoras ó el halago de los deleites y arrulladores cantos de mundo engañoso.

Como anhelase tanto el aprovechamiento espiritual de la real familia, no se satisfacía el celoso P. Orozco con dejar oír su palabra abrasada en el amor de Dios, y llevarla á lo íntimo de los corazones de los Reyes: pasa la palabra como ráfaga de viento, ¡cuánto más oída entre quehaceres que la sofocan! Por eso, uno de sus primeros desvelos, apenas entró el fervoroso orador en el desempeño de su título, fué componer un libro, que en com-

pendio pudiera repetir á cada instante lo que tantas veces amonestaba desde la sagrada cátedra. Y mejor todavía: que era más prudente y respetuoso hablar á la larga, y á las claras, en un libro escrito en el idioma del Lacio; que no desde el elevado punto donde, dirigiéndose á determinadas personas especialmente revestidas de autoridad, no se logra otra cosa sino ruborizarlas y encolerizarlas, dar motivo de escándalo á los sencillos, y materia de murmuración á discolos y descontentos. De ese modo el católico Monarca, cuando dando de mano á los muchos negocios en que había de engolfarse, descansaba su fatigado ánimo con tan piadosa lectura, sentiría resonar con fuerza en su oído los encendidos afectos de su santo Predicador. Y por cierto, que el tal libro titulado *Institutio regalis*, escrito allá en la insinuante manera que él sabía, es excelente sermón para príncipes y reyes.

Con vigoroso discurso, deducido de las sentencias de los libros inspirados y aún de lo que alcanza la lumbre natural, amenizándole con oportunos ejemplos y hechos famosos de la historia, presentó al nada tardo entendimiento del Soberano la suma de sus tres especiales obligaciones. Demuéstrale en el primer tratado la sabiduría y virtudes que ha de tener el rey para gobernarse á sí propio y encaminar su alma al cielo. Dícele en el segundo cómo ha de dirigir cristianamente su casa y sus familiares; y por último declara en el tercero de qué manera los reyes y grandes señores han de regir sus monarquías, administrando justicia, manteniendo la paz, y ensanchando los límites de su principado.

Sabed, oh Príncipes, les avisa primeramente, que si nacéis Señores y herederos de codiciados reinos, no nacéis sabios: la culpa que heredamos de Adán, os envuelve también á vosotros, é iguala en nuestra flaqueza, mala inclinación é ignorancia. *Entended, pues, y sed enseñados los que juzgáis la tierra*: la majestad real ha de engrandecerse especialmente con el dominio de la sabi-

duría, y nada más obvio y natural parece que sobrepuje á los demás en ciencia y luces del ingenio, quien sobresale en el oficio y la autoridad. La fortaleza y seguridad de un pueblo, dice Salomón, será un rey sabio. A vosotros se dirige la Escritura con estas enseñanzas, ya que ninguna cosa más que el poderío, embriagado con el humo de la honra, se rebela contra los preceptos de Dios. Si todo cristiano ha de ataviar su alma con las virtudes, ora teologales de la fe, esperanza y caridad; ora las cardinales de la prudencia, templanza, fortaleza y justicia, y ser de esta suerte modelo de virtudes privadas; es fuerza que el Rey, respecto del cual todo es público, se adorne con la hermosura de prendas tan estimables.

Y preciso es, Señores, que en el principado de vuestra casa aprendáis ántes y os ensayéis á gobernar á pocos, para luego llevar con acierto las riendas de grandes Estados. Diríaos yo, por todo consejo, acerca de la familia, que no olvidéis la perdición que se originó al rey más discreto por un amor nada recatado; y bien podríais escarmentar en Heli, para no descuidar la educación de vuestros hijos, y no olvidar el aviso del sabio: «el Padre que ama á su hijo no perdonará á la vara».

Aunque os lisonjeen los oídos y parezca que os sirven con fidelidad y desinterés, aprended bien lo que el inspirado Monarca dejó escrito para lección vuestra. «No morará en mi casa el que obra soberbia», quiere decir: el que no ama á Dios no llevará mi salario; porque siendo traidor y rebelde á su Criador, no será leal á su rey temporal. Los estragos y males que de la superfluidad en vestidos, banquetes y saraos vienen á las familias, harto dolorosamente se palpan: no poco se moderaran tales excesos, si los reyes, y mayormente las princesas, dejando atavíos engañosos y fascinadores, se adornasen con la modestia, tan propia de los que por heredar el cielo han renunciado en el bautismo las pompas y vanidades mundanales.

No se sufre sumar en breve, decía el Venerable Padre en su *Compendio de la Institución Real* que arregló á petición de un caballero, lo que allí se persuade á la larga. ¿Y cómo resumiré yo aun el mismo compendio? Según se me alcance, trascibiré una suma de sentencias y prudentísimos avisos para gobierno de las repúblicas; de los cuales, aunque desatados y sin aliño de parte mía, podráse hacer precioso ramillete.

—«Allí hay mucha salud, adonde hay mucho consejo y acuerdo.» Los Romanos, los Macabeos y Moisés responderán de la exactitud del aviso. «Creedme, hermano, que si el que gobierna no se humilla á tomar consejo, va perdido, y su república tendrá grandes trabajos. También se persuade una verdad muy asentada en razón, y es, que mejor se rige un reino por un prudente Príncipe, que por muchos gobernadores. Esto enseña claro la experiencia, pues en toda la república de tantos sentidos, un ánima es la que rige; y en este universo, uno es el que mueve, y no es movido, nuestro Dios soberano, que todo lo gobierna; al cual llamaron los filósofos causa primera. Entre los planetas uno es el Príncipe, el sol, que á todos alumbrá, y todos participan de su luz. De aquí es, que después que los Romanos desecharon sus reyes, el último de los cuales fué Tarquino *superbo*, eligieron dos Cónsules, y no acabaron aquel año, y fueron elegidos dentro de un año cinco; lo cual pondera N. P. S. Agustín en el libro de *la Ciudad de Dios*. De aquí entenderéis, cuánta confusión encamina á la república el regimiento de muchos que algún tiempo rigen, y no siempre.»

Los reyes han de ordenar leyes de las cuales se saquen frutos de paz y provecho de los reinos. ¡Ay de los que hacen malas leyes, dice la Escritura! Ley de tiranía es, lá que es en daño de la república y solamente en utilidad del que la rige: la que trae desasosiego en el reino y es causa que se rompa la paz entre los súbditos. A esta misma autoridad real pertenece deshacer las leyes, cos-

tumbres malas que se han introducido por la malicia de los hombres.

Y como las leyes, aunque buenas, nada valen sin ejecutores, dase arte en el referido libro como los Príncipes han de elegir Jueces prudentes, temerosos de Dios, amadores de la verdad y enemigos de la avaricia. En sus manos están las haciendas, la honra y la vida de los ciudadanos. Todo esto cumpliréis, católico Rey, *si proveyereis no las personas, sino los oficios.*

Conveniente es que los ciudadanos posean propiedades peculiares que cultiven y beneficien: y toca al Jefe del Estado disponer se edifiquen y pueblen ciudades en lugares más á propósito, favorecidos por el clima; ni muy expuestos á los ardores del estío, ni desamparados á la crudeza del invierno. Cumple asimismo al superior fomentar el cultivo de las artes liberales, debiendo él mismo ejercitarse y sobresalir en ellas; estimulando el pundonor de los nobles á seguir su ejemplo, ya que nada hay más propio y decoroso que los hijosdalgo brillen con el esplendor del saber y el lucimiento de la habilidad y el ingenio. Préciense también los Príncipes católicos, como de su mejor corona, del título de clementes: el óleo, con que ántes eran ungidos, sobre todos los licores nada y se enseñoera: la clemencia le dará dominio engrandeciendo su alma, le dará dominio también sobre los corazones de los vasallos. Entiendan, sobre todo, los poderosos que vive en la tierra el Vicario de Jesucristo, á quien vasallos y reyes debemos obediencia. La espada que ciñen los Príncipes hásele dado el Señor para amparo y defensa de su Iglesia Santa.

Tengan en la memoria el gran premio reservado á los buenos soberanos; no es menos generoso el Señor para premiar los servicios, que para castigar iniquidades; y si él asegura que los poderosos serán poderosamente atormentados; los Príncipes justos, ¿qué galardón obtendrán?—

¡Excelente programa de gobierno! No causará poca extrañeza en nuestros días lenguaje tan claro sobre política, y lecciones tan severas, acerca de los altos deberes del monarca, publicadas á todos vientos en un libro dedicado al rey mismo. Pero esto que en nuestros decantados tiempos de libertad se consideraría *crimen læsæ Majestatis*, el católico y calumniado Rey Felipe lo estimaba por gran favor y servicio. Tenía él bien aprendido que la política, ese arte de gobernar á los pueblos, es en extremo difícil, como enseñan los filósofos y demás sabios del mundo; por lo que nuestro amoroso Dios se ha dignado manifestarnos algunas sentencias morales y políticas; las cuales se incluyen en el tesoro de la revelación, consignado en las Sagradas Escrituras. Y exponer, dilucidar estos secretos de su ley toca y cumple, por disposición divina, á los sacerdotes y singularmente á los Prelados. De donde por merced señalada han de recibir Legisladores y Gobernantes les enseñen la doctrina de dichas máximas, tanto más excelentes y exactas sobre todas las sentencias de los filósofos, cuanto va del sol esplendente, manantial copioso de luz, á la tibia y prestada lumbre de la luna.

Y nótese de camino igualmente con cuánta insistencia recomendaba el discreto religioso el amor á la ciencia, y el fomento de las artes: los tres primeros capítulos se encaminan á este propósito, y con frecuencia lo repite en todo el discurso del libro; para que una vez más se evidencie que los desidiosos é ignorantes son los calumniadores que atribuyen á los sacerdotes escasa afición á los estudios y al progreso de las ciencias. En este punto aún hemos de ver más amplio y explícito al Beato Orozco.





CAPÍTULO VIII.

Los prodigios.—Fundación del convento de Agustinas de San Ildefonso de Talavera de la Reina y del de religiosos de la misma Orden también en Talavera.

1562—1576.

AÑADAMOS aún á lo expuesto en los primeros capítulos de este libro otra circunstancia especial, que junto con la penitencia, oración y caridad inagotable para con sus hermanos, debía de dar al bendito P. Orozco en la cátedra sagrada prestigio subyugador sobre sus oyentes.

Dice la sagrada Escritura que *el justo vive de la fe*, y nos está asegurado que la fe viva trasladará áun las montañas. Seguramente, el Bto. Alonso vivía en comunicación tan continua con Dios, que no ya sólo por el orar y el ejercicio de la presencia divina; sino que por el ansia de socorrer las necesidades de sus prójimos, no apartaba su memoria del acatamiento del Señor, su mejor amigo, suplicándole el remedio de ellas. Por lo que muchas veces fué atendido de manera milagrosa, premiando Dios la fe vivísima y confianza segura de su sier-

vo, para mejor autorizar su palabra, y darle ascendiente en el ánimo de tantos á quienes frecuentemente exhortaba á la virtud.

Doy principio á la serie de prodigios que el Santo obró en Madrid, con el estupendo caso de la resurrección de una niña.

Marcos Amador, zapatero de la Real Casa, era á lo que parece, de áspera condición; y como los desabrimientos de su índole venían á chocar contra su cristiana esposa Luisa Riaño, (la cual conocía bien la dulzura de carácter del P. Orozco, su autoridad y valimiento) le llamaba en ocasiones, para que con su influencia templase la cólera del enojado marido.

Tan querido y respetado como era por todos los sirvientes de Palacio, más de una vez había restablecido la buena paz y armonía en casa de Amador, tanto que llegó últimamente á tratar á esta familia como á afectuosos amigos. Desconsolados un día por la pérdida de Magdalena, niña de tres años, agradecieron en el alma la visita de consuelo que les llevaba su amigo entrañable. —Ay! P. Orozco, se ha muerto la niña!.. dijo Amador, viéndole entrar. —Vaya, pues, ofrèzcamela ahora para monja de un convento que trato de fundar en Talavera, que es muy posible sea Dios servido volvérnosla á prestar. —Si está ya tapada, hace más de ocho horas que espiró. —No importa, replicó el Venerable, ofrèzcanla como les he dicho. —Puede tomarla V. Paternidad y hacer de ella lo que quisiere,—fué la contestación de todos.

Entró entonces el bendito Padre en el aposento donde yacía la niña cubierta, se puso en oración mental por largo rato; y levantándose después, leyó á la difunta los evangelios. La niña empezó á moverse primero, luego á llorar, quedando en el mismo instante que viva, sana y buena. El alborozo y alegría de los padres, el de toda la casa, y el pasmo de los vecinos considérelo sabrosamente el lector. Corrió por todo Madrid la noticia de la resurrección de Magdalena: largos años más tarde, aun pudo

hacerse información del milagro por la autoridad Eclesiástica; y en el proceso de la sumaria para la beatificación del Ven., que lleva la fecha de mil seiscientos diez y nueve, encuentro viviendo aún á una hermana que testifica de lo que vió; á otra de lo que oyó á sus padres, y á la agraciada de lo que le contaron sus parientes. Es uno de los milagros aprobados por el Ordinario (1).

—¿Cumplió Magdalena el ofrecimiento de sus padres?

—Para eso le volvió Dios á este mundo. Con efecto, Sor María Magdalena Amador profesó el 1577, siendo de las primeras vírgenes consagradas á Dios en el Convento de Agustinas de Talavera, fundado bajo la advocación de San Ildefonso.

La familia del Venerable Padre continuó, sin duda, en Talavera de la Reina (adonde se trasladaron desde Oropesa cuando todavía Alonso era niño); y ya hemos dicho que su buena madre le contó en esta villa, la primera vez que le vió con el hábito, las maravillas acaecidas en el nacimiento de su hijo, cual las dejamos narradas en el libro anterior. Francisca, hermana de Alonso, casó con Pedro de Orellana; y viuda de éste, por consejo de su piadoso hermano debió de recogerse el año 1562 en una casa de la familia con otras parientas y mujeres virtuosas; donde vivían en común de su hacienda, labores y limosnas que les daban, esperando en la misericordia de Dios mayores aumentos en lo temporal y espiritual.

Difundiase en Talavera el buen olor de sus virtudes y eran conocidas por el nombre de Beatas de S. Agustín; hasta que, levantando Iglesia el 1573, se reservó en ella el augusto Sacramento con licencia del Dr. Gómez Téllez de Girón, Gobernador del Arzobispado de Toledo. Un año después por el mes de Mayo la bendijo D. Juan Suárez de las Vejas, Obispo de Lugo, y natural de Talavera. Amplióse asimismo la casa en forma de convento, y por disposición del venerable fundador, dieron las Beatas

(1) Véase el documento transcrito en los apéndices.

la obediencia á la religión de N. P. S. Agustín; entonces el Provincial de España les mandó dos religiosas muy observantes y prudentes del convento de Madrigal, Doña María Belón por Priora, y Doña Luisa Bracamonte de Supriora.

En 1576 recibieron el velo de manos de Fr. Cristóbal de Orellana, designado por el P. Provincial como primer Vicario y Confesor de ellas: fué la primera monja profesa Sor Francisca de Orozco, al siguiente año de 1577, según hemos podido ver en el acta de su profesión. Aunque conforme al autorizado testimonio del Licenciado Ruiz de la Peña, hijo del mismo Talavera, á esta hermana del venerable Padre la llamaban, en ausencia y presencia, la Señora de Orozco, por la notoriedad de su esclarecido linaje y desahogada posición; hemos de decir que no bastaron sus riquezas para la fábrica de la iglesia y convento y sustentar á la comunidad; no obstante que, según el mismo Licenciado, contribuyó ella especialmente á la fundación con el largo caudal de cien fanegas de renta. Su bendito hermano les ayudó en esta santa obra poderosamente mientras vivió: la tercera parte de sus gajes de Predicador del Rey, era para sus monjas de Talavera; y en los años en que tardó en madurar el proyecto sobre todo, debió de recoger cuantiosas limosnas en la córte, dedicadas al mismo piadoso fin. Adviértese en el proceso de beatificación el especial cariño que el venerable fundador profesaba á este monasterio consagrado á su Santo, en recuerdo de la merced que le hizo la Sacratísima Virgen, dándole nombre *antes de nacido*. Muchas veces le visitaba, ya con ocasión de dar hábitos ó profesiones á las novicias, ó bien para la elección de Priora ú otros propósitos laudables; conocíanle ya en las posadas del camino, y por todas partes ha quedado bendecida su memoria.

Las religiosas, dejando á los Prelados de la Orden, reconocieron al Ordinario como Superior á los tres años después de la muerte de su santo Padre Orozco; pero

junto con algunos objetos sagrados regalados por él, conservan todavía muy viva la estima y gratitud que han heredado de sus antepasadas hacia su venerable fundador. En otra parte diremos la milagrosa despedida que les dió al volar al cielo, indicándoles que más presentes que en la tierra había aún de tenerlas en la gloria. No le invocarán en vano en sus aficciones; y ya que por la injuria de los tiempos les han arrebatado los M.S.S. y libros, que indudablemente les dedicó, mediten ahora en sus Obras reimpresas el admirable espíritu, luz y espejo de las almas que aspiran á la perfección cristiana.

Otro convento de la Orden estableció para religiosos en el mismo Talavera de la Reina, en el año de 1566, según nuestros cronistas. Por la estimación grande que le profesaban los reyes enriqueció esta fundación «con muchas y diversas limosnas y cosas ricas, y en particular con una imagen, y una espina de la corona de Cristo Señor Nuestro, la cabeza de un santo mártir, un cáliz de los que ofrecen los reyes el día de la pascua de Reyes, vinajeras de plata y muchos ornamentos; parte de los cuales le había dado el Emperador Carlos V nuestro señor, y parte D. Felipe II su hijo, como es público y notorio» (1).

El P. Vidal dice que la espina dicha se la regaló la Princesa D.^a Juana, esposa del infortunado D. Sebastián: y que se levantó el convento en unas casas grandes de la plaza del Almaizo, cerca del antiguo alcázar, que se decían haber pertenecido á la Reina D.^a María, mujer de D. Pedro el Cruel. Dedicó la Iglesia el santo fundador á la Reina de los Ángeles con el título de Nuestra Señora de la Paz, y fué su primer Vicario-Prior, hasta que por

(1) P. Pablo de la Cruz, Recoleta en este convento de Talavera, quien había visto muchas veces *la imágen, la espina y las vinajeras. Información de Talavera*, fol. 14 vto.

nombramiento en Capítulo se eligió Prior en el mismo año al P. Lope de Vergara (1).

De este santo convento salió cabalmente el célebre orador que pronunciaría la oración fúnebre del bendito P. Orozco ante su sagrado cadáver, el P. Pedro Manrique, Obispo de Tortosa, Virey de Cataluña y Arzobispo de Zaragoza (2).

Tal fué el recogimiento y observancia de este monasterio, que, al tratar los PP. de la Provincia de Castilla en 1588, de señalar algún convento donde se viviese con más soledad, oración y aspereza (lo cual dió margen á la recolección ó descalcez), eligieron por primero de todos y base de la reforma á esta fundación del santo. Los cronistas recoletos, como el P. Villarino, dábanse á augurar feliz resultado á la recolección, por haberse instituido sobre el cimiento antiguo del Beato Orozco. Y por cierto que prosperó el árbol plantado en tan bendito suelo, extendiendo luego sus frutos por las demás regiones de Europa y las misiones ultramarinas.

(1) Vidal. *Historia del convento de S. Agustin de Salamanca*, lib. III, cap. IV, pág. 236 del Tom. 1.º

(2) Herrera. *Alphabetum Augustinianum*, pág. 483.





CAPÍTULO IX.

El libro intitulado HISTORIA DE LA REINA SABA, *enderezado á la Reina Católica Doña Isabel de Valois.*—EL EPISTOLARIO CRISTIANO *al Príncipe D. Carlos.*

1565—1567.



PRESENTADA á Felipe II la *Institución Real*, pareció al Ven. Predicador que era ocasión de ofrecer nuevos obsequiosos respetos á los demás miembros de la regia familia; y con efecto, dedicó á la Reina y al Príncipe en los años indicados preciosos recuerdos *para cada uno*, como podían estimarse los libros anunciados en el epígrafe del capítulo.

Ahora, qué contenga el admirable escrito primero, y por qué motivos especiales le ofrecía á la Reina, el mismo autor en razonada y primorosa dedicatoria lo manifiesta diciendo:

«Para cuatro cosas dice N. P. S. Agustín que nuestro soberano Dios hizo al hombre, y son: para que conociese á su Criador, y conociéndole, le amase; y amándole, le poseyese; y poseyéndole, gozase de su divina

majestad en el cielo por fruición de perpetua gloria. Gran doctrina es ésta, y muy de notar para consuelo de todos los cristianos. Crió Dios al hombre para que conociese á Dios, contemplase su excelencia, su bondad, y admirable poder: y de estas cosas visibles, rastro y pisadas de aquella suma Bondad, considerase la majestad y grandeza del Criador; así como viendo la uña grande del león, la razón dice ser grande el león...

Para venir á fin tan deseado, nos da gran doctrina la reina Sabá, mujer sabia y valerosa; la cual con deseo de saber más, oyendo la gran fama del Rey Salomón, dejó sus reinos de Sabá y Egipto, y no sin gran trabajo vino largo camino, hasta entrar en Jerusalén; y presentada delante de Salomón, manifestó las dudas que tenía al rey; el cual la respondió tan delicadamente, satisfaciendo á sus cuestiones, que ella quedó admirada; y volviendo en sí alabó al Dios de Israel, que tal rey había proveído en aquel reino. Y aun dijo ser bienaventurados los criados del rey, porque oían sus palabras llenas de espíritu. Finalmente, ofreció al rey grandes dones de oro, y piedras preciosas; y el rey le dió en retorno muy mayores riquezas.

Tomé esta Historia, para declararla en todo este libro, dirigido á V. M., en el cual se trata, cómo (á imitación de la reina Sabá) la fama de nuestro Rey Salomón, Cristo, nos ha de sacar de nuestra tierra, menospreciando el mundo y presentándonos delante del Señor. Declara, para la oración que V. M. ordinariamente ejercita, de qué manera se ha de orar y pedir mercedes á Dios. Enseña el gran fruto de la confesión y comunión; sacramentos admirables, los cuales, para gloria de Dios y ejemplo de los cristianos, muchas veces goza V. M. en fiestas principales no sin gran merecimiento. Persuade á oír la palabra divina, y á ser liberal el cristiano con los pobres, y á oír cada día misa; y lleva al fin en diálogo un Confesionario breve. Lo que yo suplico á V. M. es que por reverencia de Dios, lea esta

historia tan llena de misterios, y tan apacible al entendimiento; porque, dado que tenga otros libros muy mejores, ir este dedicado á V. M. obliga como á cosa propia el leerle».

Es la *Historia de la Reina Sabá* bella descripción de las vías espirituales por las que lleva Dios á sus escogidos. Aplicando al ánima cristiana lo que la sagrada Escritura refiere de aquella discreta reina, hace llegar á oídos del alma la fama y renombre del bendecido Salvador del mundo, enciéndela en *ahervorados* deseos de contemplar tan extraordinario portentoso; y rompiendo por dificultades y allanando obstáculos, logra que se despegue del afecto y consuelos de su tierra; para que, caminando largas jornadas por las sendas de la virtud, toque por fin á los muros de Jerusalén, la morada del Sabio.

Allí traba sabrosísimas pláticas con él, y al admirar la claridad de ingenio, su discreción y apacible cortesanía, los primores y buen concierto de la casa, el arreglo y atenciones de los criados; asombrada y fuera de sí desata la lengua en mil encomios de la sabiduría y amabilidad de su Redentor, conságrase toda entera á su servicio, sin poder alejarse de aquella presencia, al pié de la cual escucha los secretos de una doctrina que la trasporta en dulces y largos arrobamientos.

Cólmala entonces Jesucristo de bendiciones, adornándola el pecho con el rico collar de gracias más valiosas que perlas; manifiéstale los inefables tesoros de su amor y grandeza, reservados á las almas heroicas, desnudas de aficiones sensuales, y que á él se llegan con la palma de la victoria, mil veces holladas las pompas y engañosos atractivos del mundo.

Dilucidando lo cual, ¡qué abundancia de doctrina y riqueza de pensamientos, cuán prudentes avisos aduce el doctísimo Padre, á fin de despertar y aleccionar al alma y salvarla de los lazos tendidos por el enemigo, mayormente á los Príncipes y Reyes!

¡Qué trozos y bellos rasgos de literatura, donde resaltan pinturas vivas de las inclinaciones del corazón humano! ¡qué dulzura en el sentir y elevación en el pensar! y sin embargo trátalo todo con sencillez encantadora, bien así como se vierte y fluye el licor del vaso en que rebosa. Tomaré sólo por ahora de este libro dos ó tres avisos que retratan admirablemente al Ven. escritor.

«En el nombre de prójimo, dice, se encierra el amigo y el enemigo, ó por mejor decir el amigo y el contrario; porque la caridad tiene émulos y adversarios, mas no enemigos. Á los amigos ama en Dios, y á los enemigos por Dios; y si los llama nuestro Salvador enemigos, es porque usa de nuestro lenguaje para que le entendamos» (1).

«*Ruégoos, yo, dice S. Pedro, así como esta gente extranjera, que os apartéis de los deseos carnales que hacen guerra al alma.*—Cabeza era de la Iglesia, y nos habla rogando; porque aprendan los Prelados y grandes Señores humildad, no mostrando aspereza y presunción en el regir, porque al fin el corazón del hombre es generoso y libre, y quiere ser llevado por blandura y amor» (2).

«Los soberbios son como vejigas hinchadas que con pequeño golpe revientan... Moisés echó ceniza en el aire, y luego á los Egipcios les salieron unas vejigas y llagas que les daban gran dolor. Así cada día levantándose en alto los pensamientos de los soberbios, que en verdad son cenizas, son azotados con vejigas dolorosas y llagas de gran dolor en el alma. ¡Oh qué descontentos y qué desgracias padece un soberbio!» (3)

El humilde no es pusilánime, sino fuerte; y mirad su gran ánimo, que ni estima reinos ni cetros... mayor pecho tiene un humilde que Alejandro con el señorío del mundo. ¿Lo queréis ver? Mirad como se puso á llorar

(1) Pág. 309 del tom. III.

(2) Pág. 319.

(3) Pág. 325.

cuando le dijo Diógenes que había otro mundo, y dijo: ¡Ay de mí, que con tantos trabajos y peligros, aún no he acabado de conquistar uno!... La humildad no consiste en la pobreza de los vestidos, ni el habla baja, aunque todo esto sea bueno y divisas de la humildad: en el corazón está sentada esta Reina y gran Señora; debajo de la seda y brocados puede hallarse. Efecto es de tan admirable virtud el sufrimiento y la paciencia: el soberbio de nonada se agravia y del aire se ofende, porque piensa que todos le deben tributo; mas el humilde de nadie se queja, y de nada se agravia, entendiendo que nada merece—(1).

Devocionario más lindo no pudo regalar á la Reina. Pocos libros del venerable escritor, con ser todos tan deleitables, nos causaron tan agradable impresión al leerlos; ni de ellos conservamos tan grato recuerdo como de esta ingeniosa *Historia*. Así lo entendieron también los lectores piadosos y eruditos, á juzgar por las cuatro ó cinco ediciones que de ella se estamparon aun en vida del autor.

EL EPISTOLARIO *dedicado al Príncipe*. «Muy alto y muy poderoso Señor: cuán grande necesidad tengan los hombres de Dios, no tan solamente la santa fe que tenemos nos lo declara, mas aun la centella de la lumbre natural que el Señor esculpió en nuestra alma, cuando la crió, nos lo enseña;.. y más han menester al Señor de los Señores los que tienen Señorío, que no los de menor estado. Parece ser esto así, porque mayor necesidad tienen de Dios una estrella, que no una piedra tosca, y más ha menester á Dios un ángel, para que le conserve en el ser excelente que le dió por naturaleza y gloria, que no un árbol... Todos nacemos hijos de ira, pues esta red barredera de la culpa original á nadie exenta, á nadie hace la salva; antes á todos cautiva y enreda, salvo á la Madre de Dios, á quien la gracia preservó.»

(1) Pág. 326.

Y pues «dado caso que (1) los grandes Príncipes nacen herederos de grandes reinos, son flacos; y toda carne, según dice Isaías, es heno frágil y lleno de flaqueza; tienen gran necesidad de arrimarse á columna firme, y apoyarse en roca tan fuerte como es nuestro invencible Dios. En manera que para ser sabios, buenos y virtuosos, poderosos y fuertes los católicos Príncipes, un solo remedio tienen, un arte sutil han de usar, y es tener gran amistad y privanza con el amigo antiguo, que es nuestro Criador»....

«Para alcanzar y conservar esta amistad con el Señor de los Señores, no es pequeña parte la piedad que V. A. manifiesta con los pobres; porque el Profeta Tobías dice: la limosna libra de la muerte y ella destruye los pecados y da posesión de la vida eterna. Tres efectos son estos de gran estima, bastantes para hacer á los ricos grandes limosneros.

»Demás de esto, medio grande es para amar y servir mucho al Señor el cuidado ordinario que V. A. tiene cada día de rezar el oficio divino. Obra tan aceptable al Rey celestial, y tan apacible á su divina Majestad, que la demanda él, llamando á la oración sacrificio de alabanza. Imitación es esta de aquel santo Profeta el Rey David, el cual dice en un salmo: siete veces os ofrecí, Señor, cada día alabanza. Dejo aquí de decir, cuán alto sacrificio y cuán gran ejemplo de católico Príncipe sea, el oír con tanta quietud y devoción el misterio soberano de la misa cada un día. Gran confusión es para los herejes, y gran edificación para los fieles y aun gran alegría para todos los ángeles. Finalmente, añadir á todo lo dicho la lección de los libros santos y buenos, motivo bastante es para que todos alabemos á Dios, que da tal espíritu á V. A. ¿Qué son (veamos) los libros mundanos, destruidores de la castidad, maestros de vanidades, que las costumbres cristianas destruyen, sino una

(1) Esto es: *aunque*.

pestilencia secreta de quien pocos huyen, unas centellas del infierno y brasas sacadas de allá, por mano del demonio, padre é inventor de mentiras y profanidades? Avisadamente dijo aquel gran sabio Séneca: Cada uno toma las costumbres conformes á aquel con quien conversa. Es tan gran verdad esta, que no sólo la experiencia nos lo enseña cada día, mas aun de los discipulos de Platón leemos que andaban corcovados, porque su maestro lo era y andaba la cabeza baja. Los de la escuela de Aristóteles tartamudeaban imitando al maestro, que era algo tartamudo, aunque de gran entendimiento. Todos los privados del rey Alejandro andaban inclinada la cerviz á un lado, porque el rey andaba de la misma manera».

Vese en esta sentida dedicatoria, y en la carta que á continuación dirige al Príncipe, el afecto entrañable del vasallo y el sacerdote. El amor habla muy claro y sin rodeos ni lisonjas de ninguna especie.

Á lo que con tan preciosos documentos aspiraba el Venerable, era á convencer al Príncipe heredero de que son los reyes como cabeza puesta en el más alto lugar para bien de la república.

Por eso le enseñaba que la cabeza tiene ojos, oídos y lengua, y así el buen rey ha de oír agravios de pobres, y remediarlos. Ha de ser lengua de los mudos que para sí no saben hablar. «Bien dijo un sabio: El rey es alma del cuerpo: con él andan los piés, obran las manos y vive el reino vida pacífica. Finalmente, el Rey David llama dioses de la tierra á los reyes, porque tienen las veces de Dios, y le deben imitar, defendiendo su reino y la iglesia, según dice S. Bernardo en una epístola. Y escribiendo á Ludovico rey de Francia, dice: Que entonces los reinos se conservarán en paz, cuando los reyes obedecieren los mandatos de Dios y de la Iglesia Romana» (1).

(1) *Ep. Crist.* Ep. 1.^a pág. 11 del tom. I.

Entiendan los soberanos que cuando se encargan de un reino, también han de poner sobre sus hombros los trabajos de sus súbditos, sintiéndolos y llorándolos.

«¡Oh qué prisión tan grande tener cuenta que se haga justicia al pobre, al rico y al caballero; oír á unos y á otros, esperar sus quejas y peticiones, no volver el rostro á importunidades de pobres! ¿A quién no pone terror? ¿Y quién no querría más traer una azada todo el día y cavar la tierra de sol á sol?»

«Sospecha tengo que desear mandar y gobernar nace de mirar este negocio de lejos... Los que agonizan y se desvelan por prelacías y mandos miran de lejos, y no de cerca un negocio tan árduo, una sujeción tan continua y una prisión tan pesada; con la cual se ha de cumplir so pena de no hacer el oficio, y aun so pena de no tener gran cuenta con Dios. Los egipcios, cuando coronaban su rey, le ponían una cadena de oro en la garganta con muchas piedras preciosas; y esta era la insignia de rey, como entre los cristianos es la corona real; llamaban á aquella cadena *verdad*... y está bien dicho; porque la verdad ha de resplandecer en el rey, siendo muy enemigo de mentira y de engañadores que informan falsamente... ¡Oh, si el castigo de Amán diesen los Príncipes á los que no tratan verdad, destruyen familias ajenas y murmuran de vivos y muertos!» (1)...

«El oficio del católico rey es el de la razón para con los sentidos, lo cual, según N. P. S. Agustín, es un miramiento del ánimo que distingue lo falso de lo verdadero, y lo bueno de lo malo. El Príncipe es el atalaya del reino, el que todo lo ha de mirar y juzgar, castigando los malos, y dando favor á los buenos. A este han de obedecer los vasallos como á Señor, imagen y representación del Señor de los Señores, Jesucristo; y á él, como hijos á padre, han de honrar y servir. Y aun como discípulos bien criados, le han de ser, en todo lo que Dios no es

(1) *Ep. Crist. Ep. 1.ª* pág. 9. tomo I.

ofendido ni el prójimo, obedientes. *No podrás hacer rey al que no fuere de tu linaje*, mandó Dios á su pueblo. En manera que nuestro inmenso Dios por ley ordenó entre los Israelitas que de su nación, y no algún extranjero, fuese levantado por rey. La razón es, porque la naturaleza y patria trae consigo un amor natural, por el cual los de un reino ó de un lenguaje se tienen ó deben tener amor de hermanos. ¡Oh cuánto deben estos nuestros reinos loar á Dios por esta singular merced, que no nos gobiernen sino reyes naturales; los cuales se hayan con nosotros, no como señores rigurosos con sus vasallos, sino como hermanos y como padres con sus hijos! Yo suplico á nuestro Dios que jamás permita por su clemencia que ningún extranjero reine en España» (1).

¡Benditas enseñanzas, y bendito el patriotismo de los Santos!

(1) *Epist.* etc. pág. 3.





CAPÍTULO X.

Servicios á su Orden.—Fundación en Madrid del Convento de las Agustinas de la Magdalena.—Breve biografía de S. Juan de Sahagún.

1569—1570.

Adicha grande puede tenerse en un convento la residencia de alguno de los venerables Padres, encanecidos ya en las fatigas del apostolado, y que después de conquistada gran copia de laureles, se retiran del polvo de la arena, para más limpios y hermoseedos prepararse á recibir el premio de sus triunfos. Es su presencia consuelo y honra de los Superiores, de los mancebos aliento y dechado, luz y amparo de toda la comunidad, y valimiento poderoso con el cielo.

Recuérdese la asiduidad y prontitud con que acudía á los actos comunes el venerable Predicador de Su Majestad D. Felipe II. Pues á pesar de sus años, sus achaques y su autoridad, colocábase en un rincón del coro; donde mientras se rezaba permanecía siempre en pié, ya suspirando, ya radiando de alegría, entonando himnos y

salmos, como si ya se hallase entre los ángeles cantando las grandezas del cordero inmaculado.

Afabilísimo para todos, era consultado de los mayores teólogos y predicadores, dirigía á la vez por el camino de la virtud á muchedumbre de penitentes, que depositaban los negocios de sus almas en sus manos.

Tanto los Priors como los Maestros de novicios, le ponían en las pláticas por modelo, aun de modestia, compostura y limpieza, con ser un viejo: decía el P. Maldonado, Obispo de Siria: no teníamos más que verle y todos nos componíamos. Era el primero en celebrar la misa, el más asiduo en el confesonario y en el púlpito, importunado de los pobres y de los ricos, de los desgraciados y desvalidos; recogido en su celda como el que más, y en escribir laborioso sin segundo. ¿Para qué columna más firme de la observancia? Pagaba también el sustento, que recibía como verdadera limosna; y para no incomodar á ninguno, buscaba las celdas abandonadas de los últimos servidores del convento. ¿Podía prestar mayor beneficio á la comunidad, pagarían á precio los Superiores vida tan útil y preciosa? Sin embargo, todo ello era mezquina labor para el B. Orozco.

En verdad que esta es la única señal de atesorar algún merecimiento, cuando todo sudor y fatiga se juzga alivio y descanso. ¡Ay del que mira y repasa el camino andado, y pareciéndole largo, se sienta sobre su menguada cruz! Los peregrinos esforzados y animosos, corren sin mirar atrás, trepan por cerros y ganan dilatadas llanuras, con el ansia viva de ver si tras la colina próxima se divisa el suelo de la patria.

Que no hablaran de descanso al P. Alonso: el descanso, contestaba como S. Pedro de Alcántara, dejádmelo para la gloria. Mientras vivimos en esta perpetua guerra con nuestros enemigos del alma, mientras nos arrastramos por este suelo de abrojos, no hay que pensar en treguas de paz ú holgura. El bienaventurado Padre entendía que le era preciso agotar sus fuerzas, consumido

por el celo de la honra de Dios y su religión agustiniana. Desviviase por servir á la Madre cariñosa que le había recibido en su seno; y comprendiendo que dentro de su regla y sus constituciones labraría su eterna felicidad, miraba como envidiosa sugestión del ángel caído, á fin de turbarnos, el ponderar é inclinarse á prácticas y devociones extrañas, conforme enseñó posteriormente San Francisco de Sales. Por lo que sus devociones eran ante todo las de la Orden; sus estudios y aficiones, acerca de las cosas de su instituto.

Estaba versado, y procuraba que otros lo fueran igualmente, en las verdaderas glorias de nuestra Religión, como lo evidencia su *Crónica* de los religiosos de la Orden, célebres en virtud ó letras, sus *Conciones in laudem divi Augustini*, y biografías especiales de otros esclarecidos varones agustinianos, la *Instrucción* de nuestros antiguos Padres, y mejor que todo, su docta y discretísima *Exposición de la regla* del Santo Patriarca. Porque es de notar que el bienaventurado varón, en medio de sus altos cargos y honoríficos títulos, imitando á su bendito Padre de profesión y Arzobispo de Valencia, jamás olvidaba que era *un fraile agustino*; y repartía el tiempo y sus ocupaciones entre el cumplimiento de su oficio y servir á su amada religión, ora encomendándola á Dios, ora procurando su aumento y sus glorias por los medios puestos á su alcance.

Si lo dicho hasta aquí ha demostrado esto suficientemente, todavía lo manifestarán más sus nuevas piadosas fundaciones.

Era el año de 1569. En las vecindades de la parroquia de S. Pedro de Madrid alzabase un oscuro y pobre asilo de mujeres arrepentidas, gobernado bajo la dirección de algunas monjas de S. Bernardo. El fundador D. Luis Manrique de Lara, limosnero mayor de Su Majestad Felipe II, meditaba trocarle en cosa más alta y duradera, dedicada al servicio del Señor. Sabedor el Venerable del pensamiento de D. Luis, pedíasele para convento de

monjas agustinas, pues aseguraba que era esta la voluntad de Dios: mas no creyendo las directoras, así como quiera, tan expresa la voluntad divina, hicieron tenaz oposición por fundarle de su Orden. Oponiase asimismo el Presidente del Consejo de Castilla con los miembros de su Consejo, y hasta la misma villa, por temor de no ver jamás acabada obra de tanta monta y costa. Otras personas de influencia no descansaban, para que fuese de dominicas el convento, ya que en Santo Domingo el Real había monjas que deseaban ser fundadoras del nuevo monasterio.

Respetaba mucho y tenía en gran veneración al Padre Orozco D. Luis Manrique, así que ambos trabajaban á una; y por vencer, finalmente, tanta resistencia y oposición, juntos se dirigieron á Su Majestad el Rey. —Paréceme que esta obra que queréis hacer, no la verán los vivos acabada, dijo D. Felipe. A lo cual respondió su limosnero: —Señor, yo que soy viejo podrá ser que no. Y repuso el Santo Orozco: —En verdad que soy yo más viejo, y tengo de ver terminado el convento, pues es la voluntad de nuestro Señor que se funde.

Tal acaeció, en efecto, pasados dos años. Con la diligencia que ambos emplearon, se recogieron gruesas limosnas, prestando además dinero en abundancia Baltasar Gómez; el cual, como alcanzase al convento en catorce mil ducados, á pesar de los muchos pretendores del patronazgo, por la influencia del Venerable quedó D. Baltasar de patrón de la fábrica, y ésta desahogada y libre bajo su buen amparo. Dispúsose una solemnisísima procesión, en que fueron trasladadas las monjas de la casa donde vivían en la Puerta Cerrada al grandioso convento levantado en la calle de Atocha: D. Luis y el P. Orozco iban acompañándolas dando miles de gracias á Dios por merced tan cumplida.

Por este tiempo Doña Violante Correa, mujer de D. Diego de Guzmán *de la boca del Emperador*, á poco de enviudar, distribuyendo toda su hacienda á pobres,

hospitales y monasterios, habiase recogido entre cuatro paredes de una casa de la ciudad de Valladolid; donde vivía en la más apartada soledad, dada á ásperas penitencias. «Mas tuvo revelación de que nuestro Señor sería servido saliese del dicho emparedamiento, y pasase las puertas, y entrase en un convento que se había de fundar en Madrid de la Orden de S. Agustín, en el cual se habían de salvar muchas almas; y con efecto la dicha señora huyó de Valladolid y tomó el hábito en el dicho convento, donde hizo extraordinaria penitencia; y esta testigo la vió hacer grandes penitencias y disciplinas, y dormir en una tabla con un canto por cabecera» (1).

El P. Márquez escribe que el santo fundador les dió superiores de antiguos conventos: según hemos visto en el libro de profesiones, fué la primera Priora D.^a María de Toledo, y la primera profesa D.^a María de S. Agustín, verificándose la profesión de ésta á seis de Febrero de mil quinientos setenta y cuatro. De manera que aunque la fundación de monjas de Talavera fué anterior en el pensamiento y los deseos del Venerable Orozco; por la eficacísima voluntad de Dios se instituyó antes este monasterio en forma rigurosa, á juzgar por la fecha de las primeras profesiones. Otras religiosas ingresaron en la Magdalena por persuasión del Venerable Padre, y bajo su dirección llegaron á alto grado de perfección cristiana.

Hoy ya no existe el hermoso edificio de Atocha; pero la comunidad toda entera, de la misma Orden, y con las mismas tradiciones y veneración al santo fundador, vive en Madrid en el reducido convento que fué de Mercenarios, unido á la Iglesia de Jesús. Las dificultades y contradicciones que el bendito Padre experimentó, al fundar las Agustinas conocidas con el nombre de la

(1) Sor Catalina Meléndez, monja de la Magdalena por consejo del Ven. Padre, penitenta suya y muy enterada en los pasos de la fundación de este monasterio. *Inform. cit.* fol. 324.

Magdalena, las ha vuelto á sufrir esta fervorosa comunidad en los últimos tiempos. Dicese que el fundador las llamaba el *Eremitorio de sus angustias*: él haga ahora que, al resplandecer su celestial gloria en el mundo, brillen también sus hijas en las virtudes, bien en sosiego y dulce calma ó bien entre los sobresaltos y congojas de la persecución, conforme les convenga para su espiritual provecho!

Y pues hablamos del amor que el Venerable profesaba á su Orden, no he de pasar en silencio la amargura que le causaría en este tiempo la muerte de su Maestro de noviciado el Bto. Montoya, y la del P. Juan de S. Vicente nombrado su compañero de visita para Méjico, el cual en las honras y grados de estudios corría parejas con el P. Guevara y Fr. Luis de León, aunque él florecía en Alcalá, donde era conocido y apreciado por sus muchos años de lectura con grande aplauso (1).

De pérdidas, acá en la tierra tan sensibles, quiso Dios consolar á la Provincia con el descubrimiento de las reliquias de S. Juan de Sahagún.

Ya insinuamos en el Cap. VI del libro primero que en el año 1533 se habían hallado y ocultado nuevamente, mas con señales que pudieran en un día evidenciar su autenticidad: merced ahora á la devoción del P. Diego de Valderas, quien excitó la piedad de los fieles, pudo costearse un modesto tabernáculo, y se alcanzó de las autoridades la facultad para trasladar á él sus venerandos despojos. Sobre la reja que le cubría, se escribió por elocuente epitafio:

Hic jacet per quem Salmantica non jacet.

Sucedíendose entonces también unos á otros los portentos de S. Juan, en medio de tanta alegría ocurrió á

(1) Fraile virtuoso, dicen nuestras crónicas, entre tantos observantes, cándido, muy sincero y llano, enemigo de toda novedad y amado con singular afición por todos los frailes de la Orden; porque siempre en cuanto pudo procuró la honra de ella.

los PP. dar á luz alguna historia y vida sucinta del esclarecido taumaturgo; para esto el Provincial, Venerable P. Diego de Salazar, puso los ojos en nuestro Santo Orozco. Nunca con mayor oportunidad repetirían tantos religiosos, que lo hicieran á las mil maravillas si se les encargase, el *sinamus sanctum pro sancto laborare*, que dijo Sto. Tomás de Aquino al ver ocupado al Doctor Seráfico en componer la vida del Sto. Patriarca de Asís.

Con sumo gusto aceptó el bendito Padre el encargo de la obediencia, conforme se desprende de la discreta carta que dirigió al Superior, y sirvió de dedicatoria y prólogo á la vida, diciendo: «Al punto, muy R. P., que ví las letras, en que V. P. me mandaba con encarecimiento que escribiese la clarísima vida y eximios milagros del Bto. Juan de Sahagún, me maravillé muy mucho. Yo sé cuanto abunda (con el favor de Ntro. Señor Jesucristo) nuestra Provincia de muchos religiosos ilustres en letras, piedad y religión, que con mucha justicia (si no me engaño) pudieran disculpar mi rudeza y mis canas. Con todo esto, yo me resolví á obedecer con gusto, porque así lo pedía la materia del precepto tan piadosa como sería. Y porque acaso siguiendo yo mi parecer propio, sería defraudado del gran mérito de la obediencia. Por tanto recibid, Padre muy Reverendo, la vida de este santo hermano nuestro, que aunque va escrita en lengua vulgar, sale llena casi de innumerables virtudes»...

Esta cortísima Biografía vió la pública por entonces (1507 á 1571); y muy rara ya en el siglo pasado, la tradujo el P. Vidal en sus *Agustinos de Salamanca*, traduciendo del latín al romance la hermosa epístola de la que acabamos de ver los primeros períodos.

Gracias, pues, á la diligencia de este cronista, se ha salvado de casi segura pérdida un libro precioso del bendito P. Orozco, y sus elogios y admiraciones del Apóstol de Salamanca.





CAPÍTULO XI.

*Su desvelo por la salvación de los Grandes.—El libro
ARTE DE AMAR Á DIOS Y AL PRÓJIMO dedicado al
Cardenal Espinosa.*

1570.



ABUNDANDO en el amor de sus hermanos, repetía el venerable con el Apóstol el heroico lema de la caridad: *omnibus debitor sum*. Y aunque se inclinaba con cariño especial á favorecer á los pobres, como más necesitados, y en los cuales veía al vivo la imagen de Nuestro Señor Jesucristo; atendía, sin embargo, con mayor afán al negocio de las costumbres de los Grandes; los que así como excitan á nauas cuando arrastran por el fango el timbre glorioso de un apellido insigne, así cuando al lustre de su alcurnia unen la verdadera grandeza de alma, flotando con dominio de sí mismos sobre las cosas temporales, cautivan el corazón de los hombres llevándolos en pos de sus pisadas.

Entendía, el avisado P. Orozco que si los reyes deben ser luz y guía de los nobles; de igual suerte los próceres

y magnates han de servir de espejo donde se miren sus familiares, dependientes y todo el pueblo: por lo que importábale en gran manera la conducta de los cortesanos, y de cuantos con su ejemplo podrían arrastrar tras si á los pequeños y humildes de nacimiento; demás de que, inclinados los primeros á hacer bien, los pobres habían de ser remediados en sus necesidades, así del alma como del cuerpo. En esta empresa, gracias al cielo, tenía adelantado no poco con su ascendiente en el ánimo de las personas reales, los sermones fervorosos que por fuerza le habían de oír aquellos en la Capilla de Palacio, con el ejemplo vivo, además, de su aspereza de vida y trato afabilísimo, sus conversaciones y libros; y con los favores, en fin, que en enfermedades y aflicciones le pedían con feliz resultado los mismos Grandes. Y diré más adelante otro motivo especial, por el que sobre todo las señoras estaban agradecidas á las oraciones y méritos del venerable religioso. Oportuno acaso fuera aducir aquí testimonios de los mismos nobles en comprobación de cuanto indicamos; mas como, según el asunto lo pida, hemos de citar centenares de personas ilustres, amigas unas, confesadas otras, favorecidas todas de tan buen sacerdote: ¿a qué formar lista anticipadamente de los que se le reconocían deudores de largos beneficios, ó admiraban espantados sus virtudes? Cumple mejor á nuestro propósito, y es más del caso, recopilar los avisos muy claros y desnudos de adulación que continuamente les dirigía, los cuales han quedado perpetuados para dicha nuestra en la epístola para un *Señor de vasallos*.

«Todo lo ordenó Dios, escribe el Bto. Alonso, con suavidad y blandura admirable: quiso que hubiera Señores y vasallos, grandes y pequeños, pobres y ricos en el mundo. Y como la mano es más graciosa y aun más provechosa teniendo los dedos, unos mayores y otros menores, y aun las estrellas del cielo no son iguales; así en los estados diversos resplandece la Providencia divina,

su saber y bondad: los piés sustentan al cuerpo, y los ojos guían á los piés para que no tropiecen y se lastimen; y este es el oficio de los Señores, encaminar la república, darle vista y enseñarla que tenga concordia y paz, y que nadie haga agravio á su prójimo» (1).

No los que tienen riquezas son miserables y dignos de condenación eterna, que las riquezas no son malas; pues Dios las crió; antes son instrumento y medio para ganar el cielo, gastándolas en obras pías y remediando pobres (2).

No os digo, pues, que dejéis vuestro estado, mientras vocación más alta no os llame á otro mejor. Lo que si os encargo que no pretendáis jamás aparentar más grandeza de la que realmente gozáis. «Uno de los grandes daños que pasan entre cristianos es que los Señores no entienden tanto en dar á sus criados y oficiales lo que han menester, cuanto en tener aparato de muchos que los acompañen y sirvan. Y es gran lástima que como los salarios son cortos (*bendito amor de los pobres y de la purísima justicia!*) dan ocasión que los sirvientes se aprovechen de la hacienda de los Señores... Oh! dirán algunos Señores; con su voluntad aceptó este salario, cumplido tengo pagándole. No basta; porque la necesidad le compelió á pasar por aquel pobre partido, en manera que casi fué involuntario aquel concierto y á más no poder».

Bien conozco que entre vosotros hay gente cristiana, que trata generosamente á sus criados, dan limosna y en gran cantidad. Dadlas abundantes, pues Dios nos lo dió todo; demos al necesitado de lo que por su largueza nos dió; pero no toméis más gusto en darlo á los extraños que á vuestros criados pobres, aunque la trompeta del mundo suene más dando á los primeros.

Acordaos de la desgraciada muerte de Jezabel, y re-

(1) *Epist. citada, Epist. Crist.* Tom. I. pág. 52.

(2) *Ibidem*, pág. 54.

pito que no queráis con zancadillas y dinero abusar de vuestro poder, para hundir al menos afortunado y codiciarle sus heredades, para él tanto más estimadas, cuanto más cortas y con su sudor y el de sus padres bañadas. Porque habéis de entender que esos vuestros vasallos tienen otro dueño, aún más poderoso que vos, que por ellos mira; y ante su presencia nada os diferencia más que la virtud personal.

Otro arte muy sutil ha enseñado el demonio á los hombres vengativos, y es que, debajo de color y en nombre de justicia, venguen sus razones y mala voluntad. ¡Cuánto deben huir los Grandes de la venganza! (1).

¿Deseáis conocer un perfecto modelo para vuestras costumbres? He ahí á los reyes magos, siguiendo la lumbrera del cielo, hasta poner sus tesoros y sus corazones á los piés de Cristo y María, para tornar llenos de alegría y consuelo; y es de notar que más los honró el evangelio en llamarlos sabios, que no si los llamara reyes; porque más vale y en más se ha de estimar el saber y la ciencia, que no el poder. Los señores nacen reyes, mas no sabios; en manera que la ciencia se ha de trabajar y no heredar (2). Vinieron los Magos poderosos de Oriente, de lejos; los pobres pastores de cerca y apriesa. Alegraos, oh pobres, que estáis cerca de Cristo nacido, y sin riqueza ni aparato de mundo iréis como los pastores corriendo al cielo. Si una estrella del cielo alumbrá á los poderosos, á vosotros os avisan los mismos Ángeles. Oh pobreza santa, tan amada del hacedor del mundo, tan estimada que contigo nace, contigo vive, y á tí abrazado muere el que viste los cielos de estrellas, los campos de flores diversas, y cubre de plumas las aves (3).

«¡Oh qué lejos están los palacios ricos y dorados de aquel diversorio donde nació todo nuestro bien, Cristo!

(1) Ibidem, pág. 49.

(2) Ibidem, pág. 59.

(3) Pág. 61.

Cuán lejos la cama delicada, blanda y rica, del pesebre duro donde la Virgen santa reclinó al Rey de la gloria! Muy lejos andan los trajes mundanos, las invenciones que cada día se inventan, de aquellas pobres mantillas y fajas, con que está envuelto el que viste á los ángeles de gloria! Lejos están finalmente las danzas y fiestas ricas y cantares vanos, de las lágrimas y gemidos que en aquel portal de Belén nuestro Señor dió, gimiendo nuestros pecados! Mas aunque esto sea así, no desmayen los señores, estrella tienen de Cristo, síganla. Fe tienen de la mano del Redentor impresa en el ánima, mírenla siempre, y conforme á la luz, y tan excelente norte, que faltar no puede al que la sigue, piensen, hablen y obren obras cristianas» (1).

—Falta seguramente os hace que en todo os ilumine el Salvador. «Oh santo Dios! qué cosa tan antigua es, tener los señores y reyes pocos en su casa que les digan las verdades! Tráenlos engañados con falsas informaciones, y por ganarles la voluntad, si les dicen alguna verdad, callan la media, como estos perversos doctores hicieron con Herodes. Esto es gran lástima de verdad, y hemos de suplicar á Dios que lo remedie, que va mucho en ello.

A los que sin respeto de interés ni de pretensión de honra, les dicen la verdad en todo, los aconsejan lo que les cumple á sus ánimos, á estos habían de amar; y éstos habían de ser los más bien tratados, y mejorados. La verdad dulce es, si no halla llaga para dar dolor; así como lo vemos en el vino fuerte, que bebido es sabroso, y en la herida hace dar gritos. El que quiere hallar gusto en la verdad, tenga el paladar sano; porque si le tiene lleno de llagas, el vino puro le ha de amargar, el cual de su naturaleza es sabroso» (2).

Miren aquí los señores y príncipes cuanta necesidad

(1) Pág. 61.

(2) Pág. 69 y 70.

tienen de letrados, y en cuanto lo han de estimar. De Alejandro leemos, que cuando daba alguna batalla á alguna ciudad, nada quería del despojo, sino que le guardasen los filósofos que cautivasen, porque era muy amigo de sabios...

Todos estos infieles, en sola razón fundados, enseñan á los católicos príncipes y señores á tener personas sabias en todas las facultades, y aun á tener entendido que los salarios mejor empleados son en letrados; porque Salomón dice que la multitud de los sabios es salud de toda la tierra. Mucho es de notar que no dijo que daban salud, sino que ellos son la salud» (1).

«No podemos negar, sino que en esta córte hay personas temerosas de Dios y que ejercitan con gran fe los sacramentos, confesión y comunión, y también hacen limosna á hospitales, monasterios pobres, y á personas vergonzantes: y sea Dios loado, que con nuestros ojos lo vemos. Estos tales abren sus tesoros á Jesucristo, pobre en sus pobres, y adóranle por su Rey, y sírvenle cumpliendo sus santos mandamientos; mas los que no tienen otro fin, sino hacer banquetes, jugar los diez mil ducados y veinte mil... oh robo cruel, y que no tienes castigo en la tierra! Tendrásle del cielo, y en breve. Estos en la córte de Herodes andan, y á él manifiestan sus riquezas, para su condenación y terrible juicio; y lo que es peor, que habiéndose de afrentar de lo que es ofensa de Dios y escándalo para los cristianos, antes se honran, pareciéndoles grandeza y gran honor que sepan todos un desvarío tan grande. Están toda la noche en vela, con gran atención en su juego, puestos los ojos en aquellas malditas imágenes, y como gente embriagada y fuera de juicio, no sienten el tiempo. Oh maitines de Satanás, donde hay tantos juramentos y blasfemias, pasando las diez y doce horas en tan vano ejercicio; y otro día fiesta, la misa mayor les cansa,

(1) Pág. 68.

acabándose tan presto; y si hay sermón, y se predica la divina palabra, remedio y salud de las almas, huyen de él. *¡Oh hijos de los hombres, dice David, hasta cuándo sois pesados de corazón! ¿por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira» (1)?*

A la vista está que el celoso Predicador no podía abrir sus labios ni tomar la pluma, sin dar salida á las llamas de su caridad para con los desgraciados: los documentos y consejos á los Grandes no son sino sentidos memoriales para remediar el abatimiento de los pobres.

Un libro dedicó por este tiempo á una de las más altas dignidades de España, cabalmente la que más misericordia y favor podía ejercer con los desvalidos, el Presidente del Consejo de Castilla; y llevaba el libro el precioso é insinuante título de *Arte de amar á Dios y al prójimo*. Nótese bien ahora lo que con el obsequio deseaba alcanzar del Ilmo. Sr. Lic. Cardenal Espinosa: el Venerable se lo suplicará en palabras tan claras y precisas, que no es menester echarse á conjeturas ni adivinanzas. Dícele así en la Dedicatoria.

«Doctrina es del filósofo Aristóteles, la cual aprueba y confirma la razón, que los grandes Señores y Príncipes tienen mayor necesidad de amigos para sustentar su estado en sosiego y paz. Porque las dignidades grandes de esta vida son como los árboles plantados en altos montes, los cuales de todas partes son combatidos de vientos bravos: teniendo los árboles puestos en valle profundo gran quietud en aquel mismo tiempo que el aire meneá y combate los que están en alto».

«Con tal arte y aviso leemos en Sabélico, libro quinto, que el Emperador Julio César y Vespasiano, Emperadores de Roma, eran tan afables á todos, y eran tan humanos, tratando bien á los grandes y pequeños, que aun á los que entendían ser enemigos manifestaban rostro alegre, les hacían buenas obras y tratamiento

(1) Ibidem, pág. 71.

como de amigos: arte de verdad delicado y de gran valor para hacer de enemigos amigos. Todo lo dicho, Ilustrísimo Señor, entendido está á donde va á parar: puso Dios en ese trono tan alto á V. Señoría: sea él por todo loado. Y digo ser providencia de Dios esta: porque el rey Salomón dice que *«el corazón del rey está en la mano del Señor, y adonde él le quisiere inclinar se inclina»*; y pues nuestro Dios movió el corazón de su Majestad para mandar á V. S. entender ese oficio tan insigne, indicio es que ha venido de Dios. También osaré afirmar esta verdad, por lo que de la boca de V. S. oí, que estaba su pensamiento muy lejos de ese cargo, cuando vino la cédula que lo mandaba. Entonces loé mucho á Dios, y todas las veces que me acuerdo de esta palabra tan cristiana, le alabo por ver tan desterrada la ambición de esa tan religiosa alma. Prendas son estas y señales de lo mucho que Jesucristo, salud y gloria nuestra, ha de ser servido y alabado, y los cristianos aprovechados y consolados en esa alta dignidad; en la cual V. Señor'a tiene según ya vimos, necesidad de amigos, usando con todos de aquella piedad y benevolencia que la caridad cristiana pide: siendo, como otro santo Job, ojos para el ciego, y piés para el cojo, y favor para el pobre desfavorecido del mundo; como ciego es el ignorante que no sabe encaminar sus negocios, dado que tenga justicia; y para este ha de ser V. Señoría ojos, pues le dió nuestro Señor tantas letras. También hay muchos cojos que no podrán venir á esta córte; y por sus cartas piden favor con justicia, á los cuales la caridad de V. Señoría ha de ser piés. Y finalmente hay mancos que son los pobres litigantes; y á estos ha de ser manos, mandándoles despachar brevemente, que es grande limosna y muy gran sacrificio que se hace á Dios. Esto es ganar amigos para que en el cielo sean aposentadores de esa muy cristiana ánima, como nuestro Rey y Señor Jesucristo lo aconseja en el santo evangelio. Los amigos de la tierra muchas veces faltan, sus palabras nos engañan, y al tiempo de la ne-

cesidad hallamos ser verdad lo que el Eclesiástico dice: *Hay amigo que no lo es, sino de la mesa*. No hay más amistad de cuanto dura el provecho ó el favor. Mas estos amigos, que son los pobres y sin favor del mundo, jamás nos faltarán, porque la amistad que les tenemos fúndase en Jesucristo, Dios verdadero, Criador del Universo.

De aquí es que cuando todo faltare, riquezas, honras y parientes, como faltan en la hora de la muerte; entonces el buen amigo Jesucristo y sus pobres nos favorecerán y acompañarán» (1).

—¿Ganarían mucho los pobres y desamparados con estas vivas recomendaciones del Santo?—Y también el mismo dignísimo Presidente de Castilla. Refiere la historia en su loa que fué justo é integérrimo y que despachaba los negocios de su cargo con sin igual actividad, celo y diligencia. Y cuando el cierzo de la adversidad le derribó del alto puesto, en el libro *del amor de Dios y del prójimo*, en la dedicatoria del Venerable, pudo encontrar el consuelo que endulzorara su amargura; entonces vería á vista de ojos y por experiencia propia que *cuando todo faltare* y los desdenes de los Soberanos nos apesadumbren y abatan, *el buen amigo Jesucristo y sus pobres nos favorecerán y acompañarán*. Y al cabo, habiendo sido humano y recto, el fallo de la historia se pondrá del lado de la verdad y la justicia, y dirán como Felipe II al contemplar el sepulcro de este su Cardenal: «Aquí está enterrado el mejor ministro que he tenido en mis coronas».

(1) *Arte de amar á Dios y al prójimo*, prólogo. Tom. I. pág. 217.





CAPÍTULO XII.

El remedio celestial de todas las tribulaciones.

1570—1580.

SABIDA y famosa era la inagotable caridad del Ven. Padre para con todos los atribulados; y en verdad, cuando alguno presta gracias y favores, ¿de quién no es conocido? De donde á todas horas se veía rodeado de súplicas, que él en ferventísimas oraciones repetía á su mejor amigo Dios Nuestro Señor; rogándole derramara las riquezas de su misericordia sobre tantos pacientes é infortunados. Y el Señor oía aquellas ardientes plegarias, nacidas del fuego del amor.

Examinense atentamente: cuantos milagros obraba el bendito Padre por la diestra del Altísimo, eran otros tantos prodigios de caridad. Hé aquí algunos notables de que ha quedado memoria, realizados por el tiempo de que vamos tratando.

El Capitán Alonso Núñez de Cos, alguacil de la casa y corte del Emperador y del Rey Felipe II, acababa de llegar de la guerra de Granada (1570-1571), efecto de

cuyos trabajos y rigores le sobrevino un lastimoso dolor de cabeza, que por último y casi desesperado remedio, hubieron de abrírsele por varias partes, desconfiando todos de la cura. El sufrido capitán mandó con instancia le trajesen al Ven. Padre Orozco, á quien tanta devoción tenía. Su mujer D.^a Juana Suárez, de la cámara de la Princesa de D.^a Juana, suplicó al bendito Padre les consolase con su visita. Recibióle D.^a Juana, hincada de rodillas y rogándole de nuevo favoreciese á su marido con oraciones, el cual, por otra parte, lloraba de fe y consuelo luego que vió al Venerable en su casa. Compadecido el Padre le puso las manos en la cabeza y le leyó los Evangelios, consolándole y animándole á esperar en Dios. Confió el enfermo, y comenzó á aliviarse: llegaron á poco los médicos (que eran hartos), y hallándole casi sin calentura, confesaron ser caso milagroso, y dieron todos alabanzas á Dios y gloria al Santo, á quien se atribuyó el beneficio (1).

Antonia Fernández comenzó de seis años de edad á padecer en ambas manos una espantosa corrupción de huesos. Pero que lo cuente ella misma. «Siendo de edad de seis años me entró en entrambas manos una corrupción de huesos, mal muy terrible, que me duró más de seis años; haciendo, para que se me quitase, grandísimos remedios, así por los médicos y cirujanos que son ya muertos (y particularmente el uno de ellos se llamaba el Doctor Hortega); el cual asimismo hizo que un cirujano extranjero me viniese á curar con promesa de que si me curaba, haría á Su Majestad le hiciese su cirujano; el cual extranjero hizo grandes diligencias para la dicha cura; y no hubo remedio ninguno para que sanase, ni por él ni por los demás médicos y cirujanos. Viendo lo cual mi madre, que se llamaba Ana Jiménez, que es ya

(1) Extracto de la deposición de Claudio Cos, hijo del agraciado canciller y registro del Consejo de órdenes, Comisario de las guardias del Rey D. Felipe II. *Inf.* citada de Madrid, fol. 68.

difunta, me llevó á S. Felipe, y llamaron al bendito P. Orozco; el cual bajó de su celda á la Iglesia, y me tocó las manos con las suyas y me echó su bendición. Fué esto un domingo de Ramos por la tarde (1573), y me dijo que tuviese grande esperanza en Nuestro Señor que antes que volviese otra vez á S. Felipe las llevaría sanas. Y sucedió que volviendo el jueves santo siguiente esta testigo, se halló con sus manos sanas y buenas; y fuimos al dicho Santo Orozco á mostrarle las manos y darle las gracias por la merced que Dios Nuestro Señor me había hecho por su intercesión: y todos atribuyeron aquel milagro, que Nuestro Señor hizo, al dicho Santo Orozco» (1).

«Por el mismo año de 1573 estando en obra los PP. del convento de S. Felipe, levantaban la portada que caía á la lonja; y al desatar de la cigüeña una enorme piedra que había de servir de jamba, Sebastián Sánchez cayó del andamio abajo, siguiéndole la piedra, la cual le dejó hecho una tortilla. Todos le creyeron muerto, y así le entraron en la Iglesia, por fortuna en ocasión en que se disponía el P. Orozco á decir misa. Luego que la asustada gente vió al Santo, empezó á clamar y rogarle favoreciese al muerto con sus oraciones. El bendito Padre le envolvió en una sábana empapada en vino, y le hizo llevar á la capilla de N. S. de Gracia, donde diría por él la misa *«esperando de la Virgen, que tan poderosa es, que no estaría aún muerto y que tendría alivio»*. Dijo la misa con grandísimas lágrimas y devoción, particularmente en el memento (en que debió de tardar más de media hora); fijo se le veía á veces mirando á la Virgen, otras se le deslizaban las lágrimas por el rostro abajo, otras estaba tan alegre que parecía que se reía con Nuestra Señora. Estando en el evangelio postrero, el hom-

(1) Antonia Fernández, mujer del bordador Diego Victoria: lo propio declara su marido, habiéndolo oído, dice, muchas veces á la familia de su mujer. *Inform. sum.* fol. 502.

bre se *rebullió* y la gente daba voces: concluyó el Venerable con serenidad la misa; y al oír —¡le ha resucitado el P. Orozco! milagro, milagro!— estremeciéndose y todo confuso, exclamaba: «Jesús, hermanos, ¿tal cosa han de decir? donde está la Madre de Dios? ella lo ha hecho y le ha sanado; estaba atormentado y no muerto». Con esto se fué á la sacristía á desnudarse de las sagradas vestiduras, y mandó cerrarla, no queriendo salir hasta que se echara la gente de la Iglesia. Bueno el hombre y andando por su pié, la gente no entendía las razones del Venerable, sino que seguía en su tema de que el P. Orozco le había resucitado (1)».

Dos años más tarde que la resurrección de Sánchez, entraba un obrero á sacar ladrillos de un corredor de tabla, que estaba cargado con más de 6000 de ellos, tanto que amenazaba hundirse. El corredor se hundió de veras; y tras él, como era consiguiente, cayó el obrero, quedando *brumado* y *atormentado*. ¿Qué hacer del pobre hombre? Todos clamaron á una: llevarle al P. Orozco. «El P. Orozco le envolvió en la sabana como á Sánchez, le dió un bizcocho con vino, y le dijo los evangelios; y abrigándole en una cama le vió sano al poco tiempo. Por de contado todos decían públicamente que las oraciones del Venerable le habían sanado» (2).

Moria por este tiempo mucha gente principal en Madrid de erisipela. El Lic. Felipe Baños, relator del Consejo Real de las órdenes, cayó con dicha enfermedad en los brazos y en las piernas, y muy lejos de atajar el mal, permitió Dios se *afistolase* y cancerase. Su cariñosa mujer reunió una junta de siete médicos y cirujanos, é hizo, no sin gran dispendio de su hacienda por fortuna grande, que todos ellos le siguiesen visitando; pero el enfermo en vez de curar se iba muriendo muy aprisa,

(1) De el P. Luis de los Ríos, novicio entonces en San Felipe; fol. 236, y de otros varios testigos.

(2) P. Ríos. *Inf. sum.* fol. 237.

por lo que dispusieron cortarle las piernas. El licenciado era muy devoto del Venerable, así que no quiso verse en trance tan horrible, sin el consuelo de la presencia y las oraciones de su amigo. No sé cuantos braseros encendidos, con más de diez y ocho hierros hechos ascuas, estaban aparejados en la sala para cauterizar las heridas. Ante aquellos horrorosos preparativos, si temblaba el angustiado paciente, y se escondía la mujer, el Venerable en extremo compasivo, se horrorizó también en gran manera. —No temáis, dijo á Felipe; tened fe y confianza en nuestro Señor que os ha de remediar. Y aplicándole sus benditas manos, y diciéndole los santos evangelios se puso el santo en frente de una imagen de nuestra Señora, suspendido y elevado por muy gran rato. El enfermo, al instante de tocarle en la cabeza, se sintió sin dolor; y advirtiendo la mejoría médicos y cirujanos se apresuraron á retirar los horripilantes instrumentos. Pero no sanando del todo instantáneamente, rogó al Venerable no le desamparase; por lo cual durante catorce meses que le molestó la dolencia, el amigo le visitó todas las semanas, quitándole los dolores y animándole á padecer; pues Dios nuestro Señor le enviaba la enfermedad para mucho bien de su alma; por fin sanó D. Felipe completamente, y aun vivió después 24 años. Los médicos y cirujanos confesaron públicamente que había sido milagrosa la cura (1).

«Tengo por cierto, declara el P. Ríos, que su caridad y el amor al prójimo y con los pobres fué tan grande, que se puede comparar con cualquiera que se lee de otros santos. Porque todos los ejercicios del tiempo que le conocí, era con los pobres, visitar hospitales, predicarles y darles limosna. Traía el santo varón unos paños muy pequeños y pobres, aunque limpios, y los daba á los pobres que topaba llagados; demás de que todos sus

(1) Extracto de la deposición de Doña María de Nieves, mujer del enfermo. *Inform. de Madrid* fol. 342.

gajes los gastaba en pobres vergonzantes, y particularmente sacaba á muchos de las cárceles con las limosnas que algunas personas particulares le daban, y él pedía para mortificarse; porque solía decir que no había cosa más dificultosa y que de peor gana haría que es pedir á nadie nada; sino era á Dios que da á manos llenas.

«Una vez (hacia el año 1576) habiendo una cantidad de presos detenidos por las penas de Cámara, acompañándole este testigo, fué á casa del pagador de S. Maj. que le pagaba su sueldo de Predicador, y viendo que tenía cobrado todo aquel año, dijo: sea Dios bendito, pues para pobres no ha de faltar, que si este dinero es para S. M. mejor será que nos lo dé él. Y desde allí se fué á Palacio, y á la hora de la audiencia entró á hablar á S. M. y le dijo que tenía unas deudillas, no teniendo nada con que pagarlas, que suplicaba á S. M. le hiciese alguna limosna para ayudar á pagar las deudas. Y S. M. el Rey D. Felipe II, con rostro alegre y agradable, mirándole al rostro, que siempre tenía puestos los ojos al suelo, le preguntó: —¿cuánto es lo que debéis?—Es mucho, Señor, respondió el Santo Varón, no quiero que S. M. me lo dé todo, sino alguna cosilla; que otros fieles me ayudarán, que harta merced me hace V. M. Replicó el Rey: decid cuánto debéis. Respondió el Santo varón: En verdad, Señor, que creo que llega á cien ducados. El Rey con ser tan grave y modesto, no pudo tener la risa y dijo: bien empeñado me dejará: acordadlo á D. Gerónimo Manrique mi Capellán mayor. Antes de dos horas vino el dicho D. Gerónimo Manrique á S. Felipe y dijo al dicho P. Orozco: para tanta miseria se cansa V. P. de ir á pedir á S. M.; ¿para qué no me lo pedía á mí? El Santo varón respondió: Porque guardo á vos para otro aprieto; y aunque sacó un criado suyo un talegón de muchos dineros, no se pudo acabar con el Santo que tomase más de los cien ducados que había dicho á S. M.; y así los envió luego al portero, y despidiendo al dicho

D. Gerónimo Manrique, dijo que presto se le volverían á S. M. A la tarde fué á la cárcel y ajustando las penas de Cámara que los presos debían, halló que faltaban 400 reales, fuera de los cien ducados; y congojándose, porque no los quisieron soltar con decir que él lo pagaría antes de la noche, al fin dijo que él volvería luego; y de allí se fué á casa del pagador que aquella mañana le había jurado que no tenía blanca, y le dijo: Señor, 400 reales me faltan para soltar aquellos presos, por vida de v. m. me los preste sobre mi sueldo de predicador. Respondió: ya dije á V. P. esta mañana que no tenía blanca, y que á tenerlos entonces se los diera. El Santo varón replicó:—Mire v. m. aquel escritorio, señalándole uno que allí había. Y el pagador dijo: aquel escritorio es todo de papeles que en mi vida metí dineros en él. El P. Orozco replicó, señalando una de las gabetas: por amor de Dios y de su madre, mire v. m. esta gabeta. El pagador como enfadado tiró de la gabeta y halló en ella un montón de reales de á cuatro, con unos papeles que en ella había, y santiguándose y haciéndose cruces dijo: en mi vida metí blanca aquí; sacólos y contólos, y había 400 reales justos, y santiguándose de nuevo, dijo: tome V. P. que para mí muy grande milagro es este. Respondió el Sto. Orozco: calle v. m., no diga eso, que Dios no hace milagros sin causa. Repuso el pagador: habréle hecho por el deseo ú oraciones de V. P. El santo varón se enfadó y dijo: ¿eso ha de decir un hombre cuerdo y cristiano? v. m. los puso algún día y se le habrán olvidado, asiéntelos v. m. en el libro, no se le olviden como se le habían olvidado. A que respondió: Eso no asentaré yo; y en fin tanto porfió, que no los quiso recibir hasta que el otro los asentó; y después el dicho pagador vino á este convento de S. Felipe y lo contó muchas veces, el cual es ya muerto, porque lo susodicho pasó más ha de cuarenta y tres años, y era hombre mayor» (1).

(1) *Inform. citada*, fol. 231. Un consejo, añade el mismo Padre,

«Una noche estando el Ven. en coro á las once y media, tenía encendida una linternita sobre la baranda del coro, y entrando este testigo, dice el P. Ríos, cerré la puerta muy recio, la cual batía en el remate de la misma baranda; y al golpe, que fué grande, la linterna cayó del coro al suelo de la iglesia. El P. Orozco me dijo: siempre has de ser travieso; en pena id al sacristán que os dé la llave, é id por la linterna á la Iglesia: y este testigo (que hacía de campanero) le respondió que darían las doce y haría falta en la campana. Replicó: anda que yo tañeré, si dieren las doce: y este testigo se fué y halló la linterna en el suelo asentada y encendida, y sin quebrarse siendo de vidrio; y entré muy contento por la puerta del coro, diciendo que la había hallado encendida y sana; y respondió el P. Orozco: vos debéis ser algún mentirosillo, que la habéis encendido y decís que estaba encendida. Y la verdad es que hallé la linterna encendida y sin derramarse cosa alguna del aceite. Publiqué lo susodicho en todo el convento; y el dicho Padre Orozco cuando lo supo, me hizo dar dos disciplinas, diciendo que mentía; y yo sé que digo la verdad en lo que declaro con juramento» (1).

Pues no importa; para el humilde Padre era seguro engaño el milagro de la linterna. Sin que le valiera toda la ternura y caridad del santo religioso, fué preciso que el buen Fr. Luis preparase las espaldas á las disciplinas: en tratándose de divulgar la santidad del Venerable, no había perdón. Era la segunda vez que el P. Ríos adquiría doloroso convencimiento de ello; por eso acaso le conservó el Señor, para que pudiese deponer declaración tan copiosa y preciosísima como la suya, en gloria del Bto. Orozco.

me daba el Sto. Orozco: que cuando no tuviese que dar á los pobres, rezase por ellos un *Pater noster* y *Ave Maria*; para que con eso Dios les deparara quien les diese limosna.

(1) *Inform. sum.* fol. 227.

Bernarda de Olmedo afirma que vió cómo muchas personas que tenían pleitos y negocios perdidos se encomendaban á las oraciones del santo Orozco, y luego salían con ellos... vió también como una y muchas veces iba á casa de parientes bien inmediatos de ella, á poner paces entre padres é hijos, mujer y marido, y los dejaba arreglados y en paz (1). Ya vimos antes, que la misma caridad ejercía en casa de Marcos Amador.

«Yo conocí en esta córte, dice un tal Gregorio de Bañares, á García Calderón, sastre, que vivía al postigo de San Martín (que ya es difunto) hombre de mucha reputación de cristiandad y caridad en la república; por lo cual acudían muchas personas á consolarse con él, entre las cuales vino un hombre muy afligido y se encerró con él, para comunicarle su trabajo; y después de haberle comunicado, salieron juntos por la puerta del aposento; y el dicho Calderón dijo al hombre delante de mí:—no se aflija, irémos á hablar al P. Orozco, que es un santo, que él le dirá lo que ha de hacer.—Y de allí á mes y medio dijo el dicho Calderón, á mí y á todos los que estaban presentes: es admirable caso que vino los otros días un hombre afligido y me contó que su mujer no le guardaba fidelidad, y no lo podía remediar y que estaba tentado de matarla; y consultándolo con el santo Orozco, éste le dijo:—no se aflija y quite de sí esas tentaciones é imaginaciones, que dentro de pocos días lo remediará nuestro Señor; y así fué, que dentro de pocos días ha muerto la dicha mujer; lo cual contó el mismo García Calderón á este testigo y á los demás, afirmando que por las oraciones del dicho santo Orozco, la mujer había muerto bien, y que el marido quedó libre de las dichas tentaciones» (2).

El Venerable no sólo consolaba á los afligidos y pacificaba á las familias encontradas, sino que también

(1) *Inf. sum.* fol. 412.

(2) *Inf. sum.* pág. 303 vto.

sosegaba los vientos y calmaba las tempestades atmosféricas. «Las noches de grandes tempestades, llamaba á un religioso para que le ayudase á rezar porque Dios librase á los caminantes; derramaba muchas lágrimas, y sucedía quedarse arrobado; y notaba el religioso que en medio de la tempestad se aclaraba la noche» (1).

Estos sucesos notorios y públicos, que por su ruido y celebridad oscurecen otros acaso no menos pasmosos, pero acaecidos con gente sencilla y en el silencio de una vida pobre y oscura, indican la opinión en que Madrid tenía al Venerable, y cómo en sus tribulaciones hallaba en él un remedio celestial.

(1) Márquez, tomándolo de un testimonio de las *Informaciones. Vida etc.*, pág. 26.





CAPÍTULO XIII.

Aceptación de las obras del Venerable escritor.—Nuevas producciones y obsequios á la familia Real.

1570—1576.

EN la historia de la vida literaria de nuestro piadoso escritor, es para formar época el año de 1570: por cuarta vez estampábanse en él sus primeros libros. Recordará el lector que en el año 1554 los había recogido en un tomo, que tituló *Recopilación* y dedicó á la regenta D.^a Juana; que para el 1566 de nuevo salió á la luz pública en Zaragoza, «por haberse gastado las obras impresas en Valladolid, siendo tan provechosas, de tanta doctrina espiritual, con soberana elocuencia tratadas y con tan subido estilo, que, cuando otra cosa no tuviera sino la policía de nuestra lengua, los que le son aficionados estarán obligados á no dejarlas de la mano» (1). Y agotada tercera vez la edición, se tiraba en Alcalá en el 1570 la cuarta, enriquecida con los tratados publicados posteriormente.

(1) Carta dedicatoria del impresor al muy magnífico Señor Gabriel Caporta, por cuyo favor y ayuda se imprimió en Zaragoza.

Ahora salía al público en dos gruesos volúmenes, titulado uno *Primera parte*, y *Segunda* el otro *de las obras del P. Orozco*. El primero es sencilla reproducción de la impresa en Zaragoza; el segundo tomo comprende: *El Epistolario Cristiano, Siete palabras que Ntra. Señora habló, Arte de amar á Dios y al prójimo, Victoria del mundo y el Ejercitatorio espiritual*.

No eran estas las únicas obras publicadas por el Venerable; de otra, escrita en nuestro romance y no incluida aquí, hemos dicho que se repetían las ediciones por este mismo tiempo.

Y aparte de las obras escritas en castellano, años atrás había comenzado á publicar sus sermones en latín con el título de *Declamaciones*; y era tal la avidez con que se leían, que hubo de reiterar hasta tercera vez la impresión, para satisfacer los deseos de los lectores. Hé aquí tomado del prólogo del autor un rasgo harto significativo: «El trabajo y los desvelos que he tomado, ya para revolver las obras de los SS. Doctores, ya para escudriñar las sagradas letras, decláralo con evidencia el mismo libro. Por lo demás, amado lector, siempre he dado infinitas gracias al Rey de los Reyes, porque, tales cuales son, parece te han agradado no poco estas mis lucubraciones» (1).

En 1568 gozaron ya los amantes del caudal de doctrina y fervor de espíritu, los discursos acerca de la Sacratísima Virgen, y un tratado sobre el *Magnificat*; y á continuación en 1569, 70, 71, 73, 75 y 76, sin permitir descanso á su pluma, dió á la estampa las declamaciones latinas. Al aplauso del público, correspondía el fecundo y laborioso escritor con nuevas producciones, llegando

(1) Quantum laboris susceperim in evolvendis SS. DD. codicibus, quantum et vigiliarum in sacris scripturis scrutandis insumserim, liber ipse facile indicabit. Cæterum gratias immortales Regi Regum semper egi, quod lucubrationes meæ, quales ipse sunt, non nihil tibi arriserint.»

á dejarnos completísimo y rico arsenal de discursos acerca de toda suerte de materias sagradas.

Quería la divina Señora, que le ordenó predicase y escribiese, disfrutasen todas las edades de la doctrina que ella en alguna manera inspiró: y su Capellán por otro lado, entendiendo que el cielo le había confiado el Evangelio, no se complacía con predicar á una sola generación; sino anhelaba que todas ellas loasen á la sin par bondadosa Virgen María. Y todavía el cuidado y repaso de tantas impresiones, demás de los quehaceres sin número, no fueron impedimento para que satisficiera á los anhelos de sus amigos que le pedían libros especiales. Al ver el contagio y estrago que en los fieles causaban los sectarios de Mahoma en Aragón, y sentido de su espantosa ceguera, un caballero principal de aquel reino instó al Venerable Padre á declarar nuestra santa fe, y vindicarla de los insultos de los mahometanos, en manera clara, llana y asequible al pueblo. El incansable escritor ordenó entonces el *Catecismo Cristiano, en el cual se declara sólamente nuestra ley cristiana ser la verdadera, y todas las otras sectas ser engaño del demonio* (1). La satisfacción y gozo con que el ilustrado y celoso caballero recibió el libro pedido, manifiéstanlo las siguientes letras:

CARTA al muy Reverendo y muy amado Padre en Jesucristo Fr. Alonso de Orozco, Teólogo y Predicador Evangélico, por el Doctor Juan Sora, Regente del Consejo Supremo de la Corona de Aragón, su muy devoto.

«No fué pequeño el contento que mi espíritu tuvo, muy religioso Padre, cuando yo me ví en las manos el libro del *Catecismo de la instrucción del cristiano* recién bautizado, formado en el crisol de su claro entendimiento, y de doctrina sana y provechosa, según la fama y

(1) Impreso en Salamanca, en 1575.

obras compuestas dan muy clara muestra de ellos. Bien creo que costára esta instrucción muchos trabajos de espíritu y cuerpo, perdiendo el sueño, fatigando el entendimiento, y quitándole buenas horas de otras más graves ocupaciones. Pero acuérdesese que nunca empresa grande y digna de memoria costó poco; porque el camino de la virtud, aunque sea áspero y dificultoso, á lo cual corresponde galardón soberano y descanso eterno, causa no poco alivio. Los que pelean en la guerra, cuanto mayor es el trabajo y peligro de la batalla, tanto mayor provecho y descanso sacan de la victoria: así á los que trabajan en la milicia espiritual, á gran conflicto, gran sosiego; á gran tempestad, gran bonanza; á gran servicio, gran paga: porque si tanto precia y estima Nuestro Señor un vaso de agua fría, que se da de voluntad en su nombre al prójimo que de ello tiene necesidad, y si tanta cuenta tuvo con aquella poca limosna que dió aquella vieja del Evangelio en el cepo del templo, que vino á decir haberle sido más acepta y agradable por la voluntad y amor con que la hizo, que no la mucha, vana y pregonada limosna que los Fariseos hinchados de soberbia hacían; ¿en cuánto más tendrá esta del Catecismo que Vuestra Reverencia hace á toda la cristiandad; señaladamente á todos los nuevos convertidos, y en particular á los de aquel nuestro Reino de Aragón, con tanto amor y cristiano deseo de su salvación? Una limosna tan santa, tan llana, y tan llena de buenos ejemplos y de doctrina tan provechosa, un Catecismo tan autorizado, un talento tan bien empleado y multiplicado servicio de Nuestro Señor y provecho de sus fieles, ¿qué premio y galardón merecerá sino el celestial? y que le digan, alegraos, buen siervo y religioso, entrad en el palacio real de su Majestad á gozar el eterno descanso en compañía de los ángeles y santos bienaventurados? Quiera su divina bondad y clemencia infinita sea tanto el provecho de este Catecismo en las ánimas de aquellos, por quien particularmente se compuso,

alumbrando sus ciegos entendimientos con la luz de su gracia, cuanto ha sido el deseo y caridad cristiana con que Vuestra Reverencia lo hizo, y la afición entrañable con que yo lo demandé y solicité» (1).

Aun nos resta hablar de otros devotos libros suyos de inapreciable valor.

La Reina Doña Isabel, á quien dedicó el Venerable su preciosa *Historia de la Reina Sabá*, pasó á mejor vida en 1568; y dos años más tarde saludaron los españoles por consorte de Felipe II á Doña Ana de Austria. Esta buena Reina había de ser la que colmaría de mayores atenciones al respetado santo Orozco, ó á lo menos de la cual ha podido durar más memoria, por vivir más cercana á los testigos informantes de las virtudes del bendito Padre. No es de extrañar, pues, que correspondiera el autor de tantos opúsculos piadosos, dedicados á la familia real, con nueva composición á su nueva, piadosa y amada reina. Por lo que con elocuente epístola le dedicó el libro intitulado: *Suavidad de Dios* (2).

Los tesoros aquí encerrados de la misericordia divina, el ingenio y ternura regalada con que los descubre, el amor y afecto dulcísimo con que convida á gustarlos, no son para descritos. Fecundo es el argumento para un amante de Dios, y el bienaventurado escritor se aprovechó en este libro para dar desahogo á su pecho inflamado: y cuando tocando ya en la ribera de la patria celestial vislumbraba su apacibilidad, deleites y riquezas, explicábaselas á los hombres, á fin de levantarlos á la contemplación y posesión de bienes tan estimables. Es otro de los libros que más han despertado nuestra admiración.

A la Emperatriz Doña María de Austria, infanta de Castilla, igualmente luego que muerto su esposo D. Fernando, vino á España en 1576 y se retiró á las Descalzas

(1) *Catecismo cristiano*, pág. 376 del Tom. II,

(2) Impreso en Salamanca en 1576.

Reales, le dedicó el *Tratado de la Corona de nuestra Señora* diciéndole: «Y porque con tan gran ejemplo de cristiandad vemos que tan de veras ha dejado al mundo encerrándose, por más gustar y servir á Dios, en esa casa santa de siervas y esposas de Jesucristo; y sabiendo que entretenimiento y ejercicio santo es emplearse vuestra Majestad con toda su familia en la lección de libros santos, que levantan el corazón al cielo, así como los mundanos le derriban al infierno; y andando juntamente con la lección la oración mental y vocal; por tanto determiné hacer este libro, que trata de las doce estrellas y privilegios con que la Emperatriz del mundo, Ntra. Señora, se corona y ensalza sobre todos los Santos y Ángeles. Las alabanzas y excelencias de esta Señora, Madre de Dios, dan gran contento y regalo á nuestros corazones, y aun alegran á los ángeles. Sus heroicas virtudes son como un espejo, que siempre habíamos de tener presente, para ser humildes, piadosos, caritativos y pacientes; por tanto será bien que vuestra Majestad, entre otras lecciones santas, dé algún tiempo á esta, donde hallará dulzura, consolación y contento, cual le suele dar á sus devotos esta Reina de los ángeles, de cuya mano quiso el Eterno Padre darnos á su Hijo humanado, para nuestra salvación y remedio» (1).

Hemos dicho antes cuanto estimaba la Emperatriz al bendito Padre, lo que nos excusa ponderar ahora el agradecimiento y afecto con que recibió el piadoso agasajo: de D.^a Ana hablaremos en el capítulo próximo.

Hé aquí, pues, enarrada de alguna manera la serie de libros, que por estos años compuso el B. Orozco: de lo que nos es imposible dar cuenta y razón es del tiempo cuando el atareadísimo y contemplativo Religioso ordenaba escritos llenos de sentencias de los filósofos, nutridos de avisos de los Santos Doctores, y tan sabrosamente sazonados con el rico caudal de las sagradas letras.

(1) *Epistola Dedicatoria*, tom. III, pág. 113.



CAPÍTULO XIV.

La visita á Palacio.—El Infante D. Fernando y la reina Doña Ana milagrosamente aliviados en sus dolencias por el Venerable.—La casa de Felipe II.

1576—1579.

VAMOS á predicar, dijo á un fraile S. Francisco. El compañero del Santo siguió obediente los pasos de su Padre fundador, y dadas cuatro vueltas por la ciudad con los meneos compuestos y la vista recogida, se volvieron al convento.—¿No íbamos á predicar, Padre? preguntó entonces el súbdito.—Acabamos de hacerlo, hijo, contestó el modestísimo santo.

Mucho acerca de esta muda predicación sabía y practicaba el P. Alonso. «Desde que salía de casa, era tan grande su mortificación, que nunca le ví levantar los ojos de la tierra; y siempre iba alabando á Dios y rezando á la ida y á la vuelta,» testifica su compañero el Padre Torre (1).

(1) P. Pedro Torre, en 1619 Predicador perpetuo de S. Agustín de Burgos y antiguo Prior de varios conventos. *Inform. sum. de Madrid*, fól. 93.

«Siendo yo profeso de diez y seis años, dice á su vez el P. Sedano, y andando fuera de casa á su lado dos años, cualquier descuido ó descompostura, como no llevar puesta la capilla, recogidas las manos y puestas en el pecho ó alzar los ojos, me lo reprendía como si fuera culpa mortal, dándome luego avisos y ejemplos» (1).

Infiérase de aquí la edificación de los moradores de la córte, cuando tanto florecía y prosperaba en ella el Catolicismo. Así que no es de maravillar lo que el referido P. Torre depone á continuación: «Y echó de ver este testigo que la veneración del pueblo era tan grande, que infinita gente le iba á besar el hábito y la mano; y este respeto y veneración que le tenían, así era común á la gente plebeya, como á los títulos y grandes señores».

¡Cuán á la letra, aunque bien á pesar de su corazón, vió cumplido en la tierra el dicho del Real Profeta: *Nimis honorati sunt amici tui Deus, nimis confortatus est principatus eorum!* (2). Tenía también el Ven. su principado y todavía de más valer y estima que el de los monarcas, por cuanto disponía á su voluntad de los corazones de los hombres. «Yo conocí su abundantísima caridad, pues ví, declara una señora distinguida, que andaban tras él tantos pobres, que parecían un escuadrón» (3).

Contemplémosle ahora dejar su angosta celda y amado convento, para ir al Palacio Real con su joven é inseparable compañero. Pidiendo ayuda y protección al Señor, bien guardados los sentidos porque nada del mundo vanidoso se le pegase, con modestia y compostura á la vez que con la gravedad de sus setenta y seis

(1) P. Francisco Sedano, compañero del Venerable desde 1578 á 1580, en tiempo de las informaciones Predicador mayor de San Agustín de Granada. *Inform. de Granada*, fol. 17 vto.

(2) *Psalm.* 138.

(3) D.^a Juana de Mendoza, madre de D.^a Catalina de la Cerda dama de la Reina. *Inform. Sum. de Madrid* fol. 405.

años, rezando si le era posible, daba vista á la hoy Puerta del Sol de Madrid. Nunca precisó andar mucho para que, por si sus años no se lo obligaran bastante, tuviera que retardar el paso: el escuadrón de pobres se le acercaba y le saludaba y le servía de escolta. — *Ved ahí, viene el Santo Orozco*, exclamaba la gente. — *El Santo de San Felipe!* contestaban otros; y en gran muchedumbre se agolpaban á besarle la mano y el hábito. «Yo le acompañé, escribe otro testigo, muchas veces, y ví en la grande estimación y veneración que fué habido y tenido, así por los Reyes, Príncipes y Señores, y de todos en general; y de tal forma era, que cuando se iba por la calle, casi muchas veces la gente no nos dejaba pasar; porque todos se hincaban de rodillas para besarle las manos y el hábito, llamándole Santo» (1).

Complacida la gente en el deseo de besarle la mano venerándole como á justo, llegaban por fin á palacio: lo que aquí de ordinario acaecía al venerable agustino, ¿quiénes mejor que sus compañeros nos lo podrán referir?

Habla el P. Francisco Sedano:

«Tres años conocí y traté al P. Orozco, de novicio uno, y otros de profeso en los cuales le acompañé siempre; y muy pocos días dejó de ir á palacio y casa de los Reyes, á donde era tan respetado de todos los porteros y caballeros de la Cámara, que jamás le detuvieron ni preguntaron qué quería ó á quién buscaba; sino, como si fuera de casa ó fuese la misma persona Real, entraba en el cuarto de los príncipes é infantes y al cuarto de sus Majestades; y dice este testigo que una mañana entró en el cuarto del príncipe D. Diego, hermano del Rey nuestro señor D. Felipe III, y estaban allí las serenísimas Infantas D.^a Isabel y D.^a Catalina, y en la cuadra primera estaba el infante D. Felipe en brazos de D. Juan Enrique, mayordomo de los cuatro de la Reina nuestra

(1) P. Diego Gutiérrez, de 66 años, confesor en el convento de San Agustín en la villa de Chinchón, fól. 386 vto.

señora D.^a Ana de Austria, con otros caballeros que entretenían al infante D. Felipe, que al presente es nuestro Rey (á quien dé Dios nuestro señor muy larga vida): y los caballeros que tenían al infante le dijeron que se quedase con ellos este testigo, y viéndose solo el dicho P. Orozco cuando iba á entrar en la cuadra del príncipe, llamó á este su compañero, el cual le hizo señas que aquellos caballeros le detenían, y el Padre le llamó con imperio, diciendo:—ven acá, hermano,—y al punto todos los caballeros dijeron,—vaya padre, vaya, padre muy enhorabuena—con un respeto como si le llamara Su Majestad. Y entrando este testigo con el Padre Orozco, vió en la cuadra al príncipe y á la Condesa de Paredes, aya mayor de las infantas y guarda mayor de las damas, y al ama que daba el pecho y criaba al infante D. Felipe, y á las serenísimas infantas; las cuales se arrimaron á la pared de la cuadra, y mientras el Padre Orozco las saludó, la dicha condesa corrió la cortina de damasco y el velo transparente de la cama del príncipe; llegando á decirle el evangelio al príncipe, sacó la mano para que se la besase el dicho Padre, quien dándole un golpecito en la mano, dijo:—noramala para quien nos lo enseñó,— de lo cual se rieron mucho las infantas; y la Condesa llegó al príncipe y le dijo:—Mire V. Alteza que no ha de dar la mano á besar á los Sacerdotes, y mucho menos á nuestro Padre Orozco, que es Padre de toda esta casa, á quien todos se la hemos de besar;— y el dicho Padre dijo:—quítese allá V. Señoría y ¿qué sabe esta bestezuela de esto? *Dominus vobiscum*;— y como este testigo no respondiese tan presto, me dijo:—responded, hermano;—y en acabando de decir el evangelio, se volvió á las infantas y les hizo su inclinación, y la condesa le besó la mano al Padre, el cual le dijo:—¿cómo tiene V. S. á este niño á estas horas (que eran las nueve del día en el mes de Julio) cerradas las ventanas, y en la cama, y con este brasero de lumbre que basta á matar á un gigante? A lo cual respondió

la condesa:—Padre, porque ha mandado Su Majestad que no se salga un punto de lo que ordenaron los Médicos, y ordenan esto; que bien veo yo que no se debían de curar así los niños. Y dijo el P. Orozco:—¡oh por amor de Dios, que nos matan nuestros príncipes, que nos los ha dado nuestro Señor á puras oraciones y lágrimas de su Iglesia, y nos les quitan la vida con tanta cura y medicinas; que habían de andar estos niños por esas calles jugando! En verdad que tengo de decir á su Majestad que los vista de sayal y los envíe á Vallecas (que es una aldea de Madrid) á que anden con otros muchachos que guardan gansos. Respondió la Condesa:—por cierto, vuestra paternidad tiene mucha razón; porque tuvieran más salud y los tuviéramos más seguros. Y cuando salíamos vimos el infante D. Felipe, que estaba en brazos del dicho D. Juan Enríquez, otra cuadra más adelante, y el niño cuando vió al dicho Padre mostró una alegría grande en todo el rostro, que comenzó á bracear como que le llamaba; y viéndolo yo, dije al P. Orozco:—mire V. P. que le llama el infante, vaya y dígame un evangelio. Y acabándole de decir el evangelio, tomándole ambos piés con las dos manos, dijo:—este nos ha de ganar la casa santa. Lo cual dijo tres veces y respondió D. Juan Enríquez:—plega á Dios que Su Majestad lo haga como V. P. dice» (1).

«Yo también, declara el P. Gutiérrez, fui una vez á Palacio con el bendito Padre, para decir los evangelios al príncipe D. Diego que estaba malo; y habiendo entrado en la pieza donde estaba el Príncipe, y viéndonos allí el Conde de Barajas, que entonces era Presidente de Castilla y mayordomo del Príncipe, dijo á unos criados que estaban allí:—echa esos PP. de ahí. Y este testigo y el dicho bendito Padre Orozco se salieron; mas entonces dijo la Condesa de Paredes, que era aya del Príncipe, al referido Conde:—Mire V. S. que es el P. Orozco, que tiene

(1) *Inform. sum. de Granada*, fol. 14.

mandado su Majestad que todas las puertas estén abiertas para él. Entonces el Conde salió donde estábamos, y le dijo al bendito Padre Orozco, arrodillado los piés por el suelo:—perdone V. P., que no le había conocido,— y levantándose el Conde, el bendito Padre Orozco le contestó:—no me conozca á mí, sino al hábito de N. P. San Agustín. Y luego nos tornó á llevar á donde estaba el Príncipe; y estando allí vino una mujer con manto y en brazo traía al Infante D. Felipe, que hoy es nuestro Rey, de edad de ocho meses que aun no eran cumplidos, y el dicho Infante, como le vió al Padre Orozco, empezó á llamar con la mano al Padre, el cual se allegó al infante, y sin decirle nada, tomó la mano del dicho bendito Padre Orozco y se la besó, estando presente este testigo y el dicho Conde de Barajas, y el Conde de Uceda y la Condesa de Paredes; y el dicho Conde de Barajas dijo á voces:—por Dios que luego voy á contar á S. M. un milagro, que un niño que no tiene ocho meses cumplidos haya llamado á un sacerdote *Santo*, y besándole la mano; y luego se fué el Conde á contar á S. M. y todos lo atribuyeron á grande milagro» (1).

«Como testigo de vista que después de profeso le acompañé muchas veces en espacio de dos años, y salía con él fuera, añade el P. Ríos, vi la reverencia y estimación que los prelados y obispos y señores de estos reinos le hacían; y en viéndole le besaban la mano y los hábitos con grande ternura, estimándole como persona venerable y santa; y tengo por muy cierto que Su Majestad el Rey D. Felipe le hizo su Predicador por la gran santidad y letras que conocía en él, y por necesitarle á que viviese en su córte, como lo dijo muchas veces D. Gerónimo Manrique, capellán mayor de Su Majestad, á quien oí decir que Su Majestad decía que no quería que el santo Orozco se fuese de esta córte, porque

(1) P. Diego Gutiérrez.—*Inform. citada de Madrid*. fól. 391 vto.

entendía que por sus oraciones Su Majestad le hacía mil bienes á él y á todos sus reinos. Y sé más: que todas las veces que Su Majestad estaba enfermo y fatigado de la gota, le enviaba á llamar para que le dijese los evangelios, y le pusiese las manos encima, y le mandaba que le encomendase mucho á Dios y dijese misa por él; y cuando alguno de los príncipes estaba indispuerto, le enviaba á llamar para que le dijese los evangelios. Acompañándole este testigo un día, estando malo el serenísimo príncipe D. Fernando, se halló Su Majestad allí, y diciéndole los evangelios, mandó Su Majestad que tuviese el P. Orozco puestas sus manos sobre la cabeza del dicho príncipe, y rehusando el P. Orozco de ponerlas, dijo Su Majestad: —ponedlas, Padre, que espero en Dios que con eso ha de estar bueno. Y poniéndolas comenzó á llorar el santo Orozco con grande abundancia de lágrimas, que apenas podía pronunciar las palabras del evangelio, y acabado mandó Su Majestad que le diese su mano á besar al príncipe, y rehusando el Padre Orozco, alargó la manga del hábito para dársela á besar, diciendo: —el hábito, Señor, que está bendito de nuestro glorioso P. S. Agustín. Y Su Majestad que estaba sentado en la cama de su hijo, le levantó la manga del hábito, y tomando la mano del dicho santo Orozco, la llegó á la boca del príncipe con grandísima devoción; y el P. Orozco se hincó de rodillas y dijo:—*tibi Domine gloria in sæcula sæculorum*. Á lo cual me parece que Su Majestad estaba tan tierno, como si fuera un hombre muy ordinario; y le mandó que todos los días, acabando de decir misa, viniese á decir los evangelios al príncipe; y cuando volvieron esotro día á la misma hora, estaba Su Alteza sin calentura, cosa que á los médicos, que habian visto á Su Alteza el día antes, les pareció que sin gran favor del cielo, no podría ser tanta mudanza, habiendo comenzado la calentura con tanta pujanza; y así su aya, que era la marquesa de la Ladrada, que es ya muerta, decía que desde que el P. Orozco le

había puesto las manos, había mejorado Su Alteza; y los doctores de cámara, que ya son muertos, lo aprobaban como cosa milagrosa» (1). «Cesaron entonces las oraciones públicas y el tener el divino Sacramento descubierto; mandando por el Rey D. Felipe II nuestro señor que se hiciese procesión general en hacimiento de gracias por la salud que nuestro Señor había dado al príncipe D. Fernando; siendo público y notorio en todo palacio que el dicho santo Orozco le había sanado» (2).

La Serenísima Reina Doña Ana, madre de Felipe III, luego que se sentía indispuesta, llamaba al Venerable para que le dijese los evangelios; y particularmente en los partos, cuando se creía cercana á ellos, enviaba por él, tomábale la cinta que traía el santo ceñida, y se la ponía la Reina, diciendo que con ella no sentía dolores y que daba á luz con gran felicidad.

Habiendo dado á luz á D. Felipe III, á otro día fué el bendito Padre á decirle los evangelios, y acabados, hincóse de rodillas y dijo á la Reina:—*Señora, nuestra cinta.*—Respondió Su Majestad:—no os la puedo dar, que no me siento buena. Con su acostumbrada modestia replicó el Venerable:—No me puedo ir así, que profesé con ella, y era de un santo varón mi maestro de novicios (3). Sin embargo no se la dió, pues D.^a Ana se sentía mal, y aún empeoró en los días siguientes.

Con harta displicencia y la enfermedad embozada, pasó todavía la reina quince ó diez y seis días. El Venerable no faltaba al encargo que se le hacía de ir á consolar y decirle los evangelios. Á hora en que él estaba en

(1) *Inform. sum. de Madrid*, fol. 219, vto.

(2) Doña Mariana Barahona y Velasco, fol. 293. vto.

(3) El V. P. Luis de Montoya, de quien ya hemos hablado. Sospecha no sin fundamento el P. Ríos, de cuya larga deposición tomamos extractadas las líneas del texto, que lo dijo así el P. Orozco por humildad, por que S. M. no entendiese que su correa le pudiese dar la salud.

la habitación de la reina, entraron un día los médicos de cámara; los cuales, notando su extremada flaqueza y ninguna gana de comer, estaban desconfiados de su vida. —Señora, le dijeron claramente, si S. M. no se esfuerza á comer, no tenemos esperanza alguna. Con voz flaca y muy débil contestó D.^a Ana:—no puedo, no me es posible, haga Dios lo que fuere servido. Enterneci6se al oír la el cariñoso vasallo P. Orozco, púsose inmediatamente de rodillas delante de la cama, y diciendo con voz muy del corazón, según palabras del testigo compañero, —Jesús, Jesús, ¿eso ha de decir S. M? En verdad que si se esfuerza un poquito, le doy un remedio con que coma. Miróle la Reina y con rostro alegre le dijo:—*Cualquiera cosa que vos queráis, haré yo de buena gana.*—No hay cosa más apetitosa que torrezno de pernil asado, olido según se va asando, repuso el Santo.

Echóse á reír la Reina, con el remedio tan á propósito para un desganado. Contestóle sin embargo:—dádmele, que me parece comeré de él. En esto entró S. M. el Rey Felipe II, tomóle la mano el Doctor Alfonso, médico de cabecera, y refirióle el remedio que el Santo Orozco había propuesto. No pudo el Rey, á pesar de su aflicción, contener la risa. Nadie, sin embargo, se opuso contra medicina en realidad tan inoportuna. Mandó el Rey traer el pernil y una perdiz más que el Santo pidió, por si á la Reina se le abría el apetito. Traído todo, y un brasero que en la antecámara había, en presencia de los Reyes y los Doctores, tomó el Venerable el asador y el torrezno, y su compañero P. Ríos el de la perdiz.—*Beata Mater*, dijo entonces, el santo cocinero, (una de las plegarias á la Virgen); y prosiguiendo ambos el cántico del *Magnificat*, daban vueltas á la vez á los asadores; y con abundancia de lágrimas, de rodillas y asando el torrezno, pronunció el Padre la oración: *Concede quesumus etc.*—Lléguese S. M., Señora, hacia acá; que si huele este torrezno, yo la aseguro que comerá de él; dijo á la Reina el bienaventurado.

Hízolo así la Reina poniéndose á la orilla de la cama. De nuevo el Venerable empezó á rezar una de las devociones de la orden de nuestro P. San Agustín á la Virgen, llamada *Benedicta*. S. M. el Rey se quitó la gorra y se puso en pié, mientras los devotos compañeros rezaban, y asaban la carne dicha. Ya cuando concluía la *Benedicta*, echando las lecciones tan tiernas y expresivas del Santo Patriarca, el P. Orozco no pudo contener las lágrimas, que soltó en abundancia, prorrumpiendo además en sollozos que no le permitían concluir aquéllas. Se concluyeron, y la reina pidió la perdiz. Partióla el Venerable y la sirvió á su Señora. Con apetito y gusto comió la Reina la mayor parte del blanco de la perdiz, y mucho del torrezno, sin querer probar otra cosa. El Rey D. Felipe no dejó al Venerable retirarse sin encargarle viniera siempre á las horas de comer. Volvió, en efecto, al día siguiente, dijo los evangelios á la Reina, la cual tomó ya su comida ordinaria. Hincóse de rodillas entonces el santo varón, y dijo á D.^a Ana: —Señora, ya nuestro Señor ha sido servido que S. M. esté buena y coma con ganas, déme nuestra cinta, que no me he de ir sin ella. La reina buena ya, sonriéndose y con palabras de gratitud, le entregó la codiciada prenda (1).

No quiero cerrar este capítulo, sin terminar el edificante cuadro que nos presenta la casa de aquel gran rey D. Felipe II, donde tantas atenciones recibían los Santos. Hemos cortado el hilo de la narración del P. Sedano, por atender á nuestro propósito; mas ahora la transcribiremos íntegra, porque ella sola es el mejor testimonio y encarecimiento de lo que nosotros pudiéramos notar y ponderar. «Jamás, escribe, hubo impedimento para entrar en el cuarto de las damas con su compañero, sin que jamás las guardas le preguntasen alguna cosa, sino destocándose y arrimándose á las paredes con una profunda inclinación, hasta que el dicho

(1) *Inform. citada* del P. Luis de los Ríos. fol. 220.

Padre pasase las puertas; y esto era muchas veces, porque los más días iba á Palacio y entraba en la capilla del cuarto de las damas, á donde muchas veces vió este testigo á la reina D.^a Ana de Austria, que disimulada venía á oír misa del P. Orozco; el cual la confesaba y daba el Santísimo Sacramento; y advertía este testigo que el día que Su Majestad de la Reina Nuestra Señora confesaba y comulgaba, no confesaba ni comulgaba otra ninguna persona, siendo así que los mas días confesaban y comulgaban muchas; y como este testigo era siempre el compañero del dicho P. Orozco, le trataban las damas y demás señoras de Palacio con tanta llaneza que, mientras confesaba el P. Orozco, las damas le preguntaban algunas reglas y dificultades del rezado, porque todas por mandado del Rey nuestro Señor D. Felipe II rezaban el oficio divino; y á este testigo le daban algunas veces, aunque pocas, colación ó fruta, la cual me mandaba luego el P. Orozco la diese á los pobres que estaban á la puerta de Palacio» (1).

Había entendido el P. Ríos que, recibéndose en Palacio dos letras del Ven. Padre, S. M. dividió en trozos la carta entre su familia, mandándolos colocar entre las hojas de las Horas (2) y reservándose él la firma. También llegó á oídos del mismo que D. Felipe rezaba todos los días el oficio divino; y por qué coincidencia, estando yo en S. Lorenzo, son sus palabras, un día que salía S. M. al campo «esperando los coches á la puerta de Palacio salió el Dr. Moratà, un hombre que entretenía á S. M. y llevaba en la mano una bolsa de terciopelo verde, y yo le pregunté por curiosidad qué llevaba allí, respondió:—el breviario de S. M. en que reza el oficio divino. Entónces le rogué me le dejase ver, y apartándose de entre la gente, sacó el breviario, y por asegurarme si S. M. rezaba el Oficio divino, como

(1) *Inform. sum. de Granada*, fol. 14 vto.

(2) Libro de rezo, por otro nombre *diurno*.

decían, abrí por los santos del tiempo ocurrente; y hallé por registro del santo de aquel día un papelito con la firma del dicho Fr. Alonso de Orozco, con que me confirmé y creí que había sido verdad la partija de aquel billete».

¿Era ejemplar la honestidad y devoción de la real casa? Pues de las raras virtudes de la dueña de honor D.^a María de Aragón hemos de hablar largamente; del limosnero real D. Luis de Lara hemos referido rasgos heroicos; de la santa muerte que tuvo el caballero mayor dirá el capítulo inmediato. ¿Qué más? ocasión vendrá en que tendremos que mencionar las disciplinas que tomaban, aun las damas de Palacio.





CAPÍTULO XV.

*Los Grandes de la Corte acuden á cada paso al Venerable.
Demostraciones públicas de que se veía siempre rodeado.*

1570—1579.

SEGURAMENTE que no era menester expresarlo: honraba y veneraba el Rey con toda su familia al bendito Padre Orozco, luego es de presumir que los próceres de la corte y todo el pueblo le bendijera y aplaudiera igualmente. Pero es admirable este coro unánime de voces y la concordia universal en reverenciarle; se advierte á primera vista que no nacía de simple imitación, sino de espontáneo afecto y arrobamiento de admiración propia. ¿Habría ya familia en Madrid, aun de las nobles, que no le fuera deudora de algún beneficio? ¿En qué hogar doméstico no entra el infortunio, ni se derrama una lágrima jamás? Pues sabido era de todos que el Venerable era salud para los enfermos, libertad para los encarcelados, amparo de la pobreza, luz y consejo en las dudas, consuelo en las aflicciones, iris de paz en las discordias y enemistades. El platero Francisco López lo dejó confirmado: «vió

este testigo por sus ojos, dice, mucha frecuencia de gente gravísima y la más principal de esta córte, como son Duques, Marqueses y otros Señores de título y Secretarios de Estado y de otros consejos de S. M., que iban á ver al Ven. Padre Fr. Alonso de Orozco y á tratar con él sus negocios, y á pedirle les encomendase á Ntro. Señor; y otras veces á consolarse de sus trabajos. Vi también que no podía entrar en la celda del dicho P. Venerable más de una persona sola, pues no tenía la celda más de una silla para los huéspedes que venían á ella, por ser tan pequeña y tan humilde; y asimismo sé como todas las Señoras principales y graves de esta córte acudían al dicho Padre, á pedirle las encomendase á Dios sus enfermedades y trabajos y de sus hijos, y pleitos y otras cosas que tenían» (1).

Doña Luisa Fajardo de Mendoza dice que el Sr. Arzobispo de Toledo y Cardenal Quiroga preguntaba al Ven. Padre por escrito muchas cosas; y que es cierto que entre las escrituras de dicho Cardenal se hallaron manuscritos muy notables del P. Orozco (2).

El P. Sedano especifica un caso notabilísimo acaecido con D. Antonio de Toledo, caballero mayor del Rey D. Felipe, que conviene no quede oculto en las sombras de la historia.

«El mismo respeto, escribe, que tenían al bendito Padre en Palacio; ese mismo le tenían todos los grandes que estaban en la córte, como se vió en el amor, respeto y reverencia que el gran Prior de S. Juan, D. Antonio de Toledo, Caballero mayor de su Majestad, le tenía; que estando un día comiendo en la cama por estar enfermo, y viendo el P. Orozco el tropel y muchedumbre de

(1) *Inf. sum.* fol. 104.

(2) De los documentos relativos á la beatificación del venerable Padre que existen en la R. Academia de la Historia: los cuales citan el dicho de D.^a Luisa al fol. 171 de la *Información* en que depuso.

caballeros y médicos que estaban en la antesala, se volvió á salir el dicho Padre para irse á su casa; y como todos sabían la devoción que el Prior D. Antonio tenía al Padre Orozco, envió á las voladas por él, diciendo que sino entraba no había de comer bocado; y el Padre entró, y apartaron la mesa, y llegó á la cama; y tomándole de la mano al dicho Padre se la besó muchas veces con grandísima devoción y con gran ternura en las palabras y en los ojos: y después la tuvo abrazada y arrimada á los pechos por un buen rato, y habiéndole mandado sentar, comió el Prior D. Antonio bien; y después le dijo un Evangelio y algunas razones espirituales con que le dejó consoladísimo».

«Item en otra enfermedad que tuvo el dicho Prior Don Antonio de Toledo, de la cual murió, entró el Padre Orozco y este testigo, que era su compañero, un domingo en la tarde á la hora de las dos en su aposento; y mandó á un caballero del hábito de S. Juan (que era el camarero mayor del dicho Prior) que no dejase entrar á ninguna persona, quien quiera que fuese, y que no se quitase de la puerta para que nadie entrase, como se hizo; y mandándome el Padre me apartase de junto á la cama á donde estaba el Prior, estuvieron hablando en secreto los dos, conviene á saber, el Prior y el Padre Orozco, un muy grande rato; y acabado esto el Padre se encerró en una Capilla que á los piés de la cama tenía el Prior, de donde oía misa cuando estaba enfermo; y quedándose solo este testigo, me llamó el Prior y me dijo:—Padrecito, lléguese acá y tome ese breviario;—que estaba junto á la cama en un bufetillo pequeño; y me mandó le rezase la encomendación del alma; y habiéndola rezado, me mandó rezase el salmo de *Beati immaculati in via*, como está en prima y demás horas hasta á acabar la nona, como así lo señala el breviario. Y estando, después de los salmos penitenciales, de rodillas arrimado á la cama, salió dos veces el Padre Orozco de la capillita donde había estado encerrado, y me mandó

me apartase lejos, y estuvieron hablando en secreto un rato; y volviéndose á encerrar el Padre, tornó á llamarme con alegría el Prior, y me mandó que prosiguiese y rezase alto lo que faltaba de los salmos y letanias; y acabando de rezarlas, ví al dicho Prior que con mucha compostura y quietud, como siempre la había tenido, se quedó muerto. Y llamando yo al Padre Orozco diciéndole como había muerto el Prior, salió de la capillita; y como que ya lo sabía, sin mirarle ni decirle responso, dijo:—vámonos, hermano. Y saliendo á la antesala, hallamos á todos los grandes de la Córte, que juntos con el P. Fr. Diego de Chaves, confesor de su Majestad, estaban; y queriendo detener al P. Orozco, le hicieron una muy grande reverencia; mas el dicho Padre, encogiéndose mucho y haciendo una grande inclinación, se fué así inclinado y humillado hasta salir de la sala» (1).

Infiérase de aquí la preciosa muerte de D. Antonio, y su afecto y devoción para con el Santo que le acompañaba en tan duro trance, haciéndosele tan suave y placentero.

Á D. Fernando, cuñado de la Condesa de Fuentes y hermano de la Duquesa de Alba, la vieja, de la familia del afortunado D. Antonio de quien acabamos de hablar, «fué nuestro Señor servido darle un accidente tan apretado, que de repente murió y espiró; y estando la casa tan turbada y con tantas lágrimas, determinaron luego de enviar á llamar al Santo Orozco, el cual vino al punto; y estaba la Condesa muy afligida y desconsolada de ver que su cuñado muriese sin confesión, porque D. Fernando había sido travieso en las cosas del mundo; y díjola á la Condesa el Santo Orozco:—Señora, no esté afligida, que el alma del Sr. D. Fernando está en carrera de salvación. Púsose el Santo delante de una imagen de nuestra Señora, pidiendo á todos que le ayudasen con sus oraciones; y el dicho Santo Orozco empezó á orar

(1) *Inf. sum.* de Granada. fol. 14 vto.

con tanta vehemencia, que de sus ojos y rostro parece corrían arroyos de agua; y como hubiese durado en la oración más de una hora, el difunto empezó á hablar; y luego vieron todos que por la oración tan grande y devota del Santo, nuestro Señor había permitido que Don Fernando hubiese resucitado; y por esta oración dieron muchas gracias á Dios Nuestro Señor, reconociendo que por las oraciones del dicho Santo había sucedido un milagro tan grande; y fuélo, porque permitió Nuestro Señor que D. Fernando se confesase con muy entero juicio y recibiese los Santos Sacramentos, y fué Nuestro Señor servido darle vida de aquella enfermedad, y que después viviese algunos días» (1).

Tenemos también por testigo en el asunto de que vamos hablando al *Fenix de los ingenios*, el fecundísimo escritor *Lope de Vega Carpio* (2):

«Dijo que sabe en la estimación grande que estuvo el Santo Orozco, así entre los Reyes y Príncipes y Prelados y Caballeros y de todo el concurso de la gente, como varón tan justo y santo como lo fué el dicho Sto. Orozco.

«Además le contó D. Luis de Vargas Manrique, que es ya difunto, que habiendo ido la condesa de Trueva, su hermana, y su madre á San Felipe, y habiéndole llamado al Santo Orozco á una capilla, como otras veces solían, porque tenían grande devoción y amistad con él; salió, y hablando con la dicha condesa, le vió la toca casi cerca de los ojos; y preguntando la causa, le respondió que tenía la frente con una flema salada que le iba cubriendo el rostro, de que estaba con grandísima pena,

(1) Sor Catalina Meléndez. *Inf. sum.* fol. 325 vto. y 327 vto.

(2) Clérigo Presbítero, Procurador fiscal de la Cámara Apostólica en el Arzobispado de Toledo, y Notario Apostólico, descrito en el Archivo Romano, y familiar del santo oficio de la Inquisición, y vecino de esta villa de Madrid que vive en casas propias en la calle de Francos, del cual se recibió juramento en forma «in verbo Sacerdotis». *Inform. sum. de Madrid*, fol. 277.

porque ningún remedio le aprovechaba; y que descubriéndole la toca para que la viese el Santo, la dijo que lo encomendase á Dios; y le puso la saliva de su boca con sus dedos, y luego al punto se le quitó; y esto lo sabe por habérselo contado el dicho D. Luis y otras personas» (1).

Por lo expuesto en el capítulo anterior y lo que en este referimos podrá colegirse cuánto el pueblo cristiano de Madrid estimaba y veneraba al bondadoso y caritativo P. Orozco. Pública era su rara penitencia, evidente su modestia; y á todos manifiestas sus frecuentes visitas á los hospitales y á las cárceles, á todos patentes los prodigios que obraba en socorro de los desgraciados. El pueblo no podía contenerse, ni en presencia del mismo Venerable; espontáneamente prorumpía en afectos y exclamaciones, que más de una vez hacían enrojecer el rostro del Santo, y confundir y angustiar en gran manera su humilde corazón.

El P. Mendoza, de la orden de Sto. Domingo, Juez Comisario Apostólico, Ordinario y real en lo de las canonicaciones de S. Isidro, Sta. María de la Cabeza, de los benditos PP. Fr. Melchor Cano, y Fr. Gerónimo Vallejo de su orden, y de S. Pedro de Osma, dice del Bto. Orozco:

«Yo conocí muy bien al Venerable y bendito Padre Fr. Alonso de Orozco, el tiempo que le comuniqué y le traté en los dichos veinte años poco más ó menos; y en todo el dicho tiempo le tuve en opinión de santo y gran letrado y Predicador, y lo fué de las Majestades del Emperador Carlos V y Felipe II, y muy estimado de ellos: yo le oí predicar en S. Felipe de esta villa, y he leído sus obras llenas de erudición y espíritu del cielo, y fué tan estimado así por los Reyes y la Emperatriz nuestra Señora y la Infanta Doña Isabel y sus hermanos, y muy particularmente de la Princesa Doña Juana, como de todos los grandes y consejeros y otras personas

(1) *Inf. sum.* fol. 278.

principales, y de todas las religiones, y universalmente de toda la corte, todo por sus letras y púlpito, y su gran doctrina y vida ejemplar y santidad de vida, que siempre tuvo y en que resplandeció» (1).

El Marqués de Navas, D. Antonio de Zúñiga, Mayor-domo del Rey, Conde del Risco declara:

«Que tenía en S. Felipe respeto á las paredes, por tener allí al Sto. Orozco; y cuantas veces le veía, se le des-
peluznaban los cabellos, sino tenía segura la conciencia; y cuando la tenía tranquila, estaba con descanso al verle: cuando estaba con otros caballeros y le veíamos, todos decíamos: «este es el Santo» (2).

El P. Juan Soto:—«Nunca, ni en vida ni en muerte le oí llamar su propio nombre de pila, sino el Santo» (3).

María de las Nieves, mujer del licenciado Baños: «Todos universalmente le tuvieron por un santo y varón apostólico: cuando iba por las calles decían:—ahí vá el Santo de San Felipe;—y así era más conocido por este nombre que por el de pila» (4).

El licenciado Juan Fernández Manjares de Heredia, abogado Teniente de Corregidor de la villa de Madrid: «De tal manera era venerado, que yendo por la calle concurría mucha gente á ver su persona y venerarle y reverenciarle, besándole la mano y pidiéndole su bendición, y sin decir su nombre propio acudían diciendo á voces—¡el Santo, el Santo!— y se iban para él á verle y reverenciarle» (5).

Y no aduzco más testimonios por temor de hacerme interminable; aún faltan años de vida del Beato que relatar, y aludiendo á ellos, verá el lector otras demostraciones aún más expresivas en los capítulos siguientes.

(1) *Inf. sum.* MS. original, fol. 46.

(2) Fol. 416.

(3) Fol. 456.

(4) Fol. 343.

(5) Fol. 373 vto.



CAPÍTULO XVI.

Hastiado de la corte y sus aplausos, pretende el Venerable Padre retirarse á bien morir en el convento del Risco.

1576—1578.



EL lector lo ha visto: ni dentro ni fuera de casa podía mover el pié el bendito Religioso, sin ser colmado de atenciones. Y si al cabo fueran cortesías de buena crianza, deferencias al anciano y al sacerdote... pero ¡ah! se le gritaba *¡el Santo!* se publicaban sus penitencias espantosas, se referían multitud de prodigios y milagros atribuidos á su valimiento con el cielo. Importaba poco que, enrojeciéndosele el rostro, motejara á los que tal decían de desatinados, hombres sin razón y sin seso: esas personas, dando pruebas de cordura, pregonaban en voz más alta que cabalmente por juzgarlos y denominarlos de tal manera, lo que en otro no aguantaran, en él lo tenían por señal evidente de fundada santidad.

No había vuelta ni escape: fuerza era aceptar las gracias de parte de los menesterosos socorridos natural ó sobrenaturalmente; oír las relaciones de los enfermos sanados en los hospitales por la lectura de los Evangelios,

y no era esto todavía lo más desagradable y enojoso: acaecía á las veces dejarle sin correa, por llevarla á las mujeres parturientas, pobres y ricas, de todas las clases, y venir después narrando maravillas de aquella cinta, como si fuera gracia privativa del P. Orozco lo que él se esforzaba en hacer entender, y las gentes no entendían, que era sólo por la bendición de la Orden. No se le podía ocultar, por más que se tapasen y escondiesen, que cien ojos curiosos de hermanos y no hermanos, atisbaban sus movimientos, escuchaban sus oraciones y lágrimas, dejándole apenas espacio y holgura para á sus anchas soltar las riendas á el espíritu afervorado. Propios y extraños, habían dado en la flor de decir que se veían divinos resplandores en su celda, y se oían músicas de los ángeles; y llegando al mayor desatino, dijera el P. Orozco, descubriárase la cabeza con profunda veneración al pasar por la oscura covachuela, trocada con su presencia en retrete y antecámara del cielo. Y fuera cosa de oírle, si supiera que aun su amigo el bendito Fray Francisco Modejar, portero del convento, había franqueado las puertas á gente extraña, aunque religiosa, para que á media noche le escucharan en su celda, y gozaran de los portentos que el tal Modejar contaba y ponderaba del Sto. Orozco.

Esta dura cárcel de vivir entre el ruido y los cumplimientos de la corte es apenas tolerable, decía para sí, mientras tanto el devoto y aclamado religioso: tantos años gastados en el bullicio del mundo, piden ya el recogimiento á la soledad, y pensar en la cuenta del juicio divino. Los saludos repetidos, las aclamaciones frecuentes, y toda aquella embriagadora nube de incienso era para él humo molesto y sofocante. Hastiado ya de aplausos y galas, de tratamientos y regocijos, y de cuanto olía á corte, imaginaba que viviría más aprovechado y feliz, morando como las aves de las selvas en un convento solitario. Soledad y silencio... el nombre solo le embelataba.

¡«Oh desierto santo! exclamaría, ¡oh lugar cercano á la córte celestial! oh dichoso el que es llevado de Dios, para morar en tí! y, como otro S. Juan Evangelista en la Isla de Patmos, ver abierto el cielo, gozar de visitas de Ángeles... Por entender estos secretos la esposa, suplicaba con gran instancia, y decía: *Amado mío, esposo, vámonos al campo!*» (1).

En un áspero cerro de lo más fragoso de la sierra de Ávila, rodeado de agujas de tajados peñascos, hondos precipicios y asperezas salvajes, más propio para nido de águilas que para vivienda de hombres, había construído su celda junto á una ermita de la Virgen, el V. P. Fr. Francisco Parra. Sinsabores devorados en el provincialato durante los disturbios de las Comunidades de Castilla, y amargas y excesivas reprensiones de su muy querido hijo de hábito, Sto. Tomás de Villanueva, que le residenció severamente á juicio del General de la Orden, moviéronle á pedir licencia para abandonar hasta el trato de sus hermanos. Considerando entonces el Obispo de Ávila el celo de la religión, la bondad de vida y costumbres ejemplares de Fr. Francisco de la Parra y Fr. Pedro Valverde su compañero, les concedió la *Ermita de Sta. María del Risco*. Sombras de los valles y horrorosas simas en contraste con las nieves eternas de riscos empinados, altos y escuetos pinos aquí y allí nacidos de entre piedras enormes, de continuo azotados por los vientos, es el engaste sobre que resaltaba allí, como decían, *preciosa perla entre mil piedras bastas*. Primorosisima Virgen se veneraba en aquel agreste y sagrado recinto según su retrato tomado del natural. «La imagen es toda de talla, representando en proporción natural la estatura de una doncella como de quince años. Está con la rodilla

(1) Del libro del Ven. Padre titulado: *Vidas y martirios de los bienaventurados S. Juan Bautista y Juan Evangelista*, pág. 20 al final del Tom. III.

izquierda afianzada en el suelo. En la derecha asegura, sosteniendo en tierra el pié que descubre un poco, los hombros y espalda correspondiente de otro bulto que representa á nuestro Redentor, cuando ya difunto le colocó la piedad en los brazos de la compasiva madre. Con la mano y parte del brazo derecho sostiene la cabeza de este bulto, asomando parte de los dedos, que sin exageración parece que los formaron los ángeles. El brazo y la mano izquierda ciñen por la parte superior el pecho del mismo cuerpo, y finalmente la cabeza inclina un poco el rostro de la gran Reina á mirar el bulto de su hijo.

Muy perfecto es éste, muy hermoso sin duda; pero parece que renunció todas las atenciones en obsequio de su madre. Ello es que cuantos visitan este santuario ni saben apartar la vista de su prodigioso retrato, ni desprender el corazón de aquella graciosa majestad. Dicen que muda muchas veces la apacible figura de su rostro. No lo impugno, escribe Vidal. Pero acaso se origina esta aprensión de lo que yo con admiración grande he notado y predicado, esto es: con un mismo y sereno rostro y con unos mismos ojos, que son vivos, modestísimos y muy bellos, excita y mueve á diversos y aun algo contrarios afectos.

A un mismo tiempo provoca á una cariñosa ternura, que quisiera el que la siente dar mil abrazos á la efigie; pero la majestad que sólo el rostro ostenta, contiene de tal modo, que ni el más atrevido ni el más enamorado se animará á llegar ni aún con respetuosos labios al pié.

A este modo, lo suave de su mirar, lo apacible de dejarse ver, excita al regocijo quieto, cuando las lágrimas en que parece se bañan aquellos resplandecientes luceros al aspecto de su difunto dueño, fuerzan á sentidísimas compasiones. De manera es todo que embelesado en breve rato, el que se atreve á mirar con atención un simulacro tan prodigioso, no podrá certificar á qué afecto determinado inclina; porque ó se ha de resistir

demasiado, ó ha de experimentar muchísimos. Y esto es, en mi dictamen, lo que dicen unos que la imagen varía el rostro; y otros, que como siempre estuviera descubierta, no se sintieran los trabajos» (1).

Pues dése el lector á pensar el ardor con que el bendito P. Orozco desearía vivir retirado y silencioso con la amada compañía de Virgen tan hermosa. Pensamiento y deseo era que le traía enajenado. Cuantas veces se le presentaba el mundo en su vanidad y locura, otras tantas resolvía en su ánimo no diferirlo un momento, y desligarse de las ocupaciones y compromisos que le atareaban y distraían. Ya con la imaginación habíase escondido en un agujero del convento del Risco, que no trocara por cosa de la tierra: desde él, parecíale ver no más que lo azulado de los cielos y con eso alcanzar la mayor felicidad. Resuelto por completo un día, enderezó sus pasos á palacio en demanda de la real licencia, que como criado de Su Majestad debía obtener para retirarse de la córte. Deleitábase ya con el permiso conseguido en sus sueños, y como quien sacude el polvo de los piés y huye de ciudad apestada, figurábase caminar á la ligera en busca de la soledad apetecida.

Entró en la Cámara del Rey, y recibido con el afecto acostumbrado, pidió á Felipe II permiso para retirarse de su empleo.—Señor, le dijo, he vivido muchos años en la córte, y no sé como les he gastado; por otra parte soy muy viejo y necesito prepararme para la muerte. Déjeme V. M. retirarme á un convento que nuestra Religión tiene en el Risco.—El Rey le contestó que no podía otorgarle la licencia, por cuanto le había menester en la córte.

No desistió, sin embargo, el Beato de su empeño; y pasado algún tiempo, hizo la misma petición. Negádoselo de nuevo el Monarca, púsose el Venerable de

(1) Vidal. *Hist. del Conv. de S. Agust. de Salam.* Tom. I. Lib. II, año 1523, pág. 136.

rodillas, las manos juntas en forma de humilde súplica, instó con nuevas razones de no sé qué deudas que tenía, volvió á instar, cansó y disgustó á su Soberano; el cual firme en la negativa é incomodado de tan impertinente y tenaz instancia repetía para sí que *no queria echar los santos de su córte*, y á su Predicador que le era menester para muchos negocios.

«Dos veces en particular, escribe el P. Rios, vi que estaba hablando con su Majestad altercando como en cosa que porfiaba el P. Orozco, y habiéndole oído, su Majestad le dijo:—No tenéis que porfiar, que no lo tengo de hacer.—El P. Orozco se hincó de rodillas y puso las manos como pidiendo con mayor instancia, que no se podía entender más de que su Majestad le tomó de las manos, y le dijo:—levantaos que no lo tengo de hacer por ninguna cosa. Y el dicho P. Orozco sin más se retiró; y salió luego tras él D. Gerónimo Manrique, capellán mayor de su Majestad, y le dijo:—mucho me espanto de V. P. que porfié tanto en irse de la córte, habiéndosele negado ya su Majestad por tres veces, y ahora me acaba de decir que le diga que no porfié más, que no le ha de dar licencia; porque su Majestad está cierto que nuestro Señor le hace grandes mercedes por tenerle en esta córte, y así lo ha dicho á todos los caballeros de la cámara. Su Majestad queda disgustado de que porfié tanto; también me ha mandado sepa de V. Paternidad si tiene algunas deudas, ó si ha menester algo particularmente para su regalo. El dicho P. Orozco le respondió:—mi intento y deseo es retirarme al convento de Ntra. Señora del Risco, para ajustar mis cuentas con Dios, que ha muchos años que vivo en la córte, y no sé como los he gastado.—Con todo eso, replicó D. Gerónimo Manrique, su Majestad manda que le dé á V. Paternidad siempre lo que pidiere y quisiere, dígame la verdad si tiene algunas deudas.—En verdad, Señor, respondió el Padre Orozco con una sencillez tanta, que tenía ganas de sacar unos pobrecillos que estaban en la cárcel por que los

hallaron cazando; pero ahora se llega un plazo de nuestro sueldo, y de allí los sacaré. Replicó el capellán mayor—yo le enviaré á V. Paternidad con que los saque—y con eso se fué; y dentro de una hora llegó un capellán del dicho D. Gerónimo Manrique con dos lacayos, que cada uno traía un talegón grande lleno con moneda de plata; y llegando á la celda del P. Orozco, dijo el capellán que su Majestad mandaba sacase los pobrecillos que decía de la cárcel, y lo demás diese de limosna. Los talegones eran muy grandes, y al parecer de este testigo había más de mil ducados, por ser estos de plata. El P. Orozco respondió:—dé vuestra merced 300 reales al P. Ayanca, portero, para que los envíe á la cárcel; y lo demás vuélvase, que á su Majestad no le faltarán ocasiones hartas de pobres, á quien dar limosna; y aunque el capellán le porfió, no hubo remedio que quisiese tomar más blanca» (1).

Hé aquí en que pararon sus vehementes deseos y ardientes súplicas; al fin, si no pudo consolarse á sí mismo, consiguió remediar la suerte de los encarcelados.

No le quedaba otro remedio más que abandonar sus dulces ensueños y abrazarse con la cruz, que la obediencia le ofrecía. ¡Peregrino tormento! con lo que se holgaran muchos y vivieran de plácemes, mortificábase el avisado predicador, que sabía bien cual es lo bueno y provechoso, cual lo deleznable y más bien que de estima, digno de alto desprecio.

«A no ser por la obediencia ya hubiera rompido por todo y hubiera huído de la córte», escribió al citado P. Sedano el Ven. Padre. Mas la obediencia, ó sea la divina voluntad, fué siempre el norte de su vida; para ello describió sus grandezas admirablemente. «El Apóstol nos persuade, escribe, que probemos la voluntad de Dios, la cual es buena, apacible y perfecta. El probarla es gustarla, saborearnos en ella, y esto no se puede hacer,

(1) *Inform. Sum. de Madrid*, fol. 224.

sino negando la nuestra. Es la voluntad de Dios siempre buena, porque es él suma bondad; es apacible, porque da todo contentamiento al que gusta de ella; y es como el maná, pan de los ángeles, que sabe á nuestra ánima tan dulcemente que en la pobreza nos dá gusto de riqueza eterna, en la enfermedad nos sabe á salud, y en la afrenta nos da la voluntad divina gran suavidad de aquella honra celestial que esperamos» (1).

(1) *Epistolario cristiano*. Tom. II, pág. 195.





CAPÍTULO XVII.

El angustiado Predicador es consolado por la Reina del cielo.—De su entrañable devoción á Nuestra Señora.

RESAROSO y triste salía de palacio el Venerable con sus esperanzas frustradas é ilusiones desvanecidas. Á Dios que misericordioso escucha y cumple las peticiones de sus siervos, acudió el bendito Padre; y abrazado á su amada Cruz derramaba su pecho ofreciéndose en mil frases de afecto á llevarla sobre sus hombros, en tanto que no llegara el momento de descansar por medio de la suspirada muerte. Á la Virgen, su amparo de toda la vida y delicia del espíritu, consagró de nuevo su generosa voluntad de bendecirla y loarla, apartado de toda humana conversacion; mas pues la obediencia le detenía en la córte, prometía ensalzar el nombre de ella en presencia de las gentes y predicar sus grandezas hasta morir. ¡Desahogos santos de su alma apesadumbrada!

Dormía sosegado una noche, en la que tras larga oracion habíase quedado traspuesto, pensando, sin duda, en el retiro del Risco y en la compañía de la Virgen amorosa, «cuando esta Señora del mundo, *cuéntalo el mismo*, me visitó con rostro y boca muy alegre, y me dijo:—

¿Qué quieres? Yo con gran gozo, ocupado de ver su rostro tan gozoso, confieso que no supe qué responder, y como despertase con tan gran contento, dije:—*Señora del mundo, una cosa pedi y esta buscaré, que more en la casa del Señor para siempre jamás, Amén*» (1).

Es costumbre y estilo del Señor consolar él mismo á sus santos, cuando no encuentran en las criaturas buena acogida sus piadosos deseos. Así consoló á Santa Escolástica, cuando su santo hermano Benito no quería complacerla en detenerse una noche, platicando cosas altísimas y espirituales. Así alegró el alma de Santo Tomás de Villanueva, cuando no bien recibida por Carlos V. su petición de renunciar la mitra de Valencia, recitaba todo afligido á los piés de un crucifijo el *Misere-re*: al terminarle el Arzobispo, prosiguió el santo Cristo en latín, diciendo: Tranquilízate, Tomás, que el día de la natiuidad de mi madre vendrás donde yo estoy y descansarás (2). Sucedió esto en Febrero del mismo año en que murió el Padre de los pobres.

Del tiempo en que ocurrió la visión del Venerable, no sabemos otra cosa sino que fué antes del 1580 en el cual año lo refiere, apuntándolo en sus *Confesiones*. Mas parece que habiendo sido en Madrid y en el Monasterio de S. Felipe, esas palabras que son el anuncio del premio, correspondiente al buen desempeño del cargo de escribir (que la Virgen le hizo) igualmente que al de su oficio de Predicador, en ninguna otra ocasión cuadraban mejor que cuando él anhelaba retirarse de los cargos, para gozar más de Dios y alabar á su querida Madre.

Es de ponderar ahora el valor y significado que encierra la dulce y regalada pregunta de la Señora; lo cual descubriremos sin esfuerzo alguno, explanando antes la

(1) *Confesiones* lib. III. cap. 9 pág. 97 del tom. III.

(2) *Æquo animo esto, in die nativitatis Matris meæ venies ad me et requiesces*. Salón, *Vida y milagros de Santo Tomás de Villanueva* cap. XXII. Madrid. 1793. pág. 293.

devoción y amor con que el rendido Capellán la servía y veneraba.

«Lo más de la vida gastó en alabanzas suyas: perdía el seso en la consideración de esta Señora, de lo que fué y de lo que merecía», dijo el Predicador en la oración fúnebre del Venerable (1).

¿Oraba el bendito Padre? Entre sus prolijas oraciones tenía primera y principal cabida el oficio de la Virgen, y la *Benedicta* que nuestra Orden dedica á la celestial Princesa. Septuagenario, achacoso, y privilegiado, se quedaba en el coro, á rezar estas oraciones con los novicios y estudiantes religiosos. En la misa del sábado, consagrada á Maria, no podía contener los ímpetus del afecto, y abandonando su silla, se iba á tocar el órgano para manifestar con mil voces armoniosas las inspiraciones de su amor. Por fuerza, á sus frecuentes ayunos había de añadirse los sábados alguna muestra de que aquel día conmemora la Iglesia las grandezas de la Madre de Dios.

Fijaba sus pensamientos de continuo en su bienhechora, y á cada paso prorrumpía en jaculatorias y alabanzas de ella. «Yo, escribe el Arzobispo de Nueva Granada, amigo suyo tiernísimo, le vi hablar con Nuestra Señora con tan grande afecto, que más pareció que la veía. Regalábase mucho en tener pláticas de sus virtudes» (2).

Recreándose y todo en un vergel, que hasta de muy avanzada edad cultivaba y regaba todos los días, según iba labrando la tierra ó limpiándola de malas yerbas, rezaba ó cantaba con muy agradable voz los himnos de la Virgen *Ave maris stella*, *Quem terra pontus sidera*, O

(1) D. Fr. Pedro Manrique, Arzobispo de Zaragoza, sermón de exequias del Ven. Padre, impreso á continuación de la Vida compuesta por el P. Juan Márquez. fol. 127.

(2) Ilmo. D. Fr. Juan de Castro en la biografía ms. del Venerable que disfrutó el P. Márquez: cítala éste en la pág. 23.

gloriosa virginum... Cuantas flores daba el jardín, destinaba él para ramilletes con que hermosear el altar de María: por ella sola seguramente tomaba esta ocupación y la ejercía con ese sabor y gusto que vamos diciendo. Véase en prueba de ello lo que observó en cierta ocasión el P. Sedano.

«Tenía el P. Orozco tanta devoción á Ntra. Señora, que criaba muchas flores y yerbas, para poner á Nuestra Señora en su altar y en la capilla; y fué tanto, que habiendo criado una maceta de albahaca para la Virgen, estando ya buena unos pajes la quebraron; y cuando el dicho P. Orozco bajó del coro y la vió quebrada, doliéndose mucho de ello y alabando á Dios y á su bendita Madre, dijo:—por cierto que pues se crió para Ntra. Señora, aunque quebrada la ha de gozar;—y tomando la macetita, quebrada como estaba, la llevó al altar de Ntra. Señora y la puso y arrimó junto á las ropas y vestidos de la Virgen; en lo cual conocí la devoción grande que tenía á la Virgen Santísima y la santa simplicidad que había alcanzado» (1).

Aun en medio del sueño, despertaba todas las noches y comenzaba á bendecir á la Virgen: el corto tiempo que dormía fuera larga tregua para estar sin alabarla, por eso había de interrumpirse necesariamente. Nos consta esta circunstancia por lo siguiente que escribe el bendito Padre: «Miércoles por la noche, pasada la maravillosa fiesta del Espíritu Santo, habiendo yo dormido algún poco tiempo, á prima noche desperté y comencé, según la costumbre que de muchos años acá he tenido, á loar á vuestra benditísima Madre María, cuyo nombre tiene cinco letras: para la primera dije el cántico de *Magnificat*; para la segunda el salmo: *Ad Dominum cum tribulaver clamavi*; para la tercera el salmo: *Retribue servo tuo*; para la cuarta el salmo: *In convertendo Dominus captivitatem Sion*; y á la última letra el salmo: *Ad te levavi*

(1) P. Sedano. *Inf.* de Granada, fol. 17.

oculos meos; diciendo luego la oración que esta Santa Iglesia dice en el día de su gloriosa Natividad. Acabada esta oración torné á dormir» (1)...

Y el oficio de predicar y escribir que le encargó la Reina del cielo, no hay para que decir que le desempeñó en honra de la Señora con afectuosa solicitud y á las mil maravillas.

Complacencia singular tenía en predicar de las prerogativas y virtudes de la Virgen Madre, practicándolo así constantemente todos los sábados del año; y con pronunciar á las veces cuatro sermones al día, no acertaba á soltar la lengua y tratar cualquier punto, sin detenerse largamente en la salutación angélica. Dolíase en el alma cuando otros predicadores olvidaban el saludarla ó lo hacían de corrida; porque era defraudar á la divina Señora, de la gloria de aquel rato.

«Cosa digna de admiración es que la primera cosa que hizo la Madre de Dios, después que recibió la nueva dignidad en Nazaret, fué hacer predicador y profeta á San Juan, y á su madre profetisa. De donde creo vino la costumbre loable de los predicadores que en sus sermones la invocan y ponen por intercesora, para alcanzar favor y gracia de Dios en lo que han de hacer, salvo que en nuestros tiempos ya se usa cortar de las alabanzas de esta bendita Madre, por ganar más tiempo en lo demás que quieren tratar» (2).

«En ningún negocio le parecía que se entraba con buen pié, escribe Márquez, no invocando primero la intercesión de esta abogada del mundo; y el que no se daba á granjearla, decía que vivía en soledad y tan lejos de remediar sus trabajos como el que enferma en un monte. —Grande, dice, era la soledad del mundo antes que tuviese á la Madre de Dios por abogada y Señora; y así

(1) *Conf.* lib. III. cap. IX, de una visitación. fol. 101.

(2) *Serm. tercero sobre las siete palab.* pág. 218 del Tom. III.

entiendo yo aquello de Salomón: Donde no hay mujer, gime el enfermo.—

«Viéndose un día en una gran tribulación, la llamó diciendo con voz muy esforzada: *Donde estáis, Reina del Cielo?* y oyó una voz que le dijo: *Aquí estoy contigo, Alonso.*

«El nombre de María le era dulcísimo, y siempre que le nombraba se enternecía experimentando en su alma grande alegría y más que ordinario consuelo.—No hay lengua, decía, que baste ni palabras que declaren y den el debido encarecimiento á este nombre excelente. ¡Oh cuánto alegra al cielo cuando los Ángeles oyen decir María! Cuánto consuela al alma del cristiano y aún del moro, que con ser infiel llama é invoca en sus trabajos el nombre de María!—(1).

Podemos aún gozar de su pluma un *Sermonario de todas las festividades de la Virgen; la exposición del Cantar de los Cantares, y del Cántico del Magnificat* en la lengua del Lacio; *Siete sermones*, que bien pueden titularse tratados, *sobre las siete palabras de María Señora Nuestra; Lamentación de nuestra Señora; Breve explicación de una supuesta Epístola de nuestra Señora á S. Ignacio mártir; Marial de la Virgen;* y sobre todo, *Doce excelencias de la Madre de Dios*, ó sea el *Tratado de la Corona de nuestra Señora ensalzada con doce privilegios sobre todos los Santos*, escritos en romance. El doctor Pedro Salazar de Mendoza afirma que cada sábado sacaba á luz algún tratado espiritual, en memoria y honra de la bendita entre todas las mujeres.

Aquí, en estas abundosas fuentes de peregrinos pensamientos, y en estos veneros de afectos dulcísimos hase de buscar el caudal de entrañable devoción, que el privilegiado escritor mariano profesara á la divina Princesa. Las llamaradas de su enamorado pecho discurren todavía

(1) Márquez, *Vida del Ven. c. XI*, pág. 24 tomado del *Sermón I sobre las siete palabras*, pág. 198.

por las encendidas palabras y castas frases y arrebatadas exclamaciones de esos ingeniosos y tiernos libros. ¡Ojalá que el otro santo Alfonso de nuestros tiempos y capellán amantísimo de la Reina del mundo, hubiera tenido á la vista los ricos tratados que dejó nuestro Beato acerca de las excelencias de la Madre admirable! Largos periodos, muy del agrado del doctor moralista, tomara entonces para el compendio de las *Glorias de María*. No hay sino abrir por las primeras páginas de las *Doce excelencias*, y daremos con la prerogativa que el santo Ligorio quiso demostrar ampliamente, dilucidándola con copia de testimonios de los santos.

Abundan los escritos del Beato Orozco tratando de la Virgen en doctrina tan celestial y como escondida, que es sorprendente verle desentrañar las sentencias de la Escritura, y poner de manifiesto el tesoro de verdades allí encerrado. Mas esto todo es de presumir en el escritor nombrado por la Virgen, y á quien esta misma soberana Señora dice luego estas ó semejantes palabras: —Bien has escrito de mí, Alonso, bien has predicado y me has honrado: qué pides ahora por tan excelentes servicios? ¿QUÉ QUIERES?





CAPÍTULO XVIII.

*Despedida de Felipe II del Bto. Alonso de Orozco
para la jornada de Portugal.*

1580.

AUNQUE rico y muy regalado era el favor que el Capellán de la Virgen había recibido con la visita de la celestial Señora, y tener ya muy cerca de ochenta años, no era todavía el aviso del inmediato descanso; por lo que después se vió, fué más bien nuevo aliento dado á su fiel servidor, para que con la esperanza de tan generoso ofrecimiento se animara á continuar algunos años más en su elevado destino. Así lo debió de entender el bueno del Padre Alonso, dedicándose á las tareas apostólicas con el tesón de un joven de treinta años: así también deseaban personas augustas que lo entendiera, para bien y provecho de la nación española.

Era el 1580. Con gozo disimulado veía acercarse Felipe II el cumplimiento de uno de sus grandes pensamientos políticos. Enrique el cardenal, rey de Portugal, su Tío, había muerto sin sucesión; y el monarca de España reclamaba para sí, como de mejor derecho, el

codiciado trono lusitano. El gran rey despertaría en su corazón los afectos que le dominaban, cuando con el disfraz de cazador, acompañado de cuatro jóvenes nobilísimos, salió al encuentro de su prometida y bien pronto llorada María de Portugal. Los años habían volado, como pasan y desaparecen las nubes fugaces; y si acaso parecieron largos para el que tan prevenido vivía con las consultas de teólogos, y un ejército en expectativa; para políticos de su temple, el tiempo, que no les dobla ni rinde, es negocio de escasa monta, si al cabo logran la realización de sus proyectos. No las tenía sin embargo, todas consigo: fuertes competidores y de arraigo y de simpatía en el reino vecino hacíanle vivir alerta, cosa por cierto no muy pesada para el nunca dormido monarca.

Tras maduro consejo y en tiempo oportuno hizo despejar el terreno, enviando á su primer capitán el fidelísimo Duque de Alba. Parecióle conveniente acercarse él también á los portugueses acompañado de su esposa D.^a Ana, y dispuso con tal motivo su salida para Badajoz. Ocupado en las disposiciones y preparativos para el viaje, mandó llamar al P. Orozco. ¿Qué podría ocurrirle? ¿algunas de sus acostumbradas consultas? Pero él Rey las había hecho muy detenidas, y solía informarse, como lo efectuó aun desde la frontera, del parecer de las universidades, preguntando si tenía el mejor derecho; y si, puesto caso que de otro modo no se daría á partido D. Antonio y demás pretendientes ni aún el jurado acabaría nunca de fallar el litigio, podía lícitamente por medio de las armas hacer valer su derecho incuestionable.

Nunca fácil, y en esta ocasión imposible fuera el adivinar los pensamientos escondidos del gran Felipe.

¿A quién no pasma su reciente procedimiento con el Duque de Alba? ¿Gobernara así otro Rey que Felipe II ni con otro vasallo que con el fidelísimo D. Fernandode Toledo?

Una travesura de muchacho había cometido el hijo de tan celebrado Capitán, la que expiaba en el encierro como el último de los españoles; que en aquellos tiempos á todos alcanzaba la justicia. Nuestro buen Don Fernando ¡amor de padre! le facilitó la fuga; y esta liviana falta, que encontrará indulgencia en mis lectores, no pareció tan disculpable á los ojos del Rey; por lo que en castigo salió D. Fernando desterrado á Uceda. En el destierro se hallaba; y ¿cómo le había de venir á las mientes que de él se acordaba el justiciero soberano para depositar en él la confianza regia, y la arriesgada empresa de la jornada de Portugal? Sin embargo nada era más cierto.—Contestad al Rey, dijo el pundonoroso soldado al saberlo, que solo él tiene vasallos que salgan del destierro, para ir á la conquista de reinos extraños.—Felipe II, gran conocedor de sus generales, no le permitió todavía venir á la corte á besarle la mano; sino que sin pasar por Madrid, debía el desdeñado Duque ponerse al frente de las tropas, para dar al mundo la mayor prueba de hidalguía de un caballero cristiano.

Volvamos la vista á otra parte. Llevábase entonces los espolios de los Obispos la Cámara apostólica; y no dejó de ofrecerse alguna duda, mayormente á los que podía interesar, de si el cetro de Portugal debiera considerarse como espolio del difunto purpurado, y pertenecer por ende su dominio á la mencionada cámara. En asunto de pertenencias, excusado es hacer notar las madejas enmarañadas que con facilidad se forman, y como no es cosa muy asequible persuadir al litigante que no tiene razón en su demanda. Y librenos Dios de que alguna voz se robustezca y tome cuerpo; porque, aunque son pocos los jueces entendidos, hay muchos que, ignórase por qué artes ni ciencias, allí ven claro donde los sabios oscuro; y pues algunos lo afirman, muchos otros lo repiten: por lo que impórtale grandemente al Gobernador no se anticipe á sus obras y planes el parecer del número infinito de los necios. Nada de

ello se ocultaba al avisado monarca, y comprendía el tiento con que en punto tan delicado y de larga trascendencia había de proceder.

Un nuevo Nuncio venía á la sazón á España. Por lo que pudiera ocurrir, mandó D. Felipe detenerle á fin de que retardara su llegada á la córte. Mas ¿cómo cerrarle el paso? No se figure el lector que en una cárcel; ordenó que en todas las ciudades del tránsito le presentaran estorbos y embarazos con festejos brillantes y solemnes recibimientos; que al fin y al cabo lo mismo se obstruye un camino con zarzas y espinas, que con ramos de laurel y de palma. Y no se quiera ver en esto cosa parecida á la política de nuestros días con la córte de Roma: Felipe II, que había tenido que sentir de los sobrinos de Paulo III, profesaba veneración profunda á la Santa Sede y al Pontífice entonces reinante S. Pio V. Persuadido como estaba de su mejor derecho á la corona de Portugal, y celosísimo de sus prerogativas, no hallamos en este proceder más que título merecedor del renombre que la buena historia le ha dado. Llegado Monseñor el Nuncio á la córte, pidió permiso al Rey para ir á Portugal; pues creía necesaria allí su presencia á fin de calmar los ánimos.—No hace falta, díjole Felipe el Prudente, tengo aviso de que el Duque de Alba ha entrado en Lisboa.—

Pero, dispensándonos el lector esta digresión, tornemos á nuestro propósito de la llamada que hizo Felipe II al Sto. Orozco, cuando se preparaba á salir para Portugal; y veamos como se despedía del bendito Padre el Rey que trataba á Nuncios y conquistadores de la manera que acabamos de ver. Voló el regio Predicador al llamamiento de su soberano, y como de costumbre abriéronsele las puertas sin antesalas ni detenciones, sin preguntarle á quien buscaba. Cuando el Rey le vió en su presencia, con palabras muy encarecidas rogó al Venerable encomendase á Dios el negocio de la conquista de Portugal, y le manifestó que acompañado de D.^a Ana

trataba de acercarse al dicho reino y dirigirse á Badajoz; por lo que con doble motivo esperaba le ayudase poderosamente con sus oraciones. Acostumbrado estaba el bendito Padre á semejantes ruegos del Rey; y entendiendo la gravedad del asunto, es de presumir cuán asegurado dejaría al gran Felipe en mil palabras de reverencia y afecto, prometiendo suplicar á Dios ardientemente por el buen éxito de la famosa jornada. Pero ocurrió además que levantándose el Monarca y doblando una rodilla, pidió en despedida la bendición á su predicador fervoroso. Confuso éste, y poniéndose de hinojos también, rehusaba bendecir á su rey y señor: hasta que, convencido de que porfiaba inútilmente, lo ejecutó en fin, besándole de seguida y repetidas veces la mano, con muchas otras demostraciones de confusión y humildad (1).

¡Qué cuadro! Sería de verlos arrodillados y en tan increíble porfía! ¡Oh gran Felipe! Extranjeros enemigos de nuestras glorias han pretendido con inmunda baba mancillar tu fe religiosa; españoles que á mala dicha reniegan de nuestros lauros, osan amenguar tu grandeza incomparable. Descansa en paz y enhorabuena, que mientras las historias de los santos bendigan tu memoria, en vano la calumnia te despide sus envenenados dardos.

Ese mal llamado tirano no se desdeñaba en escribir á un viejo, fraile por más señas, y de nombre Fr. Luis

(1) Lo refiere por estas palabras el P. Juan Herrera, cuya familia fué muy amiga del Ven. Padre: «Un día le llamó el rey Felipe II y se hincó de rodillas en una pieza, y le dijo:—echadme una bendición, para que esta jornada que quiero hacer á Portugal me suceda bien. El Siervo de Dios se hincó de rodillas y empezando á llorar, dijo:—¿cómo, Señor, yo miserable tengo de echar bendición á V. M.? y púsose confusísimo; y se quisiera meter debajo de mil estados; con todo eso el Rey porfió tanto que le echó su bendición». *Inf. Plen. de Madrid*, fol. 377: declaración la más copiosa y detallada. El P. Juan Medina lo oyó también al célebre P. Gabriel Pinelo, Prior del Venerable. *Inf. sum. orig.* fol. 376.

de Granada por aquel entonces escritor y predicador de influencia en Portugal; para que con suavidad y sin pesadumbres redujera á partido á los nobles de Évora y Lisboa; ni confiado sólo en el valor y honradez de su Duque de Alba dejaba de implorar la bendición de otro fraile, amigo de Dios, demás de las rogativas y sacrificios con que procuraba atraerse las misericordias del cielo. Aprended, políticos, á contar con la Providencia en vuestras maquinaciones, y con los siervos de Dios en vuestros consejos.

¿Y qué bendición no pediría también para si la piísima Reina D.^a Ana á su amado confesor, su médico y salud, así del alma como del cuerpo? Asombrados los testigos de lo acaecido con el Rey, y juzgando que ello sólo bastaba para honra del venerable Padre, omitieron, sin duda, referir otra escena tierna y devota acerca de la despedida de la reina. ¿Cómo esta Señora habría de ausentarse sin los avisos y consejos, sin la bendición de su Padre Orozco? ¿Y le dijo el corazón ó le pronosticó el venerable que no se verían más en la tierra? Cayó enfermo D. Felipe en la frontera lusitana, y conociendo la Reina la importancia de la existencia de su esposo en aquel empeño y trance, ofreció su vida al cielo por la de su augusto consorte... y el cielo la aceptó, á lo que podemos creer. D.^a Ana murió en Badajoz, sin tener á su lado al que otra vez la sanó y siempre fué su alivio y consuelo. La despedida de la Reina del Venerable Orozco, pues la callaron testigos coetáneos, adivine el lector lo afectuosa y expresiva que sería.

Este rasgo de piedad de los excelentes Monarcas, deferencia grande y señalada muestra de estima dada á su Predicador, hemos querido apuntarlos en capítulo aparte, para que se vaya rastreando algo de el por qué D. Felipe II *se negaba á echar los santos de su córte*.

Ya que hablamos aquí de esta especial distinción, con que honró al Ven. Padre D. Felipe, referiremos otra más singular que á entrambos ennoblece.

Hemos visto anteriormente que el Rey mandó en cierta ocasión á D. Gerónimo Manrique, su Capellán mayor, que pagara las *deudas* del Beato; mas por lo que puede colegirse de las informaciones, acaeció cosa semejante varias veces. Gaspar Rodríguez de Ledesma, Regidor de la Villa de Madrid manifiesta «que enviando el Sto. Orozco un memorial á Su Majestad del Rey Don Felipe Segundo (que esté en gloria), por el cual se explicaba fuese servido de mandarle pagar sus deudas que estaba muy afligido; Su Majestad mandó á D. Diego de Córdoba que le fuese á visitar al dicho santo, y de él supiese las deudas que debía para que luego se pagasen. Fué dicho D. Diego de Córdoba... y el santo Orozco hizo muchas exclamaciones á Dios nuestro Señor, dándole las gracias de la merced que Su Majestad le hacía de descargarle de aquellas deudas; y preguntándole D. Diego de Córdoba, (que era caballero mayor de Su Majestad y de los más privados de su persona y casa) que como á tal privado le envió con este recaudo para saber lo que debía, y el santo le dijo que hasta cien reales ó diez ducados; y volviendo el dicho D. Diego á Su Majestad con la respuesta, se rió mucho y se dió una palmada en la frente, dando gracias á Dios de la bondad y virtud del dicho santo y de su sencillez» (1).

Y como quien sabía bien en qué linaje de obras gastaba los gajes que le daba, viéndose con tantas guerras en muy angustioso apuro el Rey, declara Francisco Rodríguez de Salcedo que «fué público y notorio que, saliendo un decreto en que suspendía Su Majestad la paga de su casa, salió en él exceptuado el siervo de Dios Fr. Alonso de Orozco (solamente él añade el P. Herrera) (2); aunque el dicho siervo de Dios le envió á decir

(1) *Inform. sum.* fol. 125 vto.

(2) *Inform. Plenaria* de Madrid, 412 vto.

que Su Majestad tuviese por bien de gastar sus gajes también, que á él una pitanza le sobraba» (1).

En aquel glorioso y largo reinado, ¡cuántos acontecimientos, así de guerras contra turcos y herejes, como de relaciones con la Silla apostólica y el Concilio Tridentino, entretuvieron y cansaron la atención del gran Rey! ¡Qué institutos tan provechosos no nacieron en España y crecieron entre las espinas de la contradicción, como la nunca bien ponderada Compañía de Jesús, y los hermosos lirios del Carmelo! ¿Hogaría el Beato al lado del Monarca para avisarle con sus ojos de espiritual lince, dónde se descubría la inspiración y presencia del Salvador, dónde el hipócrita remedo del vanidoso Satanás? Ya lo hemos visto y le veremos aún más cumplidamente: al Ven. Orozco no sedujeron los falsos profetas que entonces aparecían con frecuencia; ¿y no conocería él por lo mismo á sus verdaderos amigos y hermanos? Ah! Lo que de silla á silla hablaron y consultaron mil veces el reservado D. Felipe y el humilde B. Orozco, por fuerza ha de permanecer en los sombríos pliegues de la historia. Por nuestra parte no podemos levantar más el velo, que copiando lo que á continuación se sigue. Cristóbal de Camargo, criado muy antiguo de su Majestad, que conoció al Venerable más de treinta años, declara: «asimismo sabe este testigo que en las cosas arduas, así espirituales como temporales y dificultosas, su Majestad el Rey D. Felipe II enviaba á llamar al Santo Orozco, para las comunicar con él como persona tan grave, de todas ciencias, santidad y virtud; para el cual dicho Santo Orozco no había puerta cerrada en palacio, ántes todos gustaban de verle por su mucha virtud y modestia» (2).

...«Yo también sé que en todos los negocios graves y espirituales que se le ofrecían á Su Majestad, los con-

(1) *Inf. Plenaria de Madrid*, fol. 1075 y D.^a Inés Suárez. *Inf. sum.* 139.

(2) *Inf. sum.* de Madrid, fol. 144.

sultaba con el Ven. Padre en secreto», dice D.^a Catalina Meléndez, Religiosa agustina confesada del Beato (1).

Y el Dr. Sancho de Villanueva, capellán y Predicador de Su Majestad, Arzobispo de Sorrento:

«Fiado de que por ser tan grande santo el P. Orozco, como Su Majestad creía, alcanzaría de nuestro Señor todo su remedio, en razón de esto era llamado muy de ordinario de palacio, adonde las personas reales y sus criados le recibían siempre como persona enviada de la mano de Dios» (2).

(1) *Inf. sum.* fol. 324, D.^a Catalina Meléndez.

(2) *Ibidem*, fol. 244.





CAPÍTULO XIX.

El libro de sus CONFESIONES.

1580.

RL santo y docto P. Alonso haría excelentes servicios al Rey de España; mas él ni los juzgaba así, ni vivía complacido arrancado de la soledad y metido en el estruendo de la corte. Atormentado con la prohibición de retirarse á la aspereza del convento del Risco, necesitaba explayar su espíritu y exhalar blandas quejas á Dios y á los hombres, por qué le detenían en tan dura cárcel, privándole tras tantos años de servicios de recogerse á su amada oscuridad.

Había tiempo que personas respetables y de mucho ascendiente le rogaban que escribiera su propia vida; y de nuevo por aquel entonces ordenáronsele sus superiores. Ninguna coyuntura más á propósito á su intento. No debía de agradarle cosa individuar ocultas mortificaciones y singulares favores celestiales; pero ocurriósele que en la forma de *confesiones*, é imitando á su

glorioso Patriarca, podría publicar á todos vientos sus pecados, y aprovechar á las almas vergonzosas de manifestárselos á los confesores. De esa suerte respondería también á las alabanzas continuas que le tributaban, y á los obsequiosos respetos que como á Santo le ofrecían; puesto caso que no deseaba otra cosa, sino hallar modo de darse á conocer como el mayor pecador y más digno de perdón y lástima.

¡Loado sea Dios, y cómo suave y poderosamente concierta los sucesos para sus maravillosos fines! ¡Qué tesoro de regalos y mercedes abundantemente comunicados á su siervo no quedará escondido, si á vueltas de alguna imperfección y tal cual culpa venial lo más, con lágrimas y suspiros confesada, no nos dijera el mismo favorecido las gracias y misericordias tan grandes del cielo recibidas!

Viéneseme al pensamiento con este motivo lo que acaeció á Balac con Balán, deseando maldecir al pueblo de Jacob. Daba aquel rey vueltas al profeta; y ensayando medios y probando en distintos tiempos y lugares, ya subiendo á los montes, ya descendiendo á las llanuras, viendo ya poco, ya de lleno al pueblo Israelita, buscaba ocasión en que Balán echara una maldición siquiera sobre aquel acampado ejército tan de su odio. No fué posible. Levantaba el forzoso profeta altares á los ídolos, subía á los collados ó discurría por los valles: todo en vano. Las maldiciones, con dar tantos rodeos, convertíanse en magníficas bendiciones y rasgos grandiosos y proféticos acerca de los sublimes destinos del pueblo escogido.

Bien así el bendito P. Alonso examinaba los tiempos y lugares de su vida, escudriñaba á la luz purísima de ferviente amor de Dios los escondidos pensamientos y las aficiones secretas del alma, por ver si á boca llena podía estampar en el papel que por sus culpas é ingratitudes era el mayor deudor del Señor; pero al querer romper y expresar algo, la confesión de sus pecados

tornábase en muestras de gratitud al Salvador del mundo, y bendición de alabanzas en que desataba su lengua, loándole mil veces por las gracias derramadas sobre su escogido; dejando fácilmente entrever las prendas que le adornaban y la alteza de su destino en la tierra.

¿Qué manchas había de encontrar en su vida inmaculada? Dedúcese de sus escritos que ponía sumo cuidado en no hablar palabras ociosas; y sus amigos aseguran que jamás le oyeron palabra innecesaria, ni le vieron desocupado, nunca con enojos ó menos compuesto, ni en general le sorprendieron en la imperfección más ligera. Él se confesaba todos los días con mucha aflicción y suspiros; pero también á todas horas declaraban sus confesores que no descubrían sobre qué hacer recaer la absolución sacramental. De donde se hizo notorio y famoso, hasta escribirse en el interrogatorio para su beatificación, el haber instado é importunado á los Padres espirituales para que de veras le absolviesen por haber pisado unas rosas...!

Y no es que intentemos ocultar ninguna de sus faltas; ya que él quiso hacer confesión general ante todo el mundo, entresacaremos del libro de sus *Confesiones* cuanto pueda oler á pecado. Á continuación transcribimos cuanto en él hemos visto:

En el libro primero, capítulo quinto, leemos: «Oh dulce Jesús! oh salud de mi alma, cuántas veces os ofendí con la lengua que para alabaros y daros siempre gracias me disteis!»—Y en el capítulo sétimo dice: —«Perdonadme, gloria mía, todos mis humos de altivez por reverencia de tan grande humildad.»—Y en el libro segundo, capítulo nono, al fin de él hablando del voto de la castidad, escribe así:—«Mas porque el combate de pensamientos suele ser importuno y peligroso, en cualquiera manera, que Vos sabéis mejor que yo, no haber resistido presta y fuertemente, me acuso y me pesa, y por vuestra gran misericordia me perdonad.»—Y

en el capítulo 13, dice: —«No merezco, Señor, nombre tan noble como es llamarme hombre, pues no usé de razón cuando os ofendí, siendo Vos digno de ser loado y adorado de todas vuestras criaturas como Señor de ellas.»— En otras partes confiesa su ingratitud, habiendo recibido tantos beneficios del Señor. Y en el libro tercero, capítulo segundo, pide perdón de todos los pecados que otros cometen, como atribuyéndose á sí mismo el no ser otros obedientes á la Ley de Dios. —

Hé aquí patentes sus culpas, y abultadas además, por arrancar esas líneas de entre los abrasados afectos de amor de Dios, con que en magníficos periodos las expone, no ya en sentido afirmativo y absoluto, sino más bien condicional y dubitativo. ¡Oh quién me diera que mis pecados fueran tan livianos de una parte, y sólo hipotéticos de otra!

«Todas las personas grandes en juicio, espíritu y letras que han leído con atención este librito, escribe su primer biógrafo, le tienen por materia de asombro; y el P. Gabriel Vázquez, de la Compañía de Jesús, cuya memoria será inmortal por su doctrina y escritos, no acababa de admirarse leyéndole; porque bien considerado, es aun más admirable que el que escribió N. P. S. Agustín de semejante argumento; porque en éste se escribieron muchas y graves ofensas á Dios, que cometió hasta la edad de treinta años en que se convirtió á la fe y recibió el santo bautismo; y en aquél una vida de noventa y un años, inculpable y milagrosa» (1).

El libro de las *Confesiones* es himno de gloria al cielo, que no recuento de pecados, ni plegaria humilde de perdón. Espanto de almas apocadas, asombro de generosos espíritus, es elocuente demostración de la liberalidad y magnificencia de Dios, cuando quiere bondadoso elevar alguna criatura del miserable polvo que somos

(1) Márquez, *Vida del Ven. Padre*, cap. VI. pág. 13.

al conocimiento y amor benévolo de su riquísima esencia.

Por fuerza que al bendito Padre Alonso, por más que le diese el título referido, debió de parecerle que no le cuadraba mucho; de otra suerte no las hubiera dejado inéditas, contentándose con darles á leer á sus amigos y devotos, y no en gran número, al paso que se repetían las ediciones de otros libros suyos: ¿quién no ve el interés y curiosidad que sólo el título hubiera despertado?

Largos trozos hemos visto del libro de las *Confesiones* en esta historia, pues no ha sido escasa dicha el haber podido recurrir á testigo tan excepcional en la relación de sus hechos. Mas con ser, á mi juicio, tan claros estos libros de las *Confesiones del PECADOR Fr. Alonso de Orozco*, mandaron al eminente teólogo y escriturario Fr. Basilio Ponce de León anotara algunos, muy pocos puntos, no oscuros ni enmarañados, sino llenos de sentencias y profundos ó delicados á la vez. Fácilmente se desembarazó de este encargo el famoso cancelario de la Universidad de Salamanca: á la mano le vinieron al instante las pruebas y razones de cuanto el Beato decía.

Estimo y respeto mucho, como seguramente lo merece, al insigne Fr. Basilio; pero dígolo con ingenuidad, siento que para tal objeto le hicieran tomar la pluma; sino fuera que, al cumplir el mandato acaso molesto, vino á rendir al piadoso libro justo homenaje de tanta más valía, cuanto más autorizado era el voto de aprobación. »He leído, escribió, y no quisiera que se me cayeran de las manos y menos de la memoria los libros de las *Confesiones* del gran siervo de Dios, Padre y Hermano nuestro Fr. Alonso de Orozco; para que así resultara en la voluntad continuamente el efecto que hacen aun leídos de paso, en medio de otras ocupaciones forzosas. *Tantum vim habet mixta lacrymis oratio*, dijo San Gregorio Niceno de los escritos de aquel gran Padre S. Efrén. Con tal fuego de amor, lágrimas y devoción los escribió nuestro siervo de Dios, que no es mucho obren, cuando se leen,

efectos semejantes de fuego y agua: he conocido en ellos lo que no pude conocer en el autor, por no haberle hablado ni oído, pues á quince días que recibí este santo hábito en Salamanca, salió en Madrid este señalado varón de esta vida para la eterna... Fué fundadísimo Teólogo, y la destreza, brevedad y claridad con que habla en materias muy delgadas lo dicen bien claro. En la Escritura y Santos tan cursado, que cuando leo así estos libros suyos como otros, se me refresca la memoria de lo que he leído en Santos; de suerte que sin mucho trabajo me prometiera hacer estas *Confesiones*, y lo que de otros libros suyos he visto, con las mismas razones y palabras de los Santos. Obró estas maravillas en este gran Padre el mismo que obró en ellos, y así no es mucho sean tan parecidos no sólo en el espíritu, sino aun en las palabras también. Mas porque la brevedad con que escribe el espíritu que lleva, no da lugar á detenerse en algunas cosas ni alargar la razón con palabras en aclararse más, me ha parecido ponerle en algunas partes algunas (que diferentes de las suyas como de nieve á fuego, de sayal á brocado) para aclarar el sentido. El deseo es bueno, el trabajo, á mi ver, no necesario; si es que puede ser no necesario el hacer lo que pide quien puede mandar» (1).

Innecesario, á no dudarlo, por lo que toca al libro: aunque por otra parte concedemos que no dejó de ser prudente el proceder de los Superiores, atendiendo á la diversidad de lectores en cuyas manos podía caer tratado como aquél de mercedes altísimas y revelaciones secretas, en un tiempo sobre todo en que abundaron las supercherías; y que si fué conveniente que la autoridad y sombra de Fr. Luis de León cubriera los escritos maravillosos de Santa Teresa, no sería inoportuno que su sobrino Ponce de León y de igual celebridad en teología, amparara con su nombre una obra póstuma de tal naturaleza.

(1) Notas á algunos lugares de las *Confesiones*, pág. 104.

Por esa razón, cuando todavía la Iglesia no había hablado acerca de la virtud del B. Orozco, salieron las *Confesiones* autorizadas con tantas censuras y aprobaciones que forman y llenan la tercera parte del libro.

Por lo demás, bien claro aparece que el coloquio amoroso y dulce con Dios, á que se reduce esa confesión ó ingenua manifestación de una alma enamorada, ostenta las prendas del verdadero espíritu, prendas que no engañan, ni es dado imitar hipócritamente.





CAPÍTULO XX.

De como el Ven. Padre era cada vez más respetado y venerado en la corte.

1580—1588.

ERA trabajo inútil y desaprovechado. Por más esfuerzos é invenciones que excogitaba el humilde P. Orozco para que en la opinión de las gentes fuera tenido como un miserable pecador, no conseguía otro resultado que el de crecer más en la estima de todos, en la misma medida y proporción que él se empequeñecía y arrastraba por el suelo. Sabida cosa es que el hombre modesto brilla cuanto más se anonada y oscurece, así como el vanaglorioso se ostenta tanto más tiznado y digno de lástima, cuanto se afana por relumbrar.

Fijo y atento el sencillo religioso en sus imperfecciones, pareciale que al permitir leer la manifestación de sus culpas, D.^a María de Aragón, el Prior de S. Felipe y otros templarían algo el ardor del entusiasmo y las alabanzas intempestivas á él enderezadas; pero ¡cuánto se confirmarían todos en el juicio de la pasmosa santidad que resplandecía en el B. Alonso! ¿Qué se iría diciendo, al oído sí, pero de boca en boca en Palacio? ¿Qué palabras

de admiración no brotarian de labios del Rey, de los cortesanos, los grandes y las dignidades, al entender una confesión general de ochenta años, cual la narrada en las *Confesiones del pecador Fr. Alonso Orozco*?

Del Rey hemos hablado bastante: de lo que con el bendito Padre hacían (que es algo más que decir) Cardenales, Secretarios y Caballeros, además de los testimonios aducidos en los capítulos anteriores, hé aquí mínima parte de los que pudiéramos presentar, y que se refieren al tiempo indicado á la cabeza de este Capítulo.

Juan de Espinosa, ayuda del Príncipe *nuestro Señor*, declara: «Su Majestad mandaba que no hubiera puerta cerrada en su casa para el santo Orozco; y asimismo vi al Cardenal Garambela (*sic*) y á D. José Cristóbal de Mora, de la Cámara del Rey y de los más privados suyos, arrodillarse á los piés del dicho santo, todas las veces que le topaban; y en particular cuando el dicho Cardenal Garambela le topaba en la calle, se apeaba del coche ó litera ó silla donde iba, y se postraba á los piés del santo Orozco, y esto lo ví muchas veces por mi curiosidad; y asimismo los ví muchas veces juntos al santo Orozco y al Cardenal en su jardín con mucho entretenimiento; y el dicho Cardenal le decía á este testigo que jamás tenía mejor rato que era cuando estaba con el santo Orozco».

El marqués de Auñón, D. Íñigo Sánchez de Tobar Velasco:

«Sé, como testigo de vista, que así por los reyes, príncipes y señores fué respetado universalmente y venerado como varón justo y santo; y todas las veces que yo le veía, como á tal le besaba la mano y los hábitos» (1).

Expresa el Rmo. P. Fr. José de Jesús María, Generalísimo de los PP. Carmelitas descalzos, como fué á consultar al Ven. Orozco como á Santo y dice: «De 16 á 42 años le conocí y traté siempre con opinión de santo, así entre sus religiosos como fuera de su religión, y entre

(1) Fol. 273: le conoció del 1584 al 1591.

gente de todos estados, y sé que sus sermones se oían y sus libros se leían con particular devoción como acciones de santo... «En 1585, siendo yo á la sazón clérigo presbítero, y estando resuelto á ser religioso, fluctuaba mucho cuál de ellas abrazar: había consultado con personas muy graves, santas y letradas, aumentando mi fluctuación por sus encontrados pareceres, los que combatían mi alma no sin gran detrimento de la quietud de mi espíritu. Dos años pasé así con dudas é inquietudes. Ofrecióseme en esta ocasión de ir á Lisboa; y á consultar con la entonces de tanta opinión de santidad, de la monja de la Anunciada. Mas como la fama de santidad del dicho bendito P. Fr. Alonso de Orozco estaba muy en su punto, y este testigo tenia de él la misma opinión de años atrás, parecióme no tenia que ir á buscar santos á tierras remotas, teniendo un tan aprobado y santo varón tan cerca, y así le escogí poniendo en su parecer la deliberación de mis dudas. Expúsele mi edad, estudios, oficios eclesiásticos en Indias y provincia del Perú, negocios, graves peligros, largos viajes y navegaciones porque había pasado; pidiéndole encarecidamente que á la vuelta de dos ó tres días me dijera su parecer, solo el cual estaba yo resuelto á seguir. Con una risa modesta respondióme el Santo:—no me parece, señor, será menester que v. m. vuelva de aquí á dos días, porque yo sé, atendido muy bien todo lo que me ha contado, y tengo por sin duda que le quiere Dios para los Carmelitas descalzos; y que le ha de servir y ayudar mucho á esa religión que es muy santa y ha comenzado con muchos fervores.—Las cuales palabras se le asentaron á este testigo en el alma tan de veras, como si se las dijera un ángel del cielo. Y aunque es verdad que este testigo confiesa que ha sido de poco momento en esta religión, pero le ha confiado los mayores cargos; y dice más, que se admira mucho de que estas informaciones se hayan dilatado tanto; porque entendió se hubieran anticipado por la gran santidad que

siempre ha tenido el dicho bendito P. Fr. Alonso de Orozco» (1).

Dice el P. Sebastián Avellaneda compañero del venerable Padre en las salidas del convento por el año 1588:

«Como le acompañé muchas veces, ví como cuando iba por las calles muchos señores de título y otras personas que iban en coches y á caballo, viendo al dicho Sto. Orozco, todos se salían de los coches y se apeaban de los caballos; y delante de dicho Santo Orozco se arrodillaban y le pedían la mano para besársela y que les echara su bendición; y lo mismo hacían todas las demás gentes y sé que le veneraban y le estimaban como á varón justo y santo» (2).

D.^a Juana de Mendoza que le conoció desde 1584 á 1591 repite la voz universal declarando:

«Nunca ví que le llamasen su nombre, sino todos en general—Santo—» (3).

D. Francisco de Quevedo y Villegas:

«Siempre le ví tener por persona de gran santidad y méritos, y como tal fué venerado con demostraciones públicas de todos, así en la iglesia como en la celda y en las calles, las pocas veces que por ella se vía; apeándose los caballeros de los caballos, para hablarle, siguiéndole mucha gente para verle, acudiendo los enfermos por salud al convento y su celda; y universalmente ví acostumbrar á todos cuando le iban á hablar, besarle la mano primero» (4).

El P. Blas Pantoja:

«Cuando iba el Venerable Padre por la calle, todos los caballeros que le vían se paraban en viéndole: y quitadas las gorras, se estaban quedos hasta que el dicho Ven. Padre pasase adelante; y los que iban á pié, en

(1) *Inform. de Madrid*, fol. 368 vto.

(2) *Ibidem*, fol. 213.

(3) Fol. 404.

(4) *Ibidem* fol. 465.

en viéndole se arrodillaban delante de él y le besaban la mano: y lo vió este testigo como compañero suyo y que le acompañaba, como dicho tiene....»

«Y en particular ví que cuando el Rey Felipe II, nuestro Señor que está en gloria, le topaba en el camino al dicho Ven. Padre Fr. Alonso de Orozco, hacía parar su coche, y le preguntaba si quería algo; el cual le daba un memorial de su mano; y S. Maj. lo tomaba con mucho gusto, y habiendo leído lo que contenía, le hacía tres pedazos, y daba cada pedazo á los príncipes diciendo que lo guardaran, para ponerlos en sus horas; y ellos los tomaban con mucha veneración » (1).

El P. Alonso Soto:

«Un día del Corpus, el Presidente de Castilla que iba por mayor en la procesión, envió á llamar al dicho Santo Orozco, para que fuese á su lado por persona santa: mas el dicho Santo dijo que no podía sino ir con su religión» (2).

No podía ser más elevada la opinión de virtuoso, en que le tenían las gentes, caballeros y Príncipes; mas importa también saber si este juicio estaba corroborado por el dictamen de los que le trataban de continuo y veían más de cerca; que los objetos lejanos ocasionan muy breves equivocaciones. Pero si se ha dicho, como regla general, que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, es verdad asimismo que todas las reglas admiten excepciones; y en este caso el hombre grande para ninguno es más admirable que para quien á cada paso le ofrece materia de asombro. Tal acontecía con el Bto. Orozco. Ya hemos dicho que Priors y Maestros de novicios le presentaban como vivo ejemplo de santidad á sus súbditos en las pláticas familiares; ahora diremos que la veneración de los religiosos llegaba al punto de recoger los cabellos que le cortaban los días de rasura, y

(1) *Inform. citada de Madrid*, fol. 640. vto.

(2) *Ibidem*. fol. 421.

conservarlos como inestimables reliquias. Y el siguiente caso nos ahorrará encarecer este punto, y alargarnos en razones excusadas: «Teníanle en tan gran veneración los Prelados de ella, que siendo Prior de S. Felipe de Madrid el P. Fr. Pedro Suárez, hombre de mucha prudencia y que gobernó esta Provincia hartos años, no consintió que los que hacían oficio de cantores en las Vísperas solemnes se sentasen antes de él, siendo costumbre inviolable que precedan á todo el Convento, y tomen las sillas inmediatas á la del Prelado á los dos coros. Valióse el Superior de este ejemplo, y en ausencia del Prior, hizo la misma honra á un religioso muy grave, que vino de otra Provincia, y entendido por el Prior, le reprendió en un capítulo diciendo:—La honra que yo hice á aquel Santo no se ha de atender á otra persona de la Orden, sólo él es justo que salga de la ley común.—La noche de todos los Santos no consintió clamorear á la conmemoración de los fieles difuntos, porque el bendito Padre no perdiese el sueño, teniendo por menor inconveniente la nota que causó en la córte el silencio de aquel convento tan principal y tan en los ojos de todos, que inquietar al santo varón con el ruido de las campanas: este concepto hacía de sus méritos y virtud» (1).

(1) Márquez, cap. XXIV, pág. 49.





CAPÍTULO XXI.

De cuán arraigado estaba el discreto P. Alonso en la humildad, por la cual no le desvanecían, sino más bien le avergonzaban tantos aplausos.

Aquí es donde mejor cuadra tratar de la profunda humildad del Bto. Orozco, para que se eche de ver que su santidad consistía en algo más que el ruido de los que le veneraban, y que estaba dotada de los más subidos quilates de pureza y solidez.

¿Queréis poner en prueba la entereza y rigidez de un hombre? Recreadle con el incienso de la lisonja: apenas hay hijo de Adán que con ella no se rinda ó no se ablande.

Por eso se espantaba el P. Jesuíta, Pedro Fernández Tribaldos, «de que no le moviese de su modestia y humildad la grande estimación en que le tenían las personas reales, y señores eclesiásticos y seglares; por lo que siempre le tuyo por humilde en grado perfecto» (1).

«No era amigo de aplausos populares; nunca los deseó en sus auditorios, ni se dió por entendido de la

(1) *Inform. sum. de Madrid*, fol. 374 vto.

opinión en que le tenía el mundo; no le desvanecieron consultas de Ministros, ni (lo que es de admirar) favores y visitas de Reyes» (1).

«Cualquiera persona que conociera al Santo Orozco, dice Miguel de la Riba, y viera la grande estimación que le hacía el mundo, y el desprecio que el dicho santo del mundo tenía; conociera fácilmente su profunda humildad; pues no se le podía hacer mayor injuria que era llamarle santo; lo cual si lo oía, se ponía colorado y se quisiera meter debajo de la tierra» (2).

«Llevándole un día el servidor una jarra de agua con el nombre de Jesús, en ella, y dos panecillos, yéndosela á dar al bendito Padre, se le cayó en el suelo y se hizo pedazos; y diciendo el dicho Padre:—¡el nombre de Jesús en el suelo!.. y repitiendo esto dos veces, alzó la jarra sana y llena de agua; y pasando á la sazón por allí un Padre, que se llamaba Fr. Damián de la Serna, dijo á voces:—¡Milagro, milagro que ha hecho el P. Orozco! Mas el bendito Padre le tiró de la capilla diciendo:— ¡Jesús, Jesús, no hable palabra, calle, calle!... y con esto se entró en su celda y se dió muchos azotes» (3). ¡Cuándo el Beato hubiera estado tan duro é inflexible con el joven P. Ríos mandándole disciplinar, si no se tratase de encomiar y aplaudir al P. Orozco!

En sus escritos, que es donde manifiesta su corazón, nos expresará la causa porque se martirizaba, huyendo de la vanagloria y las aclamaciones. «Nota N. P. S. Agustín, escribe, que hay humildes y no humillados, y hay humildes que son humillados. Los que están puestos en dignidad en esta vida, y son estimados de los hombres, podrán ser humildes delante de Dios que ve el corazón. Aunque S. Bernardo dice que humildad honrada no se

(1) Márquez *Vida del Ven. Padre*, cap. XIII. pág. 28.

(2) *Inform. sum. de Madrid*, fol. 361.

(3) P. Juan Medina que se lo oyó al P. Predicador Fr. Alonso del Campo.—*Inform. citada*, fol. 378.

halla muchas veces: dificultosa es y preciosa como lo fué en los Santos que eran Prelados, y en los Reyes cristianísimos; mas si á mí me diese el Señor á escoger, con verdad le suplicaría que me diese humildad con humillación; y esta es cuando el hombre se tiene en poco y es tenido de los hombres en poco: martirio es largo y sin sangre para la carne flaca, mas, á la verdad, es la humildad más segura; y á quien Dios ha hecho esta merced, podrá decir con San Pablo: *Yo soy crucificado al mundo y él á mí* (1).

Ya tenemos, pues, la clave para entender las misteriosas acciones de su vida. Por esta razón, no sólo no gastaba criados, coche, silla ó mula á guisa de Real Predicador, como asegura el literato Gracián Dantisco, ni podían conseguir se sentase entre los Capellanes de la Capilla de Palacio; ni en el convento consentía los más cortos obsequios, no digo á sus títulos, pero ni aun á su ancianidad. Él, como sabemos, á pesar de sus ocupaciones se limpiaba el aposento por sus propias manos, él se remendaba los hábitos, aderezaba la cama é iba por su ropa blanca al lugar destinado; respondiendo á los que se brindaban á servirle que *no había cosa más barata teniendo salud*.

Como ya dijimos, le llamaron una vez *Maestro*, y contestó en seguida que no lo era. Ni aun con el título de Paternidad quería ser nombrado, siendo Rector del Colegio de D.^a María de Aragón; llamémonos *Caridad*, decía á su compañero y confesor el P. Rojas, que es nombre que mueve al amor que nos debemos unos á otros.

Cuando todos nos afanamos por sobreponernos á los demás hombres, figurar y lucir, admírese qué escenas tan bellas ofrece la modestia de los santos. «Yendo un día, declara el P. Ríos, con el Ven. P. Fr. Alonso de Orozco á palacio, porque le había enviado á llamar S. M.,

(1) *Sermón cuarto sobre la cuarta palabra de la Virgen*. Tom. III, pág. 227.